

John Connolly

**EL PODER DE
LAS TINIEBLAS**



Charlie Parker 2



Dos hechos aparentemente inconexos (un sangriento tiroteo durante el cobro de un rescate y el suicidio de una anciana en un bosque) acaban introduciendo al protagonista de El poder de las tinieblas, Charlie Bird Parker, ex policía convertido en detective privado, en el submundo de la mafia italiana, en el siniestro pasado de los

bosques de Maine y, sobre todo, en la vida casi fantasmal de un villano cuyo nombre causa escalofríos: Caleb Kyle.



John Connolly

**El poder de
las tinieblas**

Charlie Parker 2

ePUB r1.4

epubdroid 11.06.15

Título original: *Dark Hollow*

John Connolly, 2000

Traducción: Carlos Milla Soler

Retoque de portada: Redna G.

Editor digital: epubdroid

ePub base r1.0



Para mi padre

Primera Parte

*Sola, sola, en un temible
bosque
de maldad consciente corre
una humanidad perdida,
temiendo encontrar a su
padre.*

W. H. Auden, *For the Time
Being*

Prólogo

El Dodge Intrepid se hallaba bajo unos abetos encarado al mar, las luces apagadas y la llave en el contacto para mantener encendida la calefacción. Tan al sur no había nevado, aún no, pero se veía escarcha en el suelo. El único sonido que perturbaba la quietud en aquella noche invernal de Maine era el rumor de las olas que rompían en Ferry

Beach. Cerca de la orilla se mecía un malecón flotante con altas pilas de redes langosteras. Tras el cobertizo de madera roja había cuatro botes tapados con lonas, y un catamarán amarrado a corta distancia de la rampa de acceso a las embarcaciones. Por lo demás, el aparcamiento estaba vacío.

La puerta del acompañante se abrió y Chester Nash subió apresuradamente al coche.

Le castañeteaban los dientes e iba arrebuñado en su largo abrigo marrón. Chester era un hombre pequeño y fibroso, con un bigote en medialuna que se extendía más allá de las comisuras de los labios. Él consideraba que el bigote le daba un aspecto distinguido; pero en opinión de los demás le daba un aspecto fúnebre, y de ahí su apodo: Chester «el Alegre». Si algo sacaba de sus casillas a Chester Nash, era que la gente lo llamase

Chester el Alegre. En una ocasión, a Paulie Block le metió en la boca el cañón de la pistola por llamarlo así. Paulie Block estuvo a punto de arrancarle el brazo por eso, si bien, como le explicó a Chester el Alegre mientras lo abofeteaba con sus manos tan grandes como palas, comprendía la razón por la que Chester había actuado de tal modo. Pero, sencillamente, las razones no eran disculpa para todo.

—Espero que te hayas

lavado las manos —dijo Paulie Block, sentado tras el volante del Dodge y preguntándose quizá por qué Chester no había podido aliviarse antes como cualquier persona normal, en lugar de insistir en mear al pie de un árbol en medio del bosque cerca de la orilla dejando escapar todo el calor del coche al bajarse de él.

—Tío, hace frío —dijo Chester—. En la puta vida había estado en un sitio tan

frío como éste. Ahí fuera casi se me congela el aparato. Si hiciese un poco más de frío, habría meado cubitos.

Paulie Block dio una larga calada al cigarrillo y observó el ascua mientras brillaba brevemente hasta quedar reducida a ceniza. Paulie Block, o «Tarugo», como su apellido muy bien indicaba, medía un metro noventa, pesaba ciento veinticinco kilos y tenía la cara igual que si la hubiesen

utilizado para empujar trenes. Con su sola presencia, dentro del coche parecía faltar espacio. Bien mirado, hasta en el Giants Stadium parecería faltar espacio si Paulie Block se presentara en él.

Chester echó una ojeada al reloj digital del salpicadero, cuyos números verdes parecían suspendidos en la oscuridad.

—Llegan tarde —
comentó.

—Vendrán —afirmó

Paulie—. Vendrán.

Volvió a su cigarrillo y fijó la vista en el mar. Probablemente miraba despreocupado. No se veía nada, aparte de la negrura y las luces de Old Orchard Beach más allá. Junto a él, Chester Nash comenzó a jugar con una Game Boy.

Fuera el viento soplaba y las olas lamían rítmicamente la playa; el sonido de sus voces se propagaba sobre el terreno helado hasta donde los otros observaban y

escuchaban.

—... El Sujeto Dos ha vuelto al vehículo. Tío, hace frío —dijo Dale Nutley, agente especial del FBI, repitiendo de manera inconsciente las palabras que acababa de oír pronunciar a Chester Nash. Tenía al lado un micrófono parabólico situado cerca de una pequeña grieta en la pared del cobertizo. Junto a éste, ronroneaba suavemente una grabadora Nagra activada por voz y una cámara de luz

residual Badger Mk II permanecía atenta al Dodge.

Nutley llevaba dos pares de calcetines, calzoncillos largos, pantalón vaquero, camiseta, camisa de algodón, suéter de lana, una cazadora de esquiador Lowe, guantes térmicos y una gorra gris de alpaca con dos pequeñas orejeras que caían sobre los auriculares y le protegían los oídos del frío. Sentado junto a él en un taburete alto, el agente especial Rob Briscoe

pensaba que, con esa gorra de alpaca, Nutley parecía un pastor de llamas, o el cantante del grupo Spin Doctors. En cualquier caso, Nutley parecía un payaso con su gorra de alpaca y aquellas absurdas orejeras para protegerse los oídos del frío. El agente Briscoe, que tenía las orejas heladas, deseaba esa gorra de alpaca. Si el frío arreciaba más aún, siempre podía matar a su compañero Nutley y quitarle la gorra de su cabeza

muerta.

El cobertizo se encontraba a la derecha del aparcamiento de Ferry Beach y permitía a sus ocupantes ver con claridad el Dodge. Detrás, un camino privado discurría a lo largo de la orilla hacia una de las casas de veraneo de Prouts Neck. Ferry Road, una tortuosa carretera, comunicaba el aparcamiento con Black Point Road, y ésta, a su vez, llevaba hasta Oak Hill y Portland en

dirección norte y hasta Black Point en dirección sur. Hacía apenas dos horas habían aplicado una capa de pintura reflectante a las ventanas del cobertizo a fin de impedir que alguien viese a los agentes desde fuera. Y cuando Chester Nash intentó escudriñar el interior por la ventana y tanteó los cerrojos de las puertas antes de apresurarse a regresar al Dodge, se produjeron unos instantes de tensión.

Por desgracia, el

cobertizo no tenía calefacción, o si la tenía, no funcionaba, y el FBI no había considerado oportuno proporcionar un calefactor a los dos agentes. En consecuencia, Nutley y Briscoe no habían pasado tanto frío en su vida. Al tocarlos, los tablones desnudos del cobertizo estaban gélidos.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó Nutley.

—Dos horas —contestó

Briscoe.

—¿Tienes frío?

—Pero ¿qué estupideces dices? Estoy cubierto de escarcha. Claro que estoy muerto de frío, joder.

—¿Por qué no te has traído una gorra? —preguntó Nutley—. ¿Es que no sabes que la mayor parte del calor corporal se pierde por lo alto de la cabeza? Tendrías que haberte traído una gorra. Por eso estás helado. Tendrías que haberte traído una gorra.

—¿Sabes una cosa,

Nutley? —dijo Briscoe.

—¿Qué?

—Te odio.

A sus espaldas, la grabadora activada por voz ronroneaba suavemente, registrando la conversación de los dos agentes a través de los micrófonos prendidos a sus cazadoras. Debía grabarse todo, ésa era la norma en aquella operación: todo. Y si eso incluía el odio de Briscoe hacia Nutley por la gorra de alpaca, pues que se grabase.

El guarda de seguridad, Oliver Judd, la oyó antes de verla: arrastraba los pies con un sonido sordo por el suelo enmoquetado y hablaba sola en susurros mientras andaba. A pesar suyo, Judd se levantó en su habitáculo y se apartó del televisor y del calefactor que le lanzaba un chorro de aire caliente a los dedos de los pies. Fuera reinaba una quietud que auguraba más nieve. Al

menos no soplaba el viento, y eso ya era algo. El tiempo pronto empeoraría —como siempre en diciembre—, pero allí, tan al norte, empeoraba antes que en cualquier otra parte. Vivir en la zona norte de Maine a veces no tenía maldita la gracia.

Se dirigió a ella rápidamente.

—¡Eh, señora, señora! ¿Qué hace levantada de la cama? Va a pillar una pulmonía de muerte.

La anciana se sobresaltó al oír la última palabra y miró a Judd por primera vez. Era flaca y menuda pero conservaba un porte erguido, cosa que le confería un aspecto imponente entre las personas recluidas en la residencia de ancianos Santa Marta. Judd dudaba que fuese tan mayor como algunos de los otros residentes, de edad tan proecta que habían llegado a gorrear tabaco a personas que murieron en la primera

guerra mundial. Ella, en cambio, rondaba los sesenta como mucho. Judd dedujo que, si no era vieja, probablemente estaba enferma, lo cual significaba, hablando en plata, que estaba loca, chiflada como una regadera. El cabello gris le caía por encima de los hombros casi hasta la cintura. Tenía los ojos de un vivo color azul y miraba hacia la lejanía, más allá de Judd. Llevaba unas botas de color marrón con cordones,

un camisón, una bufanda roja y un abrigo largo azul que iba abotonándose al andar.

—Me voy —contestó. Habló en voz baja pero con total determinación, como si no hubiese nada de extraño en que una mujer de sesenta años pretendiera marcharse de una residencia para la tercera edad en el norte de Maine sin más ropa que un camisón y un abrigo barato una noche en que los partes meteorológicos

pronosticaban más nieve, que se sumaría a la capa helada de quince centímetros ya acumulada. Judd no se explicaba cómo aquella mujer había conseguido pasar inadvertida ante el puesto de enfermeras, y menos aún llegar casi hasta la puerta principal de la residencia. Algunos de aquellos viejos eran listos como zorros, pensó Judd. En cuanto se les daba un momento la espalda desaparecían, camino de las

montañas o de su antigua casa o para casarse con un amante que había muerto hacía treinta años.

—Ya sabe que no puede marcharse —dijo Judd—. Vamos, vuélvase a la cama. Voy a llamar a una enfermera, así que quédese ahí y enseguida vendrá alguien a ocuparse de usted.

Ella dejó de abrocharse el abrigo y miró de nuevo a Oliver Judd. En ese momento Judd percibió por primera vez que la mujer

estaba aterrada: tenía un miedo auténtico y cerval por su vida. Judd lo supo aunque no habría podido decir por qué, excepto, quizá, porque algún primitivo sexto sentido se había activado en él al acercarse la mujer. En sus ojos desorbitados se advertía una mirada suplicante y las manos le temblaban ahora que ya no las tenía ocupadas con los botones. Estaba tan asustada que el propio Judd empezó a experimentar cierto

nerviosismo. De pronto la anciana habló.

—Viene —dijo.

—¿Quién viene? — preguntó Judd.

—Caleb. Caleb Kyle.

La mujer tenía una mirada casi hipnótica, la voz trémula a causa del terror. Judd negó con la cabeza y la agarró del brazo.

—Vamos —dijo, y la llevó hacia una silla de vinilo junto a su habitáculo —. Siéntese aquí mientras aviso a la enfermera.

¿Quién demonios era Caleb Kyle? El nombre le sonaba, pero no acababa de identificarlo.

Estaba marcando el número del puesto de enfermeras cuando oyó un ruido a sus espaldas. Al volverse, vio a la anciana casi encima de él con los ojos entornados en un gesto de concentración, los labios apretados. Tenía las manos en alto; Judd alzó la vista para ver qué sostenía y, justo cuando echaba el rostro

hacia atrás, vio el pesado jarrón de cristal caer sobre él.

De pronto se hizo la oscuridad.

—No veo una mierda — dijo Chester Nash el Alegre. Las ventanas del coche se habían empañado y eso le producía una incómoda sensación de claustrofobia que la descomunal mole de Paulie Block no contribuía a aliviar precisamente, como

él mismo se había encargado de comentarle a su compañero de manera inequívoca.

Paulie limpió la ventanilla lateral con la manga. A lo lejos, los haces de unos faros barrieron el cielo.

—Calla —dijo—. Ya vienen.

Nutley y Briscoe también habían visto los faros minutos después de que la radio les informara de que un coche circulaba por

Old County Road en dirección a Ferry Beach.

—¿Crees que son ellos?
—preguntó Nutley.

—Es posible —contestó Briscoe, y se sacudió de la cazadora la escarcha que la cubría en el momento en que el Ford Taurus salía de Ferry Road y se detenía junto al Dodge.

Por los auriculares, los agentes oyeron a Paulie Block preguntar a Chester el Alegre si estaba listo para armar bulla. En respuesta

sólo oyeron un chasquido. Briscoe no tuvo la total certeza, pero pensó que se trataba del seguro de un arma al retirarlo.

En la residencia de ancianos Santa Marta una enfermera aplicó una compresa fría a Oliver Judd en la nuca. Ressler, el sargento llegado de Dark Hollow, estaba de pie junto a un policía de la reserva, y éste aún se reía quedamente.

En los labios de Ressler se advertía un leve rastro de sonrisa. En otro rincón se hallaba Dave Martel, el jefe de policía de Greenville, localidad situada a ocho kilómetros al sur de Dark Hollow, y al lado de éste uno de los guardabosques del Departamento de Fauna y Pesca del pueblo.

En rigor, Santa Marta pertenecía a la jurisdicción de Dark Hollow, el último pueblo antes de los grandes bosques industriales que se

extendían hasta Canadá. Pero aun así, Martel había recibido aviso del asunto de la anciana y se había acercado para ofrecer ayuda en la operación de búsqueda. No sentía la menor simpatía por Ressler, pero la simpatía no tenía nada que ver con cualquier medida que hubiese que tomar.

Martel, un hombre sagaz, reservado, y el tercer jefe de policía desde la fundación del pequeño departamento de policía del

pueblo, no le veía la menor gracia a lo ocurrido. Si no encontraban pronto a aquella mujer, moriría. No se requerían temperaturas muy bajas para acabar con la vida de una anciana, y esa noche el clima era extremo.

Oliver Judd, que siempre había deseado ser policía pero era demasiado bajo, demasiado y obeso y demasiado estúpido para ser admitido, sabía que los agentes de Dark Hollow se reían de él. Supuso que

estaban en su derecho. Al fin y al cabo, ¿a qué clase de guarda de seguridad deja fuera de combate una anciana? Para colmo, una anciana que en esos momentos llevaba encima la Smith & Wesson 625 nueva de Oliver Judd.

El equipo de búsqueda se preparó para salir con el doctor Martin Ryley, el director de la residencia, al frente. Ryley llevaba una parka con capucha bien cerrada, guantes y botas de

agua. En una mano cargaba un botiquín de urgencias, en la otra una linterna enorme. A los pies tenía una mochila con ropa de abrigo, mantas y termos con caldo.

—No nos la hemos cruzado de camino, así que va a campo traviesa —oyó decir Judd a alguien. Parecía la voz de Will Patterson, el guardabosque, cuya esposa era propietaria de un supermercado en Guilford y tenía el culo jugoso como un melocotón.

—Todo es terreno difícil —comentó Ryley—. Al sur está Beaver Cove, pero el jefe Martel no la ha visto por allí al pasar. Al oeste está el lago. Da la impresión de que anda sin rumbo por el bosque.

Se oyó el zumbido de la radio de Patterson, y éste se puso de espaldas para hablar, pero volvió a darse la vuelta enseguida.

—La ha localizado un avión. Está a unos tres kilómetros al nordeste de

aquí, adentrándose cada vez más en el bosque.

Los dos policías de Dark Hollow —uno de ellos con la mochila llena de ropa y mantas al hombro— y el guardabosque, acompañados por Ryley y una enfermera, se pusieron en marcha. El jefe Martel miró a Judd y se encogió de hombros. Ressler no quería su ayuda, y Martel no tenía intención de meter las narices donde no lo querían, pero albergaba un mal presentimiento con

respecto a lo que estaba ocurriendo, un pésimo presentimiento. Mientras observaba al grupo de cinco personas adentrarse entre los árboles, empezaron a caer los primeros copos de nieve.

—Ho Chi Minh —dijo Chester el Alegre—. Pol Pot. Lichi. Los cuatro camboyanos lo miraron con frialdad. Llevaban abrigos azules de lana idénticos, traje azul con corbata oscura

y guantes de piel negros. Tres eran jóvenes, de unos veinticinco o veintiséis años, calculó Paulie. El cuarto era mayor, con mechones grises en el pelo lustroso y peinado hacia atrás. Usaba gafas y fumaba un cigarrillo sin filtro. En la mano izquierda sostenía un maletín negro de piel.

—Tet. Presidente Mao.
Nagasaki —prosiguió
Chester el Alegre.

—¿Quieres callarte? —
dijo Paulie Block.

—Sólo pretendo que se sientan como en casa.

El de mayor edad dio una última calada al cigarrillo y lo lanzó a la playa.

—Cuando su amigo acabe de ponerse en ridículo, ¿podríamos comenzar? —preguntó.

—Ya lo ves —dijo Paulie Block a Chester el Alegre—. Así empiezan las guerras.

—Ese Chester es un verdadero gilipollas —dijo Nutley.

La conversación entre los seis hombres les llegaba con absoluta nitidez en el aire frío de la noche. Briscoe movió la cabeza para asentir. Junto a él, Nutley ajustó el zoom de la cámara para enfocar el maletín que sostenía el camboyano, tomó una instantánea y después alejó un poco la imagen para

abarcó a Paulie Block, el camboyano y el maletín. Tenían instrucciones de observar, escuchar y grabar. Sin intromisiones. Las intromisiones llegarían más tarde, tan pronto como todo aquello —fuera lo que fuese «aquello», ya que lo único que conocían por el momento era el lugar de encuentro— pudiese relacionarse con Tony Celli en Boston. Un coche con otros dos agentes aguardaba en Oak Hill para ocuparse

del Dodge, y un segundo coche seguiría a los camboyanos.

Briscoe tomó un telescopio Night Hawk y lo dirigió hacia Chester Nash el Alegre.

—¿Ves algo fuera de lo normal en el abrigo de Chester? —preguntó.

Nutley desplazó ligeramente la cámara a la izquierda.

—No —respondió—. Espera. Parece una prenda muy vieja, de unos cincuenta

años por lo menos. El tipo no tiene las manos en los bolsillos. Las lleva metidas en unas aberturas bajo el pecho. Una extraña manera de protegerse del frío, ¿no crees?

—Sí —dijo Briscoe—.

Muy extraña.

—¿Dónde está la chica?

—preguntó el camboyano de mayor edad a Paulie Block.

Paulie señaló el maletero del coche. El camboyano asintió y entregó el maletín a uno de sus acompañantes.

Éste lo abrió y lo sostuvo de cara a Paulie y Chester para que vieran el contenido.

Chester dejó escapar un silbido y exclamó:

—Joder.

—Joder —dijo Nutley—. En ese maletín hay mucho dinero. —Briscoe enfocó los billetes con el telescopio.

—Caramba, puede que sean unos tres millones.

—Suficiente para sacar a Tony Celli del lío en el que ande metido —comentó

Nutley.

—Y de unos cuantos más.

—Pero ¿quién hay en el maletero? —preguntó

Nutley.

—Bueno, muchacho, eso es lo que hemos venido a averiguar.

El grupo de cinco personas, exhalando vaharadas blancas, avanzaba con cuidado por el accidentado terreno.

Alrededor, las copas de los árboles de hoja perenne arañaban el cielo y acogían con las ramas abiertas los copos de nieve. Allí el terreno era rocoso y, a causa de la nieve reciente, estaba resbaladizo y peligroso. Ryley ya había tropezado una vez, se había hecho un rasguño en la espinilla y le dolía. Desde el cielo les llegaba el ruido del motor del Cessna, uno de los aviones de Currier venido del lago Moosehead, y veían

que con su foco iluminaba algo frente a ellos.

—Si la nevada arrecia, el avión tendrá que volver — comentó Patterson.

—Ya casi estamos — dijo Ryley—. En diez minutos llegaremos hasta ella.

Ante ellos se oyó un disparo en la oscuridad, y luego otro más. El haz de luz del avión se escoró y empezó a elevarse. La radio de Patterson prorrumpió en una andanada de

maldiciones.

—¡Joder! —exclamó

Patterson con expresión de incredulidad—. Les está disparando.

El camboyano siguió a Paulie Block cuando éste se dirigió a la parte trasera del coche. Detrás de ellos, los hombres más jóvenes se abrieron los abrigos y dejaron a la vista unas Uzis que llevaban colgadas de correas al hombro. Todos

mantenían la mano en la empuñadura, con el dedo cerca de la guarda del gatillo.

—Ábralo —ordenó el de mayor edad.

—Usted manda —contestó Paulie a la vez que introducía la llave en la cerradura y se disponía a levantar la tapa—. Paulie está aquí para abrir el maletero.

Si el camboyano hubiese escuchado con más atención, se habría dado cuenta de que

Paulie Block pronunciaba esas palabras en voz muy alta y clara.

—Son aberturas para armas —dijo Briscoe de pronto—. Aberturas para armas, joder, son eso.

—Aberturas para armas —repitió Nutley—. Dios Santo.

Paulie Block abrió el maletero y retrocedió. Una

bocanada de calor recibió al camboyano cuando se acercó. En el maletero había una manta y, debajo, una silueta humana claramente reconocible. El camboyano se inclinó y retiró la manta.

Debajo había un hombre: un hombre con una escopeta de cañones recortados.

—¿Qué es esto? — preguntó el camboyano.

—Esto es adiós — respondió Paulie Block al tiempo que los cañones detonaban y el camboyano

se sacudía por el impacto de las balas.

—¡Joder! —exclamó

Briscoe—.

¡Vamos!

¡Vamos!

Desenfundó su pistola SIG y se precipitó hacia la puerta. Mientras descorría el cerrojo y se adentraba en la noche directo a los dos coches pulsó un interruptor de su auricular para solicitar refuerzos a Scarborough.

—¿Y la orden de no

intromisión? —preguntó Nutley, siguiendo a su compañero.

Aquello no era lo previsto. Aquél no era el desenlace previsto ni mucho menos.

Chester el Alegre se abrió el abrigo y dejó al descubierto los cañones cortos e idénticos de un par de metralletas Walther MPK. Dos de los camboyanos levantaban ya

sus Uzis cuando apretó los gatillos.

—Sayonara —dijo Chester, y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios.

Las *parabellum* de nueve milímetros acribillaron a los tres hombres, y, al hacerlo, perforaron la piel del maletín, la cara lana de sus abrigos, la inmaculada blancura de sus camisas y el fino caparazón de su piel. Hicieron añicos los cristales, atravesaron el metal del

coche, agujerearon el vinilo de los asientos. En menos de cuatro segundos Chester vació las sesenta y cuatro balas en los tres hombres, que quedaron hechos un guiñapo y desmadejados; la sangre caliente que manaba de sus cuerpos se mezcló con la delgada capa de escarcha del suelo. El maletín había caído cara abajo y algunos de los compactos fajos se habían desparramado.

Chester y Paulie vieron

lo que habían hecho y les pareció bien.

—Bueno, ¿a qué esperas? —dijo Paulie—. Recojamos el dinero y larguémonos de aquí.

Detrás de él, el hombre de la escopeta, llamado Jimmy Fribb, salió del estrecho maletero y, mientras estiraba las piernas, le crujieron las articulaciones. Chester insertó un nuevo cargador en una de las MPK y echó la otra en el maletero del

Dodge. Cuando se agachaba para recoger el dinero, oyó las dos voces casi al unísono.

—Agentes federales — dijo la primera—. Manos arriba.

La otra voz sonó menos lacónica y menos cortés, pero a Paulie Block, curiosamente, seguro que le resultó familiar.

—Apartaos del puto dinero —ordenó— si no queréis que os vuele las putas cabezas.

En un claro, la anciana miraba el cielo. La nieve le caía sobre el cabello, los hombros y los brazos extendidos, con el arma en la mano derecha y la izquierda abierta y vacía. Al intentar sobreponerse al excesivo esfuerzo para su envejecido cuerpo, boqueaba y respiraba entrecortadamente. Pareció no advertir la presencia de Ryley y los otros hasta que

se hallaron a unos diez metros de ella. La enfermera se quedó atrás. Ryley, pese a las objeciones de Patterson, tomó la delantera.

—Señorita Emily —dijo con delicadeza—. Señorita Emily, soy yo, el doctor Ryley. Hemos venido para llevarla a casa.

La anciana lo miró, y Ryley sospechó, por primera vez desde que salieron en su busca, que la anciana no estaba loca. Lo observaba con expresión serena y casi

sonrió cuando él se aproximó.

—No pienso volver — repitió ella.

—Señorita Emily, hace frío. Se morirá aquí a la intemperie si no viene con nosotros. Le hemos traído unas mantas y ropa de abrigo, y tengo un termo con caldo de pollo. Cuando haya entrado en calor y se encuentre a gusto, la llevaremos a casa sana y salva.

Esta vez, la anciana

sonrió abiertamente. Fue una sonrisa amplia, sin humor, sin confianza.

—Ustedes no pueden salvarme —dijo en voz baja—. No pueden salvarme de él.

Ryley frunció el entrecejo. Recordó de pronto algo referente a aquella mujer, un incidente con una visita y un informe que había escrito la noche anterior una de las enfermeras después de que la señorita Emily afirmara

que alguien había intentado encaramarse a su ventana. No le dieron crédito, naturalmente, pero, a consecuencia de ello, Judd se había ceñido el arma durante la guardia. Aquellos ancianos eran personas temerosas. Tenían miedo a la enfermedad, a los desconocidos, a los amigos y, en ocasiones, a los familiares; miedo al frío, al riesgo de caerse; miedo a perder sus escasas pertenencias, sus fotografías,

sus recuerdos cada vez más desdibujados.

Miedo a la muerte.

—Por favor, señorita Emily, deje la pistola y venga con nosotros. Podemos protegerla de cualquier peligro. Nadie va a hacerle daño.

La anciana movió la cabeza en un lento gesto de negación. El avión los sobrevolaba en círculo, y la extraña luz blanca que proyectaba sobre la mujer convertía su largo cabello

gris en un fuego de plata.

—No pienso volver. Me enfrentaré a él aquí. Éste es su hogar, estos bosques. Tarde o temprano vendrá.

De pronto se le demudó el rostro. Detrás de Ryley, Patterson pensó que nunca había visto una expresión tan aterrada. Se le contrajeron las comisuras de los labios; se le estremecieron la barbilla y la boca primero y después el resto del cuerpo, con un temblor anómalo y violento

que parecía un estado de éxtasis. Con el rostro bañado en lágrimas, habló de nuevo.

—Perdón. Perdón, perdón, perdón, perdón...

—Por favor, señorita Emily —dijo Ryley mientras se acercaba a ella—. Deje la pistola. Tenemos que llevarla de regreso.

—No pienso volver —repitió la anciana.

—Por favor, señorita Emily, no nos queda más remedio.

—Si es así, tendrán que

matarme —se limitó a decir ella a la vez que apuntaba a Ryley con la Smith & Wesson y apretaba el gatillo.

Chester y Paulie miraron primero a la izquierda y luego a la derecha. A su izquierda, en el aparcamiento, vieron a un hombre alto con chaqueta negra que sostenía unos auriculares en una mano y una SIG en la otra. Detrás de él había otro hombre, más

joven, con una gorra gris de alpaca provista de orejeras, armado también con una SIG, que empuñaba con las dos manos extendidas al frente.

A su derecha, junto a una pequeña garita de madera utilizada por el encargado del aparcamiento durante el verano, había una figura vestida toda de negro, desde las punteras de las botas hasta el pasamontañas que le cubría la cabeza. Llevaba una escopeta Ruger

de repetición en las manos y respiraba entrecortadamente por la abertura del pasamontañas.

—Cúbrelo —ordenó
Briscoe a Nutley.

Nutley dejó de apuntar a Paulie Block para encañonar a la figura de negro situada en el linde del bosque.

—Suéltala, gilipollas —
dijo Nutley.

La Ruger tembló
ligeramente.

—He dicho que la
sueltes —repitió Nutley a

voz en grito.

Briscoe dirigió un vistazo a la figura armada con la escopeta. A Chester Nash le bastó con eso. Cambió de posición y abrió fuego con la MPK, alcanzó a Briscoe en el brazo y a Nutley en el pecho y la cabeza. Nutley murió en el acto, su gorra de alpaca teñida ya de rojo mientras caía.

Briscoe disparó desde donde yacía en la carretera; hirió a Chester Nash en la

pierna derecha y la ingle y la MPK se le escapó de las manos cuando se desplomó. Desde los árboles llegaron las detonaciones de la Ruger, y Paulie Block, con la pistola en la mano derecha, se sacudió al ser alcanzado por las balas, que hicieron añicos la ventana del Dodge detrás de él en su trayectoria de salida. Hincó las rodillas en tierra y luego cayó de bruces. Chester Nash intentaba alcanzar la MPK con la mano derecha,

sujetándose la entepierna herida con la izquierda, cuando Briscoe le descerrajó otros dos disparos y Chester dejó de moverse. Jimmy Fribb soltó la escopeta y levantó las manos justo a tiempo de impedir que Briscoe lo matase.

Briscoe se disponía a ponerse en pie cuando, frente a él, oyó el chasquido de una escopeta al recargarse.

—Quédese ahí —dijo la VOZ.

Briscoe obedeció y dejó la SIG a su lado en el suelo. Un pie calzado con una bota negra la apartó, y el arma, girando, desapareció entre la maleza.

—Las manos en la cabeza.

Al levantar las manos, Briscoe sintió una punzada de dolor en el brazo izquierdo mientras observaba cómo se aproximaba la figura enmascarada, que seguía apuntándole con la Ruger.

Nutley yacía cerca de él, con los ojos abiertos y la mirada fija en el mar. Dios, pensó Briscoe, qué desastre. Más allá de los árboles, vio unos faros y oyó el ruido de unos coches que se acercaban. El hombre de la escopeta también los oyó y ladeó ligeramente la cabeza mientras guardaba en el maletín los últimos fajos y lo cerraba. Jimmy Fribb aprovechó esa distracción para abalanzarse en busca de la SIG abandonada, pero el

hombre lo mató de un tiro en la espalda antes de que llegase a ella. Briscoe se agarró con fuerza las manos sobre la cabeza, con el brazo dolorido, y empezó a rezar.

—Permanezca tendido en el suelo y no levante la vista —ordenó el hombre.

Briscoe obedeció, pero mantuvo los ojos abiertos. La sangre corría por el suelo y apartó un poco la cabeza. Cuando volvió a alzar la vista, unos faros le alumbraban los ojos y la

figura de negro había desaparecido.

El doctor Martin Ryley ya había cumplido cuarenta y ocho años y deseaba llegar a los cuarenta y nueve. Tenía dos hijos, un niño y una niña, y una esposa llamada Joanie que le preparaba estofado los domingos. No era un buen médico, razón por la cual dirigía una residencia para ancianos. Cuando la señorita

Emily Watts le disparó, se echó cuerpo a tierra, se cubrió la cabeza con las manos y comenzó a alternar plegarias y blasfemias. El primer tiro se perdió a su izquierda. El segundo le lanzó una lluvia de tierra húmeda y nieve sobre la cara. Detrás de él, oyó el chasquido de los seguros de las armas y gritó:

—No, déjenla, por favor.

No disparen.

El bosque quedó de nuevo en silencio, salvo el

agudo zumbido del Cessna. Ryley se aventuró a levantar la vista para mirar a la señorita Emily. Ahora ella lloraba sin rebozo. Con cautela, Ryley se puso en pie.

—Todo irá bien, señorita Emily.

La anciana negó con la cabeza.

—No —repuso—. Nada irá bien.

Y se apoyó la boca de la Smith & Wesson en el pecho izquierdo y disparó. El

impacto la hizo girar hacia atrás y hacia la izquierda. Al caer se le enredaron los pies y a causa del fogonazo del arma se le prendió brevemente el abrigo. Se sacudió una vez y quedó inmóvil en el suelo. La sangre manchaba la tierra a su alrededor, la nieve le caía sobre los ojos abiertos y, desde lo alto, la luz iluminaba su cuerpo.

En torno a ella, el bosque observaba en silencio, agitándose de vez

en cuando el ramaje para permitir el paso de la nieve.

Así empezó todo para mí, y para otra generación: dos sucesos violentos, ocurridos casi simultáneamente una noche de invierno, relacionados por un único hilo misterioso que se perdía entre enmarañados recuerdos de remotos actos brutales. Otros, algunos de ellos cercanos a mí, habían vivido

con eso durante mucho mucho tiempo y se lo habían llevado a la tumba. Se trataba de un viejo mal, y un viejo mal siempre encuentra la manera de transmitirse a través de las líneas de sangre y contaminar a quienes no intervinieron en su génesis: los jóvenes, los inocentes, los vulnerables, los indefensos. Transforma la vida en muerte y el cristal en espejo, creando una imagen de sí mismo en todo aquello que toca.

Todo esto lo averigüé más tarde, después de las otras muertes, después de ponerse claramente de manifiesto que algo horrible sucedía, que algo viejo e infecto había surgido del inhóspito bosque. Y en todo lo que ocurriría, yo sería partícipe. Al volver la vista atrás, pienso que quizá siempre participé sin comprender realmente mi papel en ello, ni la razón. Pero aquel invierno confluieron una serie de

circunstancias, cada incidente aislado y sin embargo relacionado en último extremo, abrió un canal entre lo que había sido y lo que nunca debía volver a ser, y los mundos sucumbieron en el choque.

Vuelvo la vista atrás y me veo tal como era hace muchos años, congelado en tiempos pretéritos como una figura en sucesivas viñetas. Me veo de niño esperando a mi padre cuando regresaba de su dura jornada en la

ciudad, su uniforme de policía ahora guardado, una bolsa de deporte negra en la mano izquierda, su silueta en otro tiempo musculosa ya un poco gruesa, su cabello más gris que antes, sus ojos algo más cansados. Corro hacia él y me levanta, me sienta en la sangría del brazo derecho y cierra los dedos con delicadeza en torno a mi muslo, me asombra la fuerza que tiene, los músculos compactos de su hombro, el bíceps tenso y duro. Deseo

ser como él, emular sus logros y esculpir mi cuerpo a su semejanza. Y cuando él empieza a desmoronarse, cuando su cuerpo se revela como el imperfecto caparazón de una mente frágil, también yo empiezo a romperme en pedazos.

Me veo como un niño mayor, de pie ante la tumba de mi padre, sin más compañía que un puñado de policías altos y erguidos, de modo que también yo he de mantenerme alto y erguido.

Éstos son sus amigos más íntimos, los que no se han avergonzado de venir. No es un lugar donde muchos deseen ser vistos: en la ciudad se tienen malos presentimientos en cuanto a lo que ha ocurrido, y sólo unos pocos incondicionales están dispuestos a dejar que su reputación quede fijada bajo el resplandor del flash de un reportero.

Veo a mi madre a la derecha, encogida de dolor. Su marido —el hombre a

quien ha amado durante tanto tiempo— se ha ido, y se ha llevado consigo la realidad de él como hombre amable, padre de familia capaz de levantar a su hijo en volandas como una hoja en el viento. En lugar de eso, se le recordará siempre como un asesino y un suicida. Ha matado a dos jóvenes, un chico y una chica, ambos desarmados, por razones que nadie explicará jamás claramente, por razones que se

escondían tras esos ojos cansados. Lo habían provocado, aquel matón en plena transición de los tribunales de menores a los tribunales de adultos y su novia de clase media, bajo cuyas arregladas uñas se acumula la suciedad del chico; y los había matado a los dos, había visto en ellos algo más allá de lo que eran, más allá incluso de aquello en lo que podían llegar a convertirse. Después se metió el cañón del arma en

la boca y apretó el gatillo.

Me veo de joven, de pie ante otra tumba, mirando mientras descienden a mi madre. A mi lado está el viejo, mi abuelo. Hemos viajado para el funeral desde Scarborough, Maine —el lugar al que huí tras la muerte de mi padre, el lugar donde nació mi madre—, a fin de que mi madre pueda ser enterrada junto a mi padre, como deseó siempre, porque nunca dejó de amarlo. Alrededor se han

congregado hombres y mujeres de edad avanzada. Yo soy la persona más joven.

Veo las nevadas en invierno. Veo al viejo cada vez mayor. Abandono Scarborough. Entro en el cuerpo de policía, como mi padre. Hay un legado que reconocer, y no faltaré a él. Cuando muere mi abuelo, regreso a Scarborough y yo mismo lleno la fosa, echando con cuidado palada tras palada de tierra sobre el

ataúd de pino. Luce el sol de la mañana sobre el cementerio, y huelo el salitre en el aire, que me llega desde las marismas al este y al oeste. Cerca, un reyezuelo oro persigue moscardas, unos inmundos bichos grises que actúan como parásitos de las lombrices poniendo sus huevos en ellas y buscan refugio durante el invierno en los resquicios y grietas de las casas. En el cielo, los primeros gansos canadienses vuelan hacia el sur con la

llegada del invierno, y un par de cuervos los flanquean como cazas negros escoltando una escuadra de bombarderos.

Y mientras desaparece el último trozo de madera, oigo las voces de los niños procedentes de la guardería de Lil Folks Farm, contigua al cementerio, bulliciosos y alegres en sus juegos, y no puedo evitar sonreír, ya que el viejo también habría sonreído.

Y luego hay una tumba

más, una serie de oraciones más leídas de un libro ajado, y ésta hace añicos mi mundo. Descienden dos cuerpos para reposar juntos, tal como yo solía encontrarlas descansando una al lado de la otra cuando regresaba por la noche a nuestra casa de Brooklyn, mi hija de tres años durmiendo plácidamente pegada a su madre, doblada como un cuarto creciente. En un instante dejé de ser marido. Dejé de ser padre. Había

sido incapaz de protegerlas, y ellas habían sufrido el castigo por mis defectos.

Todas estas imágenes, todos estos recuerdos, como los eslabones forjados de una cadena, se adentran en la oscuridad. Debería apartarlos de mí, pero no es tan fácil negar el pasado. Las cosas que dejamos sin acabar, las cosas que no llegamos a decir, todas, a la postre, vuelven para atormentarnos.

Ya que éste es el mundo,

y el eco de los mundos.

1

La navaja de Billy Purdue se hundió un poco más en mi mejilla y un hilo de sangre me recorrió la cara. Me tenía apresado contra la pared con su cuerpo, me inmovilizaba los hombros con los codos y mantenía las piernas tensas y pegadas a las mías para protegerse la entrepierna. Cerró más los dedos alrededor de mi cuello, y pensé: «Billy Purdue.

Tendría que haber sabido con quién trataba...».

Billy Purdue era pobre, pobre y peligroso, a lo que, por si fuera poco, se añadía cierto resentimiento y frustración. En él la amenaza de violencia era siempre inminente. En torno a él flotaba como una nube, que ofuscaba su juicio e influía en las acciones de los demás, de modo que cuando entraba en un bar y tomaba

una copa o alcanzaba un taco de billar para jugar una partida, tarde o temprano empezaban los problemas. Billy Purdue no necesitaba buscar pelea. La pelea lo buscaba a él.

Parecía que sucedía como por contagio, tanto era así que, aun si el propio Billy conseguía evitar el conflicto —por lo general él no lo perseguía, pero cuando lo encontraba rara vez lo rehuía—, uno podía apostar diez contra cinco a que el

nivel de testosterona aumentaría en el bar lo suficiente como para inducir a cualquier otra persona a plantearse la posibilidad de iniciar un altercado. Billy Purdue habría provocado una pelea en un cónclave cardenalicio con sólo echar un vistazo al interior de la sala. Se lo mirara por donde se lo mirase, la presencia de Billy Purdue nunca auguraba nada bueno.

Hasta la fecha no había matado a nadie y nadie había

logrado matarlo a él. Cuanto más se prolonga una situación así, mayores son las probabilidades de que acabe mal, y Billy Purdue era un mal principio en espera de un final peor. Algunos lo describían como un accidente que se estuviera incubando, como la larga y lenta muerte de una estrella. El suyo era un imparable descenso hacia la vorágine.

Yo no sabía gran cosa acerca del pasado de Billy

Purdue, no por aquel entonces. Sabía que siempre andaba metido en líos con la policía. Tenía unos antecedentes penales que parecían un catálogo de delitos menores: desde causar alborotos en el colegio y pequeños hurtos hasta conducir bajo los efectos del alcohol, pasando por la venta de objetos robados, agresión, allanamiento de morada, alteración del orden público, impago de pensión

alimenticia... La lista era interminable. Al ser huérfano, había pasado por sucesivas familias de acogida en su infancia, y en ninguna se lo quedaban más tiempo del que sus nuevos padres tardaban en descubrir que causaba tantos problemas que el dinero de los servicios sociales no compensaba. Así son algunas familias de acogida: ven a los niños como un negocio, como ganado o pollos, hasta que se dan

cuenta de que si un pollo se pone inaguantable se le puede cortar la cabeza y guisarlo para la comida del domingo. Con un delincuente infantil, en cambio, las opciones se reducen. Hubo pruebas de negligencia por parte de muchos de los padres de acogida de Billy Purdue, y sospechas de malos tratos graves en los dos últimos casos como mínimo.

Billy encontró algo parecido a un hogar en la

casa de un viejo y su esposa, en el norte del estado, una pareja especializada en chicos difíciles. El hombre había acogido a unos veinte niños antes de Billy y, cuando conoció a éste un poco, quizá pensó que ya había tenido suficiente. No obstante, intentó hacer entrar en vereda a Billy y durante un tiempo éste fue feliz, o tan feliz como podía llegar a ser. Después pasó una temporada vagando sin rumbo. Acabó en Boston y

anduvo en compañía de la banda de Tony Celli, hasta que se pasó de la raya con quien no debía y lo mandaron de regreso a Maine, donde conoció a Rita Ferris, siete años menor que él, y se casó con ella. Tuvieron un hijo, pero el verdadero niño en aquella relación fue siempre Billy.

En la actualidad tenía treinta y dos años y la constitución de un toro, los músculos de los brazos como enormes jamones, las

manos anchas y fuertes, los dedos casi hinchados de tan robustos. Tenía los ojos pequeños y porcinos y los dientes desiguales, y el aliento le olía a licor de malta y pan de masa fermentada. Tenía mugre bajo las uñas y una erupción en el cuello, granos con puntas blancas, por afeitarse con una hoja vieja y mellada.

Tuve oportunidad de observar a Billy Purdue de cerca tras fracasar en mi

intento de inmovilizarlo con una llave de judo, entonces él me empujó contra la pared de su caravana Airstream, un ruinoso vehículo de diez metros instalado en las inmediaciones de Scarborough Downs, que apestaba a ropa sucia, a comida pasada y a semen de varios días. Sujetándome con fuerza por el cuello con una mano, me tenía levantado en el aire de modo que apenas rozaba el suelo con las puntas de los pies.

Con la otra mano sostenía la navaja de hoja corta con la que me había cortado a un par de centímetros por debajo del ojo izquierdo. Sentía el goteo de mi propia sangre desde el mentón.

Probablemente, tratar de hacerle una llave no había sido buena idea. De hecho, en la escala de las buenas ideas, se situaba en algún punto entre votar a Ross Perot e invadir Rusia en invierno. Habría tenido más posibilidades si me hubiese

propuesto inmovilizar con una llave a la propia caravana; aun recurriendo a todas mis fuerzas para apartar de mí el brazo de Billy Purdue, éste permanecía tan rígido e inamovible como la estatua del poeta en Longfellow Square. Mientras tomaba conciencia de hasta qué punto había sido mala idea optar por la llave, Billy tiró de mí, me golpeó en la cabeza con la palma abierta de su enorme mano derecha

y volvió a empujarme contra la pared de la caravana, utilizando sus grandes muñecas para impedirme que moviera los brazos. Aún me zumbaba la cabeza por efecto del manotazo y me dolía el oído. Pensé que me había reventado el tímpano, pero de pronto noté que aumentaba la presión en el cuello y comprendí que quizá ya no tendría que preocuparme por el tímpano durante mucho más tiempo.

Hizo girar la navaja y

sentí una nueva punzada de dolor. Ahora la sangre corría copiosamente y me caía en el cuello de la camisa blanca desde el mentón. Casi morado de ira, con la respiración entrecortada, Billy escupía saliva entre los dientes apretados cada vez que resoplaba.

Mientras concentraba su atención en asfixiarme, deslicé la mano derecha bajo mi chaqueta y percibí la fría empuñadura de la Smith & Wesson. A punto de perder

el conocimiento, conseguí desenfundarla y mover el brazo lo suficiente para hundir la boca del cañón en la carne blanda de la papada de Billy. En sus ojos, una luz roja destelló brevemente y comenzó a apagarse. Noté que la presión en el cuello se reducía y la navaja se apartaba de la herida, y me desplomé. Cuando intenté llenar de aire mis pulmones vacíos con inspiraciones estertóreas y poco profundas, me dolió la

garganta. Mantuve a Billy encañonado, pero se había dado media vuelta. Ahora que el acceso de rabia empezaba a remitir, parecía haber perdido interés en el arma y también en mí. Sacó un cigarrillo de un paquete de Marlboro y lo encendió. Me ofreció el paquete. Negué con la cabeza y el dolor de oído se intensificó de nuevo. Decidí no mover más la cabeza.

—¿Por qué has intentado hacerme una llave? —

preguntó Billy con tono dolido. Me miró y advertí auténtico disgusto en su expresión—. No deberías haberlo hecho.

Desde luego era todo un personaje. Tomé aire unas cuantas veces, aspirando ya más profundamente, y hablé. La voz me salió ronca y tuve la sensación de que me habían restregado gravilla en la garganta. Si Billy no hubiese sido tan pueril, quizá le habría asestado un culatazo.

—Has dicho que ibas a por un bate de béisbol y sacudirme el polvo, si no recuerdo mal —respondí.

—Eh, has sido tú el maleducado —replicó, y la luz roja pareció brillar otra vez por un instante.

Yo seguía apuntándole con la pistola y él seguía sin mostrar la menor preocupación. Me pregunté si sabía algo acerca del arma que yo ignoraba. Quizá, mientras hablábamos, el hedor procedente de la

caravana estaba descomponiendo las balas.

«Maleducado». Me disponía a negar otra vez con la cabeza cuando me acordé del oído y decidí que, dadas las circunstancias, quizá me conviniese más no moverla. Había visitado a Billy Purdue por hacerle un favor a Rita, ahora su ex esposa, que vivía en un pequeño apartamento de Locust Street, en Portland, con Donald, su hijo de dos años. Rita había obtenido el

divorcio hacía seis meses, y desde entonces Billy no había pagado ni un centavo para el mantenimiento del niño. Durante mi adolescencia, conocí a la familia de Rita en Scarborough. El padre había muerto en un atraco frustrado a un banco en el año 83 y la madre, pese a todos sus esfuerzos, no había conseguido mantener unida a la familia. Un hermano fue a prisión; otro, acusado de tráfico de drogas, se había

fugado, y la hermana mayor de Rita vivía en Nueva York y había roto todo vínculo con sus hermanos.

Rita era rubia, guapa y esbelta, pero los malos tragos de la vida empezaban a pasarle factura a su aspecto físico. Billy Purdue nunca le había pegado ni la había maltratado, pero, propenso a los arrebatos de ira ciega, había destruido los dos apartamentos donde vivieron durante su matrimonio; a uno de ellos le prendió fuego

después de una juerga de tres días en South Portland. Rita despertó justo a tiempo de llevarse de allí a su hijo, que por entonces contaba un año, antes de regresar para sacar a rastras a Billy, inconsciente, y dar la alarma para evacuar el resto del edificio. Al día siguiente solicitó el divorcio.

En la actualidad, Billy aguardaba una oportunidad para mejorar y vivía al borde de la pobreza. En invierno trabajaba como leñador,

cortando árboles de Navidad o trasladándose a los bosques de la compañía maderera más al norte. El resto del tiempo hacía lo que podía, que no era mucho. Tenía la caravana en un terreno propiedad de Ronald Straydeer, un indio penobscot de Old Town que se había establecido en Scarborough al regresar de Vietnam. Ronald formó parte del cuerpo K-9 durante la guerra y había guiado patrullas del ejército por los

senderos de la selva con *Elsa* al lado, su perra pastora alemana. La perra era capaz de oler a los guerrilleros del Vietcong en el aire, me contó Ronald, e incluso en una ocasión encontró agua potable cuando un pelotón quedó peligrosamente desprovisto de reservas. Al retirarse las tropas estadounidenses, dejaron allí a *Elsa* como «excedente militar» para el ejército de Vietnam del Sur. Ronald llevaba una fotografía del

animal en la cartera, con la lengua fuera y un par de placas de identificación colgando del cuello. Imaginaba que los vietnamitas se la habían comido en cuanto se marcharon los americanos, y nunca quiso otro perro. Al final se quedó con Billy Purdue en su lugar.

Billy sabía que su ex esposa quería trasladarse a la Costa Oeste e iniciar allí una nueva vida, y que, para hacerlo, necesitaba el dinero

que Billy le debía. Billy no quería que se fuera. Todavía creía que era posible salvar la relación, y ni el divorcio ni una orden que le prohibía acercarse a menos de treinta metros de su ex esposa le habían hecho cambiar de opinión.

Yo había accedido a abordar a Billy como favor a Rita, después de que ella me telefonease y nos reuniésemos en su apartamento. Y cuando le dije a Billy Purdue que Rita

no volvería a su lado y que tenía la obligación legal de pagarle el dinero que le debía, él se fue a por el bate de béisbol y las cosas se complicaron.

—La quiero —dijo. Dio una calada al cigarrillo y de sus orificios nasales se elevaron dos columnas de humo como exhalaciones de un toro especialmente irascible—. ¿Quién va a cuidar de ella en San Francisco?

Me levanté como pude y

me enjugué parte de la sangre del cuello con la manga de la chaqueta, que quedó húmeda y manchada. Por suerte la chaqueta era negra, aunque el hecho mismo de que eso me pareciera una suerte decía mucho acerca del día que estaba teniendo.

—Billy, ¿cómo van a sobrevivir ella y Donald si no le das el dinero que has de pagarle por orden del juez? —pregunté—. ¿Cómo va a arreglárselas Rita sin

eso? Si te preocupas por ella, tienes que pagarle.

Me miró y luego bajó la vista. Deslizó la puntera del zapato por el mugriento linóleo.

—Siento haberte hecho daño, tío, pero... —Se llevó la mano a la nuca y se rascó entre el pelo oscuro y desgredado—. ¿Vas a ir a la policía?

Si hubiera tenido intención de «ir a la policía», no habría informado de ello a Billy

Purdue. El arrepentimiento de Billy era tan sincero como el de Exxon cuando naufragó el *Exxon Valdez*. Además, si acudía a la policía, meterían a Billy en chirona y Rita seguiría sin recibir su dinero. Pero había algo raro en el tono de su voz cuando preguntó por la policía, algo que yo debería haber percibido pero pasé por alto. Billy tenía la camiseta negra empapada de sudor, y manchas de barro seco en los bajos del

pantalón. Por su organismo corría tal cantidad de adrenalina que a su lado las hormigas parecían tranquilas. Eso debería haberme hecho deducir que a Billy no le preocupaba la policía en el caso de una posible denuncia por agresión o por impago de la pensión para el mantenimiento de su hijo. No hay nada como ver las cosas en retrospectiva.

—Si le pagas el dinero, te dejaré en paz —dije.

Se encogió de hombros.

—No tengo mucho. No llego a los mil dólares.

—Billy, le debes casi dos mil dólares. Me parece que no acabas de entender la situación.

O quizá sí la entendía. La caravana era un estercolero; conducía un Toyota con agujeros en el suelo, y ganaba cien dólares semanales, o a lo sumo ciento cincuenta, con el transporte de basura y madera. Si dispusiera de dos

mil dólares, estaría en otra parte. Sería además otra persona, porque Billy Purdue nunca tendría dos mil dólares en su haber.

—Tengo quinientos — admitió por fin, pero en su mirada se reflejó algo nuevo cuando lo dijo, un vago asomo de astucia.

—Dámelos —respondí.

Billy no se movió.

—Billy, si no me pagas, vendrá la policía y te encerrará hasta que pagues. Si te encierran, no ganarás

dinero para pagarle a nadie, y eso me parece un círculo vicioso.

Pensó en ello durante un momento y al final metió la mano bajo el inmundo sofá al fondo de la caravana y sacó un sobre arrugado. Me dio la espalda, contó quinientos dólares y volvió a guardar el sobre. Me tendió el dinero con gran artificio, como un mago que hace aparecer el reloj de un espectador después de un truco especialmente

impresionante. Eran billetes nuevos, con números de serie consecutivos. A juzgar por el aspecto del sobre, habían dejado atrás a muchos amigos.

—¿Vas al cajero automático del Fleet Bank, Billy? —pregunté. Me parecía poco probable. La única manera de que Billy Purdue sacase dinero de un cajero automático era arrancándolo de la pared con un bulldozer.

—Dile algo de mi parte

—pidió—. Dile que quizás haya más en el sitio de donde ha salido éste, ¿queda claro? Dile que quizá ya no soy un perdedor. ¿Me entiendes? —Esbozó una sonrisa de superioridad, la clase de sonrisa que te dirige un tonto de remate cuando cree saber algo que tú ignoras. Sospeché que si Billy Purdue lo sabía, se trataba de algo que no me interesaba compartir con él. Me equivocaba.

—Te entiendo, Billy.

Dime que no sigues trabajando para Tony Celli. Dímelo.

Aunque el brillo de opaca astucia permaneció en su mirada, su sonrisa vaciló un poco.

—No conozco a ningún Tony Celli.

—Permíteme que te refresque la memoria. Un mafioso de Boston, un fulano alto que se hace llamar Tony «el Limpio». Empezó controlando putas, y ahora quiere controlar el

mundo. Anda metido en drogas, porno, préstamos con usura, todo aquello contra lo que existe alguna ley, así que hoy por hoy sus esperanzas de recibir un premio al mérito civil son tan bajas que ni entran en la clasificación. —Guardé silencio por un instante—. Trabajaste para él, Billy. Te estoy preguntando si aún lo haces.

Sacudió la cabeza como si intentase expulsar un tapón de agua del oído y a

continuación desvió la mirada.

—Bueno, en fin, puede que de vez en cuando haya hecho alguna que otra cosa para Tony. Sí, por supuesto. Sale más a cuenta que transportar basura. Pero no veo a Tony desde hace mucho tiempo. Mucho mucho tiempo.

—Más vale que digas la verdad, Billy, si no, mucha gente va a querer hablar muy seriamente contigo.

No respondió y yo no

insistí. Cuando agarré los billetes de su mano, se acercó y volví a levantar la pistola. Su cara quedó a un par de centímetros de la mía, y el cañón del arma contra su pecho.

—¿Por qué haces esto?
—preguntó, y me llegó su aliento y vi avivarse de nuevo las ascuas del resplandor rojo de antes. La sonrisa había desaparecido por completo—. Rita no puede permitirse un detective privado.

—Es un favor —contesté
—. Conocía a su familia.

Dudo que me oyese
siquiera.

—¿Cómo va a pagarte?
—Volvió la cabeza a un lado
mientras reflexionaba sobre
su propia pregunta. Luego
añadió—: ¿Te la estás
tirando?

Le sostuve la mirada.

—No. Y ahora retrocede.
Continuó donde estaba
y, al cabo de un momento,
con expresión ceñuda, se
apartó despacio.

—Más te vale —dijo mientras yo abandonaba la caravana y salía a la oscura noche de diciembre.

El dinero debería haberme puesto sobre aviso, claro está. Era imposible que Billy Purdue lo hubiese ganado honradamente, y tal vez tendría que haberle presionado al respecto, pero estaba dolorido y deseaba alejarme de él.

Mi abuelo, que fue también policía hasta que topó en el norte con aquel

tétrico árbol de extraños frutos que le marcaría de por vida, contaba a veces un chiste que era algo más que un chiste. Un hombre le dice a un amigo que se marcha a una partida de cartas. «Pero si está amañada», afirma el amigo. «Lo sé», dice él. «Pero es la única partida del pueblo».

Ese chiste, el chiste de un muerto, volvería a acudir a mi memoria en los días posteriores, cuando las cosas empezaron a torcerse. Me

acordaría también de otros comentarios de mi abuelo, comentarios que distaban mucho de ser chistes, aunque habían sido motivo de risa para muchos. Menos de setenta y dos horas después de las muertes de Emily Watts y varios hombres en Prouts Neck, Billy Purdue se convertiría en la única partida del pueblo, y las fantasías de un viejo cobrarían vida de forma violenta.

Al pasar por Oak Hill, me detuve en el banco y saqué doscientos dólares de mi cuenta por el cajero automático. El corte que tenía debajo del ojo ya no sangraba, pero supuse que, si intentaba limpiarme la costra, la hemorragia empezaría de nuevo. Fui a la consulta de Ron Archer en Forest Avenue, que visitaba dos noches por semana, y me dio tres puntos.

—¿Qué estabas

haciendo? —preguntó
mientras se preparaba para
inyectarme un anestésico.

Iba a decirle que no se molestara, pero temí que pensase que pretendía hacerme el héroe. El doctor Archer, a sus sesenta años, era un hombre apuesto, de aspecto distinguido, elegante cabello plateado y tan buen trato con sus pacientes que algunas mujeres solitarias deseaban acostarse con él para que las sometiera a un reconocimiento médico

íntimo e innecesario.

—Intentaba sacarme una pestaña del ojo —contesté.

—Utiliza un colirio. Comprobarás que no duele tanto y, después, aún conservarás el ojo.

Limpió la herida con una torunda y se inclinó hacia mí con la jeringuilla. Hice una mueca cuando me puso la inyección.

—Un chico mayor y valiente —masculló—. Si no lloras, cuando hayamos terminado te daré una

chocolatina.

—Seguro que en la facultad de Medicina todos hablaban de lo gracioso que es en su trato con los pacientes.

—En serio, ¿qué te ha pasado? —preguntó a la vez que comenzaba a coser—. Esto parece una herida de arma blanca y te están saliendo moretones en el cuello.

—He intentado hacerle una llave a Billy Purdue y no he salido precisamente

airoso.

—¿Purdue? ¿Ese chiflado que estuvo a punto de matar a su mujer y a su hijo en un incendio? — Archer enarcó las cejas, que se alzaron en su frente como dos cuervos asustados—. Debes de estar aún más loco que él. —Continuó cosiendo—. Como médico tuyo, es mi deber advertirte que, si sigues cometiendo estupideces como ésta, es muy posible que en el futuro necesites un tratamiento más

especializado que el que yo pueda ofrecerte. —Pasó la aguja una vez más y cortó el hilo—. Aunque imagino que la transición a la senilidad a ti no te representará un problema grave. —Se apartó un paso y examinó con orgullo su obra—. Magnífico —dictaminó con un suspiro—. Un bordado precioso.

—Si me miro en el espejo y veo que me ha cosido un corazoncito en la cara, no me quedará más

remedio que prenderle fuego a su consulta.

Envolvió con cuidado las agujas usadas y las metió en un recipiente de protección.

—Los puntos se disolverán dentro de unos días —dijo—. Y no juguetees con ellos. Ya sé cómo sois los niños.

Lo dejé allí riéndose y me dirigí en coche al apartamento de Rita Ferris, cerca de la catedral de la Inmaculada Concepción y del cementerio del Este,

donde están enterrados Burrows y Blythe, ese par de jóvenes necios. Murieron durante un innecesario combate naval en el que se enfrentaban el bergantín *Enterprise* de Estados Unidos y el británico *Boxer*, de los que eran los respectivos capitanes, frente a las costas de la isla de Monhegan durante la guerra de 1812. Recibieron sepultura en el cementerio del Este tras un multitudinario funeral doble

que acabó con un desfile por las calles de Portland. Cerca de ellos se alza un monumento de mármol dedicado al teniente Kervin Waters, que resultó herido en la misma batalla y tardó en morir dos atroces años. Contaba sólo dieciséis años cuando le hirieron y dieciocho cuando murió. No sé por qué me acordé de ellos mientras me dirigía al apartamento de Rita Ferris. Después de conocer a Billy Purdue, quizá tenía plena

conciencia de lo que era malgastar una vida joven.

Doblé por Locust y dejé atrás la iglesia anglicana de San Pablo a mi derecha y el mercadillo de beneficencia de San Vicente de Paúl a la izquierda. Rita Ferris vivía al final de la calle, frente a la escuela Kavanagh. Era un ruinoso edificio blanco de tres plantas al que se accedía por unos peldaños de piedra que conducían hasta una puerta, flanqueada a un lado por los timbres y los

números de los apartamentos, y al otro por una hilera de buzones abiertos.

Una mujer negra acompañada de una niña pequeña, probablemente su hija, abrió la puerta de entrada cuando me acercaba y me miró con recelo. En Maine la población negra es escasa si se compara con otros estados: el noventa y nueve por ciento era aún blanco a principios de los años noventa. Se requiere

mucho tiempo para salvar semejante diferencia, así que quizá su cautela fuese justificada.

Le dediqué a la mujer mi mejor sonrisa en un intento de tranquilizarla.

—He venido a ver a Rita Ferris. Está esperándome.

Si en algo cambió su expresión, fue para endurecerse aún más. Su perfil parecía labrado en ébano.

—Si le espera, llame al timbre —replicó, y me cerró

la puerta en la cara.

Dejé escapar un suspiro y llamé. Rita Ferris contestó; se oyó el chasquido del pestillo, y subí por la escalera hasta el apartamento.

A través de la puerta cerrada del apartamento de Rita, en la segunda planta, oí que daban *Seinfeld* en el televisor y la tos blanda de un niño. Llamé dos veces con los nudillos y la puerta se abrió. Rita se hizo a un lado para dejarme entrar.

Sostenía a Donald sobre la cadera derecha, vestido con un pelele azul. Llevaba el pelo recogido en un moño, una deformada sudadera azul, vaqueros y sandalias negras. La sudadera estaba manchada de comida y baba del niño. El apartamento, pequeño y bien arreglado pese a los gastados muebles, también olía a niño.

A varios pasos por detrás de Rita había una mujer. Mientras yo las observaba, ésta colocó una caja de

cartón llena de pañales, latas de comida y verdura fresca en el pequeño sofá. En el suelo había una bolsa de plástico con ropa de segunda mano y un par de juguetes, y advertí que Rita tenía unos billetes en la mano.

Cuando me vio, se sonrojó, arrugó el dinero y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

La otra mujer me miró con curiosidad y, me pareció, con cierta hostilidad. Debía de rondar

los setenta años, tenía el cabello blanco, con permanente, y los ojos grandes y castaños. Llevaba un abrigo largo de lana, de aspecto caro, sobre un jersey de seda y unos pantalones de algodón entallados. Discretamente, en sus orejas, muñecas y cuello se veían destellos de oro.

Rita cerró la puerta cuando entré y se volvió hacia la mujer mayor.

—Éste es el señor Parker —dijo—. Ha ido a hablar

con Billy por mí. —Se llevó la mano al bolsillo posterior del vaquero y señaló tímidamente con la cabeza a la mujer—. Señor Parker, le presento a Cheryl Lansing. Una amiga.

Le tendí la mano para saludarla.

—Encantado de conocerla —dije.

Tras vacilar por un instante, Cheryl Lansing me estrechó la mano con sorprendente fuerza.

—Igualmente.

Rita suspiró y decidió ampliar un poco su presentación.

—Cheryl nos echa una mano —explicó—. Nos trae comida, ropa y otras cosas. Sin ella no saldríamos adelante.

Ahora fue la mujer de mayor edad quien pareció incomodarse. Levantó la mano como quitándole importancia y dijo una o dos veces «Calla, criatura». Luego se ciñó el abrigo y besó a Rita suavemente en la

mejilla antes de concentrar su atención en Donald. Le alborotó el pelo, y el pequeño sonrió.

—Me pasaré otra vez por aquí dentro de una o dos semanas —anunció a Rita.

Una expresión de pena apareció en el rostro de Rita, como si tuviera la sensación de que en cierto modo trataba con descortesía a su invitada.

—¿Seguro que no quiere quedarse? —preguntó.

Cheryl Lansing me lanzó

una mirada y sonrió.

—No, gracias. Esta noche aún me queda un largo camino por delante, y sin duda el señor Parker y tú tenéis mucho de que hablar.

Dicho esto, me dirigió un gesto de despedida y se marchó. La observé mientras bajaba por la escalera: servicios sociales, supuse, quizás, incluso, una asistente de San Vicente de Paúl. Al fin y al cabo, estaban en la acera de enfrente. Rita pareció adivinarme el

pensamiento.

—Es una amiga, sólo eso
—dijo en voz baja—.
Conocía a Billy. Sabía cómo
era, cómo sigue siendo.
Ahora quiere asegurarse de
que estamos bien.

Cerró la puerta y echó la
llave. A continuación me
miró el ojo.

—¿Eso se lo ha hecho
Billy?

—Surgieron ciertas
diferencias.

—Lo siento. No pensaba
que fuese a agredirle. —Una

expresión de sincera preocupación se reflejó en su cara, que de pronto me pareció hermosa pese a las ojeras y las arrugas que se abrían paso entre sus facciones al igual que grietas a través de yeso antiguo.

Se sentó y se puso a Donald en equilibrio sobre la rodilla. Era un niño grande, con enormes ojos azules y una permanente expresión de ligera curiosidad. Me sonrió, levantó un dedo, lo bajó otra

vez y miró a su madre. Ella le sonrió, y el niño soltó una carcajada y le dio hipo.

—¿Le traigo un café? —dijo Rita—. Le ofrecería una cerveza, pero no tengo.

—No bebo, gracias. Sólo he venido para darle esto.

Le entregué los setecientos dólares. Pareció paralizada de asombro hasta que Donald intentó agarrar un billete de cincuenta dólares para llevárselo a la boca.

—Eh, eh —dijo Rita y

alejó el dinero de su hijo—. Bastante caro resulta ya mantenerte. —Separó dos billetes de cincuenta y me los ofreció—. Acéptelos, por favor. Por lo que ha pasado, por favor.

Le cerré la mano que me tendía con el dinero y la aparté con delicadeza.

—No lo quiero —respondí—. Como le dije, se trata de un favor. He tenido una charla con Billy. Me parece que en estos momentos dispone de un

poco de efectivo y quizás empiece a cumplir con sus obligaciones. Si no lo hace, el asunto podría quedar en manos de la policía.

Rita asintió con la cabeza.

—Billy no es mala persona, señor Parker. Simplemente está confuso, y muy resentido, pero quiere a Donnie más que a nada en el mundo. Creo que haría cualquier cosa para impedir que lo alejase de él.

Eso era lo que a mí me

preocupaba. Aquella llama roja en la mirada de Billy se encendía con excesiva facilidad, y en su interior habían anidado rabia y rencor suficientes para mantenerla viva durante mucho tiempo.

Me levanté para irme. En el suelo, junto a mis pies, vi uno de los juguetes de Donald, un camión rojo de plástico con un capó amarillo que chirrió cuando lo recogí y lo dejé en una silla. El ruido distrajo a

Donald por un instante, pero enseguida centró de nuevo su atención en mí.

—Pasaré por aquí la semana que viene, para ver cómo van las cosas.

Le tendí un dedo a Donald, y él me lo agarró con su pequeña mano. De pronto me asaltó la imagen de mi propia hija haciendo eso mismo y me invadió una profunda tristeza. Jennifer estaba muerta. Había muerto junto con mi esposa a manos de un asesino que,

convencido del escaso valor de ambas, las había destrozado y exhibido a modo de advertencia para otros. También él estaba muerto, capturado y abatido en Louisiana, pero eso no me proporcionaba el menor consuelo. Así no se cuadran los libros de cuentas.

Con delicadeza, retiré el dedo del puño de Donald y le di una palmadita en la cabeza. Rita me siguió hasta la puerta con Donald otra vez en la cadera.

—Señor Parker... —
empezó a decir.

—Bird —dije a la vez
que abría la puerta—. Así
me llaman mis amigos.

—Bird, quédate, por
favor. —Con la mano libre
me tocó la mejilla—. Por
favor. Ahora voy a acostar a
Donald. No tengo otra
manera de agradecértelo.

Cuidadosamente le
aparté la mano y le besé la
palma. Olía a crema para las
manos y a Donald.

—Lo siento, no puedo

—dije.

Pareció un poco desilusionada.

—¿Por qué no? ¿No me encuentras guapa?

Alargué el brazo y le acaricié el pelo, y ella inclinó la cabeza bajo mi mano.

—No es eso —contesté—. No es eso ni mucho menos.

Rita sonrió. Fue una sonrisa débil pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Gracias —dijo, y me

rozó la mejilla con los labios.

Nuestra ensoñación se vio perturbada por Donald, a quien se le ensombreció el rostro cuando toqué a su madre y de repente empezó a pegarme con su manita.

—¡Eh! —dijo Rita—.

Basta ya.

Pero el niño continuó pegándome hasta que aparté la mano.

—Se muestra muy protector conmigo —aclaró ella—. Seguro que ha

pensado que querías
hacerme daño.

Donald, con el pulgar en la boca, hundió la cabeza en el pecho de su madre y me miró con recelo. Rita, enmarcada por la luz del apartamento, permaneció en el rellano a oscuras cuando bajé por la escalera. Le levantó la mano a Donald para despedirse de mí, y yo le devolví el gesto.

Fue la última vez que los vi vivos.

2

Al día siguiente de hablar con Rita Ferris por última vez me levanté temprano. En la oscuridad inmóvil y opresiva me dirigí en coche al aeropuerto para tomar el primer vuelo a Nueva York. En los boletines informativos dieron las primeras noticias de un tiroteo en Scarborough, pero aún se conocían pocos detalles.

Desde el JFK tomé un taxi que me llevó por Van Wyck y Queens Boulevard, donde el tráfico era denso, hasta la esquina de la calle Cincuenta y Uno. Una pequeña multitud se había congregado ya en el cementerio de New Calvary: corrillos de policías uniformados que fumaban y hablaban en voz baja ante la verja; mujeres de luto, bien peinadas y maquilladas con delicadeza, intercambiaban solemnes gestos de

asentimiento; hombres más jóvenes, algunos casi adolescentes, con el cuello de la camisa demasiado apretado, visiblemente incómodos, y con corbatas negras prestadas que tenían el nudo mal hecho, demasiado pequeño, demasiado fino. Algunos de los policías me miraron y saludaron con la cabeza, y yo les devolví el saludo. Conocía a muchos por el apellido, pero ignoraba sus nombres de pila.

El coche fúnebre se acercó desde Woodside, seguido de tres limusinas negras, y entró en el cementerio. Los asistentes, en grupos de dos y de tres, comenzaron a avanzar tras los automóviles y, lentamente, nos encaminamos hacia la tumba. Vi un montículo de tierra con esteras verdes encima, y coronas y otras ofrendas florales alrededor. La concurrencia había aumentado: más policías de

uniforme, otros de paisano, más mujeres, unos cuantos niños. Reconocí a varios subjefes, media docena de capitanes y tenientes, todos allí para presentar sus últimos respetos a George Grunfeld, el viejo sargento del distrito Treinta, quien finalmente había sucumbido al cáncer dos años antes de la edad de jubilación.

En mi opinión, era un buen hombre, un policía honesto, chapado a la antigua, que tuvo la

desgracia de trabajar en un distrito donde habían corrido durante años rumores de extorsión y corrupción. Con el tiempo, los rumores dieron paso a las denuncias: sistemáticamente se decomisaban armas y drogas, sobre todo cocaína, y volvían a venderse; se llevaban a cabo redadas ilegales en las casas; se recurría a las amenazas. El distrito, que abarcaba hasta la calle Ciento Cincuenta y Uno y Amsterdam Avenue,

se sometió a investigación. Al final se condenó a treinta y tres agentes, que habían intervenido en dos mil procesos, y a muchos de ellos por perjurio. Sumado al incidente de Dowd en el distrito Setenta y Cinco — más armas y tráfico de cocaína, más sobornos—, este hecho dio mala prensa al Departamento de Policía de Nueva York. Yo suponía que aún saldrían más cosas a la luz: se decía que Midtown South estaba en el punto de

mira como consecuencia de un acuerdo con las prostitutas de la zona, que proporcionaban sexo recreativo a los agentes de servicio.

Quizá por eso había asistido tanta gente al funeral de Grunfeld. Él representaba algo bueno y esencialmente honrado, y su fallecimiento era de lamentar. Yo estaba allí por razones muy personales. Me arrebataron a mi mujer y a mi hija en diciembre de

1996, cuando aún era inspector de homicidios en Brooklyn. La violencia y la brutalidad con que las arrancaron de este mundo, y la incapacidad de la policía para descubrir al asesino, provocaron un creciente distanciamiento entre mis compañeros y yo. Para ellos, el asesinato de Susan y Jennifer me había contaminado y puesto de manifiesto la vulnerabilidad incluso de un policía y su familia. Deseaban

convencerse de que yo era la excepción, de que en cierta manera, como borracho, me lo había ganado a pulso, para así no tener que plantearse la alternativa. En cierto sentido tenían razón: me lo había ganado a pulso, y habíamos pagado por ello mi familia y yo, pero nunca perdoné a mis compañeros por obligarme a afrontar ese hecho solo.

Renuncié a mi puesto en el Departamento de Policía de Nueva York apenas un

mes después de las muertes. Muy pocos intentaron disuadirme de mi decisión, y uno de ellos fue George Grunfeld. Nos reunimos una soleada mañana de domingo en John's, un bar de la Segunda Avenida, cerca del edificio de las Naciones Unidas. Tomamos pomelos y magdalenas sentados en un reservado junto a la ventana con vistas a la Segunda Avenida, que en ese momento estaba tranquila, con poco tráfico y escasos

peatones. Pacientemente, escuchó mis motivos para marcharme: mi aislamiento cada vez mayor, el dolor de vivir en una ciudad donde todos los rincones me recordaban lo que había perdido, y la idea de que quizá, sólo quizá, lograría encontrar al hombre que me había arrebatado todo lo que para mí tenía valor.

—Charlie —dijo (nunca me llamaba Bird), una espesa mata de pelo canoso coronaba su cara redonda, y

sus ojos oscuros semejaban cráteres—, son todas buenas razones, pero si te vas, te quedarás solo y la ayuda que podrán ofrecerte los demás será limitada.

Permaneciendo en el cuerpo, aún tendrás una familia, así que quédate. Eres un buen policía. Lo llevas en la sangre.

—Lo siento, pero no puedo.

—Si te marchas, es posible que muchos lo vean como una huida.

Probablemente algunos se alegrarán de perderte de vista, pero te odiarán por rendirte.

—Allá ellos. En todo caso, son éstos quienes me tienen sin cuidado.

Exhaló un suspiro y tomó un sorbo de café.

—Nunca ha sido fácil llevarse bien contigo, Charlie. Eres demasiado listo, demasiado propenso a perder los estribos. Todos tenemos nuestros demonios, pero tú los llevas a flor de

piel. Creo que pones nerviosa a la gente, y si algo no le gusta a un policía, es que lo pongan nervioso. Va contra su propia naturaleza.

—Pero a ti no te pongo nervioso, ¿o sí?

Grunfeld hizo girar su taza sobre la mesa con el dedo meñique. Adiviné que quería contarme algo más pero dudaba si convenía o no. Lo que dijo cuando por fin habló me causó cierta vergüenza, y multiplicó por diez mi admiración por él si

aquello era posible.

—Tengo cáncer —
comentó con calma—.
Linfosarcoma. Me han
anunciado que a lo largo del
próximo año me pondré
francamente mal, y después
de eso me quedará quizás un
año de vida.

—Lo siento —dije, unas
palabras tan insignificantes
que de inmediato se
perdieron en la magnitud de
la situación a la que él se
enfrentaba.

Grunfeld levantó la

mano e hizo un parco gesto de indiferencia.

—Lamento no disponer de más tiempo. Tengo nietos. Me gustaría verlos crecer. Pero ya vi crecer a mis hijos y te compadezco porque a ti te han privado de eso. Quizás haga mal en decirlo, pero ojalá tengas una segunda oportunidad. Al final, es lo mejor que uno recibe en esta vida.

»En cuanto a si me pones nervioso, la respuesta es no. La muerte viene por

mí, Charlie, y eso te lleva a ver las cosas desde otra perspectiva. A diario me despierto y doy gracias a Dios por seguir aquí y porque el dolor aún es llevadero. Y entro en la comisaría del Treinta, ocupo mi asiento tras la mesa de la sala de revista y observo a la gente malgastar su vida de manera miserable, y les envidio hasta el último minuto que pierden. Tú no hagas eso, Charlie, porque cuando estás furioso y

atormetado y buscas a alguien a quien cargar las culpas, lo peor que puedes hacer es echártelo en cara a ti mismo. Y lo siguiente peor es echárselo en cara a otra persona. Ahí es donde la estructura, la rutina, pueden ser una ayuda. Por eso yo sigo en esa mesa, porque si no me ensañaría conmigo mismo y con mi familia. —Apuró el café y apartó la taza—. Al final harás lo que tengas que hacer, y te aconseje lo que te

aconseje, eso no cambiará.
¿Todavía bebes?

No me molestó la franqueza de la pregunta, porque no escondía dobles intenciones.

—Intento dejarlo — contesté.

—Algo es algo, supongo. —Se llevó una mano a la mejilla y luego anotó un número en la servilleta de papel—. Es el número de mi casa. Si necesitas hablar, llámame.

Pagó la cuenta, me

estrechó la mano y salió a la luz del sol. No volví a verlo.

Junto a la tumba, una silueta alzó la cabeza y fijó su atención en mí. Walter Cole me dirigió un discreto ademán a modo de saludo y se concentró de nuevo en el sacerdote, que leía de un devocionario encuadernado en piel. En algún lugar una mujer sollozaba calladamente y, en el cielo oscuro, un reactor oculto se abría paso entre las nubes con un rugido. Y después se

oyeron sólo la voz baja y apagada del sacerdote, el susurro de la tela mientras plegaban la bandera y el eco ahogado de los primeros puñados de tierra al caer sobre el féretro.

Cuando los asistentes empezaron a marcharse, me quedé de pie junto a un sauce y, con amargura, disgusto y pesar, vi a Walter Cole alejarse con los demás sin dirigirme una sola palabra. En otro tiempo mantuvimos una estrecha

relación: fuimos compañeros durante una época, luego amigos, y de todos aquellos cuya amistad había perdido, era a Walter a quien más echaba de menos. Era un hombre culto, aficionado a la lectura, a las películas que no tenían por protagonistas a Steven Seagal o Jean-Claude Van Damme, y a la buena mesa. Había sido mi padrino de boda, y en ella sostuvo con tal fuerza el estuche de las alianzas que le dejó profundas marcas en la

mano. Yo había jugado con sus hijos. Susan y yo habíamos disfrutado de la compañía de Walter y su esposa Lee en cenas, obras de teatro y paseos por el parque. Y me había pasado horas y horas sentado con él en coches y bares, en salas de juzgados y entre bastidores, sintiendo el pulso regular e intenso de la vida bajo nuestros pies.

Me acordé de un caso en Brooklyn. Vigilábamos a un pintor y decorador sobre

quien recaía la sospecha de que había matado a su mujer y la había hecho desaparecer de algún modo. Estábamos en un mal barrio, algo más al este de Atlantic Avenue, y Walter olía de tal modo a poli que podrían haberle puesto su nombre a un perfume; sin embargo, aquel individuo no parecía sospechar siquiera que estábamos allí. Quizá nadie lo advirtió. Nosotros no molestábamos a los yonquis ni a los camellos ni a las

putas, y nuestra presencia saltaba tanto a la vista que no podíamos actuar en secreto, así que los vecinos del barrio decidieron dejarnos en paz y no entrometerse en nuestros planes.

Cada mañana el tipo llenaba su furgoneta de botes de pintura y brochas y se iba a trabajar. Nosotros lo seguíamos. A lo lejos, lo observamos mientras pintaba primero una casa y, un par de días después, la

fachada de una tienda, antes de tirar los botes vacíos y volver a casa.

Tardamos unos días en entender qué hacía. Fue Walter quien agarró un destornillador y, haciendo palanca, abrió la tapa de uno de los botes abandonados en un contenedor. Lo consiguió al segundo intento, porque la pintura se había secado en el borde. Lógicamente, fue ese detalle lo que nos puso sobre aviso: el hecho de que la pintura estuviese seca, no

fresca.

Dentro del bote había una mano de mujer. Llevaba aún el anillo de boda en el dedo y el muñón se había adherido a la pintura del fondo de la lata, de modo que la mano parecía surgir de la base. Dos horas más tarde, provistos de una orden de registro, echamos abajo la puerta de la casa del pintor y, en un rincón del dormitorio, encontramos botes de pintura apilados casi hasta el techo, cada uno

con una sección del cuerpo de la esposa. En algunos, la carne había sido encajada casi a presión. Descubrimos la cabeza en un bote de esmalte blanco de ocho litros.

Esa noche, Walter llevó a cenar a Lee y, cuando regresaron a casa, la estuvo abrazando toda la noche. No hizo el amor con ella, me contó; sólo la abrazó, y ella lo comprendió. Yo ni siquiera recordaba qué hice aquella noche. Ésa era la

diferencia entre nosotros, o al menos lo era entonces. Ahora yo había aprendido.

Desde entonces había hecho algunas cosas. Había matado en un esfuerzo por encontrar al asesino de mi familia, el Viajante, y vengarme de él. Walter lo sabía, lo había utilizado incluso para sus propios fines, y se había dado cuenta de que yo haría pedazos a quienquiera que se interpusiese en mi camino. Pienso que, en cierto modo,

fue una prueba, una prueba para ver si confirmaba sus peores temores con respecto a mí.

Y así fue.

Lo alcancé cerca de la verja del cementerio, con el fragor del tráfico, la versión urbana del sonido del mar, en los oídos. Walter conversaba con Emerson, un capitán destinado antiguamente en el distrito Ochenta y Tres y que en aquel momento estaba en Asuntos Internos, lo cual

quizás explicase la mirada que me lanzó cuando me acerqué. El asesinato del pederasta y proxeneta Johnny Friday era ya un caso archivado, y dudaba que llegasen a descubrir al hombre que lo había matado. Lo sabía, porque ese hombre era yo. Lo había matado en un arrebato de ira ciega durante los meses posteriores al asesinato de Jennifer y Susan. Al final me traía sin cuidado qué sabía o dejaba de saber

Johnny Friday. Sólo quería matarlo por lo que, gracias a él, les había ocurrido a un centenar de Susans, a un millar de Jennifers. Lamenté la manera en que había muerto, como lamenté tantas otras cosas, pero lamentarlo no iba a traerlo de nuevo a este mundo. Desde aquel día habían corrido rumores, pero nada se demostraría jamás. Aun así, Emerson había oído esos rumores.

—Parker —dijo, y movió la cabeza con un

gesto de asentimiento—. Pensaba que no volveríamos a verle por aquí.

—Capitán Emerson — respondí—. ¿Cómo le va por Asuntos Internos? Muy ocupado, imagino.

—Siempre hay tiempo para un caso más, Parker — dijo, pero no sonrió. Alzó la mano en un gesto de despedida a Walter y se encaminó hacia la verja con la espalda erguida, la columna vertebral sostenida por los ligamentos de su

rectitud.

Walter, con las manos en los bolsillos, se miró los pies por un momento y levantó la vista para fijarla en mí. La jubilación no parecía sentarle bien. Se le notaba pálido e inquieto, y tenía cortes y la piel irritada por el afeitado de esa mañana. Supuse que echaba de menos la policía, y ocasiones como ésta intensificaban aún más su añoranza.

—Como ha dicho

Emerson —comentó Walter por fin—, pensaba que no volveríamos a verte por aquí.

—Quería presentarle mis respetos a Grunfeld. Era un buen hombre. ¿Cómo está Lee?

—Bien.

—¿Y los chicos?

—Bien. —Quedaba

claro que no era fácil lidiar consecutivamente con Walter y Emerson—. ¿Por dónde andas ahora? —dijo, pero su tono daba a entender

que lo preguntaba sólo por aligerar la incomodidad de la situación.

—He vuelto a Maine. Es un sitio tranquilo. No he matado a nadie desde hace semanas.

La mirada de Walter permaneció impasible.

—Deberías quedarte allí. Si te entran ganas, puedes dispararle a una ardilla. Ahora tengo que irme.

Asentí con la cabeza.

—Claro. Gracias por tu tiempo.

No contestó y, mientras lo observaba alejarse, sentí un dolor profundo y humillante, y pensé: tienen razón. No debería haber vuelto, ni siquiera por un día.

Fui en metro a Queensboro Plaza, donde hice trasbordo a la línea N de Manhattan. Al poco de sentarme frente a un hombre que leía un panfleto religioso, el ruido y el olor

del vagón desencadenaron en mí una sucesión de recuerdos, y me vino a la memoria algo que había ocurrido siete meses antes, a primeros de mayo, cuando empezaba a dejarse notar el calor del verano. Llevaban muertas casi cinco meses.

Era la noche de un martes, ya tarde, muy tarde. Tras salir del Café con Leche, en la esquina de la calle Ochenta y Uno con Amsterdam Avenue, tomé el metro para volver a mi

apartamento del East Village. Debí de adormilarme un rato, porque cuando desperté, mi vagón iba vacío y en el siguiente la luz parpadeaba, pasando del negro al amarillo y otra vez al negro.

En ese otro vagón viajaba una mujer, con la vista fija en sus propias manos y la cara oculta tras el cabello. Vestía pantalón oscuro y blusa roja. Tenía los brazos extendidos y las palmas de las manos en alto,

como si leyese el periódico, salvo que sus manos no sostenían nada.

Iba descalza y, bajo sus pies, había sangre en el suelo.

Me levanté y recorrí el vagón hasta llegar a la puerta que comunicaba con el otro coche. No sabía dónde estábamos ni cuál era la parada siguiente. Abrí la puerta y, al salvar la distancia y entrar en la oscuridad del otro vagón, sentí la bocanada de calor

del túnel, el sabor a inmundicia y contaminación en la boca.

Las luces se encendieron otra vez, pero la mujer había desaparecido, y no había sangre en el suelo donde la había visto sólo un momento antes. En el vagón viajaban otros tres pasajeros: una anciana negra, aferrada a cuatro enormes bolsas de plástico; un hombre blanco con gafas, esbelto y bien vestido, con un maletín sobre las rodillas; y un

borracho de barba desigual, tendido en cuatro asientos, roncando. Me disponía a volverme hacia el ejecutivo cuando, frente a mí, vi una silueta en negro y rojo iluminada por unos segundos. Era la misma mujer, sentada en la misma posición que antes: los brazos extendidos, las palmas de las manos en alto. Incluso ocupaba más o menos el mismo asiento, sólo que un vagón más allá.

Y caí en la cuenta de que

la luz vacilante también parecía haberse desplazado junto con ella, de modo que, una vez más, era una figura capturada a instantes por aquella iluminación defectuosa. A mi lado, la anciana alzó la vista y sonrió; el ejecutivo del maletín me miró imperturbable, y el borracho cambió de posición y se despertó, y cuando me observó, vi una mirada de complicidad en sus ojos brillantes.

Avancé por el vagón hacia la puerta, cada vez más cerca. Algo en aquella mujer me resultaba familiar, algo en su porte, algo en su peinado. No se movió, no levantó la vista, y yo sentí que se me hacía un nudo en el estómago. Alrededor de ella, las luces parpadearon y se apagaron. Entré en el vagón, el último antes del coche del conductor, y olí la sangre del suelo. Di un paso, luego otro, y otro más, hasta que resbalé sobre algo

húmedo y de pronto supe
quién era la mujer.

—¿Susan? —susurré,
pero en la oscuridad reinaba
el silencio, un silencio roto
sólo por el impetuoso viento
del metro y el traqueteo de
las ruedas en la vía. Bajo los
destellos de las luces del
túnel, vi su silueta recortada
contra la puerta del fondo, la
cabeza gacha, los brazos
levantados. La luz vaciló por
un segundo, y me di cuenta
de que no llevaba una blusa
roja. No llevaba nada. Era

sólo sangre: sangre espesa y oscura. La luz resplandeció tenuemente a través de la piel que había sido arrancada de sus pechos y dispuesta como un manto sobre sus brazos extendidos. Alzó la cabeza y vi una mancha roja y desdibujada donde había estado la cara, y las cuencas de los ojos vacías y mutiladas.

Y en ese instante, cuando el tren se acercaba a la estación, chirriaron los frenos y el vagón se

balanceó. El mundo entero quedó a oscuras y no hubo más que un vacío hasta que entramos en Houston Street, y una iluminación antinatural inundó el coche. El olor de la sangre y el perfume continuaban flotando en el aire, pero ella ya no estaba.

Ésa fue la primera vez.

La camarera nos trajo las cartas de postres. Le sonreí. Me devolvió la sonrisa. Lo

inusitado es prodigioso.

—Tiene el culo gordo —
comentó Ángel mientras
observaba cómo se alejaba.
Él vestía su indumentaria
característica: vaqueros
descoloridos, camisa de
cuadros arrugada sobre una
camiseta negra y unas
zapatillas de deporte que
eran ahora una mugrienta
burla del blanco original.
Una cazadora negra de cuero
colgaba del respaldo de su
silla.

—No le miraba el culo

—repuse—. Tiene una cara bonita.

—Entonces ella es la cara aceptable de las mujeres de culo gordo.

—Sí —terció Louis—. Parece la portavoz de las culonas, la que sacan cuando quieren quedar bien en televisión. La gente la mira y dice: «Bien pensado, quizá las culonas no están tan mal».

Como siempre, daba la impresión de que Louis había sido concebido como

el intencionado contrapunto a su amante. Lucía un traje negro de Armani y una camisa de etiqueta blanca como la nieve con el cuello desabrochado, el blanco virginal de la camisa en marcado contraste con sus oscuras facciones y su afeitada cabeza de ébano.

Estábamos sentados en J. G. Melon's, un restaurante en la esquina de la Tercera Avenida con la calle Setenta y Cuatro. No los veía desde hacía dos meses, pero

aquellos dos hombres, el diminuto ex ladrón blanco y su enigmático y persuasivo novio, eran en la actualidad lo más parecido a unos amigos que me quedaba. No se movieron de mi lado cuando Jennifer y Susan murieron y se quedaron conmigo durante aquellos últimos y terribles días en Louisiana cuando nos acercábamos al enfrentamiento final con el Viajante. Vivían al margen de la sociedad —quizás era

ése uno de los motivos de nuestra estrecha relación—, y Louis en particular era un hombre peligroso, un asesino a sueldo que en la actualidad disfrutaba de una especie de semijubilación turbia e indefinida, pero estaban del lado de los ángeles, aun cuando los ángeles no tuviesen muy claro si considerarlo un hecho positivo o no en su evolución.

Ángel soltó una estridente carcajada.

—Portavoz de las
culonas —repitió para sí, y
examinó la carta.

Le lancé una patata frita
que me había dejado en el
plato.

—¡Eh, esbelto! —
exclamé—. Me parece que
bien podrías prescindir de un
par de helados de vez en
cuando. Si intentases entrar
a robar ahora en alguna
parte, te quedarías atascado
en la puerta. Sólo podrías
colarte en casas con
ventanas grandes.

—Es verdad, Ángel —
coincidió Louis, impertérrito
—. Quizá deberías
especializarte en catedrales,
o en el Metropolitan.

—Aún puedo permitirme
unos cuantos kilos más —
contestó Ángel
fulminándolo con la mirada.

—Tío, si engordas más
todavía, parecerás tú y tu
gemelo juntos.

—Muy gracioso, Louis
—dijo Ángel con un gesto
de indiferencia—. En todo
caso, ésa necesita dos pases

de metro para ella sola; no sé si me explico.

—¿Y a ti qué más te da?
—pregunté—. No tienes ningún derecho a hacer comentarios sobre el sexo opuesto. Eres gay. No tienes un sexo opuesto.

—Eso es un prejuicio, Bird.

—Ángel, cuando alguien comenta que eres gay, no es un prejuicio; es sólo una afirmación. Prejuicio es cuando uno la emprende con los miembros más

voluminosos de la sociedad.

—Eh —dijo—, eso no cambia el hecho de que, si buscas compañía, quizá podamos ayudarte.

Lo miré fijamente con una ceja enarcada.

—Me parece improbable. Si llego a estar tan desesperado, me pegaré un tiro.

Sonrió.

—En fin, das esa impresión. He oído que la página web esa de las «Mujeres entre rejas», la

Womenbehindbars.com,
bien vale una visita.

—¿Cómo? —interrogué.

Su sonrisa se ensanchó de tal modo que uno podría haberle encajado una tostada en la boca.

—Ahí hay muchas mujeres buscando a un hombre como tú. —Formó una pistola con la mano derecha, me apuntó con el dedo índice y me disparó con un movimiento del pulgar. Parecía un número de cabaré de un tugurio gay.

—¿Qué es exactamente Womenbehindbars.com? — pregunté.

Sabía que me estaban mortificando, pero también percibí otra intención tanto en Ángel como en Louis. «Allá en el norte estás solo, Bird», parecía que quisieran decirme. «No cuentas con muchas personas a quienes recurrir, y nosotros no podemos cuidar de ti desde Nueva York. A veces, incluso antes quizá de creer que estás preparado para

ello, debes tender la mano y encontrar algo en lo que puedas confiar de verdad. Debes buscar un punto de apoyo, o de lo contrario caerás y seguirás cayendo hasta que todo quede a oscuras».

Ángel se encogió de hombros.

—Ya sabes, uno de esos servicios de citas por Internet. En algunos sitios hay más mujeres solitarias que en otros: San Francisco, Nueva York, las prisiones

estatales...

—¿Estás diciéndome que existe un servicio de citas para mujeres en la cárcel?

Levantó las manos con las palmas abiertas.

—Claro que sí. Las talegueras también tienen sus necesidades. Basta con que te registres, y luego echas una ojeada a las fotos y eliges mujer.

—Están en la cárcel, Ángel —le recordé—. No puedo invitarlas a cenar y al

cine sin cometer un delito. Además, podría ser que yo las hubiese mandado a chirona. No voy a salir con alguien a quien puse entre rejas. Quedaría raro.

—Pues sal con mujeres de otros estados —propuso Ángel—. Declara zona restringida desde Yonkers hasta el lago Champlain, y el resto del país es tu territorio.

Brindó por mí con su vaso. A continuación, él y Louis cruzaron una mirada, y envidié esa clase de

intimidación.

—Y a todo esto, ¿por qué están encerradas esas mujeres? —pregunté, resignado ya a interpretar el personaje serio en esa escena cómica.

—En la página no se dice —respondió Ángel—. Sólo da la edad, lo que buscan en un hombre y una foto. Una foto sin números debajo —añadió—. Ah, y te dice si están dispuestas a trasladarse o no, aunque la respuesta es bastante obvia.

Piensa que están en la cárcel. Probablemente el traslado ocupa una de las primeras posiciones en su lista de prioridades.

—¿Y qué más te da por qué están encerradas? — preguntó Louis. Advertí que se le saltaban las lágrimas. Me complació proporcionarle tanta diversión—. Las señoras cometen su delito, cumplen condena, y su deuda con la sociedad queda saldada. Siempre y cuando no le

hayan cortado la polla a alguien y la hayan atado a un globo hinchado con helio, estás a salvo.

—Exacto —convino

Ángel—. Basta con que fijas unas normas básicas y luego tantees el terreno. Pongamos que ha sido ladrona. ¿Saldrías con una ladrona?

—Me robaría.

—¿Con una puta?

—No me fiaría de ella.

—Eso que dices me parece una atrocidad.

—Lo siento —contesté

—. Quizá podríais iniciar una campaña.

Ángel movió la cabeza en un gesto de fingido pesar y de pronto se le iluminó el semblante.

—¿Y un caso de agresión? —sugirió—. Con una botella rota o, tal vez, un cuchillo de cocina. Nada demasiado grave.

—¿Un cuchillo de cocina no te parece lo bastante grave? Ángel, ¿en qué planeta vives? ¿En el mundo de los cubiertos de

plástico?

—Una asesina, pues.

—Depende de a quién haya matado.

—A su viejo.

—¿Por qué?

—¿Y yo qué coño sé?

¿Te crees que le puse micrófonos? ¿Sales con ella o no?

—No.

—Joder, Bird, si te andas con tanto remilgo, nunca conocerás a nadie.

La camarera regresó.

—¿Tomarán postre, los

señores?

Los tres dijimos que no, y Ángel añadió:

—No, con mi dulzura natural me sobra.

—Y también le sobra algún que otro kilo — apostilló la camarera y volvió a sonreírme.

Ángel se sonrojó y Louis contrajo los labios en un amago de sonrisa.

—Tres cafés —dije, y le devolví la sonrisa—. Acabas de ganarte una propina considerable.

Después de comer fuimos a pasear al Central Park y nos paramos junto a la estatua de Alicia sobre la seta que se encuentra al lado del estanque para barcos teledirigidos. Aunque no había niños haciendo navegar sus juguetes por el agua, vimos a dos o tres parejas abrazadas en la orilla, Louis las observaba impasible. Ángel se encaramó a la seta y se

quedó allí sentado con las piernas colgando junto a mí y Alicia mirando por encima de él.

—¿Qué edad tienes? — pregunté.

—Soy lo bastante joven para saber apreciar todo esto —contestó—. ¿Y a ti cómo te van las cosas?

—Sobrevivo. Tengo días buenos y días malos.

—¿Cómo los distingues?

—Los días buenos no llueve.

Una sonrisa comprensiva

se dibujó en sus labios.

—El Día de Acción de Gracias debió de ser un mal trago.

—Di gracias porque no llovió.

—¿Te va quedando bien la casa? —quiso saber.

Estaba rehabilitando la vieja casa de mi abuelo en Scarborough. Ya me había mudado allí, pero aún eran necesarias algunas reformas.

—Está casi terminada. Hay que arreglar el tejado, y eso es todo.

Guardó silencio por un rato.

—En el restaurante sólo pretendíamos pincharte un poco —dijo por fin—. Imaginamos que no pasas por un buen momento. Pronto se cumplirá un año, ¿no?

—Sí, el doce de diciembre.

—¿Lo llevas bien?

—Visitaré la tumba, les ofreceré una misa. No sé si me resultará muy difícil.

En realidad temía que

llegase ese día. Por alguna razón, me parecía importante que la casa estuviese acabada para entonces, que yo me hubiese instalado ya allí de manera definitiva. Deseaba la estabilidad que suponía, los lazos con un pasado que recordaba feliz. Deseaba un sitio que pudiese llamar hogar, y en el que me fuera posible rehacer mi vida.

—Tenno informados de los detalles. Iremos.

—Os lo agradecería.

Ángel asintió.

—Hasta entonces, te conviene cuidarte más, no sé si me entiendes. Si pasas demasiado tiempo solo, al final enloquecerás. ¿Has tenido noticias de Rachel?

—No.

Rachel Wolfe y yo habíamos sido amantes por un tiempo. Vino a Louisiana para colaborar en la búsqueda del Viajante y se trajo consigo sus conocimientos en psicología y un amor por mí que no

comprendí y al que entonces fui incapaz de corresponder plenamente. Ese verano ella había sufrido física y emocionalmente. No habíamos hablado desde el hospital, pero yo sabía que estaba en Boston. Incluso la había visto cruzar el campus universitario un día, su cabello rojo resplandeciente bajo el sol de última hora de la mañana, pero no reuní valor para importunarla en su soledad, o su dolor.

Ángel se desperezó y

cambió de tema.

—¿Has visto a alguien interesante en el funeral?

—Emerson.

—¿El gilipollas de Asuntos Internos? Debes de haberte llevado una gran alegría.

—Ver a Emerson siempre ha sido un placer. Un poco más y me toma medidas para unas esposas y un traje de rayas. También estaba allí Walter Cole.

—¿Tenía algo que decirte?

—Nada bueno.

—Es un moralista, y éstos son los peores. Y hablando de Emerson, ¿te has enterado de que ponen en venta el número doscientos cuarenta y siete de Mulberry? Louis y yo estamos pensando en comprarlo, para abrir un museo de las fuerzas del orden.

El 247 de Mulberry fue la sede del Ravenite Social Club, cuartel general de John Gotti padre hasta que el

testimonio de Sammy el Toro garantizó el traslado del negocio de Gotti a una celda. Su hijo John Junior se había puesto al frente de la familia criminal de los Gambino, y se había ganado con ello la detención y la fama de ser el padrino más inepto en la historia de la mafia.

—John Junior, tío —dijo Ángel, moviendo la cabeza con gesto de incredulidad—. He ahí la prueba de que los genes del padre no pasan

intactos al primogénito de manera automática.

—Supongo que no — contesté. Eché un vistazo al reloj—. Tengo que irme. He de tomar el avión.

Louis se dio media vuelta y se acercó a nosotros, los músculos de su esbelto cuerpo de metro noventa y cinco eran perceptibles incluso bajo el traje y el abrigo.

—Ángel —dijo—, si te encontrase encima de un champiñón, quemaría toda la

cosecha. Por tu culpa, Alicia tiene mala cara.

—Ya. Eso es que te ha visto venir y ha pensado que vas a atracarla. No eres precisamente el Conejo Blanco.

Observé a Ángel mientras bajaba de la seta deslizándose y frenando con las manos. A continuación las levantó para enseñar las palmas, ligeramente cubiertas de mugre, y se aproximó a la figura inmaculada de Louis.

—Ángel, te lo advierto, si me tocas, tendrás qué despedirte de Bird con un muñón.

Me aparté de ellos y contemplé el parque y la quietud del estanque. Experimenté un creciente desasosiego cuya causa era incapaz de precisar, una sensación de que, mientras yo me encontraba en Nueva York, estaban ocurriendo en otro lugar sucesos que me afectaban de algún modo.

Y en la superficie del

estanque se agruparon
oscuros nubarrones,
cambiando de forma una y
otra vez, y las aves volaron a
través de sus aguas poco
profundas como si fueran a
ahogarse. En las sombras de
ese mundo de reflejos, los
árboles desnudos sondeaban
las profundidades con sus
ramas, como dedos que
escarbasen cada vez más
hondo en un pasado ya casi
olvidado.

3

Para mí, la primera señal de que se avecina el invierno es siempre el cambio en la coloración de los abedules papeleros. Sus troncos, normalmente blancos o grises, pasan a ser de un tono verde amarillento en otoño, que se mezcla con el tumulto de rojo ladrillo, dorado intenso y ámbar mortecino a medida que van transformándose los árboles.

Contemplo los abedules y sé que el invierno está de camino.

En noviembre llegan las primeras escarchas importantes y las carreteras son peligrosas; las hojas de hierba se vuelven quebradizas como el cristal, de modo que, cuando uno camina, los fantasmas de sus pasos lo siguen como filas de almas en pena. En las esqueléticas ramas se acurrucan los gorriones molineros; los ampelis se

columpian de rama en rama, y de noche las lechuzas gabilanas buscan presas en la oscuridad. En el puerto de Portland, que nunca se hiela por completo, hay ánades reales, patos arlequines y eideres.

Incluso en los momentos más fríos, el puerto, los campos y los bosques están llenos de vida. Las urracas azules vuelan y los chochines emiten su reclamo; los pinzones se alimentan de semillas de

abedul. Seres diminutos e invisibles reptan, cazan, viven, mueren. Las crisopas hibernan bajo la corteza muerta de los árboles. Las larvas de frigánea llevan auestas sus casas construidas con restos de plantas, y los áfidos permanecen encogidos en los alisos. Las ranas del bosque duermen congeladas bajo capas de hongos, en tanto que los escarabajos y los nadadores de espalda, los tritones y las salamandras maculadas, con

sus colas gruesas por la grasa acumulada, se agitan en las heladas aguas. Hay hormigas carpinteras, pulgas de las nieves, arañas y mariposas manto de duelo que revolotean sobre la nieve como papel quemado. Ratones de patas blancas y ratones de campo y musarañas pigmeas corretean por la nieve fundida, atentas a la aparición de zorros y comadreja y de las crueles martas pescadoras, que

cazan puercoespines con los que comparten el hábitat. La liebre nival adquiere un pelaje blanco en respuesta a las escasas horas de luz solar, más apto para esconderse de los depredadores.

Porque los depredadores nunca desaparecen.

Cuando llega el invierno, a las cuatro ya ha oscurecido y la vida se comprime para adaptarse a las restricciones

impuestas por la naturaleza. La gente vuelve a formas de vida que, en algunos aspectos, les habrían resultado familiares a sus antepasados, a los primeros colonos que remontaron los grandes valles fluviales tierra adentro en busca de bosques madereros y tierras cultivables. Salen menos y se quedan en sus casas al calor del hogar. Terminan sus tareas diarias antes de que oscurezca. Piensan en la siembra, en el bienestar de

los animales, de los niños, de los ancianos. Cuando abandonan sus casas, se abrigan bien y agachan la cabeza para que no les entre en los ojos la arena que levanta el viento del camino.

En las noches más frías las ramas de los árboles crujen en la oscuridad, el cielo se ilumina al paso de los ángeles de la aurora boreal y los terneros mueren.

Habrán falsos deshielos en enero, otros en febrero y marzo, pero los árboles

continuarán deshojados. La tierra se convierte en barro con el calor que suele hacer tras el amanecer y vuelve a helarse de noche; de día, los caminos son intransitables, y al oscurecer, peligrosos.

Y la gente sigue reuniéndose en lugares calientes y espera a que el hielo se resquebraje en abril.

En Old Orchard Beach, al sur de Portland, los parques de atracciones están

vacíos y en silencio. La mayoría de los moteles permanecen cerrados y las rejillas del aire acondicionado están cubiertas con bolsas de plástico negro. Las olas rompen grises y frías, y las ruedas de los coches producen un golpeteo grave y sordo al cruzar las viejas vías del ferrocarril en la calle mayor. Así ha sido hasta donde me alcanza la memoria, desde que era niño.

Cuando los árboles empezaban a transformarse, y antes de que los abedules papeleros pasaran del blanco hueso a los colores de un hermoso declive, el timador Saul Mann liaba los bártulos y se preparaba para abandonar Old Orchard con rumbo a Florida.

«El invierno es para los paletos», decía mientras guardaba la ropa —sus corbatas de charlatán de feria, sus vistosas chaquetas de JCPenney, sus zapatos de

dos tonalidades— en su maleta de color tostado. Saul era un hombre menudo y atildado, con el pelo negro como el azabache desde que lo conocía y algo de barriga, que apenas tensaba un poco los botones del chaleco. Las facciones de su cara eran de una vulgaridad inexorable, curiosamente difíciles de recordar, como si las hubiese encargado a propósito. Su actitud era cordial y nada amenazadora, y no le dominaba la codicia, así que

rara vez, o nunca, sobrepasaba sus propios límites. Timaba a la gente en torno a los diez o veinte dólares, en ocasiones cincuenta, y muy de vez en cuando, si pensaba que la víctima podía sobrellevar la pérdida, un par de cientos. Por lo general trabajaba solo, pero si el timo lo exigía, contrataba a un cebo para atraer a los pardillos. A veces, si las cosas no andaban bien, encontraba trabajo con la gente de las

ferias ambulantes y los fulleros en partidas amañadas.

Saul nunca se había casado. «A cualquier hombre casado le tima su mujer», decía Saul. «Nunca te cases a menos que ella sea más rica que tú, más tonta que tú y más guapa que tú. O eso, o eres un primo».

Se equivocaba, claro está. Yo me casé con una mujer que paseaba conmigo por el parque, que hacía el amor conmigo y que me dio

una hija, y a quien no llegué a conocer realmente hasta que se fue de este mundo. Saul Mann nunca disfrutó de una alegría así: tan preocupado estaba por no convertirse en pardillo que la vida le estafó sin que se diese cuenta siquiera.

Mientras hacía la maleta tenía a su lado, en una segunda bolsa negra de charol más pequeña, las herramientas de su oficio, las armas del pequeño timador. Estaba la cartera

repleta de billetes de veinte dólares que, tras un examen más atento, revelaban ser un billete de veinte dólares más la mitad del *Maine Sunday Telegram* cuidadosamente cortado en trozos del tamaño de un billete de veinte dólares. El timador «encuentra» la cartera, pide consejo al primo sobre qué hacer con ella, accede a dejarla bajo su custodia hasta que la obligación legal de entregarla expire con el paso del tiempo, lo anima a

ofrecer un depósito de cien dólares como gesto de buena voluntad, sólo para asegurarse de que no va a estafarle su parte del efectivo y, helo ahí, el timador ha sacado ochenta pavos con el trato, menos el coste de una cartera nueva y otro ejemplar del *Maine Sunday Telegram* para el siguiente camelo.

Había anillos de diamantes falsos, todo de cristal, estrás y metal tan barato que uno tardaba una

semana en quitarse la mancha verde de los dedos, y chapas de botella para el juego de los triles. Había naipes con más marcas que la playa de Omaha el Día D y también material para otros timos más elaborados: documentos repletos de sellos de aspecto oficial que prometían al portador el sol, la luna y las estrellas; boletos de lotería que garantizaban al ganador exactamente el cero por ciento de nada; talonarios de

diez o veinte cuentas distintas, cada una con fondos apenas suficientes para mantenerlas en funcionamiento, pero que a la vez le permitían extender cheques sin problemas un viernes por la noche, con dos días de respetabilidad fiscal antes de ser devueltos.

En los meses de verano, Saul Mann recorría los pueblos turísticos de la costa de Maine en busca de víctimas. Llegaba a Old Orchard Beach

religiosamente el 3 de julio, alquilaba la habitación más barata que encontraba y trabajaba en la playa durante una semana, dos a lo sumo, hasta que su cara empezaba a ser conocida. Entonces iniciaba el recorrido hacia Bar Harbor, al norte, y repetía la misma maniobra, siempre en marcha, sin quedarse nunca demasiado tiempo en un sitio, eligiendo a sus víctimas con cuidado. Y cuando había amasado dinero suficiente y la gente

empezaba a marcharse después del Día del Trabajo, cuando los árboles empezaban a cambiar lentamente, Saul Mann liaba los bártulos y se trasladaba a Florida para timar allí a los turistas de invierno.

Mi abuelo no sentía gran simpatía por él o, como mínimo, no confiaba en él, y para mi abuelo confianza y simpatía eran la misma cosa. «Si te pide que le prestes un dólar, no lo hagas», me advirtió una y otra vez.

«Recuperarás diez centavos si es que recuperas algo».

Pero Saul nunca me pidió nada. Lo conocí un verano que yo trabajaba en las salas de juegos de Old Orchard, donde me dedicaba a aceptar el dinero de niños pequeños a cambio de peluches cuyos ojos se mantenían en su sitio mediante prendedores de un centímetro y medio de largo y cuyos miembros permanecían unidos al tronco por la voluntad de

Dios. Saul Mann me habló de las ferias ambulantes, de los engaños en equipo: la canasta de baloncesto con la pelota demasiado hinchada y el aro demasiado pequeño, los dardos para globos con los globos medio desinflados; la galería de tiro con las miras torcidas. Observé cómo trabajaba con la gente, y eso me sirvió como aprendizaje. Elegía a los ancianos, los codiciosos, los desesperados, a aquellos tan inseguros que confiaban

más en el juicio de otro hombre que en el suyo propio. A veces optaba por los tontos, pero sabía que los tontos podían resultar mezquinos, o que quizá no tenían dinero suficiente para que el timo mereciese la pena, o que a veces eran tan poco astutos que se volvían desconfiados.

Mejores aún eran los que se creían listos, los que tenían buenos empleos en localidades de tamaño medio y que pensaban que jamás

caerían en las trampas de un timador. Éstos constituían su objetivo prioritario, y Saul se regodeaba con ellos cuando aparecían. Murió en 1994 en una residencia para ancianos de Florida entre las personas que antes había escogido como víctimas, y probablemente los engañó jugando a la canasta hasta que exhaló el último aliento, hasta que Dios tendió su mano y le mostró que, al final, todos somos unos primos.

Esto fue lo que me aconsejó Saul Mann: «Nunca des tregua a los pardillos: escaparán si lo haces. Nunca sientas piedad: la piedad es la madre de la caridad, y la caridad consiste en entregar dinero, y un timador nunca entrega dinero. Y nunca los obligues a hacer nada, porque los mejores timos son aquellos en los que ellos vienen a ti. Pon el señuelo, espera y siempre acudirán a ti».

Aquel diciembre la nieve llegó pronto a Greenville, Beaver Cove, Dark Hollow y los otros pueblos que lindaban con los Grandes Bosques del Norte. Cayeron los primeros copos y la gente miró al cielo para, de inmediato, apretar el paso, con un nuevo brío en el andar, espoleados por el frío que ya se presentía. Se encendió fuego en las chimeneas, se abrigó a los niños con llamativas

bufandas rojas y guantes con los colores del arco iris, y se les advirtió que no podían quedarse en la calle hasta tarde, que debían darse prisa para volver a casa antes de que oscureciera, y en los patios de las escuelas empezaron a contarse historias sobre niños pequeños que se apartaban del camino y los encontraban fríos y muertos cuando llegaba el deshielo.

Y en los bosques, entre los arces, los abedules y los

robles, entre las píceas y las tsugas y los pinos blancos, se movía algo. Caminaba despacio y con determinación. Conocía aquellos bosques, los conocía desde hacía mucho tiempo. Pisaba con aplomo; sabía dónde había un árbol caído. Para él, cada muro de piedra antiguo, cubierto por los bosques renovados y perdido entre la maleza, era un lugar donde descansar, donde cobrar aliento antes de seguir adelante.

En la negrura del invierno comenzó a moverse con un nuevo objetivo. Algo que se había perdido ahora había reaparecido. Algo desconocido se había puesto de manifiesto, como si la mano de Dios hubiese descorrido un velo. Pasó junto a los restos abandonados de una vieja granja con el techo desplomado desde hacía tiempo, las paredes no más que un refugio para ratones. Llegó a lo alto del monte y

recorrió la cima, con la luna resplandeciente en el cielo, el murmullo de los árboles en la oscuridad.

Y devoró las estrellas a su paso.

4

Hacía casi tres meses que había vuelto a Scarborough, a la casa donde había pasado la adolescencia tras la muerte de mi padre y que mi abuelo me había dejado en su testamento. En el East Village, donde viví durante una temporada después de la muerte de mi esposa y de mi hija, la anciana propietaria del apartamento de renta controlada me acompañó

hasta la salida con una sonrisa en el rostro mientras calculaba el aumento que aplicaría al siguiente inquilino. Era una italoamericana de setenta y dos años que había perdido a su marido en Corea, y por lo regular se mostraba tan cordial como una rata hambrienta. Ángel comentó una vez que probablemente su marido se había entregado al enemigo para que no lo enviaran de regreso a casa.

En la casa de Scarborough nació mi madre, y allí vivían aún mis abuelos cuando mi padre murió. Después de trescientos años anclado en el pasado, Scarborough había iniciado ya un proceso de cambio cuando yo llegué a finales de los años setenta. Debido a la prosperidad económica empezaba a convertirse en población satélite de Portland, y si bien algunos de los antiguos residentes conservaban sus

tierras, unas tierras que habían sido propiedad de sus familias durante generaciones, los promotores inmobiliarios pagaban precios altos y cada vez había más gente que vendía. Pero Scarborough era aún la clase de comunidad donde uno conocía a su cartero y a la familia de éste, y él, a su vez, conocía a la tuya.

Desde la casa de mi abuelo en Spring Street podía ir en bicicleta hasta

Portland en dirección norte, o hasta Higgins Beach, Ferry Beach, Western Beach o la propia Scarborough Beach hacia el sur, o incluso podía llegar hasta el extremo de Prouts Neck para contemplar las islas de Bluff y Stratton y el océano Atlántico.

Prouts Neck es una pequeña punta de tierra que se adentra en Saco Bay a unos dieciocho kilómetros al sur de Portland. Allí se estableció el artista Winslow Homer a finales del siglo

XIX. Su familia adquirió casi todas las tierras del cabo y Winslow investigó a sus eventuales vecinos con sumo cuidado, ya que, por lo general, le gustaba estar a sus anchas. La gente del cabo sigue siendo así. Desde 1926 hay un elegante club náutico y un club de playa privado restringido a quienes residen o alquilan casas de veraneo en la zona y pertenecen a la Asociación de Prouts Neck. Scarborough Beach sigue

siendo pública y gratuita, y hay acceso público a Ferry Beach, cerca del Black Point Inn en Prouts Neck. Como fue al lado de Ferry Beach donde Chester Nash, Paulie Block y otros seis hombres perdieron la vida, los veraneantes del cabo iban a tener mucho de que hablar cuando regresasen en vacaciones.

En la vieja casa, el pasado flotaba en el aire como motas de polvo en espera de ser iluminadas por

los intensos rayos de la memoria. Era allí donde, rodeado de los recuerdos de una juventud más feliz, confiaba en enterrar a los viejos fantasmas: los fantasmas de mi mujer y de mi hija, que me habían acosado durante mucho tiempo pero que quizás ahora habían alcanzado una especie de paz, una paz que no se reflejaba aún en mi propia alma; el fantasma de mi padre; el de mi madre, que me había alejado de la

ciudad en un esfuerzo por encontrar la serenidad para ambos; el de Rachel, a quien parecía haber perdido, y el de mi abuelo, que me había aleccionado sobre el deber y la humanidad y sobre la importancia de crearse enemigos de quienes uno pudiera sentirse orgulloso.

En cuanto la mayor parte de la casa estuvo habitable, dejé el hotel de la esquina de St. John y Congress Street en Portland y me instalé allí. De noche el viento agitaba

ruidosamente las láminas de plástico del tejado, que chacoloteaban como alas oscuras y correosas. La última obra pendiente era el empizarrado, y por eso me encontraba sentado en el porche con una taza de café y el *New York Times* a las nueve de la mañana siguiente, esperando a Roger Simms. Roger era un cincuentón de espalda erguida, músculos finos y alargados y un rostro de color palisandro. Era capaz

de hacer casi cualquier cosa que requiriese el uso de un martillo, una sierra y la destreza innata de un artesano para poner orden en el caos de la naturaleza y el abandono.

Llegó puntualmente al volante de su viejo Nissan, cuyos gases de escape de color azul ensuciaban el aire como la nicotina los pulmones. Salió del coche vestido con unos vaqueros anticuados llenos de manchas de pintura, una

camisa tejana y un jersey azul que era poco más que un puñado de agujeros unidos por hebras. Unos guantes marrones de cuero asomaban de uno de los bolsillos posteriores de los vaqueros y llevaba una gorra negra de punto calada hasta las orejas. Por debajo, pendían mechones de cabello oscuro como las patas de un cangrejo ermitaño. Entre los labios le colgaba un cigarrillo con una columna de ceniza en la

punta que desafiaba la ley de la gravedad.

Le alcancé una taza de café y él se la bebió deprisa mientras examinaba el tejado con ojo crítico, como si lo viera por primera vez. Ya había estado allí unas tres veces para comprobar el estado de las vigas y los soportes del tejado y para medir los ángulos, así que me pareció poco probable que fuera a topar con alguna sorpresa. Me dio las gracias por el café y me devolvió la

taza. «Gracias» fue la primera palabra que me dirigió desde su llegada. Roger era un trabajador excelente, pero la cantidad de aire que malgastaba en charla innecesaria no habría salvado la vida de un mosquito.

Yo tenía la impresión de que, techando la casa vieja, reafirmaba por fin mi lugar en ella. Despojada de sus tejas de pizarra viejas y rotas, sin nada más que los plásticos para protegerla de

los elementos, había quedado reducida a un cascarón sin vida, y los recuerdos de vidas pasadas contenidos entre sus paredes se hallaban ahora en estado latente, como para ampararlos de los estragos del mundo natural. Con el tejado restaurado, la casa volvería a estar caliente y cerrada, y yo podría fundirme con su pasado garantizando su futuro y mi presencia en ella.

A modo de preparativo,

ya habíamos puesto listones para sujetar las tejas, utilizando piezas de cinco por diez cortadas a lo largo por la mitad e impregnadas de protector para la madera. Ahora, con el aire frío y cortante, y sin la amenaza de lluvia en el cielo, iniciamos la colocación de las tejas. Había algo en el proceso, sus ritmos y rutinas, que lo convertían casi en un ejercicio de meditación. Avanzando metódicamente por la superficie del tejado,

alargaba el brazo para alcanzar una teja, la ponía sobre la anterior, ajustaba el lado expuesto mediante una muesca en el mango del martillo, daba la vuelta al martillo, clavaba la teja, tomaba otra y comenzaba de nuevo el proceso. Encontré cierta paz en ello y la mañana se me pasó deprisa. Decidí no compartir con Roger mis especulaciones. Por alguna razón, quienes realizan trabajos como tejar casas para ganarse la vida

tienden a molestar ante las reflexiones de los aficionados sobre la naturaleza de la tarea. Roger probablemente me habría lanzado el martillo.

Durante las cuatro horas que estuvimos trabajando, tanto Roger como yo descansábamos cuando nos apetecía; después bajé con cuidado y le comenté que me acercaría al restaurante tailandés Seng de Congress Street para comprar comida. Dejó escapar un gruñido que

interpreté como un
asentimiento, así que me
encaminé hacia el Mustang
y salí en dirección a South
Portland. Como de
costumbre, Maine Mall
Road estaba muy
concurrida, con gente que
curioseaba en Filene's o iba
a los cines, comía en el Old
Country Buffet o evaluaba
los moteles de la avenida.
Dejé atrás el aeropuerto,
seguí por Johnson y
finalmente llegué a
Congress. Aparqué detrás

del hotel de St. John entre un Pinto y un Fiat; luego recorrí a pie la manzana, compré la comida y la coloqué en el asiento trasero del coche.

Edgard aún tenía una caja con cosas mías detrás del mostrador de recepción del hotel y se me ocurrió ir a recogerla aprovechando que estaba en la zona. Abrí la puerta y entré en el recargado vestíbulo de estilo antiguo, con su vieja radio y sus ordenadas pilas de folletos turísticos. Edgard no

estaba, pero otro hombre que no reconocí me sacó la caja, me sonrió y continuó contando recibos. Lo dejé enfrascado en su tarea.

Cuando volví al aparcamiento, vi que alguien me había cerrado el paso. Un enorme Cadillac Coupe de Ville negro, de unos cuarenta años y prácticamente una antigüedad, había estacionado detrás del Mustang y no me dejaba espacio para salir. Tenía

neumáticos blancos, la tapicería de color tostado restaurada, y los característicos parachoques achatados de la parte delantera intactos y resplandecientes. En el asiento trasero había un mapa de Maine y tenía matrícula de Massachussets, pero, aparte de eso, nada en el coche identificaba a su dueño. Podría haber salido directamente de un museo.

Guardé la caja en el maletero del Mustang y

volví a entrar en el hotel, pero el hombre del mostrador me dijo que nunca antes había visto el Cadillac. Se ofreció a avisar a la grúa, pero decidí intentar localizar primero al dueño. Pregunté en el Pizza Villa, en la acera de enfrente, pero tampoco sabían nada. Probé incluso en el Dunkin' Donuts y el Sportsman's Bar hasta que, aún sin resultado alguno, volví a cruzar la calle y di una palmada al techo del

Cadillac en un gesto de frustración.

—Bonito coche —dijo una voz mientras se desvanecía el eco de mi palmada. Era una voz aguda, casi de niña, con un tonillo que delataba más malicia que admiración y el sonido sibilante de la primera palabra casi amenazador.

A la entrada del aparcamiento del hotel había un hombre apoyado contra la pared. Era bajo y gordo; posiblemente no medía más

de metro sesenta y cinco y pesaba unos cien kilos. Llevaba una gabardina de color tostado, ceñida con un cinturón, pantalones negros y mocasines marrones.

Su cara parecía sacada de una película de terror.

Estaba completamente calvo y el cuero cabelludo se le unía por detrás a los rodetes de grasa de la nuca. Desde las sienes hasta la boca, la cabeza parecía ensancharse en lugar de estrecharse y acababa

perdiéndose en los hombros. No tenía cuello, o al menos nada que mereciera ese nombre. Presentaba una palidez cadavérica, excepto por los labios rojos, gruesos y largos, que tenía dilatados en un rictus a modo de sonrisa. Tenía la nariz achatada, semejante a un hocico, con los orificios anchos y oscuros, y los ojos tan grises que parecían incoloros, las pupilas como puntos negros en el centro, dos diminutos mundos

oscuros en un universo frío y hostil.

Se apartó de la pared y avanzó con andar lento y firme, y en ese momento percibí su olor. Era difícil de reconocer al estar disimulado por alguna colonia barata, pero me indujo a contener la respiración y a retroceder un paso. Era el olor de la tierra y la sangre, el hedor de la carne descompuesta y el intenso miedo animal que flota en un matadero al final

de una larga jornada de sacrificios.

—Bonito coche — repitió, y una mano blanca y carnosa salió de uno de los bolsillos, los dedos como babosas pálidas y viscosas que hubiesen pasado demasiado tiempo en rincones oscuros. Acarició el techo del Mustang con un gesto de ponderación y pareció que la pintura fuese a corroerse de forma espontánea bajo sus dedos. Era la manera en que un

pederasta tocaría a un niño en un parque en cuanto la madre le diera la espalda. Por algún motivo, sentí el impulso de apartarlo de un empujón, pero me contuve obedeciendo a un instinto más poderoso que me disuadía de tocarlo. No habría sabido explicar la razón, pero de él parecía emanar algo inmundo que inducía a eludir todo contacto. Daba la impresión de que tocarlo equivaldría a infectarse, a arriesgarse a la

contaminación o el contagio.

Pero había algo más que eso. Exudaba una sensación de extrema letalidad, una capacidad de infligir daño y dolor tan profunda que era casi sexual. Brotaba de sus poros y fluía viscosamente por su piel, casi como si gotease de modo perceptible de las puntas de sus dedos y el extremo de su nariz fea y animal. Pese al frío, pequeñas gotas de sudor le brillaban en la frente y sobre el labio superior, cubriendo

de humedad sus blandas facciones. Si alguien lo tocaba, presentí, la piel cedería pegajosamente a la presión, los dedos se hundirían en su carne, y lo succionaría.

Y luego lo mataría, porque ésa era la función de aquel hombre. De eso estaba seguro.

—¿Es suyo el coche? — preguntó. Sus ojos grises despidieron un resplandor frío y la punta de su rosada lengua asomó entre los

labios como una serpiente
venteando el aire.

—Sí, es mío —contesté
—. ¿Y ese Cadillac es suyo?

Pareció no oír la
pregunta, o decidió no oírla.
En lugar de eso recorrió el
techo del Mustang con otro
movimiento largo y
acariciador.

—Un buen coche, el
Mustang —dijo asintiendo
para sí, y de nuevo oí la
vibración sibilante e intensa
del sonido «s», como agua
que cae sobre un fogón

caliente—. El Mustang y yo tenemos mucho en común.

Se acercó a mí como para hacerme partícipe de un secreto profundo y siniestramente gracioso. Oí su aliento, dulzón y demasiado maduro, como la fruta de finales de verano.

—Los dos nos fuimos a la mierda después de los años setenta. —Y de pronto se echó a reír, un siseo grave como el ruido del gas que desprende un cadáver—. Más vale que cuide de este

coche, que se asegure de que no le pasa nada. Un hombre ha de vigilar lo que es suyo. Debe ocuparse de sus asuntos y no meter la nariz en los asuntos ajenos. — Rodeó la parte trasera del coche antes de entrar en el Cadillac, de modo que tuve que volverme para mirarlo —. Hasta la vista, señor Parker.

A continuación, el Cadillac arrancó con un rumor grave y seguro y, pese a estar prohibido, giró a la

izquierda por Congress en
dirección al centro de
Portland.

5

Cuando regresé con la comida, Roger no parecía muy contento por todo lo que le había hecho esperar, a juzgar por las arrugas que tenía en la frente, que en ese momento parecían un centímetro más profundas.

—Ha tardado una eternidad —masculló mientras alcanzaba la comida. Era una de las frases más largas que le

había oído.

Empecé por el pollo con arroz, pero se me había quitado el apetito. La aparición de aquel gordo calvo en Congress me inquietaba, aunque no sabía exactamente por qué, aparte del hecho de que conocía mi nombre y me ponía la carne de gallina.

Roger y yo volvimos al tejado, y un viento frío nos obligó a forzar un poco la marcha a fin de terminar a primera hora de la tarde,

cuando la luz empezaba a declinar. Pagué a Roger y él me dio las gracias asintiendo con la cabeza. Luego regresó al pueblo. Tenía los dedos entumecidos de trabajar en el tejado, pero la obra debía completarse antes de las intensas nevadas o, si no, viviría en un castillo de hielo. Me di una ducha caliente para quitarme la suciedad del pelo y los dedos, y cuando me disponía a prepararme un café, oí que se detenía un coche fuera.

Cuando bajó del Honda Civic, por un momento no la reconocí. Había crecido desde la última vez que la vi y le noté el pelo más claro, teñido con algún tipo de tinte. Tenía cuerpo de mujer, el pecho grande y amplias caderas. Sentí cierto bochorno por fijarme en esos cambios. Al fin y al cabo, Ellen Cole contaba poco más de veinte años y, para colmo, era hija de Walter Cole.

—¿Ellen?

Bajé del porche y abrí los brazos mientras ella me rodeaba con los suyos.

—Me alegro de verte, Bird —susurró, y yo, en respuesta, la estreché.

Ellen Cole: la había visto crecer. Recordaba haber bailado con ella en mi boda, la tímida sonrisa que dirigió a su hermana menor Lauren, y cómo le sacó la lengua burlonamente a Susan vestida de novia. Recordé también una vez que estaba sentado en los escalones del

porche de la casa de Walter con una cerveza, y Ellen, a mi lado, me escuchaba con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas, mientras yo intentaba explicarle por qué a veces los chicos se comportaban como gilipollas incluso con las chicas más guapas. Deseaba creer que ésa era un área en la que yo poseía una experiencia incuestionable.

Había sido amiga de Susan, y Jennifer la adoraba. Mi hija nunca lloraba

cuando Susan y yo la dejábamos por la noche siempre y cuando la canguro fuese Ellen. La niña se sentaba entre los brazos de la muchacha, jugueteaba con sus dedos y al final se quedaba dormida con la cabeza apoyada en su regazo. Ellen emanaba una especie de fuerza que tenía sus raíces en un inmenso acopio de bondad y compasión, una fuerza que inspiraba confianza a los menores y más débiles que

ella.

Dos días después de la muerte de Susan y Jennifer, la encontré esperándome sola en la funeraria cuando llegué para organizar los preparativos del entierro. Otros se habían ofrecido a acompañarme, pero allí no quise a nadie. Creo que en aquel momento ya estaba retrayéndome en mi propio y extraño mundo de pérdida. No supe cuánto tiempo llevaba esperándome, con el coche en el aparcamiento,

pero se acercó a mí, me abrazó durante largo rato y luego permaneció a mi lado, sin soltarme la mano, mientras yo miraba fotografías de féretros y limusinas. En sus ojos vi reflejada la profundidad de mi propio dolor y supe que, al igual que yo, Ellen sentía la pérdida de Jennifer como una ausencia entre los brazos, y la pérdida de Susan como un silencio en el corazón.

Y cuando salimos,

ocurrió algo muy extraño. Sentado con ella en su coche, lloré por primera vez en muchos días. Aquella fuerza plácida, serena y profunda en el interior de Ellen hizo brotar en mí el dolor y la aflicción, como si saajara una herida. Volvió a abrazarme y, durante un rato, las nubes se disiparon y pude seguir adelante.

Detrás de Ellen, un joven salió por el lado del pasajero. Tenía la piel oscura y el cabello negro,

que caía en una lacia melena hasta los hombros. Su código indumentario era la elegancia informal, excepto por las botas de montañismo Zamberlan: vaqueros, camiseta holgada por fuera del pantalón, camisa vaquera abierta sobre el resto. Se estremeció un poco mientras me observaba con expresión recelosa.

—Éste es Ricky —dijo Ellen—. Ricardo —añadió con un acento vagamente español—. Ricky, ven a

conocer a Bird.

El chico me estrechó la mano con un firme apretón y rodeó los hombros de Ellen en un gesto protector. Me dio la impresión de que Ricky era posesivo e inseguro, una mala combinación. Lo observé con atención mientras entrábamos en la casa, por si decidía marcar el territorio meándose en mi puerta.

Nos sentamos en la cocina y tomamos café en grandes tazones azules.

Ricky no dijo gran cosa, ni siquiera «gracias». Me preguntaba si llegaría a conocer a Roger. Reuniéndolos, tendría lugar la conversación más breve del mundo.

—¿Qué haces aquí? — pregunté a Ellen.

Ella se encogió de hombros.

—Vamos hacia el norte. Yo nunca había estado antes tan al norte. Nos dirigimos al lago Moosehead para ver el monte Katahdin, o lo que

sea. Quizás alquilemos un trineo a motor.

Ricky se levantó y preguntó dónde estaba el cuarto de baño. Se lo indiqué y se alejó, caminando con los hombros caídos y un peculiar balanceo, como si avanzara metiendo los pies en surcos muy separados.

—¿De dónde has sacado a este *latin lover*? — pregunté.

—Estudia psicología — contestó.

—¿En serio? —Procuré que el cinismo no asomara a mi voz. Quizá Ricky, al optar por la psicología, pretendía analizarse a sí mismo y matar dos pájaros de un tiro.

—La verdad es que es encantador, Bird, pero un poco tímido con los desconocidos.

—Hablas de él como si fuera un perro.

Me sacó la lengua.

—¿Han acabado las clases?

Eludió la pregunta.

—Voy a tener que estudiar bastante en el futuro.

—Mmm. ¿Qué piensas estudiar? ¿Biología?

—Ja, ja. —No sonrió.

Supuse que, con la aparición de Ricky en su vida, los exámenes semestrales habían pasado a ser algo secundario.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien. —Guardó

silencio por un momento—.

Preocupada por ti y por

papá. Él le contó que ayer estuviste en el funeral de Queens, pero que no tuvisteis mucho que decir. Mamá piensa, creo, que deberíais resolver lo que sea que pasó entre vosotros.

—No es tan fácil.

Ellen asintió con la cabeza.

—Los he oído hablar —musitó—. ¿Es verdad lo que mi padre cuenta de ti?

—Una parte, sí.

Se mordió el labio y de pronto pareció tomar una

decisión.

—Tendrías que hablar con él. Eras amigos y a él no se puede decir que le sobren.

—Como a la mayoría de la gente —respondí—. Y ya he intentado hablar con él, pero me ha juzgado y ha decidido que no cumplo los requisitos. Tu padre es un buen hombre, pero su definición de la bondad es muy restrictiva.

Ricky volvió y la conversación prácticamente

se desvaneció. Les ofrecí mi cama para esa noche, pero cuando Ellen rechazó la invitación, en cierto modo me alegré: seguro que habría sido incapaz de volver a conciliar el sueño en mi habitación si me asaltaban visiones de Ricky follando allí. Decidieron pasar la noche en Portland en lugar de Augusta, con la intención de encaminarse directamente hacia los Grandes Bosques del Norte a la mañana siguiente. Les sugerí el hotel

de St. John, y que dijeran que los enviaba yo. Por lo demás los dejé con lo suyo, sin estar muy seguro de querer saber qué era «lo suyo». Por alguna razón, imaginaba que Walter Cole tampoco querría saberlo.

Cuando se fueron, subí al coche y volví a Portland para ir al gimnasio del Bay Club en One City Center. Colocar tejas había sido ya todo un ejercicio, pero me

proponía reducir los cúmulos de grasa que se adherían a mis costados como niños resueltos. Me pasé cuarenta y cinco minutos realizando intensos circuitos periféricos, alternando continuamente ejercicios para piernas y la mitad superior del cuerpo hasta tener el corazón acelerado y la camiseta empapada de sudor. Cuando terminé, me duché y observé los pequeños depósitos de grasa en el espejo para ver si

habían disminuido. Tenía casi treinta y cinco años, las canas invadían mi cabello negro, y era ochenta y un kilos de inseguridad en un cuerpo de metro setenta y siete. Necesitaba poner mi vida en marcha... Eso, o una liposucción.

Cuando salí del Bay Club, las luces navideñas brillaban en los árboles del Puerto Antiguo, que, vistos desde esa distancia, parecían arder. Fui a pie hasta Exchange para recoger unos

libros en Alien Scott's y luego seguí hasta el Java Joe's para tomar un café largo y leer los periódicos. Hojeé el *Village Voice* y averigüé las últimas opiniones de Dan Savage sobre el sexo con huevos o los juegos urinarios. Esa semana Dan hablaba con un tipo que afirmaba no ser homosexual; sencillamente le gustaba el sexo con hombres. Al parecer, Dan Savage no entendía la diferencia. La verdad es que

yo tampoco. Intenté imaginar qué le habría dicho Ángel a aquel tipo y supuse que ni siquiera el *Voice* se atrevería a publicar sus palabras.

Había empezado a llover. El agua de la lluvia dejaba marcas en la ventana como cortes en el cristal, y caía sobre los jóvenes que iban a los bares del Puerto Antiguo. Contemplé la lluvia un rato y luego volví a concentrarme en el *Voice*. Mientras leía, percibí el

movimiento de una silueta que se acercaba hacia mí y un olor apestoso. Un hormigueo de inquietud me recorrió la piel.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo una voz peculiar.

Alcé la vista y me sobresalté. Aquellos ojos risueños pero fríos me observaban de nuevo desde la cara blanda como masa para hacer pan con relucientes gotas de lluvia en la calva. Esta vez la mezcla

de olores a sangre y colonia era más intensa, y me aparté un poco de la mesa.

—¿Quiere encontrar a Dios? —prosiguió, con esa mirada de preocupación que dirigen los médicos a los fumadores cuando éstos empiezan a palparse los bolsillos en busca del paquete de tabaco en la sala de espera. En una de sus pálidas manos sostenía un arrugado panfleto bíblico con un burdo dibujo a pluma de un niño y su madre en

una de las caras.

Tras un instante de desconcierto, lo miré con rostro inexpresivo. Por un momento pensé que quizá fuese un fanático religioso, pero si era así, las sectas empezaban a tocar fondo en su busca de prosélitos.

—Cuando Dios me quiera, sabrá dónde encontrarme —contesté, y seguí leyendo el *Voice*, con la vista fija en la página pero la atención puesta en el hombre que tenía enfrente.

—¿Cómo sabe que yo no soy Dios y vengo a buscarlo ahora? —dijo, y se sentó delante.

Comprendí que debería haber mantenido la boca cerrada. Si era un predicador chiflado, dirigirle la palabra no hacía más que alentarlo. Esa clase de individuos actúa como monjes a quienes se exime durante un fin de semana del voto de silencio. Sólo que la religión no parecía el verdadero interés de aquel hombre, y

tuve la impresión de que sus preguntas ocultaban un trasfondo que yo no acababa de entender.

—Siempre me lo había imaginado más alto — contesté.

—Se avecinan cambios —dijo el calvo. De pronto sus ojos miraron con una peculiar intensidad—. No habrá lugar para pecadores, divorciados, fornicadores, sodomitas, mujeres que no respetan a sus maridos.

—Creo que acaba de

mencionar algunos de mis pasatiempos y de los de todos mis amigos —comenté mientras plegaba el periódico y tomaba, pesaroso, un último sorbo de café. Desde luego aquél no era mi día—. Si acabo en el mismo sitio que ellos, no tengo inconveniente.

Me observó con detenimiento, como una serpiente dispuesta a atacar a la menor opción.

—Ni habrá lugar para el hombre que se interponga

entre otro hombre y su mujer, o su hija. —Sus palabras destilaban ahora una perceptible amenaza. Sonrió y le vi los dientes, pequeños y amarillos como los colmillos de un roedor —. Busco a alguien, señor Parker. Quizás usted pueda ayudarme a encontrarlo. — Se le tensaron los labios, obscenamente blandos y rojos, hasta el punto de que temí que reventasen y me salpicasen de sangre.

—¿Quién es usted? —

pregunté.

—Da igual quién sea.

Eché un vistazo al resto de la cafetería. El camarero de la barra miraba distraído a una chica sentada a la mesa de la ventana y no había nadie más en la parte trasera del local.

—Busco a Billy Purdue —continuó—. Tenía la esperanza de que usted supiese dónde encontrarlo.

—¿Qué quiere de él?

—Tiene algo que es mío. Quiero recuperarlo.

—Perdone, pero no conozco a ningún Billy Purdue.

—Me parece que miente, señor Parker. —Aunque no alteró el tono ni el volumen de su voz, la amenaza de peligro subió un grado.

Me abrí la chaqueta para dejar a la vista la culata de la pistola.

—Caballero, creo que se equivoca de persona —dije—. Ahora voy a marcharme, y si se levanta antes de que me haya ido, usaré esta

pistola en su cabeza. ¿Queda claro?

La sonrisa permaneció inmutable, pero se le apagó el brillo de los ojos.

—Clarísimo —
respondió, y de nuevo percibí aquella vibración sibilante y horrísona en su voz—. He llegado a la conclusión de que usted no va a servirme de ayuda.

—Procure que no vuelva a verlo —advertí.

Asintió para sí.

—Ah, no me verá —

repuso, y esta vez la amenaza era explícita.

Hasta que llegué a la puerta no aparté la vista de él, y estuve observándolo mientras se hacía con el panfleto y le prendía fuego con un Zippo metálico. No desvió la mirada de mi rostro un solo instante.

Recuperé el coche en el aparcamiento de Temple y fui a casa de Rita Ferris, pero las luces estaban

apagadas y nadie contestó cuando llamé al portero electrónico. Luego salí de Portland en dirección a Scarborough Downs hasta cerca del cruce de Payne Road y Two Rod Road, donde vivía Ronald Straydeer. Aparqué junto a la caravana plateada de Billy Purdue y llamé a la puerta, pero reinaba el silencio y no se veía luz dentro. Ahuecando las manos ante el cristal, escruté el interior, pero parecía tan

desordenado como antes. El coche de Billy se encontraba a la derecha de la caravana. El capó estaba frío.

Oí un ruido a mis espaldas y me di la vuelta, medio esperando ver aquella extraña cabeza surgir como una llaga blanca de la gabardina de color tostado. Sin embargo, sólo era Ronald Straydeer, vestido con vaqueros negros, sandalias y una camiseta de los Sea Dogs, el cabello corto y oscuro oculto bajo

una gorra de béisbol blanca adornada con una langosta roja. Empuñaba un AK-47.

—Pensaba que eras otra persona —dijo y miró su propia arma avergonzado.

—¿Como quién? ¿El Vietcong?

Sabía que para Ronald su AK era sagrado, como para muchos hombres que habían servido en Vietnam. En una ocasión, Ronald me contó que durante la guerra su fusil reglamentario, el M1, se atascaba con las

lluvias del sudeste asiático, y los soldados por regla general los sustituían por los AK-47 robados a los cadáveres del Vietcong. El arma de Ronald parecía lo bastante antigua para ser un recuerdo de la guerra, probablemente lo era.

Ronald se encogió de hombros.

—En todo caso, no está cargado.

—Busco a Billy. ¿Lo has visto?

Negó con la cabeza.

—Desde ayer no. No ha aparecido por aquí. — Parecía preocupado, como si deseara añadir algo más.

—¿Ha venido alguien más a buscarlo?

—No lo sé. Es posible. Anoche me pareció ver a alguien mirar dentro de la caravana, pero a lo mejor me engañó la vista. No llevaba las gafas.

—Te estás haciendo viejo —comenté.

—Sí, quizá fuese un viejo el que vino —

respondió Ronald, como si no me hubiese entendido bien.

—¿Qué dices?

Pero Ronald ya había perdido interés en el asunto.

—¿Te he hablado alguna vez de mi perro? — preguntó, y deduje que Ronald ya no podía facilitarme más información útil.

—Sí, Ronald —contesté, y me dirigí hacia el coche—. Quizá volvamos a hablar de él en otra ocasión.

—No hablas en serio, Charlie Parker —repuso, pero sonrió al decirlo.

—Tienes razón. —Le devolví la sonrisa—. No lo hago.

Aquella noche una fría lluvia cayó, igual que clavos, sobre mi casa recién techada. No hubo goteras, ni siquiera en las partes que había cubierto yo. Sentí una honda satisfacción mientras me invadía el sueño,

acompañado por los ruidos del viento, que sacudía las ventanas y hacía crujir y asentarse las tablas de la casa. Durante muchos años me había quedado dormido al arrullo de esas tablas, del susurro de la voz de mi madre en la sala de estar, del rítmico golpeteo de la pipa de mi abuelo contra la barandilla del porche. En la barandilla se veía aún una mancha ocre de tabaco y madera quemada. La había dejado sin pintar, un gesto

sentimental que me sorprendió.

No recuerdo por qué me desperté, pero una profunda inquietud había traspasado mi sueño en fase REM y me había devuelto a la realidad en la oscuridad de la noche. La lluvia había cesado y la casa parecía en calma, pero yo tenía erizado el vello de la nuca y mis percepciones se aguzaron de inmediato, pues la certeza instintiva de que se acercaba un peligro había disipado el

embotamiento del sueño.

Me levanté con sigilo y me puse unos vaqueros. La Smith & Wesson estaba en su funda junto a la cama. Saqué el arma y retiré el seguro. La puerta de la habitación seguía parcialmente abierta, como yo la había dejado. La aparté un poco más sin que las bisagras bien engrasadas emitiesen el menor chirrido, y con sumo cuidado apoyé un pie en las tablas desnudas del pasillo.

Al pisar toqué algo blando y mojado y retiré el pie en el acto. El resplandor de la luna penetraba por las ventanas contiguas a la puerta delantera, bañando el pasillo de luz plateada. Iluminaba un viejo perchero, unos botes de pintura y una escalera de mano situados a mi derecha. Asimismo alumbraba unas pisadas de lodo que iban desde la puerta trasera hasta la sala de estar pasando por la cocina y frente a mi

habitación. La marca de mi pie descalzo quedó impresa en la huella más cercana a la puerta.

Eché un vistazo a la sala de estar y el cuarto de baño antes de dirigirme a la cocina. El corazón me latía con fuerza en el pecho y mi aliento se empañaba en el aire frío de la noche. Conté mentalmente hasta tres y crucé con rapidez la puerta de la cocina, trazando arcos a uno y otro lado con el cañón de la pistola.

No había nadie, pero vi la puerta trasera entornada. Alguien —supuse que un hombre por el tamaño de las huellas de las botas—, tras forzar la cerradura, había atravesado la casa y me había observado mientras dormía. Recordé al grotesco calvo con quien me había encontrado el día anterior, y la idea de que pudiera haber estado mirándome desde la penumbra me revolvió el estómago. Abrí totalmente la puerta trasera y recorrí el

jardín con la mirada. Dejé apagadas las luces de la cocina y el porche y me calcé un par de botas de trabajo que guardaba junto a la puerta. Salí y rodeé la casa. En el porche y en el barro cercano había huellas. Ante la ventana de mi habitación, allí donde el visitante se había detenido para observarme desde fuera, presentaban un ligero giro.

Volví a entrar en la casa. Saqué mi linterna y me puse

un jersey. A continuación seguí el rastro por el barro hasta la carretera. Había poco tráfico y aún se veían las marcas de las botas en el asfalto. Inmóvil en medio de la carretera vacía, miré a izquierda y derecha y luego regresé a la casa.

Sólo cuando encendí la luz de la cocina me di cuenta de que había algo en la mesa del rincón. Lo agarré utilizando un paño de papel y le di la vuelta en la mano.

Era un pequeño payaso

de madera. Componían el cuerpo unos aros pintados de vivos colores que podían extraerse desenroscando la sonriente cabeza. Sentado, lo contemplé durante un rato. Después lo introduje con cuidado en una bolsa de plástico y lo dejé junto al fregadero. Eché el cerrojo de la puerta trasera, comprobé todas las ventanas y volví a la cama.

A pesar de mi estado de agitación, debí de dormirme en algún momento, porque

soñé. Soñé que veía moverse una silueta a través de la noche, negra contra las estrellas. Vi un árbol solitario en un claro y otras siluetas que se movían bajo él. Olía a sangre y a perfume dulzón y empalagoso. Unos dedos blancos y gruesos recorrían mi pecho desnudo.

Y vi cómo se apagaba una luz, y oí llorar a un niño en la oscuridad.

6

Cuando me levanté y me encaminé de nuevo a la cocina la primera luz gris del alba ya había aparecido en la ventana y vi que aquella noche había vuelto a helar. Contemplé la silueta del payaso en la bolsa, sus contornos ocultos, su nariz larga y roja recortándose bajo el plástico blanco, los colores vagamente visibles como un deslavazado

espectro de sí mismo.

Me puse la ropa de deporte y salí hacia la Interestatal 1. Antes de marcharme me aseguré de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas, cosa que normalmente no hacía. Doblé en Spring Street y me encaminé en dirección sur hacia el cruce de Mussey Road, con la fachada roja de obra vista y el campanario blanco de la primera iglesia baptista de Scarborough a mi izquierda

y los almacenes 8 Corners justo enfrente. Continué por Spring hasta la 114 y seguí recto. La carretera estaba tranquila y sólo se oía el susurro de las ramas de los pinos. Pasé ante el instituto de Scarborough a la derecha, donde había estudiado cuando nos trasladamos a Maine y donde incluso había llegado a jugar unos cuantos partidos con los Redskins una primavera en que medio equipo contrajo la gripe. A mi izquierda, el

aparcamiento del Shop'n Save estaba en silencio, pero ya se veía tráfico en la descuidada área comercial de la Interestatal 1. Siempre había sido una zona desatendida: cuando se inició la reordenación urbana en la década de los ochenta, ya era tarde para salvarla. Pero quizás eso forme parte del carácter de la Interestatal 1, porque ofrece el mismo aspecto en todos los lugares donde he estado.

Cuando me mudé a Scarborough, sólo había unas galerías comerciales en el pueblo, las Orion Center. Incluía los grandes almacenes Mammoth Mart, que eran una especie de Woolworths, la tienda de alimentación Martin's, una lavandería y una licorería de esas que mi abuelo llamaba «Doctor Verde» en recuerdo de la época en que todas estaban pintadas del mismo color verde en cumplimiento de la normativa de la

comisión estatal para la venta de alcohol.

En Doctor Verde comprábamos Old Swilwaukee y Pabst Blue Ribbon —por entonces la edad legal para el consumo de bebidas alcohólicas era aún dieciocho años, pero eso poco importaba— y nos los bebíamos en la parte más solitaria de Higgins Beach, cerca de la reserva ornitológica, donde los chorlitos melódicos marcan su territorio con un canto

semejante al tañido de las campanas.

Recuerdo que durante el verano de 1982 traté de persuadir a Becky Berube de que se acostara allí en la arena conmigo. No lo conseguí, pero fue uno de esos veranos en que uno piensa que va a morir virgen. Ahora Becky Berube tiene cinco hijos, así que, cabe suponer, aprendió a acostarse poco después de aquello. Conducíamos automóviles de los años

sesenta: Pontiacs
descapotables, MGs,
Thunderbirds, Chevy
Impalas y Camaros con
potentes motores V-8; en
una ocasión incluso un
Plymouth Barracuda
descapotable. Durante las
vacaciones trabajábamos en
el Clam-Bake de Pine Point,
o como camareros y
friegaplatos en el Black
Point Inn.

Me acuerdo de una pelea
en las galerías Orion Center
una calurosa noche de

verano, cuando unos cuantos nos enfrentamos a unos chicos de Old Orchard Beach que habían viajado al norte por la Interestatal 1 buscando precisamente esa clase de peripecias. Aún torpe en mis reacciones por aquellas fechas, recibí un brutal puñetazo en la nariz, que me propinó un chico cuyo nombre ni siquiera llegué a conocer, alguien a quien no habíamos visto antes y nunca volvimos a ver, primo de alguien de

Chicago. Recordaba su mirada ruin y poco inteligente, y que llevaba unos vaqueros blanqueados y una camiseta de Aerosmith bajo una cazadora de cuero negro.

Dirigió el puño hacia el puente de mi nariz con la certidumbre y la infalibilidad de una bola de demolición surcando el aire antes de golpear un edificio condenado, y el cartílago se torció con el impacto. Fue una fractura grave y yo me

desplomé con la cara cubierta de sangre caliente. Alrededor continuó la reyerta, y alguien acabó hecho un ovillo en el suelo, donde siguió recibiendo patadas en el vientre y la cabeza, pero los hechos llegaban a mí borrosos a través de una bruma de dolor, miedo y náuseas. La pelea terminó con un intercambio final de golpes, amenazas y juramentos, pero yo seguí de rodillas en el suelo tapándome la nariz

rota con las manos, cubiertas de lágrimas y sangre.

Anthony Hutchence, «Tony Hutch», que había practicado la lucha libre antes de estudiar en el instituto de Scarborough y volvería a practicarla cuando fuera a la universidad de Nueva Inglaterra, y que habría competido en los juegos olímpicos a no ser por una grave lesión, me apartó con cuidado las manos de la cara y ahuecó las suyas en torno a mis

mejillas para examinarme con una objetiva profesionalidad nacida de su propia experiencia tanto dentro como fuera del cuadrilátero. Luego llamó a un par de compañeros y, ordenándoles que me sujetaran los brazos y la cabeza, me redujo la fractura de la nariz con los pulgares.

El dolor fue profundo, extremo. Un relámpago me traspasó la cabeza y lo vi todo primero blanco, luego brillante y por fin de un rojo

intenso. Grité, pero no recuerdo siquiera lo que dije, sólo que el sonido no se parecía a ningún otro que hubiese escuchado antes. Después el punzante dolor remitió hasta convertirse en un malestar sordo, y Tony Hutch retrocedió, con sangre en los pulgares, y yo supe que sus huellas dactilares habían quedado claramente impresas en la piel de mi rostro.

Pero a partir de aquel momento el miedo a una

fractura de nariz ya nunca sería el mismo. Conocía el dolor, y no sentía el menor deseo de experimentarlo de nuevo, pero mi actitud al respecto había cambiado: lo había resistido y volvería a resistirlo si fuera necesario. Sin embargo nunca se repitió esa misma conmoción, esa misma impotencia, ese mismo sufrimiento. Todo eso había quedado atrás, y yo me había fortalecido con ello. Cuando Jennifer y Susan

murieron, me ocurrió algo parecido, pero esta vez mató algo dentro de mí; creo que en lugar de fortalecerme amputó una parte de mí para siempre.

Crucé la Interestatal 1 a la altura del restaurante italiano Amato's y continué por Old County Road a través de la marisma que se inundaba una vez al mes siguiendo las fases de la luna, y dejé atrás la iglesia católica de Maximilian Kolbe hasta llegar al

cementerio. Mi abuelo estaba enterrado en la Quinta Avenida, un chiste que le gustaba compartir con mi abuela después de comprar aquella pequeña parcela de tierra. Ahora yacían juntos allí.

Mientras me tomaba un descanso, arranqué algunos hierbajos y pronuncié una breve oración por ellos.

Cuando regresé a casa, preparé café, me comí unas cuantas uvas y volví a pensar en lo ocurrido la

noche anterior. Según el reloj de pared, eran casi las nueve cuando Ellis Howard llegó a mi puerta.

Ellis parecía un cúmulo de grasa vertida en un molde flexible de forma vagamente humana y dejada a reposar. Envuelto en un abrigo marrón de piel de borrego, el subjefe de la Brigada de Investigación del Departamento de Policía de Portland se apeó con cierta dificultad de su coche. En la policía de Portland, esa

brigada se subdividía en varias secciones que se ocupaban de narcóticos y antivicio, delitos contra las personas, delitos contra la propiedad y administración, y Ellis estaba al frente de casi todo, con la colaboración de un teniente y cuatro sargentos, cada uno responsable de una sección. En total colaboraban veintidós agentes y cuatro técnicos periciales. Era una brigada reducida y eficiente.

Ellis rodó hacia el

porche, como una bola de bolos que alguien hubiese envuelto en piel para protegerla de la escarcha. Daba la impresión de que ni siquiera era capaz de moverse a la mitad de la velocidad de una bola de bolos, o de correr para salvar su vida o la de otra persona; sin embargo, la misión de Ellis no era ir corriendo por ahí y, en todo caso, las apariencias engañan. Ellis observaba y pensaba, hacía preguntas y observaba y

pensaba un poco más. A Ellis se le escapaban pocas cosas. Era la clase de hombre capaz de comer sopa con tenedor sin derramar una gota.

Su esposa era una mujer temible llamada Doreen, siempre con una capa de maquillaje tan gruesa que podrías grabarle tus iniciales en el rostro sin hacerle sangre. Cuando sonreía, cosa poco frecuente, era como si alguien hubiera arrancado un trozo de piel a una naranja.

Ellis parecía tolerarla tal como los mártires toleraban el potro de tortura, pero yo sospechaba que en el fondo, muy en el fondo, no sentía mucho aprecio por ella.

En compensación, Ellis encontraba consuelo en el trabajo y las estadísticas de béisbol. Sin pestañear, podía decir cuál había sido el único partido en la historia de la primera división en que dos hombres se habían lanzado uno al otro la bola a lo largo de nueve mangas o

más sin que ninguno acertase una sola vez con el bate —el 2 de mayo de 1917, cuando Fred Toney de los Reds y Hippo Vaughn de los Cubs realizaron nueve mangas hasta que Larry Kopf golpeó limpiamente la pelota en la décima y llegó a la base con una bolea de Jim Thorpe—, o los detalles de la actuación de Lou Gehrig en la ronda de cuatro partidos de la Serie Mundial de 1932: 3 *home runs*, 8 golpes dentro del rombo,

una media de bateo de 0,529 y una marca de tiros largos de 1,118. Quizá Babe Ruth se llevó la prensa, pero era Lou Gehrig a quien Ellis recordaba. Lou tenía a su querida Eleanor; Ellis tenía a Doreen. Para Ellis, al parecer, eso lo resumía todo. Me aparté para dejarlo entrar en casa. No me quedaba más remedio.

—Tienes buen aspecto, Ellis —comenté—. La dieta a base de bollos te está dando buenos resultados.

—Veo que has conseguido que alguien te arregle el tejado —repuso—. Se nota que eres de ciudad, el único en todo el estado a quien se le ocurre tejar la casa en invierno. ¿Has trabajado tú también?

—A decir verdad, sí.

—Dios mío, ¿no sería más seguro que habláramos fuera?

—Muy gracioso —dije mientras él se sentaba pesadamente en la silla de la cocina—. Quizá debería

preocuparte más la posibilidad de que el suelo se hunda bajo tu peso.

Le serví café. Tomó un sorbo y advertí en su rostro una repentina expresión de seriedad, casi tristeza.

—¿Pasa algo?

Asintió con la cabeza.

—Y es grave. ¿Conoces a Billy Purdue?

Supuse que sabía de antemano la respuesta a esa pregunta.

Me acaricié con la yema del dedo la cicatriz de la

mejilla, y al hacerlo noté los bordes de los puntos.

—Sí, lo conozco.

—He oído decir que tuviste un roce con él hace unos días. ¿Te habló de su ex esposa?

—¿Por qué? —pregunté. No tenía intención de crearle problemas a Billy innecesariamente, pero albergaba ya un mal presentimiento en la boca del estómago.

—Porque esta mañana Rita y su hijo han aparecido

muertos en su apartamento. No hay indicios de que se forzase la puerta y nadie oyó nada.

Exhalé un hondo suspiro y sentí una profunda punzada de dolor al recordar a Donald agarrándome el dedo y el contacto de la mano de su madre en mi mejilla. Una rabia candente contra Billy Purdue me recorrió el cuerpo cuando, por un instante y de manera instintiva, presupuse que era culpable. La sensación no se

prolongó por mucho tiempo, pero la intensidad hizo mella en mí. Pensé: ¿Por qué no podía haberse quedado con ellos? ¿Por qué no había estado allí, a su lado? Quizá yo no tenía derecho a hacer esas preguntas; o quizá, considerando todo lo que había ocurrido en el último año, nadie tenía más derecho que yo.

—¿Cómo fue?

Ellis se inclinó y se frotó las manos con un sonido suave y susurrante.

—Por lo que he oído, ella murió estrangulada. En cuanto al niño, no lo sé. No hay indicios claros de agresión sexual en ninguno de los casos.

—¿No has estado en el apartamento?

—No. Se suponía que hoy era mi día libre, pero ahora voy camino de la oficina. El forense está en el lugar del crimen. Por desgracia justo ha coincidido con que se había ido a Portland para asistir a una

boda.

Me puse en pie y me acerqué a la ventana. Fuera, el viento agitaba los árboles y dos carboneros de capucha negra volaban a gran altura.

—¿Crees que Billy Purdue mató a su propio hijo y a su ex mujer? —pregunté.

—Es posible. No sería el primero en hacer algo así. Rita nos telefoneó hace tres noches para decirnos que Billy rondaba la casa y que estaba gritando, muy borracho, pidiéndole que lo

dejara entrar. Enviamos un coche y lo encerramos para calmarle los ánimos un poco; luego le dijimos que no se acercara a ella o lo meteríamos en la cárcel. Quizá decidió que no iba a permitir que lo abandonara, al precio que fuese.

Moví la cabeza en un gesto de negación.

—Billy no haría una cosa así —aseguré, pero incluso al decirlo me asaltaron ciertas dudas. Recordé aquel brillo rojo en

sus ojos, y que prácticamente me había asfixiado en la caravana, y la convicción de Rita de que haría cualquier cosa para impedir que lo apartara de su hijo.

Ellis seguía el hilo de mis pensamientos.

—Quizá sí, quizá no — dijo—. Tienes una buena cicatriz en la mejilla. ¿No vas a explicarme cómo te la hiciste?

—Fui a verlo a su caravana, quería sacarle

parte del dinero para el mantenimiento del niño. Me amenazó con un bate de béisbol, traté de detenerlo y la situación se me fue un poco de las manos.

—¿Te contrató ella para conseguir el dinero?

—Lo hice a modo de favor.

Ellis enarcó los labios.

—De favor —repitió, asintiendo con la cabeza—. Y mientras hacías ese... favor, ¿te contó él algo con respecto a su ex mujer? —Se

advertía cierto tonillo en su voz.

—Dijo que quería cuidar de Rita, de los dos. Luego me preguntó si me acostaba con ella.

—¿Qué le dijiste?

—Que no.

—Seguramente es la respuesta correcta en tales circunstancias. ¿Te acostabas con ella?

—No —respondí, y lo miré con severidad—. No, no me acostaba con ella. ¿Habéis encontrado ya a

Billy?

—Ha desaparecido. No hay ni rastro de él en la caravana, y Ronald Straydeer no lo ha visto desde anteayer.

—Lo sé. Estuve allí anoche.

Ellis enarcó una ceja.

—¿Quieres decirme por qué?

Le conté mis encuentros con el bicho raro de la cara pálida en el hotel y posteriormente en el Java Joe's. Ellis sacó su cuaderno

y anotó la matrícula del Coupe de Ville.

—Consultaremos la base de datos y a ver qué aparece. ¿Hay algo más que deba saber?

Me acerqué al fregadero y le entregué la bolsa de plástico que contenía el payaso.

—Alguien entró en mi casa anoche mientras dormía. Echó un vistazo, me observó durante un rato y me dejó esto.

Abrí la bolsa y la

coloqué en la mesa frente a Ellis. Sacó un guante de pruebas del bolsillo, metió la mano en la bolsa y tocó el payaso de juguete con delicadeza.

—Posiblemente descubrirás que es de Donald Purdue.

Ellis me miró.

—¿Y dónde estuviste anoche?

—Por Dios, Ellis, no me preguntes eso. —Sentí cómo una intensa ira crecía en mi interior—. No lo insinúes

siquiera.

—Cálmate, Bird. No llores si aún no hay motivo. Bien sabes que tengo que preguntártelo, y cuanto antes nos lo quitemos de encima, mejor.

Esperó.

—La tarde la pasé aquí —contesté entre dientes—. Fui a Portland a última hora, estuve en el gimnasio, compré unos libros, tomé un café, me pasé por el apartamento de Rita...

—¿A qué hora?

Pensé por un momento.

—A las ocho. A las ocho y media como mucho. No me contestó.

—¿Y después?

—Fui a casa de Ronald Straydeer, volví aquí, leí y me acosté.

—¿Cuándo encontraste el juguete?

—A eso de las tres. Quizá convenga que mandes a alguien para sacar moldes de las huellas de botas que hay alrededor de la casa. Gracias a la escarcha, las

marcas se habrán conservado en el barro.

Asintió.

—Nos ocuparemos de ello. —Se levantó para marcharse, pero de pronto se detuvo—. Tenía que preguntártelo, ya lo sabes.

—Lo sé.

—Otra cosa: la presencia de esto en la casa —levantó la bolsa que contenía el payaso— implica que alguien te tiene en el punto de mira. Alguien ha establecido una relación

entre Rita Ferris y tú, y me da la impresión de que sólo hay un candidato posible.

Billy Purdue. Aun así, aquello no encajaba, a menos que Billy hubiese decidido que debía culparme de los sucesos que habían provocado la muerte de su hijo; que, con mi actuación para ayudar a Rita, lo había obligado a obrar de aquella manera.

—Oye, déjame acompañarte por si veo algo que me llame la atención —

dije por fin.

Ellis se apoyó contra el marco de la puerta.

—Me han llegado rumores de que solicitaste una licencia de detective privado en Augusta.

Era verdad. Aún me quedaba algo de dinero del seguro de vida de Susan y la venta de nuestra casa, y de algún que otro trabajo que había llevado a cabo en Nueva York, pero suponía que tarde o temprano tendría que ganarme la vida de

alguna manera. Me habían ofrecido ya colaborar en el área de los «servicios de información sobre competencia entre empresas», un eufemismo para referirse a la lucha contra el espionaje industrial. Sonaba más interesante de lo que era: un representante comercial sospechoso de vender productos de un competidor incumpliendo un acuerdo de no competencia; sabotaje en la cadena de producción de

una compañía de software de South Portland; y filtraciones sobre pujas en la subasta del proyecto de un nuevo complejo de viviendas protegidas en Augusta. Aún dudaba si aceptar o no alguno de estos encargos.

—Sí, me concedieron la licencia la semana pasada.

—Tú vales más que eso. Todos sabemos lo que hiciste, la gente a la que atrapaste. No nos vendría mal contar con alguien como

tú.

—¿A qué te refieres?

—A que, si la quieres, hay una placa esperándote. Pronto quedará una plaza libre en nuestra sección de DCP.

—¿Contra la propiedad o contra las personas?

—No seas capullo.

—Hace un momento insinuabas que era sospechoso de un doble homicidio. Desde luego, Ellis, eres un hombre voluble.

Sonrió.

—¿Y bien? ¿Qué me dices?

—Lo pensaré —
respondí, asintiendo con la cabeza.

—Piénsalo —dijo—.
Piénsalo.

Rita Ferris yacía boca abajo en el suelo de su apartamento, cerca del televisor. Los extremos enrollados de una cuerda le colgaban del cuello, y la

punta de una oreja, visible entre los mechones enmarañados de pelo, presentaba un color azul. Tenía la falda remangada casi hasta la cintura, pero las medias y las bragas seguían en su sitio e intactas. Sentí lástima por ella, y algo más: una especie de afecto surgido de un fugaz sentimiento de intensa pérdida. Se me formó un nudo en el estómago y me escocieron los ojos, y noté en la cara, una vez más, su

breve caricia, como si me hubiera marcado a fuego con su mano.

Y en aquella pequeña habitación, limpia y ordenada excepto por los juguetes y la ropa, los pañales y los prendedores, la belleza cotidiana del paulatino desarrollo de su hijo, me obligué a sentir los últimos momentos de vida de Rita. Sentí...

Veo: el confuso

movimiento al caerle la soga sobre la cabeza, el repentino e instintivo gesto de las manos hacia la garganta para intentar introducir los dedos bajo la cuerda, la breve quemazón en las yemas al no conseguirlo y la cuerda que se estrecha alrededor del cuello.

La lenta asfixia que priva de vida al cuerpo supone una larga agonía. Es un forcejeo terrible y enconado contra el gradual e implacable aplastamiento

de la garganta, la destrucción progresiva del cartílago cricoides y la definitiva sentencia de muerte cuando se fractura el frágil hueso hioides.

Siente pánico cuando el pulso se acelera. La presión sanguínea aumenta rápidamente mientras forcejea e intenta tomar aire. Trata de golpear con los pies el cuerpo situado detrás de ella, pero la otra persona se anticipa y aprieta más la cuerda. Se le

congestiona la cara, su piel adquiere gradualmente una coloración azul a medida que avanza la cianosis. Los ojos se le salen de las órbitas, echa espuma por la boca y tiene la sensación de que la cabeza va a estallarle por la presión.

A continuación, su cuerpo se sacude en convulsiones y percibe el sabor de la sangre en la boca, la nota manar de la nariz y por encima de los labios. Ahora ya sabe que va

a morir y realiza un último y desesperado esfuerzo por liberarse, por salvar a su hijo, pero el cuerpo ya no le responde, la mente se le oscurece y se huele a sí misma mientras la luz se apaga, mientras pierde el control de sus funciones corporales y piensa para sí: «Pero si siempre he sido tan decente...».

—¿Ha terminado? —

dijo una voz. Era el forense,

el doctor Henry Vaughan, que hablaba con el fotógrafo de la policía.

Vaughan era un hombre canoso y erudito, filósofo a la vez que médico, y ocupaba el cargo de forense desde hacía veinte años. A ese puesto se accedía por nombramiento y tenía una duración de siete años, lo cual significaba que los gobernadores demócratas, los gobernadores republicanos y los gobernadores independientes

habían nombrado, o renombrado, a Vaughan a lo largo de los años. Pronto se retiraría, y al hacerlo dejaría su trastero en Augusta lleno de botes viejos de salsa, mahonesa y cacahuetes, cada uno con una pequeña parte de los restos de alguien. La perspectiva no le disgustaba demasiado: según Ellis, deseaba «más tiempo para pensar».

El fotógrafo tomó una última fotografía del nudo y luego contestó con un gesto

de asentimiento. Habían realizado ya los dibujos preliminares y tomado medidas. El técnico pericial responsable de la habitación había concluido su trabajo en torno a los cuerpos y se había dedicado después a la periferia del lugar del crimen. Un par de auxiliares médicos esperaban en un rincón con una camilla, pero se prepararon para intervenir en cuanto Vaughan habló.

—Vamos a darle la vuelta —dijo el forense.

Dos inspectores, ambos con guantes de plástico, se acercaron al cuerpo y, sin pisar la cinta adhesiva que la rodeaba, se colocaron uno junto a las piernas y el otro a la altura del torso mientras Vaughan sostenía la cabeza.

—¿Listos? —dijo, y a continuación—: Vamos allá.

Dieron la vuelta al cuerpo con delicadeza pero diestramente, y oí a uno de los policías, un hombre musculoso y calvo de más de cuarenta años, musitar:

—Oh, Dios mío.

Rita tenía los ojos desorbitados y llenos de sangre donde los pequeños capilares habían reventado debido a la presión de la cuerda, las pupilas como soles oscuros en un cielo rojo. Tenía las yemas de los dedos azules y la nariz y la boca cubiertas de sangre y espuma seca.

Y los labios, esos labios que me habían besado tiernamente hacía apenas tres noches, que en otro

tiempo fueron rojos y atractivos y ahora estaban fríos y azules («Di adiós»), los tenía cosidos con grueso hilo negro, los puntos entrecruzados de arriba abajo en forma de uves irregulares, con un tosco nudo en una comisura para que el hilo no se desprendiese por el agujero mientras se llevaba a cabo el cosido.

Me acerqué y sólo entonces vi al niño. Su cuerpo se hallaba oculto tras

el sofá, pero al aproximarme quedaron a la vista primero sus pies pequeños y luego el resto del cuerpo, vestido con un pelele morado del dinosaurio Barney. Tenía sangre en la cabeza, sangre coagulada en el pelo rubio, y había sangre también en el ángulo del alféizar contra el que había impactado el cráneo.

Ellis estaba a mi lado.

—Tiene un moretón en la cara. Suponemos que el autor del asesinato le pegó,

quizá porque lloraba, quizá porque se interpuso en su camino. Por la fuerza del golpe, fue a topar contra el alféizar de la ventana y se rompió el cráneo.

Negué con la cabeza al recordar cómo había arremetido el niño contra mí cuando toqué a su madre la otra noche.

—No —dije, y cerré los ojos con fuerza cuando ya no pude resistir el escozor. Me acordé de mi propia hija, perdida ya para siempre, y

de los otros niños, cadáveres envueltos en plástico, cadáveres enterrados en un sótano húmedo de Queens, caras pequeñas en tarros, una pequeña legión de desaparecidos en la oscuridad, alejándose en fila, agarrados de la mano, hacia el olvido—. No, no se limitó a llorar. Intentaba salvarla.

Mientras colocaban los cuerpos en bolsas blancas para trasladarlos a Augusta a

fin de realizar las autopsias, recorrí el apartamento. Sólo había una habitación, aunque era ancha y alargada y tenía una cama de matrimonio y otra más pequeña con barandillas replegables para Donald. Contenía una cómoda de pino y un armario a juego, así como una caja llena a rebosar de juguetes al lado de una pequeña estantería con cuentos infantiles. En un rincón, junto a un cajón abierto, un técnico

espolvoreaba en busca de huellas.

Y al contemplar la ropa apilada en orden en los estantes y los juguetes guardados en la caja, se avivó en mí un recuerdo que me traspasó el corazón. Hacía menos de un año, en nuestra pequeña casa de Hobart Street en Brooklyn, me pasé toda una noche examinando los efectos personales de mi esposa y de mi hija fallecidas, seleccionando, desechando,

oliendo los rastros de las dos adheridos a la ropa como fantasmas. Mi Susan y mi Jennifer: su sangre seguía aún en las paredes de la cocina y había marcas de tiza en el suelo donde estuvieron las sillas, las sillas a las que las habían atado y en las que habían sido mutiladas mientras el marido y el padre que debería haberlas protegido empujaba el codo en un bar.

Y el tiempo que pasé en la habitación de Rita pensé:

¿Quién se ocupará de la ropa y la ordenará? ¿Quién palpará el algodón de su blusa, acariciándolo con los dedos hasta que sus huellas queden en la tela como un sello? ¿Quién tomará entre las manos su ropa interior, sus sujetadores de color rosa sin aros (porque sus pechos eran muy pequeños), y los sostendrá con cuidado, recordando, antes de guardarlos para siempre, cómo desprendía los cierres con una sola mano, cómo se

deslizaban los tirantes por su propio peso y caían las copas suavemente?

¿Quién alcanzará su barra de labios y deslizará el dedo por el contorno, sabiendo que también ése fue un objeto que ella había tocado, que sólo sus labios habían tocado y que nadie más volvería a tocar?

¿Quién verá las pequeñas huellas de sus dedos en el colorete, o desenredará cuidadosamente cada cabello de su cepillo

como si al hacerlo pudiera empezar a reconstruirla de nuevo, trozo a trozo, átomo a átomo?

¿Y quién recogerá los juguetes del niño? ¿Quién hará girar las ruedas de un vistoso camión de plástico? ¿Quién palpará esa nariz chata, los ojos de cristal vidrioso, la trompa en alto de un elefante blanco? ¿Y quién guardará esas pequeñas prendas, esos diminutos zapatos cuyos cordones aún no habían

aprendido a atar los infantiles dedos?

¿Quién hará todo eso, esos insignificantes servicios por los muertos, esos actos de evocación más poderosos a su manera que la conmemoración más elaborada? Al despedirse uno de lo que en otro tiempo les perteneció pasan a estar, por un momento, intensa e íntimamente presentes, ya que el fantasma de un niño sigue siendo, pese a todo, un niño, y el recuerdo del amor

aún es, incluso al cabo de décadas, amor.

De pie frente al apartamento bajo el frío sol invernal, observé cómo retiraban los cadáveres. Según Vaughan, no llevaban muertos más de diez horas, posiblemente menos; la hora exacta de la muerte tardaría aún en determinarse por varias razones, entre ellas el frío en aquel apartamento viejo y mal aislado y las

características de la muerte de Rita Ferris. El *rigor mortis* había aparecido en los pequeños músculos de los párpados, la mandíbula y el cuello y se había extendido gradualmente a los demás músculos de los dos cuerpos, aunque en el caso de Rita Ferris el proceso se había acelerado a causa de los forcejeos previos a la muerte.

El *rigor mortis* se produce como consecuencia de la desaparición de la

fuente de energía necesaria para la contracción muscular, llamada trifosfato de adenosina o TFA. Normalmente el TFA se disipa por completo cuatro horas después de la muerte y deja rígidos los músculos hasta que se inicia la descomposición. Pero si la víctima forcejea antes de morir, la energía procedente del TFA se agota durante el forcejeo y el *rigor mortis* se propaga con mayor rapidez. Eso debería tenerse en

cuenta en el caso de Rita, y por tanto Vaughan suponía que Donald Ferris proporcionaría una estimación más precisa de la hora de la muerte.

Se observaba lividez cadavérica en la parte inferior de ambos cuerpos, donde la fuerza de la gravedad había atraído la sangre, fenómeno que por lo general se produce entre seis y ocho horas después de la muerte; y al presionar en la zona de lividez ésta no se

ponía blanca ni cambiaba de tono, puesto que la sangre ya se había coagulado, lo cual significaba que, como mínimo, llevaban muertos cinco horas. Así pues, la franja establecida para la hora de la muerte era sin duda superior a las cinco horas pero con toda seguridad no excedía las ocho o las diez horas. No se apreciaba lividez estática en la espalda de ninguno de los dos cadáveres, y de ahí se desprendía que no los habían

movido después de la muerte. Aún vivían cuando yo intenté localizar a Rita la noche anterior. Quizás había ido de compras o de visita. Si la hubiera encontrado, ¿podría haberla prevenido? ¿Podría haberla salvado, haberlos salvado a los dos?

Ellis se acercó a mí, que me había apartado de la muchedumbre de mirones.

—¿Has visto algo que te llame la atención? — preguntó.

—No —contesté—.

Todavía no.

—Si se te ocurre algo, infórmanos, ¿de acuerdo?

Pero hubo otra cosa que captó mi atención al instante. Dos hombres de paisano acreditaron su identidad ante el policía que mantenía a raya a la gente y entraron en el edificio. No necesitaba ver los carnets de sus carteras para saber qué eran.

—Federales —dije.

Los seguía una figura más alta de cabello negro

azabache que vestía un traje azul de corte clásico.

—Los agentes especiales Samson y Doyle —informó Ellis—. Y el policía canadiense Eldritch. Ya han estado aquí antes. Supongo que no se fían de nosotros.

Me volví hacia él.

—¿Hay algo aquí que yo no sepa?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa para pruebas de plástico transparente. Contenía cuatro billetes de cien

dólares, todavía nuevos excepto por un único pliegue central en cada uno.

—Negociemos — propuso Ellis—. ¿Sabes algo de esto?

Era imposible eludir la pregunta.

—Parecen los billetes que Billy Purdue me entregó para Rita como parte del pago para el mantenimiento del niño.

—Gracias —dijo, y se dispuso a marcharse.

Noté que estaba

enfadado conmigo, pero no sabía bien por qué.

Alargué la mano y lo agarré por la parte superior del brazo. No pareció gustarle, pero me dio igual. Mi gesto atrajo la atención de dos policías de uniforme, pero Ellis les indicó que se mantuvieran al margen.

—No abuses de mi buen talante, Bird —advirtió, y le echó un vistazo a la mano con que le sujetaba el brazo—. ¿Por qué no me dijiste que te había dado el dinero?

No lo solté.

—Me debes algo —dije—. Antes no tenía forma de saber que el dinero era importante.

—Sólo te estaba poniendo a prueba, supongo —respondió con expresión ceñuda—. ¿Y ahora quieres soltarme el brazo? Se me están durmiendo los dedos.

Retiré la mano y él se frotó el brazo suavemente.

—Veo que sigues yendo al gimnasio. —Eché un vistazo al bloque de

apartamentos, pero los federales y el policía canadiense continuaban dentro.

—¿Te enteraste de aquel asunto en Prouts Neck hace un par de noches? — preguntó.

—Sí, lo vi en las noticias. Un federal americano de origen irlandés, tres italianos y cuatro camboyanos. Una matanza indiscriminada. ¿Por qué me lo preguntas?

—Intervino una persona

más. Se llevó por delante a Paulie Block y a Jimmy Fribb con una escopeta de repetición, y no fue eso lo único que se llevó.

—Explícate.

—En el cabo se estaba produciendo un trueque: dinero a cambio de otra cosa. Los federales recibieron un soplo cuando Paulie Block y Chester Nash aparecieron en Portland. Suponen que se trataba de un rescate por alguien que ya estaba muerto. Ayer los

hombres de la oficina del *sheriff* del condado de Norfolk de Massachusetts desenterraron un cadáver cerca del Larz Andersson Park, una súbdita canadiense llamada Thani Pho. La descubrió un perro.

—Déjame adivinar —le interrumpí—. Thani Pho era de extracción camboyana.

Ellis asintió.

—Por lo visto, era estudiante de primer curso en Harvard; encontraron su bolso al lado. Según los

resultados de la autopsia, la violaron y luego la enterraron viva. Tenía tierra en la garganta. En opinión de los federales y ese tal Eldritch, los hombres de Tony Celli secuestraron a la chica, engañaron a los camboyanos y luego se los cargaron ante las mismísimas narices de los federales. La investigación se ha centrado en Boston. A pesar del espectáculo en el cabo, los federales han concentrado toda su atención

en Tony Celli. Esos dos agentes están atando precisamente los cabos sueltos.

—¿Quién pagó el rescate?

Ellis se encogió de hombros.

—En ese punto cerró sus puertas el Departamento de Información Gratuita del FBI, pero hay sospechas de que existe relación entre el trueque y el asesinato de Thani Pho, y si interviene el tal Eldritch, es muy posible

que haya por medio intereses canadienses. Estos billetes procedían de un banco de Toronto, y también los billetes que cayeron del maletín con el dinero del rescate en el cabo. El problema es que el resto del dinero ha desaparecido, y ahí entra en juego esa otra persona de la que te hablaba.

—¿Cuánto?

—Según dicen, dos millones.

Me pasé las manos por el pelo y me masajeeé los

músculos de la nuca. Billy Purdue: ese tipo era como una bala perdida infernal que rebotaría de una persona a otra y destruiría vidas hasta que se le agotase la energía o lo detuviese algo. Si lo que decía Ellis era cierto, Billy se había enterado de algún modo del pacto de Tony Celli en el cabo, quizás incluso había participado en algún momento, y había decidido sacar tajada, quizá con la esperanza de recuperar a su

ex mujer y a su hijo e iniciar una nueva vida en algún sitio, algún lugar donde poder dejar atrás el pasado.

—¿Aún crees que Billy mató a Rita y a su propio hijo? —pregunté en voz baja.

—Posiblemente — contestó Ellis con un gesto de indiferencia—. No veo a nadie más en perspectiva.

—¿Y le cosió la boca con hilo negro?

—No lo sé. Si estaba tan loco como para enemistarse

con Tony Celli, también podía estarlo como para coser la boca a su ex mujer.

Pero me constaba que Ellis no lo creía. El dinero lo cambiaba todo. Había personas capaces de causar muchísimo daño por echarle el guante a una cantidad así, Tony Celli era una de ellas, sobre todo si, como era probable, consideraba que el dinero era suyo. Sin embargo, los destrozos en la boca de Rita no concordaban. Ni el hecho de

que no la hubieran torturado. Su asesino no la mató mientras trataba de sonsacarle algo. La mató porque alguien la quería muerta, y tenía la boca cosida porque esa misma persona quería transmitir un mensaje a quien la encontrase.

Dos millones de dólares: semejante cantidad iba a desencadenar una avalancha de problemas, y detrás estarían Tony Celli y, quizá, la gente a quien él había

intentado engañar. Era un verdadero lío. Por entonces yo aún no lo sabía, pero el dinero había atraído también a otras personas, a individuos deseosos de asegurárselo para sus propios fines, a quienes no preocupaba tener que matar para conseguirlo.

Pero Billy Purdue, con sus actos, había atraído a alguien más, a alguien a quien no le importaban ni el dinero, ni la mafia de Boston, ni un niño muerto ni

una mujer joven que pretendía rehacer su vida. Había vuelto para reclamar algo que creía suyo, y para vengarse de todos aquellos que lo habían mantenido alejado de lo que le pertenecía, y que Dios auxiliase a cuantos se interpusieran en su camino.

El invierno había llegado aullando desde el norte, y ese individuo había llegado con él.

Cuando Ellis se marchó, permanecí allí inmóvil durante un rato, planteándome si dejar o no a la policía que hiciera su trabajo. En lugar de irme sin más, volví a entrar en el edificio y subí a la tercera planta. La puerta del apartamento cinco estaba recién pintada de un amarillo intenso y alegre, y pequeñas manchas de

pintura salpicaban el número de latón. Llamé suavemente con los nudillos y la puerta se abrió tanto como permitía la cadena. En el hueco apareció una cara pequeña y oscura más o menos a un metro veinte del suelo, tenía el rostro enmarcado por rizos negros y los ojos grandes e inquisitivos.

—Apártate de ahí, hija —dijo una voz, y enseguida una figura más alta y de piel más oscura llenó el hueco.

Percibí el parecido entre

los dos rostros casi al instante.

—¿Señora Mims? — pregunté.

—Señorita Mims — corrigió—. Y acabo de hablar con un agente de policía no hace ni veinte minutos.

—No soy policía, señora. —Le enseñé mi documentación. Ella la examinó detenidamente sin tocarla, y su hija, de puntillas, la imitó. A continuación, volvió a

mirarme a la cara—. Le recuerdo. Usted estuvo aquí hace un par de noches.

—Así es. Conocía a Rita. ¿Puedo entrar un momento?

Se mordisqueó el labio inferior. Por fin asintió y cerró la puerta. Oí que retiraba la cadena y al cabo de un momento abrió de par en par, dejando a la vista una habitación luminosa de techo alto. El sofá, azul y adornado con tapetes amarillos, descansaba

directamente sobre el suelo barnizado, sin alfombras. A ambos lados de una chimenea de mármol vieja y manchada se alzaban dos estanterías repletas de libros encuadernados en rústica, y junto a la ventana, al lado de un combo televisor y vídeo, había un aparato estéreo portátil. La habitación olía a flores y, a la derecha, daba a un pasillo corto que cabía suponer conducía al dormitorio y al cuarto de baño, y a la izquierda, a una

cocina pequeña y limpia. Las paredes estaban recién pintadas de amarillo pálido, de modo que la habitación parecía bañada por el sol.

—Tiene una casa agradable —comenté—. ¿Ha hecho todo esto usted sola?

La mujer asintió con la cabeza, orgullosa a su pesar.

—Yo la ayudé —saltó la niña. Tenía ocho o nueve años y ya se veía en ella el germen de una belleza que al final eclipsaría la de su madre.

—Tendrás que empezar a ofrecer tus servicios —dije a la niña—. Sé de gente que pagaría un montón por un trabajo de esta calidad. Incluido yo.

La pequeña rió tímidamente y su madre tendió la mano y la abrazó con ternura.

—Hija, ahora vete a jugar un rato mientras hablo con el señor Parker.

La niña obedeció. Al salir al pasillo, lanzó una mirada fugaz e inquieta por

encima del hombro. Le sonreí para tranquilizarla, y ella me devolvió la sonrisa.

—Es una niña preciosa —comenté.

—Ha salido a su padre —contestó con marcado tono sarcástico.

—Lo dudo. ¿Anda por aquí?

—No. Era un hijo de puta y no servía para nada, así que lo eché a patadas. Lo último que supe de él es que se había convertido en una carga para la economía de

Nueva Jersey.

—El mejor sitio para él.

—Ahí le doy la razón.

¿Quiere un café? ¿Un té?

—Un café no me vendría mal —contesté. En realidad no me apetecía, pero supuse que distendería un tanto la situación. La señorita Mims parecía una mujer de armas tomar. Si decidía no cooperar, una quilla de acero no bastaría para romper el hielo.

Al cabo de unos minutos salió de la cocina con dos

tazas, las colocó cuidadosamente sobre unos posavasos en una mesita de pino y volvió a la cocina a por la leche y el azúcar. Cuando regresó, nos sentamos. Le temblaba la mano con que sostenía la taza. Advirtió que la miraba y levantó también la mano izquierda para sujetar la taza con firmeza.

—No es fácil —comenté—. Cuando ocurre una cosa así, tiene el mismo efecto que una piedra en una

piscina. Con las ondas, todo se agita.

Ella asintió.

—Ruth me ha estado preguntando. No le he dicho que han muerto. Aún no sé cómo voy a explicárselo.

—¿Conocía bien a Rita?

—La conocía un poco.

La conocía más por lo que se contaba de ella. Había oído hablar de su marido, y sabía que casi los mató en un incendio. —Hizo una pausa—. ¿Cree usted que esto lo ha hecho él?

—No lo sé. Según he oído, había rondado por aquí últimamente.

—Yo lo vi vigilar la casa una o dos veces. Se lo dije a Rita, pero ella sólo avisó a la policía la última vez, cuando él se emborrachó como una cuba. El resto del tiempo, por lo visto, prefería dejarlo en paz. Me parece que lo compadecía.

—¿Estaba usted aquí anoche?

Ella asintió y guardó silencio por un instante.

—Me acosté temprano...
Cosas de mujeres, ya sabe.
Me tomé dos Tylenol y un
trago de whisky, y no me he
despertado hasta esta
mañana. Al bajar, he visto
abierta la puerta del
apartamento de Rita, he
entrado y me los he
encontrado. No he podido
evitar pensar que si no
hubiera tomado las pastillas,
si no hubiera bebido...

Tragó saliva
ruidosamente y se esforzó
por contener las lágrimas.

Desvié la mirada por un momento y, cuando me volví de nuevo hacia ella, parecía haber recobrado la compostura.

—¿Sabe si había algo o alguien que la inquietase? —
proseguí.

De nuevo se produjo un silencio, pero éste fue muy elocuente. Aguardé, pero ella continuó en silencio.

—Señorita Mims... —
empecé.

—Lucy —corrigió.

—Lucy —susurré—. Ya

nada de lo que digas puede perjudicar a Rita. Si sabes algo que pueda servir para encontrar al culpable de esto, cuéntamelo, por favor.

Tomó un sorbo de café.

—Andaba mal de dinero.

Yo lo sabía, porque me lo dijo ella misma. Una mujer la ayudaba, pero Rita no tenía bastante con eso. Yo le ofrecí dinero alguna vez, pero nunca lo aceptó. Me dijo que había encontrado una manera de ganarse unos dólares extra.

—¿Te dijo cómo?

—No, pero yo le cuidé a Donnie mientras estaba fuera. Fueron tres veces, y siempre me avisaba poco antes. La tercera vez, cuando volvió, noté que había llorado. Parecía asustada, pero no me contó qué le había pasado. Sólo me dijo que no sería necesario que volviese a cuidarle a Donnie, que aquel trabajo no le había salido bien.

—¿Le has contado eso a la policía?

Negó con la cabeza.

—No sé por qué no lo he dicho. Es sólo que... era una buena persona, ¿entiendes? Simplemente hacía lo que tenía que hacer para llegar a fin de mes. Y si se lo hubiera contado a la policía, se habría convertido en otra cosa, en algo sucio.

—¿Sabes para quién trabajaba?

Se levantó y salió al pasillo. Oí sus pisadas en el suelo desnudo mientras se alejaba. Cuando apareció de

nuevo, llevaba una hoja de papel entre las manos.

—Me dijo que si tenía algún problema con Donnie o con Billy, o si ella no volvía a tiempo, llamara a este número y hablara con este hombre.

Me entregó la hoja. En ella, escritos con la letra pulcra y apretada de Rita Ferris, había un número de teléfono y el nombre de Lester Biggs.

—Lucy, ¿cuándo notaste que había llorado?

—Hace cinco días —
contestó ella.

Eso significaba que me había telefonado el día después en busca de ayuda y dinero para marcharse de Portland.

—¿Puedo quedarme esto? —pregunté con la hoja en alto.

Ella asintió y me la guardé en la cartera.

—¿Sabes quién es ese hombre? —preguntó ella.

—Controla un servicio de acompañantes en South

Portland —contesté. No tenía sentido suavizarlo. Lucy Mims ya había adivinado la verdad. Por primera vez las lágrimas brillaron en sus ojos; una quedó suspendida de sus pestañas y al cabo de un momento resbalo lentamente por su mejilla. Su hija apareció en el pasillo y corrió hasta su madre para abrazarla con fuerza. Me miró, pero no con expresión acusadora. Sabía que, fuese lo que fuese lo que había

ocurrido, yo no tenía la culpa de que su madre estuviese llorando.

Saqué una tarjeta de la cartera y se la entregué a Lucy.

—Telefonéame si te acuerdas de algo más, o simplemente si te apetece hablar. O si necesitas ayuda.

—No necesito ayuda, señor Parker —respondió. En su voz oí el eco del puntapié que mandó a alguien a Nueva Jersey.

—Supongo que no —

dije, y abrí la puerta—. Y la mayoría de la gente me llama Bird.

Cuando salí, cruzó la habitación para cerrar la puerta, con su hija abrazada aún a ella.

—Encontrarás al hombre que ha hecho esto, ¿verdad? —preguntó.

Unas nubes pasajeras ocultaron parcialmente el sol invernal, y una sombra empezó a moverse en las paredes detrás de ella. Por un instante la sombra

pareció adoptar forma humana, la forma de una mujer joven que atravesaba la habitación, y tuve que sacudir la cabeza para hacerla desaparecer. La imagen permaneció por un segundo; luego, al despejarse el cielo, se desvaneció.

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo encontraré.

Lester Biggs controlaba su negocio desde una oficina

de Broadway situada encima de una peluquería. Llamé al portero electrónico, y al cabo de unos treinta segundos contestó una voz masculina.

—Vengo a ver a Lester Biggs —dije por el interfono.

—¿Para qué necesita al señor Biggs? —fue la respuesta.

—Por Rita Ferris. Me llamo Charlie Parker. Soy investigador privado.

No ocurrió nada. Me

disponía a llamar otra vez cuando oí el zumbido de la puerta. La abrí de un empujón y me encontré ante una estrecha escalera con moqueta verde descolorida y una ventana pequeña y mugrienta en el descansillo. Subí dos tramos hasta llegar a una puerta abierta que daba a un despacho con vistas a la calle. Cubría el suelo la misma moqueta verde, y había un escritorio con un teléfono, dos sillas de madera sin cojines y un

montón de revistas porno en el suelo, junto a pilas de vídeos del mismo género. Contra la pared había tres archivadores. Frente a éstos, bajo las dos grandes ventanas que daban a Broadway, vi una selección de aparatos eléctricos metidos en cajas: hornos microondas, secadores de pelo, electrodomésticos de cocina, estéreos, incluso algún ordenador, aunque ninguno de marcas que yo conociera. Los rótulos de las

cajas parecían escritos en cirílico: muy propio de Lester Biggs dedicarse a la compraventa de ordenadores rusos.

Detrás del escritorio, en una butaca de piel, estaba sentado Lester en persona; y a su derecha, en una de las sillas, un hombre con barba, un vientre enorme y bíceps del tamaño de melones. Las nalgas le colgaban por los bordes de la silla como globos llenos de agua.

Lester Biggs era esbelto

y ofrecía un aspecto más o menos elegante, si por elegancia se entiende la de un pinchadiscos en la boda de su cuñada. Aparentaba unos cuarenta años y vestía un barato traje a rayas de tres botones, una camisa blanca y una fina corbata rosa. Llevaba el pelo corto en la parte de arriba y largo, con bucles de permanente, por detrás. En la cara lucía un moreno de salón de bronceado y tenía los párpados un tanto caídos,

como si la hubieran sorprendido entre el sueño y la vigilia. En la mano derecha sostenía un bolígrafo, con el que, cuando entré, golpeteaba la superficie del escritorio haciendo tintinear su pulsera de oro.

Por lo que se contaba, Biggs no era un mal hombre para lo que corría en su profesión. Empezó con una tienda de aparatos electrónicos usados, había prosperado rápidamente al

pasar a la compraventa de artículos robados, y al final comenzó a abarcar otras áreas. El servicio de acompañantes era una de las últimas incorporaciones, en marcha desde hacía seis o siete meses quizá. Por lo que había oído decir, recibía las llamadas, se ponía en contacto con la chica, proporcionaba un coche para llevarla a la dirección acordada y a un tipo —a veces Jim, el hombre corpulento que en ese

momento estaba sentado junto a él— para asegurarse de que todo transcurría sin contratiempos. Por eso se quedaba con el cincuenta por ciento. No es que estuviese en una absoluta bancarrota moral, sino sólo en números rojos.

—El famoso detective del pueblo —comentó—. Bienvenido. Toma asiento.

Señaló con el bolígrafo la silla de madera desocupada. Me senté. El respaldo crujió un poco y

empezó a ceder, así que me eché hacia delante.

—El negocio prospera, veo.

Biggs hizo un gesto de indiferencia.

—No me va mal. En mi actividad, no sale a cuenta llamar la atención.

—¿Y esa actividad es...?

—Compro y vendo cosas.

—¿Personas, por ejemplo?

—Proporciono un servicio. No obligo a nadie a

hacer lo que hace. Excepto Jim, aquí presente, nadie trabaja para mí. Trabajan por su cuenta. Yo sólo actúo como mediador.

—Cuéntame en qué consistió tu mediación con Rita Ferris.

Biggs no contestó. Se limitó a revolverse en la butaca para mirar por la ventana, y por fin dijo:

—Ya me he enterado. Lo siento. Era una mujer encantadora.

—Exacto, lo era. Quiero

averiguar si su muerte guarda relación alguna con lo que hacía para ti.

Dio un ligero respingo.

—¿Y qué interés tienes tú en esto?

—Simplemente lo tengo. También tú deberías tenerlo.

Cruzó una mirada con Jim, que se encogió de hombros.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

—Seguí el rastro del porno barato.

Biggs sonrió.

—Algunos hombres necesitan ciertos extras para calentarse. Hay gente muy retorcida, y yo doy gracias a Dios diariamente por su existencia.

—¿Conoció Rita Ferris a alguna de esas personas retorcidas?

Biggs se retrepó en la butaca hasta que el respaldo quedó apoyado contra la pared y me escrutó en silencio.

—Dímelo a mí, o díselo a la policía —advertí—.

Estoy seguro de que las brigadas de narcóticos y antivicio charlarían encantadas contigo sobre el carácter de tu mediación.

—¿Qué quieres saber?

—Háblame del lunes por la noche.

Cruzó otra mirada con Jim y finalmente pareció resignarse a hablar.

—Recibimos una llamada inesperada, sólo eso. Telefonó un tipo desde el Radisson, el hotel de High Street; quería una chica. Le

pregunté si tenía alguna preferencia, y me contestó que la quería baja, rubia, de tetas pequeñas y buen culo. Dijo que le gustaban así. Y ésa era la descripción de Rita tal cual. La llamé, le ofrecí el trabajo y aceptó. Para ella era sólo la tercera vez, pero estaba muy interesada en ganarse un dinero. Pasta por polvo. — Esbozó una sonrisa vacua—. En fin, Jim fue a recogerla, la acompañó, aparcó el coche y esperó en el

vestíbulo mientras ella subía a la habitación.

—¿Qué habitación?

—La novecientos veintisiete. El caso es que Rita baja a los diez minutos, entra corriendo en el vestíbulo, va derecha a Jim y le dice que quiere volver a casa. Jim la lleva a un rincón para intentar calmarla y averiguar qué ha pasado. Según parece, cuando llegó a la habitación, abrió un viejo y la hizo pasar. Rita contó que iba vestido de una

manera rara... —Miró a Jim en busca de confirmación.

—Era viejo —corroboró Jim—. Vestía a la antigua, como si el traje fuera de hace treinta o cuarenta años. Olía a naftalina, dijo Rita.

Por primera vez, Biggs pareció inquieto.

—Según ella, todo era muy extraño. En la habitación no había ropa, ni maletas ni bolsas, nada aparte del viejo con su traje viejo. Y a ella le entró miedo. No sabía por qué,

pero aquel viejo la asustó.

—Olía mal —añadió Jim—. Eso me dijo Rita. No mal como los huevos o el pescado podridos, sino mal como si ese hombre tuviese dentro algo podrido, como... Si la maldad tuviese olor, olería así. —Dio la impresión de que lo incomodaban sus propias palabras y empezó a examinarse los dedos.

—Entonces el viejo le pone la mano en el hombro —prosiguió Lester—, y ella

quiere salir de allí a toda prisa. Lo empuja, y el viejo se cae en la cama. Rita va a la puerta, pero él la ha cerrado con llave y ella pierde un momento intentando abrirla. Cuando lo consigue, tiene ya al viejo detrás y empieza a gritar. Él le tira del vestido, trata de taparle la boca, y ella le pega otra vez, en la cabeza. Antes de que el viejo se recupere, Rita ya ha abierto la puerta y echa a correr por el pasillo. Oye detrás sus pasos,

rápidos y cada vez más cerca. De pronto Rita dobla el recodo y encuentra a un grupo de gente entrando en el ascensor. Llega hasta ellos un segundo antes de cerrarse las puertas y mete el pie en el hueco. La puerta se abre y Rita entra. No ve señales del viejo, pero aún lo huele, y sabe que no anda lejos. Tuvo suerte, supongo. En el Radisson, a ese lado del edificio, hay sólo un ascensor en funcionamiento. Si se le hubiese escapado, el

viejo la habría alcanzado, eso desde luego. El ascensor la llevó hasta el vestíbulo, y hasta Jim.

Jim seguía mirándose las manos. Las tenía grandes y surcadas de venas gruesas, con cicatrices en los nudillos. Quizá se preguntaba si Rita Ferris continuaría viva en caso de que él hubiese tenido ocasión de utilizarlos con el viejo.

—Le dije que esperase en el vestíbulo, al lado de la

recepción —explicó,
retomando la historia—, y
subí a la habitación, pero la
puerta estaba abierta y
dentro no encontré a nadie.
Como Rita había dicho, no
había maletas, nada. Así que
volví a la recepción, les dije
que había quedado con un
amigo alojado allí, en la
habitación novecientos
veintisiete. —Apretó los
labios y se recorrió una de
las cicatrices que tenía en los
nudillos con una uña larga
—. No les constaba ningún

huésped en la habitación novecientos veintisiete — agregó por fin—. La habitación no estaba ocupada. El viejo debía de haber engañado a alguien del personal para entrar. Llevé a Rita al bar, le pedí un coñac y esperé a que se calmase antes de acompañarla a casa. Eso fue todo.

—¿Se te ocurre alguna manera de informar a la policía acerca de ese individuo?

Biggs negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a hacerlo?

—Tienes un teléfono.

—Tengo un negocio —
repuso.

«No por mucho tiempo», pensé. Aunque adoptase cierta pose, Biggs no era más que una moscarda, que se introducía en las vidas de mujeres jóvenes y luego las consumía desde dentro.

—Podría intentarlo otra vez —dije—. Quizá ya lo haya intentado y Rita esté

muerta precisamente por eso.

Biggs movió la cabeza en un gesto de negación.

—No, estas cosas pasan. Seguramente ese bicho raro volvió a su casa y se la sacudió.

Por la expresión de su mirada, supe que no se creía sus propias mentiras. A su lado, Jim seguía sin levantar la cabeza. La culpabilidad emanaba de él como una bruma.

—¿Os dio Rita alguna

descripción?

—Ya te lo hemos dicho: viejo, alto, canoso, mal olor. Eso es todo.

Me levanté.

—Gracias. Habéis sido de gran ayuda.

—Estamos a tu disposición —respondió Biggs—. Si alguna vez quieres pasártelo bien, llámame.

—Sí, serás el primero en saberlo.

Cuando salí a la calle, un coche se detuvo ante mí: el coche de Ellis Howard. No parecía muy contento de verme.

—¿Qué haces aquí? — preguntó.

—Lo mismo que tú, supongo.

—Hemos recibido un chivatazo anónimo.

—Afortunados vosotros — comenté. Supuse que al final Lucy Mims había

sucumbido a su conciencia.

Ellis se frotó la cara con la mano y, al hacerlo, se estiró la piel para abajo y quedó a la vista la rojez bajo sus ojos.

—Aún no has contestado a mi pregunta —insistió—. ¿Cómo sabías que ejercía la prostitución?

—Quizá de la misma manera que tú. No tiene importancia.

—Pero ¿no ibas a decírnoslo?

—Sí, a la larga.

Sencillamente no quería que se la etiquetase de fulana, no con la prensa rondando, no sin haber tenido ocasión de averiguar algo más.

—No sabía que fueses tan sentimental —dijo Ellis. No sonreía.

—Tengo mi lado oculto —contesté a la vez que me volvía y me dirigía hacia mi coche—. Ya nos veremos, Ellis.

8

Al salir de la oficina de Lester Biggs, fui al Green Mountain Coffee Roasters de Temple Street, donde me tomé un torrefacto francés con una magdalena y miré pasar los coches por Federal Street. Unas cuantas personas hacían cola para ver películas malas en el cine Nickelodeon, en la puerta contigua, o tomaban el aire en Monument Square.

A un paso de allí, Congress Street era un hervidero de gente. La calle había atravesado una mala época cuando los grandes centros comerciales de las afueras impulsaron al pequeño comercio a abandonar la ciudad, pero ahora había restaurantes y estaba también el café-teatro Keystone, y se reinventaba a sí misma como núcleo cultural de Portland.

Aquella era una ciudad de supervivientes: había

ardido dos veces a manos de los indios en 1676 y 1690; una vez más bajo los cañones del inglés Henry Mowatt en 1775 a raíz de una disputa relacionada con la tala de troncos para mástiles, y otra vez en 1866 cuando alguien lanzó un petardo en un astillero de Commercial Street y redujo a cenizas la mitad este de la ciudad. Y sin embargo seguía allí, y seguía creciendo.

La ciudad me producía

la misma sensación que la casa de Scarborough: era un lugar donde el pasado permanecía vivo en el presente, donde un hombre podía hallar un hueco siempre y cuando comprendiese que era un eslabón más de la cadena, ya que un hombre desligado de su pasado es un hombre a la deriva en el presente. Acaso fuera ése, en parte, el problema de Billy Purdue. En su vida apenas había conocido la estabilidad. Su

pasado estaba formado por una serie de episodios inconexos, unidos sólo por la infelicidad que le causaba su recuerdo. Con hombres como Billy, el matrimonio no solía funcionar porque, en general, cuando una persona infeliz contrae matrimonio, éste suele terminar en dos personas infelices, e incluso en dos personas infelices divorciadas.

Al final llegué a la conclusión de que Billy

Purdue probablemente no era de mi incumbencia. Lo que le hubiese hecho a Tony Celli, por la razón que fuese, era un asunto entre Tony y él. Billy era ya un hombre adulto, y sus actos en Ferry Beach indicaban que estaba jugando según las reglas de los adultos. Así pues, si Billy Purdue no era de mi incumbencia, ¿por qué tenía la sensación de que debía salvarlo?

Siguiendo ese mismo razonamiento, Rita y Donald

tampoco eran de mi incumbencia, pero yo sentía lo contrario. En su apartamento, con los dos cadáveres tendidos en el suelo, captados brevemente por los destellos del flash de la cámara, percibí una tensión, algo que reconocí de antes, algo que había llegado a mí como un don de otra persona. En la concurrida cafetería, mientras la gente se cobijaba del frío, hablaba de sus hijos, chismorreaba sobre

sus vecinos, acariciaba las manos de sus novias, novios o amantes, recorrí suavemente la palma de mi mano derecha con los dedos de la izquierda y recordé un contacto más intenso que el de cualquier amante, y aspiré de nuevo el olor dulzón y embriagador de los pantanos de Louisiana.

Hacía casi ocho meses había estado en la habitación de una anciana ciega llamada *Tante* Marie Aguiard, una enorme

figura de ébano con los ojos sin vida cuya conciencia se movía en la oscuridad de su propia existencia y las existencias de otros. No sabía con certeza qué esperaba de ella, aparte del hecho de que, según decía, oía la voz de una muchacha muerta que la llamaba desde los pantanos. En esos momentos creía que el hombre que había matado a la muchacha quizá fuese también el autor de los asesinatos de mi mujer y de

mi hija..., en el supuesto de que la anciana no estuviese loca, o buscase venganza, o sencillamente se sintiese sola y deseara llamar la atención.

Sin embargo, cuando me tocó la mano en la habitación en penumbra, me traspasó algo parecido a una sacudida eléctrica y supe que la anciana no mentía, que de algún modo oía llorar a la muchacha en medio de la vegetación descompuesta y las aguas verdes y

profundas, y que *Tante Marie* había intentado consolarla mientras moría.

Y por mediación de *Tante Marie* oí también las voces de Susan y Jennifer, tenues pero claras, y me llevé esas voces conmigo, y a la semana siguiente, en un vagón de metro, mi mujer se me apareció por primera vez. Ése fue el don que *Tante Marie* me hizo: vi y oí a mi esposa y a mi hija muertas, y vi y oí también a otros. Al final, *Tante Marie*

estuvo entre ellos. Ése fue su don, transmitido mediante el contacto de una mano, y aún me resultaba imposible explicarlo.

Pienso que tal vez sea una suerte de empatía, la capacidad de experimentar el sufrimiento de quienes nos han sido arrebatados dolorosa y brutalmente, sin misericordia. O quizá lo que experimento sea una forma de demencia, fruto de la aflicción y la culpabilidad; quizá soy un perturbado, y

en mi trastorno he imaginado mundos alternativos donde los muertos les exigen reparación a los vivos. No lo sé con seguridad. Lo único que puedo afirmar es que quienes están ausentes cobran presencia por medio de esa facultad.

Ahora bien, ciertos dones son peores que maldiciones, y el lado siniestro de este don es que ellos lo saben: las almas perdidas, las rezagadas,

aquellos que no deberían habernos sido arrebatados pero lo han sido, los inocentes, los fantasmas atormentados y en pugna, las filas de los muertos, cada vez más numerosas. Todos ellos lo saben.

Y vienen.

A pesar de mis dudas, esa tarde fui de bar en bar hablando con quienes habían conocido a Billy Purdue, quienes podían tener alguna

idea de adónde había ido. En algunos casos el Departamento de Policía de Portland se me había adelantado, lo cual implicaba, por lo general, que me deparaban una acogida más bien fría. Nadie podía, o quería, decirme nada, y yo casi había abandonado toda esperanza cuando topé con James Hamill.

Supuse que el árbol genealógico de Hamill no tenía muchas ramas. Era un

facineroso raquítrico,
cincuenta y cinco kilos de
resentimiento, de ira
reprimida y mentalidad
retrógrada, la clase de
individuo que no le hacía un
favor a nadie si podía
evitarlo. Hamill ocupaba una
posición muy baja en la
cadena alimenticia: donde él
habitaba, se lo comían todo
crudo.

Jugaba solo en los
billares Old Port de Fore
Street cuando di con él.
Estaba preparando el taco

con la visera de la gorra de béisbol echada hacia atrás y el ralo bigote enarcado en un gesto de concentración. Erró el tiro y juró con estridencia. Habría fallado aun cuando la bola hubiese sido de hierro y la tronera hubiese estado imantada. Sencillamente, Hamill era esa clase de persona.

En Gritty McDuff's alguien me había dicho que de vez en cuando Hamill andaba con Billy Purdue. No entendía por qué. Quizá

Billy necesitaba estar acompañado de alguien a cuyo lado, en comparación, pareciese guapo.

—¿James Hamill? — pregunté.

Se rascó el culo y me tendió la mano. Su sonrisa era la pesadilla de un dentista.

—Encantado de conocerte, quienquiera que seas. Y ahora piérdete.

Siguió con su partida.

—Busco a Billy Purdue.

—Ponte en la cola.

—¿Alguien más ha preguntado por él?

—Prácticamente todo el mundo con uniforme y una placa, por lo que he oído. ¿Eres poli?

—No.

—¿Detective? —

preguntó a la vez que hacía retroceder el taco lentamente con el propósito de meter una bola listada en la tronera central.

—Supongo.

—¿Eres el que Billy contrató?

Levanté la bola listada y la blanca fue derecha a la tronera.

—¡Eh! —exclamó Hamill—. Devuélveme la bola. —Habló como un niño pequeño y malcriado, aunque sospeché que no sería nada fácil inducir a una madre a reconocer a Hamill como hijo propio.

—¿Billy Purdue contrató a un investigador privado? —pregunté. Me delató el tono de voz, ya que en el rostro de Hamill la

expresión de profunda desdicha dio paso a una mirada de codicia.

—¿A ti qué te importa?

—Me interesa hablar con cualquiera que pueda ayudarme a localizar a Billy. ¿Quién es el detective? — insistí. Si Hamill se negaba a contestar, seguramente bastarían unas cuantas llamadas para enterarme, en el supuesto de que quienquiera que Billy hubiese contratado estuviera dispuesto a admitir que

había trabajado para él.

—No me gustaría meter en problemas a mi amigo — dijo Hamill frotándose el mentón en un vago remedo de expresión pensativa—. ¿De qué lado estás?

—Trabajé para su ex mujer.

—Está muerta. Espero que te pagase por adelantado.

Sopesé la bola de billar y contemplé la posibilidad de lanzársela a la cabeza. Hamill adivinó mis

intenciones.

—Oye, necesito algo de pasta —dijo con mejores modales—. Dame algo y tendrás el nombre.

Saqué la cartera y puse veinte dólares en la mesa.

—Joder, veinte pavos —prorrumpió Hamill—. Eres todo un Jack Benny sin carcajadas de fondo. Va a salirte más caro.

—Te daré más, pero antes quiero el nombre.

Hamill se lo pensó un momento.

—No sé cómo se llama de nombre, pero el apellido es Wildon o Wifford o algo así.

—¿Willeford?

—Sí, sí, eso. Willeford.

Le di las gracias con un gesto de asentimiento y me marché.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó Hamill, y oí el roce de sus zapatillas contra el suelo a mis espaldas—. ¿Y mi plus?

Me volví.

—Perdón, me olvidaba.

—Puse una moneda de diez

centavos encima del billete y le guiñé el ojo a la vez que dejaba la bola en la mesa—. Esto por el chiste sobre la ex mujer. Que lo disfrutes con salud.

Me encaminé hacia la escalera.

—Oye, Donald Trump —gritó Hamill mientras me alejaba—. Vuelve pronto, eh.

Marvin Willeford no estaba en su oficina, un

simple despacho con un solo escritorio encima de un restaurante italiano y enfrente de la terminal de transbordadores Casco Bay, pero una nota escrita a mano pegada a la puerta informaba de que se había ido a comer: una comida larga, obviamente. Pregunté en el restaurante que solía frecuentar Willeford y el camarero me facilitó el nombre de un bar del puerto, el Sail Loft Tavern, en la esquina de las calles

Commercial y Silver.

En los siglos XVIII y XIX, el puerto de Portland era un boyante centro pesquero y naviero. Por aquel entonces se amontonaba en los muelles madera con destino a Boston y a las Antillas. Pronto volvería a haber allí madera, pero ahora destinada a China y Oriente Próximo. Entretanto la reurbanización de la zona portuaria, la construcción de nuevos bloques de apartamentos y tiendas para

atraer a los turistas y a los jóvenes profesionales seguía siendo un tema controvertido. Es difícil que las actividades de un puerto se desarrollen debidamente cuando hay gente alrededor vestida con sandalias y camisetas de estampado desteñido fotografiándose y comiendo cucuruchos. El Sail Loft parecía una vuelta a los viejos tiempos, la clase de establecimiento donde algunos se sentían como en casa.

Conocía a Willeford de vista, pero nunca había hablado con él y apenas sabía algo de su pasado. Parecía más viejo de lo que recordaba cuando lo encontré junto a la barra en penumbra viendo un partido de baloncesto en diferido en un televisor rodeado de caballitos y estrellas de mar colgados de las paredes. Calculé que debía de rondar los sesenta años. Carrilludo y calvo, tenía unos cuantos mechones de cabello blanco

dispuestos de través en el cráneo como algas marinas adheridas a una roca y la piel pálida, casi traslúcida, con una red de finas venas en las mejillas, y la nariz roja y bulbosa salpicada de cráteres igual que un mapa en relieve de Marte. Sus facciones parecían desdibujadas e imprecisas, como si se disolvieran lentamente en el alcohol que corría por su organismo, como si estuviera convirtiéndose poco a poco

en una versión borrosa de su forma original.

Sostenía una cerveza en la mano, y enfrente había un vaso de whisky vacío y los restos de un bocadillo y unas patatas fritas en un plato. Sin embargo, no estaba repantigado junto a la barra, sino muy erguido, con la espalda ligeramente apoyada en el respaldo del taburete.

—Hola —saludé a la vez que tomaba asiento junto a él—. ¿Marvin Willeford?

—¿Le debe dinero? —

preguntó Willeford sin apartar la mirada del televisor.

—Todavía no — contesté.

—Bien. ¿Le debe usted dinero a él?

—Todavía no —repetí.

—Lástima. No obstante, yo que usted mantendría las cosas así. —Se volvió hacia mí—. ¿En qué puedo ayudarle, joven?

Resultaba extraño que lo llamaran a uno «joven» a los treinta y cuatro años. Casi

sentía el impulso de enseñar algún documento de identidad.

—Me llamo Charlie Parker.

Reconoció el nombre con un gesto de asentimiento.

—Conocí a su abuelo, Bob Warren. Era un buen hombre. He oído rumores de que quizá se meta usted en mi terreno, Charlie Parker.

Me encogí de hombros.

—Quizás. Espero que haya trabajo suficiente para

los dos. ¿Me permite que le invite a una cerveza?

Apuró el vaso y pidió que se lo rellenaran. Yo tomé café.

—«El viejo orden cambia y da lugar a uno nuevo» —dijo Willeford con tristeza.

—Tennyson —dije.

—Me alegra ver que aún queda algún romántico —comentó con una sonrisa de aprobación. En la vida de Willeford no todo eran largas comidas en un bar a

oscuras. Así suele ocurrir con las personas como él. Sonrió de nuevo y brindó con su nueva cerveza—. Bueno, joven, al menos no es usted un absoluto ignorante. Vengo a este bar desde hace muchos años, ¿sabe? Miro alrededor y me pregunto cuánto tiempo seguirá en pie ahora que están construyendo apartamentos de lujo y tiendas elegantes en el puerto. A veces pienso que debería encadenarme a una

barandilla en señal de protesta, sólo que tengo mal la cadera y con el frío me entran ganas de mear. — Movi6 la cabeza en un gesto de pesar—. ¿Y qu6 le trae por mi despacho, joven?

—Tenía la esperanza de que me hablase de Billy Purdue.

Apretó los labios mientras tragaba el sorbo de cerveza que tenía en la boca.

—¿Es por un asunto profesional o personal? Porque si es personal,

simplemente estamos aquí charlando, ¿entendido? Pero si es profesional, uno tiene su ética, tiene su deber de confidencialidad con el cliente, tiene sus métodos secretos; aunque..., y ahora hablo a título personal, compréndame..., si quiere quedarse a Billy Purdue como cliente, es usted muy libre. Carecía de algunas de las cualidades básicas que busco en un cliente, como por ejemplo dinero. Pero, por lo que ha llegado a mis

oídos, más que un detective necesita un abogado.

—Digamos que es personal, pues.

—Personal es, sin duda. Me contrató para localizar a sus padres naturales.

—¿Cuándo?

—Hará un mes o algo así. Me pagó doscientos cincuenta por adelantado, en billetes de uno y de cinco, sacados directamente de la hucha, pero ya no pudo pagar más, así que lo dejé estar. No le hizo mucha

gracia, pero los negocios son los negocios. Además, ese chico traía más complicaciones que una artritis.

—¿Hasta dónde llegó?

—Bueno, di los pasos habituales. Solicité a las autoridades estatales información no identificadora, ya sabe, las edades de los padres, las profesiones, los lugares de nacimiento, la raza. No conseguí nada de nada, cero. Al chico lo encontraron bajo

una hoja de col.

—¿No tenía partida de nacimiento?

Levantó las manos en un gesto de fingido asombro y luego tomó otro gran trago de cerveza. Calculé que en tres tragos se acababa un vaso. Acerté.

—Verá, fui hasta Dark Hollow. Ya sabe dónde está, ¿no? Al norte de Greenville.

Asentí.

—Tenía otro asunto pendiente cerca del lago Moosehead —continuó—, y

pensé que podía hacerle un favor a Purdue y llevar a cabo parte de su investigación durante el tiempo de otro cliente. El último padre de acogida que tuvo vive por allí, aunque ahora ya es viejo, más viejo que yo. Se llama Payne, Meade Payne. Me contó que, por lo que él sabía, la adopción de Billy Purdue se llevó a cabo por canales privados, organizada por mediación de cierta mujer de Bangor y las hermanas de

Santa Marta. —Santa Marta me sonaba de algo, pero no recordaba de qué. Willeford pareció percibir mis esfuerzos—. Santa Marta —repitió—. El sitio donde se mató aquella anciana hace unos días, la que se escapó. Antes Santa Marta era un convento, y las monjas acogían a mujeres que habían acabado mal, ya me entiende. Pero ahora todas las monjas han muerto o han tenido que retirarse a causa del Alzheimer, y Santa

Marta es una residencia privada para la tercera edad, del más bajo nivel. Huele a orina y verdura hervida.

—¿No hay datos, pues?

—Nada. Consulté las carpetas que quedaban, que no eran muchas. Mantenían un registro de nacimientos y conservaban copia de los documentos pertinentes, pero nada correspondía a Billy Purdue. Su caso no pasó por los archivos o, si pasó, alguien se aseguró de ocultar el rastro. Al parecer,

nadie sabía por qué.

—¿Habló con esa mujer, la que organizó la adopción?

—Lansing. Cheryl Lansing. Sí, hablé con ella. También es vieja. Dios mío, incluso sus hijos empezaban a ser ya viejos. Tengo la sensación de que sólo me encuentro con viejos, clientes viejos, personas viejas. Creo que necesito hacer amigos jóvenes.

—Eso dará que hablar a la gente —comenté—. Acabará teniendo mala

fama.

Se echó a reír.

—¿Es posible tener una amante joven sin dinero?

—No lo sé. Puede intentarlo, pero dudo que llegue muy lejos.

Asintió y se terminó la cerveza.

—Ése ha sido mi problema toda la vida. Hasta los muertos se comen más roscas que yo.

Así pues, Cheryl Lansing era la mujer que había organizado la

adopción de Billy Purdue. Obviamente, su interés en él no era sólo profesional si aún intentaba ayudar a la ex esposa y el hijo de Billy tres décadas después. Recordé la bolsa de ropa, la caja de comida y el pequeño fajo de billetes en la mano de Rita Ferris. Cheryl Lansing me había parecido una mujer agradable. La noticia de las dos muertes debía de haberle dolido, pensé.

Pedí otra cerveza para Willeford y me dio las

gracias. Estaba ya bastante achispado. Me sentí una gran persona emborrachándolo tanto que ya no podría trabajar durante el resto del día, y sólo para que yo satisficiera mi deseo de iniciar una cruzada.

—¿Y qué más sabe de Cheryl Lansing? —insistí.

—Bueno, no quería hablar de Purdue. Por más que le pregunté, no sirvió de nada. Sólo me dijo que la mujer era del norte, que organizó la adopción a modo

de favor a las hermanas, que ni siquiera sabía cómo se llamaba la madre. Por lo visto, Cheryl Lansing ganaba algún dinero actuando como mediadora en las adopciones al servicio de las monjas y les entregaba una parte de los ingresos, pero en este caso en particular intervino de manera desinteresada. Sí tenía una copia de una partida de nacimiento, pero los padres aparecían con seudónimo. Supuse que el

nacimiento había quedado registrado en algún sitio.

—¿Y qué hizo?

—Bueno, a través de Payne y los documentos oficiales, averigüé que la mayoría de los padres de acogida de Billy Purdue eran también del norte. Lo más al sur que llegó fue Bangor, hasta que se marchó a Boston cuando ya tuvo edad suficiente. Así que hice preguntas, puse avisos con fechas de nacimiento aproximadas. Incluso

publiqué un anuncio en algún que otro periódico local, y luego me senté a esperar. En todo caso, para entonces el dinero se había acabado y no veía manera de que Purdue consiguiera más.

»Un día recibí una llamada en la que me decían que debía hablar con una mujer de la residencia de ancianos de Dark Hollow, con lo cual Santa Marta volvió a ocupar el centro de atención. —Hizo una pausa y tomó un largo trago de

cerveza—. Informé a Billy de que quizá tenía una pista y le pregunté si quería que continuase. Me contestó que no le quedaba dinero, así que le dije que, sintiéndolo mucho, tendría que dar por concluida nuestra relación profesional. Despotricó un poco, me amenazó con destrozarme la oficina si no lo ayudaba. Le enseñé esto. —Se abrió la chaqueta para dejar al descubierto una Colt Python con un largo cañón de ocho pulgadas. Con esa

arma, parecía un pistolero entrado en años—. Y se largó.

—¿Le dio el nombre de la mujer?

—Le habría dado el abrigo que llevaba puesto con tal de librarme de él. Me pareció que era hora de emprender una retirada estratégica. Si me hubiera retirado más deprisa, prácticamente habría ido hacia adelante otra vez.

Tenía el café frío en la taza frente a mí. Me incliné

por encima de la barra y lo vacié en un fregadero.

—¿Se le ocurre dónde puede estar Billy ahora?

Willeford negó con la cabeza.

—Una cosa más —dijo.
Esperé.

—En cuanto a la mujer de Santa Marta, ¿recuerda? Se llamaba señorita Emily Watts, o al menos así se hacía llamar. ¿Le suena de algo ese nombre?

Pensé por un momento pero no recordé nada.

—No lo creo. ¿Tendría que sonarme?

—Es la anciana que murió en la nieve. Un asunto extraño, ¿no le parece?

Recordé entonces la noticia completa. Las muertes de los hombres en Prouts Neck la habían relegado al segundo plano de mi memoria.

—¿Cree que Billy Purdue fue a verla?

—No lo sé, pero algo la asustó lo suficiente como para inducirla a escapar al

bosque y suicidarse cuando intentaron obligarla a volver.

Me levanté, le di las gracias y me puse el abrigo.

—Ha sido un placer, joven. Se parece un poco a su abuelo, ¿sabe? También actúa de manera parecida, y no dará a nadie motivos para arrepentirse de haberle conocido.

Sentí otra punzada de culpabilidad.

—Gracias. ¿Quiere que le lleve a algún sitio?

Movió el vaso para que

le sirvieran otra cerveza y, de paso, pidió también un whisky. Dejé diez pavos en la barra para cubrirlo todo, y él levantó el vaso vacío en un gesto de saludo.

—Joven, no voy a ninguna parte.

Estaba oscureciendo cuando salí del bar y me arrebujé en el abrigo para protegerme del frío. El viento soplaba desde el puerto, pasándome sus

gélidas manos por el pelo y restregándome la piel con sus dedos helados. Había dejado el Mustang en el aparcamiento de One India, un rincón de Portland con una historia sombría. En One India estuvo emplazado originalmente Fort Loyal, construido por los colonos en 1680. Permaneció en pie sólo diez años, hasta que los franceses y sus aliados nativos lo tomaron y pasaron por las armas a los ciento noventa colonos que se

habían rendido. Con el tiempo, la terminal de India Street se levantó en el mismo lugar y se convirtió en el kilómetro cero para Atlantic & St. Lawrence Railroad, Grand Trunk Railway de Canadá y los Ferrocarriles Nacionales Canadienses cuando Portland era aún un importante nudo ferroviario. En el edificio de One India, ocupado ahora por una compañía de seguros, se veía aún el rótulo de las oficinas

de Grand Trunk y Steamship encima de la puerta.

Las vías desaparecieron hace casi tres décadas, pero se había hablado de la reconstrucción de la Union Station en St. John y la reapertura de la línea de Boston para el transporte de pasajeros. Resultaba extraño que cosas del pasado, cuando uno ya las consideraba perdidas para siempre, se resucitaran y reactivaran de nuevo en el presente.

Al acercarme al Mustang vi que la escarcha empezaba a cubrir las ventanas y una bruma que volvía más agudos todos los sonidos flotaba sobre los tinglados y los barcos. Estaba a punto de llegar al coche cuando oí unos pasos detrás de mí. Dispuesto ya a darme la vuelta, con el abrigo abierto y la mano camino de la pistola, noté una presión en la base de la espalda y una voz dijo:

—Déjela. Las manos

separadas.

Mantuve las manos en posición horizontal a los lados. Una segunda figura se aproximó renqueando por mi derecha, con el andar alterado por el pie izquierdo ligeramente torcido hacia dentro, y sacó mi pistola de la funda. Era un hombre de corta estatura, quizás un metro sesenta, y poco menos de cincuenta años. Tenía el pelo negro y espeso, los ojos castaños, los hombros anchos bajo el abrigo y el

vientre firme. Habría resultado incluso atractivo a no ser por el labio leporino, que le subía casi hasta la nariz como una herida de navaja.

El segundo hombre era más alto y fornido, de cabello largo y oscuro que le caía sobre el cuello de una camisa blanca y limpia. Tenía la mirada severa y la boca adusta en contraste con la vistosa corbata de Winnie The Pooh bien anudada. La cabeza parecía cuadrada,

unida a unos hombros anchos y rectangulares por un cuello grueso y musculoso. Se movía como un muñeco en manos de un niño, oscilando de un lado a otro sin flexionar las rodillas. Juntos, formaban una pareja curiosa.

—Caramba, amigos, me parece que ya es un poco tarde para las travesuras de Halloween. —Me incliné con una actitud de complicidad hacia el más bajo—. Y ya conoces el

dicho —susurré—: si el viento cambia de dirección, te quedarás con la cara así.

Eran matones de poca monta, pero no me gustaba que la gente anduviese rondando en la bruma y me hincase una pistola en la espalda. Como Billy Purdue hubiera dicho, era de mala educación.

El bajo examinó con experta admiración mi Smith & Wesson de tercera generación.

—Una buena pipa —

comentó.

—Devuélvemela y te enseñaré cómo funciona.

Esbozó una extraña y torcida sonrisa.

—Tienes que acompañarnos.

Señaló en dirección a India Street, donde un par de faros acababan de aparecer en la oscuridad.

Eché un vistazo al Mustang.

—Joder —dijo el del labio leporino con una fingida expresión de

inquietud en el rostro—. ¿Te preocupa tu coche?

Quitó el seguro de mi pistola, disparó hacia el Mustang y reventaron los neumáticos delantero y trasero del lado del conductor. En algún lugar cercano empezó a sonar la alarma de un coche.

—Ahí tienes —dijo—. Ahora ya nadie va a robártelo.

—Recordaré lo que has hecho —contesté.

—Aja. Si quieres que te

deletree mi nombre,
házmelo saber.

El más alto me empujó en dirección al coche, un BMW Serie Siete plateado, que se acercó a nosotros y giró a la derecha a la vez que se abría la puerta trasera. Dentro había otro apuesto demonio con el pelo castaño y corto y un arma apoyada en el muslo. El conductor, más joven que los demás, hacía pompas con un chicle y escuchaba una emisora de rock por la radio. Cuando

entré en el coche, empezó a sonar la voz de Bryan Adams cantando el tema *Don Juan de Marco*.

—¿Sería posible cambiar de emisora? —pregunté al arrancar.

A mi lado, el del labio leporino me hincó con fuerza el cañón de su pistola.

—Me gusta esta canción —declaró, y tarareó por un momento—. No tienes sensibilidad.

Lo miré. Creo que hablaba en serio.

Fuimos al hotel Regency de Milk Street, el mejor hotel de Portland, un viejo edificio de obra vista en pleno Puerto Antiguo que en otro tiempo albergó un arsenal. El conductor aparcó en la parte de atrás y nos encaminamos hacia la entrada lateral próxima al gimnasio del hotel, donde otro hombre joven con un impecable traje negro nos abrió la puerta antes de

avisar de nuestra llegada a través de un micrófono prendido en la solapa. Subimos en ascensor hasta el último piso, donde el tipo del labio leporino llamó respetuosamente con los nudillos a la puerta del fondo a la derecha. Cuando se abrió, me hicieron entrar y me condujeron en presencia de Tony Celli.

Tony estaba sentado en un enorme sillón con los pies descalzos apoyados en un escabel a juego. Llevaba

calcetines negros de seda, pantalón gris perfectamente planchado, camisa azul listada con cuello blanco y una corbata de color rojo oscuro con un intrincado dibujo de espirales negras; en los puños blancos se advertían reflejos dorados. Iba recién afeitado y peinado con raya. Tenía el pelo negro, los ojos castaños — bajo unas cejas finas y depiladas—, la nariz larga e indemne, la boca un poco blanda, la barbilla un poco

carnosa. No lucía anillos en los dedos, que reposaban entrelazados sobre su regazo. Frente a él, el televisor emitía la información económica del noticiario de la noche. En una mesa, a un lado, había unos auriculares y un detector de micrófonos, señal de que ya habían registrado la habitación en busca de dispositivos de escucha.

Conocía el historial de Tony Celli. Había ascendido

en el escalafón desde la nada, controlando tiendas de pornografía y prostitutas en los barrios bajos de Boston, batiéndose el cobre, creándose gradualmente un área de influencia. Recibía dinero de quienes estaban por debajo de él y pagaba buena parte a quienes estaban por encima. Cumplía con sus obligaciones y en la actualidad se le consideraba una apuesta firme para el futuro. Me constaba que

había asumido ya ciertas responsabilidades en cuestiones de dinero, pues por lo visto tenía talento para las finanzas, cosa que ahora reafirmaba con su camisa listada y la atención que prestaba a los valores bursátiles que desfilaban al pie de la pantalla.

Calculé que rondaba los cuarenta años. Desde luego no más. Ofrecía un aspecto aceptable. De hecho, parecía la clase de hombre que uno llevaría a casa para

presentárselo a su madre si no sospechara que probablemente la torturaría, se la tiraría, y luego echaría los restos al puerto de Boston.

Lo apodaban Tony el Limpio por diversas razones: su apariencia era una de ellas, pero se debía sobre todo a que Tony nunca se ensuciaba las manos. Otras personas habían tenido que lavarse mucha sangre de las manos en su nombre, y habían observado cómo

descendía en espiral hacia el desagüe de agrietadas bañeras de porcelana o fregaderos de acero inoxidable, pero sin que una sola gota hubiera manchado jamás una de las camisas de Tony.

En una ocasión oí una anécdota sobre él de principios de los años noventa, cuando aún ajustaba las cuentas a chulos que olvidaban el celo con que Tony defendía su territorio. Un tal Stan

Goodman, un promotor inmobiliario de Boston, tenía una casa para los fines de semana en Rockport, un viejo caserón con tejado a dos aguas, un amplio jardín con césped y un roble de unos dos siglos de edad junto a la tapia. Rockport es un lugar precioso y agradable, un pueblo de pescadores en Cape Ann, al norte de Boston, donde aún se puede aparcar por un centavo y el tranvía de Salt Water te lleva de un lado a

otro del pueblo por cuatro dólares diarios.

Goodman tenía mujer y dos hijos adolescentes, un chico y una chica, y también a ellos les encantaba la casa. Tony ofreció a Stan Goodman mucho dinero por la propiedad, pero él se negó a vender. Le contó que había pertenecido a su padre y que su padre se la había comprado al dueño original en los años cuarenta. Propuso a Tony el Limpio buscarle algo parecido en las

inmediaciones, porque Stan Goodman suponía que, si mantenía buenas relaciones con Tony el Limpio, todo iría bien. Sólo que Tony el Limpio no mantenía buenas relaciones con nadie.

Una noche de junio, alguien entró en la casa de Goodman, mató al perro de un tiro, ató y amordazó a los cuatro miembros de la familia y los llevó a la vieja cantera de granito de Halibut Point. Supongo que Stan Goodman fue el último en

morir, después de que asesinaran a su mujer, a su hija y a su hijo colocándoles la cabeza sobre una roca plana y abriéndosela de un mazazo. El suelo estaba encharcado de sangre cuando los encontraron a la mañana siguiente, e imagino que los hombres que los mataron tardaron mucho tiempo en lavarse las manchas de la ropa. Tony Celli compró la casa al mes siguiente. No hubo otras ofertas.

El mero hecho de que Tony estuviera en Portland después de lo ocurrido en Prouts Neck era indicio de que no se andaba con chiquitas. Tony quería ese dinero, lo quería a toda costa y estaba dispuesto a correr riesgos para encontrarlo.

—¿Has visto las noticias? —dijo por fin. No apartó la vista de la pantalla, pero supe que me dirigía la pregunta a mí.

—No.

Me miró por primera

vez.

—¿No ves nunca las noticias?

—No.

—¿Por qué no?

—Me deprimen.

—Debes de deprimirte con mucha facilidad.

—Soy muy sensible.

Se quedó callado por un momento, concentrándose de nuevo en la pantalla mientras informaban en detalle sobre la quiebra de un banco de Tokio.

—¿No ves las noticias?

—repitió como si yo acabara de decirle que no me gustaba el sexo o la comida china—.

¿Nunca?

—Como tú dices, me deprimó con facilidad. Me deprime incluso el parte meteorológico.

—Eso es porque vives aquí. Prueba a vivir en California, y el parte ya no te deprimirá tanto.

—Dicen que allí hace sol todo el año.

—Sí, siempre hace sol.

—Entonces me

deprimiría la monotonía.

—Da la impresión de que nunca serás del todo feliz.

—Quizá tengas razón, pero intento conservar la alegría.

—Eres tan alegre que empiezas a caerme mal.

—Es una verdadera lástima. Pensaba que podríamos pasar un rato juntos, ir al cine quizá.

La información económica terminó. Apagó el televisor pulsando el

botón del mando a distancia con un dedo, que claramente había pasado por manos de una manicura, y a continuación me dedicó toda su atención.

—¿Sabes quién soy? — preguntó.

—Sí, sé quién eres.

—Bien. En ese caso, al ser un hombre inteligente, seguramente ya sabes por qué estoy aquí.

—¿Para hacer las compras de Navidad? ¿Buscas una casa?

Esbozó una fría sonrisa.

—Lo sé todo de ti, Parker. Eres el que acabó con los Ferrera.

Los Ferrera eran una familia mafiosa de Nueva York, y el énfasis debe ponerse en ese «eran», en pasado. Yo me había visto envuelto en sus asuntos, y las cosas terminaron mal para ellos.

—Se acabaron por sí solos. Yo me limité a mirar.

—No es eso lo que a mí me han dicho. En Nueva

York hay mucha gente que se alegraría con tu muerte. Piensan que no tienes respeto.

—No me cabe duda.

—Entonces, ¿por qué no estás muerto?

—¿Doy luz a un mundo oscuro, quizá?

—Si quieren luz en su mundo, pueden encender una lámpara. Prueba otra cosa.

—Porque saben que mataré a quienquiera que venga a por mí, y luego

mataré a quienquiera que lo haya enviado.

—Yo podría matarte ahora. A no ser que seas capaz de volver de entre los muertos, tus amenazas no van a quitarme el sueño.

—Tengo amigos. Te daría una semana, quizá diez días. Después tú también estarías muerto.

Hizo una mueca de terror, y un par de los hombres que lo rodeaban ahogaron una risa.

—¿Juegas a las cartas?

—preguntó cuando acabaron de reírse.

—Únicamente al solitario. Me gusta jugar con alguien en quien pueda confiar.

—¿Sabes qué significa «joder la baraja»?

—Sí, lo sé —respondí. Joder la baraja era algo propio de jugadores neófitos: echaban a perder las partidas con jugadas estúpidas. Por eso algunos jugadores experimentados no jugaban con aficionados;

por mucho dinero que tuviesen, siempre existía la posibilidad de que jodieran la baraja, de tal modo que el riesgo de perder aumentaba hasta el punto de que no merecía la pena apostar.

—Billy Purdue me jodió la baraja, y ahora creo que quizá tú también estés a punto de jodérmela. Y eso no me conviene. Quiero que lo dejes. Pero primero quiero que me digas lo que sabes de Purdue y a cambio te pagaré para que te marches.

—No necesito dinero.

—Todo el mundo necesita dinero. Puedo pagar todas tus deudas, e incluso hacer desaparecer a otros.

—No debo dinero a nadie.

—Todo el mundo debe algo a alguien.

—Yo no. Estoy libre y limpio de deudas.

—O quizá piensas que tienes deudas que no pueden pagarse con dinero.

—Una observación muy sagaz. ¿Qué significa?

—Significa que me estoy quedando sin métodos razonables para cambiar el rumbo de tus actos, *Birdman*. —Trazó con los dedos en el aire unas comillas al pronunciar la última sílaba de mi apodo, Birdman, Hombre Pájaro. A continuación bajó la voz y se puso en pie. Incluso descalzo era más alto que yo. Cuando estuvo a unos centímetros de mí, dijo—: Ahora, escúchame. No me obligues a cortarte las alas.

Me he enterado de que trabajaste para la ex mujer de Billy Purdue. También me he enterado de que él te dio dinero, mi dinero, para entregárselo a ella. Eso te convierte en un individuo muy interesante, Birdman, porque sospecho que fuiste una de las últimas personas que habló con ellos antes de que cada uno se fuera por su lado. Ahora, ¿quieres contarnos lo que sabes para poder volver a tu pequeña pajarera y pasar la noche

hecho un ovillo en la cama?

No desvié la mirada.

—Si supiera algo útil y te lo dijera, la conciencia no me dejaría dormir —contesté—. Y resulta que no sé nada, ni útil, ni inútil.

—¿Sabes que Purdue tiene mi dinero?

—Ah, ¿sí?

Movió la cabeza con un gesto casi de lástima.

—Vas a obligarme a hacerte daño.

—¿Mataste a Rita Ferris y a su hijo?

Tony retrocedió un paso y me asestó un puñetazo en el estómago. Lo vi venir y me preparé para el golpe, pero la fuerza bastó para que cayera de rodillas. Mientras intentaba tomar aire, oí cómo amartillaban un arma detrás de mí y noté el frío acero contra el cráneo.

—Yo no mato ni a mujeres ni a niños —dijo Tony.

—¿Desde cuándo? —repuse—. ¿Desde Año Nuevo?

Alguien me agarró por el pelo y me obligó a ponerme en pie sin apartar el arma de detrás de mi oreja.

—¡Qué estúpido eres! — exclamó Tony frotándose los nudillos de la mano derecha —. ¿Quieres morir?

—No sé nada —repetí —. Trabajé para su ex mujer a modo de favor, tuve unas palabras con Billy Purdue y me marché. Eso es todo.

Tony el Limpio asintió con la cabeza.

—¿De qué has hablado

con ese borracho en el bar?

—De otra cosa. —Tony preparó de nuevo el puño—. De otra cosa —insistí levantando la voz—. Era amigo de mi abuelo. Sólo quería verlo. Tienes razón, es un borracho. Déjalo en paz.

Tony retrocedió, frotándose todavía los nudillos.

—Si me entero de que me has mentado, tendrás una muerte desagradable, ¿queda claro? Y si eres listo y no

sólo te haces el listo, no te meterás en mis asuntos. — Aunque su tono de voz era cada vez más amable, su expresión se endureció cuando volvió a hablar—: Lamento tener que hacerte esto, pero necesito asegurarme de que has entendido nuestra conversación. Si en algún momento crees que tienes algo que añadir a lo que ya me has dicho, gime más fuerte.

Dirigió un gesto con la

cabeza a quien estaba detrás de mí, y entonces me obligaron a arrodillarme de nuevo. Me amordazaron e inmovilizaron los brazos a la espalda con unas esposas. Al levantar la vista, vi que el individuo del labio leporino renqueaba hacia mí. Sostenía en la mano una barra metálica negra, y un chisporroteo azul crepitaba de un extremo a otro.

Las dos primeras veces que la picana entró en contacto con mi piel me

tumbaron de espaldas.
Tendido en el suelo, me
sacudí con violentos
espasmos apretando la
mordaza con los dientes por
el dolor. Después de la
tercera o cuarta vez perdí el
control y destellos azules
aparecieron en la negrura de
mi mente hasta que por fin
las nubes me envolvieron y
todo quedó en silencio.

Cuando recobré el
conocimiento yacía en la

parte de atrás del Mustang de tal forma que los transeúntes no podían verme. Tenía las yemas de los dedos en carne viva y el abrigo brillaba a causa de la escarcha. Me dolía mucho la cabeza, aún me temblaba el cuerpo y tenía sangre seca y restos de vómito a un lado de la cara y en la pechera del abrigo. Olía mal. Con movimientos vacilantes me puse en pie y me palpé los bolsillos. La pistola estaba en uno de ellos, sin

cargador, y el teléfono móvil en otro. Pedí un taxi y, mientras esperaba, llamé a un mecánico cercano al puente del Veteran's Memorial para que se ocupara del coche.

Cuando regresé a Scarborough, se me había hinchado notablemente el lado derecho de la cara y tenía pequeñas quemaduras donde la picana me había tocado. Descubrí que también me habían hecho dos o tres brechas en la

cabeza, una de ellas profunda. Supuse que el tipo del labio leporino me había asestado un par de puntapiés para mayor seguridad. Me apliqué hielo en la cabeza y me rocié las quemaduras con antiséptico. Luego me tomé un par de calmantes, me puse un pantalón de deporte largo y una camiseta para protegerme del frío e intenté dormir.

No recuerdo qué me

despertó, pero, cuando abrí los ojos, la habitación parecía oscilar entre la oscuridad y la claridad, como si el universo se hubiese detenido a tomar aliento al asomar los primeros rayos del sol matutino entre los oscuros nubarrones del invierno.

Y de algún lugar de la casa me llegó un sonido semejante a unos pasos, como si alguien caminara de puntillas por el parquet. Desenfundé la pistola y me

levanté. El suelo estaba frío y las ventanas vibraban ligeramente. Abrí la puerta despacio y salí al pasillo.

A mi derecha se movió una silueta. Percibí el movimiento con el rabillo del ojo, de modo que no tuve la certeza de si había visto realmente una silueta o sólo sombras que oscilaban en la cocina. Me volví y me dirigí despacio hacia la parte trasera de la casa. Las tablas del suelo crujieron un poco bajo mis pies.

En ese momento lo oí: la suave carcajada de un niño, una risa alegre, y de nuevo el susurro de unos pasos a mi izquierda. Llegué a la entrada de la cocina con el arma medio en alto y me asomé a tiempo de ver otro movimiento junto al marco de la puerta que comunicaba la cocina con la sala de estar, y de oír otro grito de júbilo infantil por el juego que habíamos iniciado. Estaba seguro de haber visto el pie de un niño, la planta

protegida por los extremos de un pelele morado. Y también supe que había visto ese pequeño pie antes, y al recordarlo se me secó la garganta.

Entré en el comedor. Algo pequeño me esperaba más allá de la puerta del fondo. Veía su silueta en la penumbra y la luz de sus ojos, pero sólo eso. Al avanzar hacia allí, la silueta se movió y oí el chirrido de las bisagras de la puerta delantera y el impacto de

ésta contra la pared. El viento barrió con ímpetu la casa agitando las cortinas, sacudiendo los marcos y levantando espirales de polvo en el pasillo.

Apreté el paso. Al llegar a la puerta, vislumbré otra vez la pequeña figura, una forma vestida de morado que se agitaba entre los árboles adentrándose cada vez más en la oscuridad. Bajé del porche al jardín y sentí en las plantas de los pies la hierba y las pequeñas

pedras que se me clavaban, y cuando algo diminuto con muchas patas me correteó por encima de los dedos me puse rígido. Permanecí en el linde del bosque, y tuve miedo.

Ella me esperaba allí. Estaba inmóvil, oculta tras los árboles y arbustos, su rostro a veces oscurecido por las sombras de las ramas, a veces claramente visible. Tenía los ojos llenos de sangre y el grueso hilo negro zigzagueaba a través

de su rostro como la tosca boca de una vieja muñeca de trapo. Sin hablar, me observaba desde el bosque, y detrás de ella la figura de menor tamaño bailaba y corría por la maleza.

Cerré los ojos y me concentré, intentaba despertarme pero el frío en los pies era real, así como el dolor pulsátil en la cabeza y las risas del niño que el viento arrastraba.

Percibí un movimiento a mis espaldas y algo me tocó

el hombro. Hice ademán de volverme, pero la presión en el hombro aumentó y supe que no debía volverme, que no formaba parte del plan que yo viese lo que había detrás de mí. Miré a mi izquierda, hacia donde notaba la presión, y no pude contener el escalofrío que me recorrió de arriba abajo. Cerré los ojos al instante. Pero lo que había visto se había grabado en mi mente como una imagen recortada contra la intensa luz del sol.

Era una mano suave, blanca y delicada, con dedos largos y afilados. Una alianza nupcial resplandecía bajo la extraña luz previa al amanecer.

Bird.

¿Cuántas veces había oído esa voz susurrarme en la oscuridad, preludio de la tierna caricia de una mano cálida, el aliento contra mi mejilla, contra mis labios, sus pechos pequeños contra mi cuerpo, sus piernas como hiedra enroscada en torno a

mí? La había oído en momentos de amor y pasión cuando éramos felices juntos, en momentos de ira, rabia y tristeza mientras nuestro matrimonio se desmoronaba. Y la había oído después entre el murmullo de las hojas caídas sobre la hierba y el sonido de las ramas al rozarse entre sí movidas por la brisa otoñal, una voz que venía de muy lejos y me llamaba desde las sombras.

Susan, mi Susan.

Bird.

Ahora sentía la voz más cerca, casi junto a mi oído, pero no notaba el aliento en mi piel.

Ayúdala.

En el bosque, la mujer me observaba con los ojos enrojecidos muy abiertos, sin parpadear.

¿Cómo?

Encuéntralo.

Encontrar ¿a quién? ¿A Billy?

Los dedos me apretaron con más fuerza.

Sí.

No es responsabilidad
mía.

*Todos son
responsabilidad tuya.*

Y en los retazos del claro
de luna bajo los árboles unas
formas giraron y se
retorcieron, suspendidas
sobre el suelo, sin tocar la
tierra con los pies, y sus
vientres desgarrados
despedían un resplandor
húmedo y oscuro. Todos
ellos responsabilidad mía.
De pronto desapareció la

presión en el hombro y noté que ella se alejaba. De entre la maleza, delante de mí, me llegó un sonido, y la mujer que había sido Rita Ferris retrocedió a través de los árboles. Atisbé por última vez una mancha morada que se movía rápidamente más allá de los árboles, y la risa flotó hacia mí como música.

Y vi algo más.

Vi a una niña pequeña de cabello largo y rubio que me miraba con una expresión parecida al amor antes de

seguir a su compañero de juegos en la oscuridad.

9

Cuando me desperté, me hallaba en una habitación llena de luz, el sol del invierno penetraba por un hueco entre las cortinas. Me dolía la cabeza, y la mandíbula, de tanto apretar los dientes a causa de las descargas eléctricas, la tenía aún algo rígida y me molestaba. Sólo cuando me incorporé y el dolor de cabeza se agudizó recordé el

sueño de la noche anterior, si es que había sido un sueño.

La cama estaba cubierta de hojas y pequeñas ramas, y mis pies, manchados de barro.

Tenía unos cuantos medicamentos homeopáticos que me había recomendado Louis y me los tomé con un vaso de agua mientras esperaba a que el chorro de la ducha saliera caliente.

Ingerí una mezcla de fósforo y gelsemio, lo primero para aliviar las náuseas, y lo segundo porque, según Louis, contrarrestaba los temblores. Seguí con un poco de hipérico, en teoría un calmante natural. La verdad es que me sentía como un bicho raro tomándome aquello, pero como no me veía nadie, daba igual.

Preparé una cafetera, me llené la taza y la observé enfriarse en la mesa de la

cocina. Tenía el ánimo por los suelos y empezaba a plantearme cambiar de oficio y dedicarme, quizás, a la jardinería o a la pesca de la langosta. Cuando se formó una telilla en la superficie del café, telefoneé a Ellis Howard. Supuse que si había aparecido en el despacho de Lester Biggs, era porque había adoptado una actitud práctica con respecto al caso. Tardó un rato en ponerse al teléfono. Tal vez seguía molesto por

el asunto de Biggs.

—Has madrugado mucho —fueron sus primeras palabras.

Lo oí suspirar cuando acomodó su mole en una silla. Oí incluso el chirrido de protesta de la silla. Si Ellis se hubiera sentado sobre mí, yo también habría chirriado.

—Lo mismo digo —comenté—. Espero que te hayas tomado ya el café y los bollos.

—Los míos y los de

otro. ¿Sabes que Tony Celli vino ayer a la ciudad?

—Sí. Las malas noticias vuelan. En especial cuando llegan a tu mandíbula en forma de corriente eléctrica.

—Esta mañana ya ha desaparecido, como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Lástima. Pensaba que iba a trasladarse aquí y abrir una floristería.

Al otro lado de la línea oí una mano que cubría el auricular, un ahogado intercambio de palabras y

luego un susurro de papeles.

A continuación:

—¿Y para qué has llamado, Bird?

—Quería saber si se ha producido algún avance en cuanto a Rita Ferris, Billy Purdue o aquel Coupe de Ville.

Ellis dejó escapar una risa apagada.

—Nada de nada en cuanto a los dos primeros, pero el tercero es interesante. Resulta que el Coupe de Ville es un coche

de empresa, matriculado a nombre de Leo Voss, un abogado de Boston.

Al otro lado de la línea se produjo un silencio. Aguardé hasta caer en la cuenta de que, una vez más, estaba representando supuestamente el papel de personaje serio en una conversación entre un dúo de cómicos.

—Pero... —dije por fin.

—Pero —continuó Ellis

— Leo Voss ya no está entre nosotros. Ha muerto. Murió

hace seis días.

—¡Vaya por Dios, un abogado muerto! Ya sólo queda un millón más.

—No perdamos la esperanza —dijo Ellis.

—¿Se cayó o le empujaron?

—Ésa es la parte interesante. Su secretaria lo encontró y avisó a la policía. Estaba sentado tras su escritorio vestido aún con la ropa de correr..., zapatillas, calcetines, camiseta, pantalón largo de deporte...,

y con una botella de agua mineral abierta delante de él.

»La primera impresión fue que había tenido un ataque al corazón. Según la secretaria, se encontraba mal desde hacía un par de días. Pensaba que podía tratarse de una gripe.

»Pero, cuando le hicieron la autopsia, encontraron indicios de inflamación en los nervios de las manos y los pies. También había perdido un poco de pelo, probablemente

en los dos últimos días. Los análisis de una muestra de pelo revelaron restos de talio. ¿Sabes qué es el talio?

—Sí —respondí.

Mi abuelo lo había utilizado como matarratas hasta que se restringió la venta. Era un elemento metálico, semejante al plomo o al mercurio, pero mucho más tóxico. Sus sales se disolvían en el agua, eran casi insípidas y producían síntomas parecidos a los de la gripe, la meningitis o la

encefalitis. Una dosis letal de sulfato de talio, tal vez ochocientos miligramos o más, podía causar la muerte en un plazo de entre veinticuatro y cuarenta horas.

—¿Y a qué clase de trabajo se dedicaba ese Leo Voss? —pregunté.

—Todo relativamente honrado; en especial derecho de empresa, pero debía de ser bastante lucrativo. Tenía una casa en Beacon Hill, una segunda residencia en el

Vineyard, y aún le quedaba un poco de dinero en el banco, supongo que porque era soltero y nadie cargaba abrigos de pieles a su tarjeta de crédito.

Doreen, pensé. Si Ellis hubiera podido permitírsele, habría puesto fotografías de ella en las puertas de las iglesias para prevenir a los demás.

—Siguen buscando en los archivos, pero por lo visto estaba limpio como una patena —concluyó Ellis.

—Lo cual probablemente significa que no lo estaba.

Ellis chasqueó la lengua a modo de reproche.

—Cuánto cinismo en una persona tan joven... Ahora mismo yo también tengo una cosa que decirte: me he enterado de que hablaste con Willeford.

—Así es. ¿Algún problema?

—Podría ser. Ha desaparecido, y empieza a molestarme llegar a un sitio

y averiguar que tú ya has pasado por allí antes. Me produce cierta sensación de ineptitud, y ya tengo suficiente de eso en mi propia casa.

Involuntariamente apreté más el auricular.

—Cuando lo vi, estaba sentado en el Sail Loft degustando una copa.

—Willeford no ha degustado una copa en su vida. La bebida no sobrevive en el vaso el tiempo suficiente para degustarla.

¿Te dio la impresión de que planeaba irse a algún sitio, quizá?

—No, en absoluto — contesté. Recordé el interés de Tony Celli en Willeford y se me secó la boca.

—¿De qué hablasteis?

Guardé silencio por un instante antes de responder.

—Trabajó para Billy Purdue intentando localizar a sus padres naturales.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Tuvo suerte?

—Creo que no.

Ellis se quedó callado y finalmente dijo con toda claridad:

—No me ocultes información, Bird. No me gusta.

—No te oculto nada. —
No era del todo mentira, pero no estoy muy seguro de si podía considerárselo verdad. Aguardé a que Ellis añadiera algo, pero no insistió.

—No te metas en líos, Bird —se limitó a decir

antes de colgar.

Acababa de recoger la mesa y estaba en mi habitación calzándome las botas cuando oí detenerse un coche fuera. A través del hueco entre las cortinas vi la parte trasera de un Mercury Sable dorado aparcado a un lado de la casa. Cogí la Smith & Wesson, la envolví en una toalla y salí al porche. Y bajo la fría luz de la mañana oí una voz que

decía:

—¿A quién se le habrá ocurrido plantar tantos árboles? En serio, ¿a quién le sobra tanto tiempo? Yo no tengo tiempo ni para la colada.

Ángel estaba de espaldas a mí, contemplando los árboles que crecían al borde de mi propiedad. Vestía un suéter Timberland de lana, un pantalón marrón de lana y unas botas de color tostado. A sus pies había una maleta de plástico rígido tan

abollada y maltrecha como si la hubiesen tirado desde un avión. Un trozo de cuerda de escalada azul y los caprichos de la fortuna la mantenían cerrada.

Ángel respiró hondo y, acto seguido, se dobló como si acabase de darle un ataque de tos. Escupió en el suelo algo grande y repugnante.

—Eso es el aire puro, que te obliga a expulsar la mierda de los pulmones — dije con voz grave, arrastrando las palabras.

De detrás del maletero abierto del coche apareció Louis con una maleta y un portatrajes Delsey a juego. Llevaba un abrigo negro de Boss sobre una resplandeciente chaqueta cruzada de color gris y una camisa negra abotonada hasta el cuello. La cabeza afeitada le relucía. En el maletero abierto, vi un estuche largo de metal. Louis no iba a ninguna parte sin sus juguetes.

—Creo que eso era mi

pulmón —dijo Ángel, y con la punta de la bota empezó a hurgar con interés la sustancia que había expulsado del cuerpo.

Verlos me levantó el ánimo. No sabía bien por qué estaban allí y no en Nueva York, pero, fuera cual fuese la razón, me alegré. Louis me echó un vistazo y movió la cabeza en un gesto de asentimiento, que en su caso era lo más aproximado a una expresión de satisfacción.

—¿Sabes una cosa, Ángel? —dije—. Sólo con plantarte ahí, haces que la naturaleza parezca cochambrosa.

Ángel se dio la vuelta y alzó un brazo en un amplio ademán.

—Árboles. —Sonriendo, movió la cabeza en un gesto de desconcierto—. Muchísimos árboles. No veía tantos árboles desde que me echaron de los Scouts indios.

—Me parece que ni

siquiera quiero saber por qué —dije.

Ángel recogió su maleta.

—Cabrones. Y además ya estaba a punto de conseguir la insignia de explorador.

—Dudo mucho que tuvieran insignias para la mierda que tú explorabas — comentó Louis desde atrás —. Una insignia como ésa podía valerle a uno la cárcel en Georgia.

—Muy gracioso —gruñó Ángel—. Eso de que uno no

puede ser gay y hacer hombradas es puro mito.

—Ajá. Igual que el mito de que todos los homosexuales visten con ropa bonita y se cuidan la piel.

—Más vale que eso no vaya por mí.

Era una satisfacción ver que ciertas cosas no cambiaban.

—¿Qué tal va el día? — preguntó Ángel a la vez que me apartaba para hacerse paso—. Y deja la pistola.

Vamos a quedarnos te guste o no. Por cierto, estás hecho unos zorros.

—Un traje bonito — comenté a Louis cuando éste siguió a Ángel.

—Gracias —contestó—. Y recuerda: no existe un hermano sin gusto, sólo un hermano sin dinero.

Me quedé en el porche un momento, sintiéndome como un tonto con la pistola envuelta en una toalla. A continuación, concluyendo que obviamente el asunto

estaba decidido mucho antes de que llegaran a Maine, me metí también en casa.

Los acompañé a la habitación desocupada, donde el mobiliario se reducía a un colchón en el suelo y un armario viejo.

—Dios mío —dijo Ángel—. Esto es el Hilton de Hanoi. Si golpeamos las tuberías con los nudillos, más vale que conteste alguien.

—¿Vas a proporcionarnos sábanas o tendremos que asaltar a unos borrachos y robarles los abrigos? —preguntó Louis.

—Yo no pienso dormir aquí —declaró Ángel con gran rotundidad—. Si me han de comer las ratas, las muy hijas de puta tendrán que tomarse la molestia, como mínimo, de trepar a una cama.

Volvió a apartarme para abrirse paso y, al cabo de unos segundos, le oí decir:

—Eh, ésta ya es otra cosa. Nos la quedamos.

Llegó el inconfundible sonido de unos brincos sobre mi cama. Louis me miró.

—Quizá, después de todo, necesites esa pistola — dijo y, encogiéndose de hombros, se encaminó hacia el ruido de muelles.

Cuando por fin los saqué de mi habitación y telefoneé al guardamuebles Kraft de Gorham Road para que me

trajeran a casa algún que otro mueble, incluida una cama, nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y esperé a que me contaran qué hacían allí. Había empezado a llover: gotas frías y duras que anunciaban nieve.

—Somos tus hadas madrinas —explicó Ángel.

—No sé si eso debería interpretarse de manera tan literal —contesté.

—A lo mejor es que simplemente nos hemos

enterado de que éste es el sitio donde hay que estar — prosiguió Ángel—. Todo aquel que es alguien está aquí en estos momentos. Tomemos por ejemplo a Tony Celli, a los federales, a los paletos de por aquí, o a esos asiáticos muertos. Joder, este pueblo es como la ONU pero con armas.

—¿Qué sabéis? — pregunté.

—Pues que ya has empezado a cabrear a la gente —respondió—. ¿Qué

te ha pasado en la cara?

—Un fulano con labio leporino intentó educarme con una picana y luego me reacomodó el nacimiento del pelo con el zapato.

Ángel hizo una mueca de compasión.

—Los fulanos con labio leporino son así: quieren compartir sus defectos físicos con todo el mundo.

—Ése es Mifflin —dijo Louis—. ¿Lo acompaña otro tipo, uno que tiene la cabeza como si le hubiera caído

encima una caja fuerte y la caja fuerte hubiera salido perdiendo?

—Sí —contesté—. Pero ése no me dio patadas.

—Quizá sea porque el mensaje llegó a medio camino entre el cerebro y el pie y se olvidó de adónde iba. Se llama Berendt. No es más tonto porque no se entrena. ¿Tony el Limpio estaba con ellos? —Mientras hablaba, sostenía en equilibrio uno de mis cuchillos de trinchar en la

yema del dedo índice y se entretenía lanzándolo al aire y atrapándolo por el mango. Como truco, no estaba nada mal. Si el circo venía al pueblo, tenía un puesto asegurado.

—Se alojaban en el Regency —informé—. Llegué a visitar la habitación de Tony.

—¿Era bonita? —preguntó Ángel, y pasó una mano con toda intención por debajo de la mesa y examinó el polvo acumulado en las

yemas de los dedos.

—Sí, preciosa, si dejamos de lado las patadas en la cabeza y las descargas eléctricas.

—El muy cabrón. Deberíamos obligarlo a alojarse en esta casa. Un poco de miseria le serviría para recordar sus raíces.

—Si vuelves a criticar mi casa, dormirás en el jardín.

—Seguro que está más limpio —masculló— y que no hace tanto frío.

Louis tamborileó suavemente en la mesa con un dedo largo y delgado.

—He oído que una gran cantidad de dinero llegó por equivocación a esta zona. Una *gran* cantidad de dinero.

—Sí, eso parece.

—¿Tienes idea de dónde está?

—Es posible. Creo que se lo apropió un tal Billy Purdue.

—Eso mismo ha llegado a mis oídos.

—¿A través de alguien cercano a Tony Celli?

—Empleados desafectos. Opinan que ese Billy Purdue está tan muerto que alguien debería ponerle su nombre a un cementerio.

Les hablé de la muerte de Rita y Donald. Advertí que Ángel y Louis cruzaban una mirada y adiviné que aún tenían más noticias.

—¿Billy Purdue liquidó a los hombres de Tony? — preguntó Ángel.

—A dos como mínimo,

en el supuesto de que el dinero se lo llevara él, y eso es lo que suponen Tony Celli y la policía.

Louis se levantó y lavó con esmero su taza.

—Tony está metido en un lío —dijo por fin—. Intervino en cierta operación en Wall Street y el asunto acabó mal.

Yo había oído rumores de que los italianos habían entrado en Wall Street, creando empresas ficticias y contratando a agentes

corruptos que las introducían en bolsa y estafaban a los inversores. Se podía ganar mucho dinero si las cosas se hacían bien.

—Tony la cagó —
continuó Louis—, y ahora tenemos a un tipo cuyos días pueden contarse con los dedos de la mano.

—¿Tan grave es?

Louis dejó la taza a secar boca abajo y se apoyó contra el fregadero.

—¿Sabes qué son los BATCP?

—Ni idea.

—Se nota que nunca has tenido dinero para invertir.

—Llevo una existencia ascética, como el padre Damián pero sin la lepra.

—BATCP —explicó Louis— es la sigla de Bonos Asociados al Tipo de Cambio Principal. Es un pagaré estructurado, una especie de bono emitido por los bancos de inversión. Lo presentan como algo seguro, pero es tan arriesgado como mantener relaciones

sexuales con un tiburón. En esencia, el comprador aporta cierta suma de dinero y el beneficio se basa en los cambios en los índices de determinadas divisas. Es una fórmula, y si todo va bien, puedes forrarte.

Siempre me había fascinado que Louis fuera capaz de abandonar su jerga monosilábica de asesino a sueldo negro cuando el tema lo requería, pero me abstuve de comentarlo.

—Así que Tony Celli se

crea un mago de las finanzas, y cierta gente en Boston le da crédito — prosiguió—. Se ocupa del blanqueo, hace circular mucho dinero por mediación de compañías ficticias y bancos con sede en paraísos fiscales, hasta que el dinero vuelve a las cuentas adecuadas. Trata con los contables, pero además es el primer punto de contacto para todo el efectivo. Es como la parte más fina de un reloj de arena: todo tiene que

pasar a través de él para llegar a otro sitio. Y a veces Tony hace alguna que otra inversión bajo mano con dinero ajeno, o lo invierte en divisas y se queda la ganancia. A nadie le importa, siempre y cuando no se deje arrastrar por la codicia.

—A ver si lo adivino — lo interrumpí—: Tony se dejó arrastrar por la codicia.

Louis asintió con la cabeza.

—Tony se ha cansado de

ser indio y ahora quiere ser jefe. Considera que para eso necesita dinero, más del que tiene. Así que habla con un representante de derivados financieros que no sabe nada de él, salvo que es un italiano con camisa a rayas y dinero que gastar, porque Tony intenta mantener sus negocios al nivel más discreto posible. El representante convence a Tony de que compre una variante de esos BATCP, vinculados a la diferencia

entre el valor de ciertas divisas del sudeste asiático y un paquete de divisas varias (dólares, francos suizos, marcos alemanes, según he oído), y se embolsa la comisión. El asunto es tan peligroso que hace tictac, pero Tony compra por valor de un millón y medio de dólares, la mayor parte de los cuales no son suyos, porque también participan en el trato compañías de seguros y gestores de fondos de pensiones de la zona

central del país, y Tony, erróneamente, supone que son demasiado conservadores para apostar a una mano arriesgada. Es una inversión a corto plazo, y Tony cree que tendrá su dinero sin que nadie se dé cuenta de que ha retenido el efectivo más tiempo que el de costumbre.

—¿Y qué pasó?

—Lee los diarios. El yen cae en picado, los bancos no responden, toda la economía del sudeste asiático empieza

a hacer aguas. El valor de los bonos de Tony cae un noventa y cinco por cien en cuarenta y ocho horas, y su esperanza de vida cae poco más o menos en la misma proporción. Tony manda a cierta gente para que busque al representante, y lo encuentran en la cervecería Zip City de la calle Dieciocho, riéndose de cómo le ha «arrancado la cara» a un tipo, porque en la jerga de los representantes usan esa expresión cuando le

colocan a alguien un bono explosivo.

Y con estas palabras, según Louis, el representante había firmado su sentencia de muerte. Lo abordaron cuando iba al baño, lo llevaron a un sótano de Queens y lo ataron a una silla. Entonces apareció Tony, le hundió los dedos en la carne blanda bajo la barbilla y empezó a tirar. No tardó ni dos minutos en arrancarle la cara. A continuación lo metieron en

un coche y, en un bosque de la parte norte del estado, lo mataron a palos.

Louis tomó de nuevo el cuchillo, lo lanzó un par de veces más de propina y volvió a dejarlo en el bloque de madera. Pese a la presión de la punta del cuchillo, no tenía sangre en la yema del dedo.

—Así que Tony está entrampado por esa cantidad, y cierta gente más poderosa que él empieza a preocuparse por el tiempo

que ese dinero tarda en llegar a sus manos. De pronto, Tony tiene un golpe de suerte: un tipejo de Toronto, que está en deuda con él, le habla de cierto viejo camboyano que lleva una vida tranquila en Hamilton, al sur de la ciudad. Por lo visto, el viejo era un jemer rojo, antes subdirector del campamento Tuol Seng en Phnom Penh.

Yo había oído hablar de Tuol Seng. En otro tiempo había sido una escuela de la

capital camboyana, pero los jemerres rojos la convirtieron en centro de tortura y ejecución cuando se hicieron con el poder en el país. Tuol Seng había estado bajo la dirección de un individuo de orejas grandes conocido como Camarada Deuch, que utilizó látigos, cadenas, reptiles venenosos y agua para torturar y matar quizás a unas dieciséis mil personas, incluidos muchos occidentales que se acercaron demasiado a la

costa camboyana.

—Según parece, el viejo tenía amigos en Tailandia y ganaba mucho dinero bajo mano actuando como mediador en el tráfico de heroína —explicó Louis—. Tras la invasión vietnamita, desapareció, cambió de identidad y abrió un restaurante en Toronto. Su hija acababa de empezar la carrera en Boston, y fue ella el objetivo de Tony, que la secuestró y pidió al viejo un rescate para cubrir sus

deudas, y un poco más. El viejo no podía acudir a la policía por su pasado, y Tony le dio setenta y dos horas para pagar, aunque por entonces su hija ya estaba muerta. El viejo reúne el dinero, manda a sus hombres a Maine para la entrega y todo se sale de madre. —Eso explicaba la presencia del agente de Toronto, Eldritch. Se lo mencioné a Louis, que levantó uno de sus delgados dedos—. Una cosa más: al mismo tiempo que tenían

lugar los asesinatos, la casa del viejo en Hamilton quedó reducida a cenizas, con él, el resto de su familia y sus guardaespaldas todavía dentro. Siete personas en total. Tony quería un trabajo limpio porque es una persona limpia.

—Así que pusieron precio a la cabeza de Tony, y entonces Billy Purdue se apropia de su carta de libertad —comenté—. Por cierto, ¿quieres explicarme a qué viene esa mirada que

habéis cruzado tú y Ángel?
—Cuando Louis acabó de hablar, Ángel volvió a mirarlo de un modo que indicaba que aún quedaba otra noticia, y que ésta no era buena.

Louis contempló la lluvia que salpicaba la ventana.

—Tienes otros problemas aparte de Tony y la policía —respondió en voz baja. Había adoptado una expresión seria, y la de Ángel, por lo general vivaz,

era reflejo de la suya.

—¿Graves?

—Dudo que los haya peores. ¿Sabes quiénes son Abel y Stritch?

—No. ¿A qué se dedican? ¿Son fabricantes de jabón?

—Matan gente.

—Con el debido respeto, y dada la presente compañía, no son precisamente los únicos.

—A ellos les gusta.

Y durante la siguiente media hora, Louis trazó la

trayectoria de los dos hombres conocidos sólo como Abel y Stritch, una carrera caracterizada por la tortura, los incendios, los gaseos, los homicidios sexuales por diversión, la violación y los malos tratos a mujeres y niños, los asesinatos a sueldo y de balde. Rompían huesos y derramaban sangre; electrocutaban y asfixiaban. Su estela serpenteaba por todo el mundo como una espiral de alambre de púas, y

se extendía desde Asia y Sudáfrica hasta el centro y el sur de América, pasando por cualquier punto conflictivo donde la gente pagase por aterrorizar y matar a sus enemigos, ya fueran estos últimos guerrilleros, agentes del gobierno, campesinos, sacerdotes, monjas o niños.

Louis me habló de un incidente en Chile donde una familia sospechosa de dar refugio a indios mapuche fue identificada por agentes de la Dirección

de Inteligencia Nacional de Pinochet.

Los tres hijos varones de la familia, de diecisiete, dieciocho y veinte años, fueron conducidos al sótano de un bloque de oficinas abandonado, amordazados y atados a los soportes de hormigón del edificio. Luego llevaron allí a la madre y a las hermanas y, a punta de pistola, las obligaron a sentarse cara a cara frente a los hombres. Nadie habló.

A continuación, al fondo del sótano, surgió una figura de la oscuridad, un hombre calvo, pálido y achaparrado de mirada impasible. Otro hombre se quedó en la penumbra, pero de vez en cuando veían avivarse el ascua de su cigarrillo y olían el humo que exhalaba.

El hombre pálido sostenía en la mano derecha un enorme soldador de quinientos vatios, adaptado de manera que la resplandeciente punta tenía

casi dos centímetros de largo y quemaba a cien o ciento cincuenta grados. Se acercó al hijo menor, le apartó la camisa y aplicó la punta al pecho, justo por debajo del esternón. El soldador chisporroteó al hundirse en el cuerpo y el olor a carne quemada llenó el sótano. El muchacho forcejeó y ahogó gritos de pánico y dolor a medida que el soldador penetraba. A esas alturas los ojos de su torturador habían cambiado, habían cobrado

vida, y respiraba con un entrecortado jadeo de excitación. Con la mano libre, buscó a tientas la bragueta del pantalón del muchacho, la introdujo y le agarró los genitales mientras el soldador ascendía hacia el corazón. A la vez que éste perforaba los músculos, le apretó con más fuerza y le sonrió mientras el muchacho se convulsionaba y moría.

Las mujeres contaron a los dos hombres lo que sabían, que era poco, y los

otros chicos murieron de prisa, debido tanto al agotamiento del hombre pálido como a las declaraciones de ellas.

Ahora los dos tipos se habían trasladado al norte, tan al norte como Maine.

—¿A qué han venido?

—pregunté por fin.

—Quieren el dinero — contestó Louis—. Esa clase de hombres se crea enemigos. Si hacen bien su trabajo, la mayoría de sus enemigos no vive lo

suficiente para causarles el menor daño. Pero cuanto más tiempo se mantienen en el oficio, mayores son las probabilidades de que alguien se les escape. Estos dos llevan décadas matando. Ahora el tiempo corre en su contra. Y semejante cantidad de dinero contribuiría a proporcionarles un buen fondo de jubilación. Tengo la sensación de que es muy posible que te visiten, y por eso estamos aquí.

—¿Cómo son? —

pregunté, pero ya tenía mis sospechas.

—Ése es el problema. De Abel no se sabe nada, excepto que es alto y tiene el pelo canoso, casi blanco. En cambio Stritch, el torturador... El tipo es un puto fenómeno de feria: bajo, calvo, con la cabeza ancha y la boca como una herida abierta. Parece el tío Fétido pero con mal carácter.

Me acordé del curioso individuo con aspecto de

trasgo que me abordó frente al hotel, el mismo que después apareció en el Java Joe's ganando prosélitos para el Señor, con su burdo dibujo de una madre y un niño y sus vagas e implícitas amenazas.

—Lo he visto —dije.

Louis se pasó la mano por la boca. Nunca lo había visto tan preocupado por la amenaza que pudiera representar alguien. En la memoria yo conservaba viva la imagen de lo ocurrido en

un viejo almacén de Queens, cuando la oscuridad cobró vida y uno de los asesinos más temidos de la ciudad se alzó de puntillas, con la boca abierta de oreja a oreja, mientras Louis le hundía en la base del cráneo la hoja de su navaja. Louis no se dejaba asustar fácilmente. Le hablé del coche y del encuentro en la cafetería, y del abogado Leo Voss.

—Supongo que Voss era su punto de contacto, el tipo a quien acudía la gente

cuando quería contratar a Abel y a Stritch. Si ha muerto, lo mataron ellos. Están cerrando el negocio y no quieren cabos sueltos. Si Stritch está aquí, también está Abel. No trabajan por separado. ¿No ha dado ningún otro paso?

—No. Tuve la impresión de que únicamente pretendía hacer notar su presencia.

—Sólo una persona muy especial va por ahí en el Cadillac de un muerto — comentó Ángel—. La clase

de persona que quiere llamar la atención.

—O quiere atraer la atención para desviarla de otra persona —dije.

—Está vigilando —afirmó Louis—. Como, en alguna parte, lo está su compañero. Esperan a ver si puedes conducirlos hasta Billy Purdue. —Pensó por un momento—. ¿Fueron torturados la mujer y el niño?

Negué con la cabeza.

—A la mujer la

estrangularon. No había indicio de otras lesiones o agresión sexual. El niño murió porque se interpuso. —Recordé la boca de Rita Ferris cuando los policías le dieron la vuelta—. Observé un detalle: el asesino le cosió los labios a la mujer con hilo negro después de matarla.

Ángel contrajo el rostro.

—No tiene sentido.

—No tiene sentido si pensamos en Abel y Stritch —coincidió Louis—. Ellos

le habrían arrancado los dedos a la mujer y le habrían hecho daño al niño para averiguar qué sabía ella del dinero. Eso no parece trabajo suyo.

—Ni de Tony Celli —
añadió Ángel.

—La policía cree que es posible que los matara Billy —dije—. Puede ser, pero tampoco hay razón para que él le mutilara la boca.

Guardamos silencio mientras sopesábamos lo que sabíamos. Pienso que

los tres tendimos hacia la misma conclusión, pero fue Louis quien la expresó:

—Hay alguien más.

Fuera, la lluvia caía torrencialmente, martilleando en las tejas y azotando los cristales de las ventanas. Sentí frío en el hombro, o quizá fue sólo el recuerdo de aquella mano tocándome, y la voz de la lluvia pareció susurrarme en un idioma que yo no comprendía.

Un par de horas más tarde llegó un camión con parte de mis muebles y colocamos una cama en la habitación desocupada, añadimos una colcha, y quedó como un hogar lejos del hogar, siempre y cuando el hogar original no fuera demasiado lujoso. Después nos arreglamos y fuimos a Portland. Dejamos atrás las luces blancas y azules del árbol de Navidad de Congress Square y de un

segundo árbol, más grande, en Monument Square. Aparcamos y entramos en el Stone Coast Brewing Company de York Street, donde Ángel y Louis bebieron cerveza de barril mientras decidíamos dónde comer.

—¿Hay algún restaurante japonés por aquí? —preguntó Louis.

—No como pescado —contesté.

—¿Que no comes pescado? —repitió Louis

levantando la voz una octava —. ¿Qué coño quieres decir con eso de que no comes pescado? Vives en Maine. Las langostas prácticamente te dan un cuchillo y un tenedor y te invitan a que les muerdas el culo.

—Ya sabes que no como pescado —respondí con paciencia—. Es una de esas manías mías.

—Tío, no es una manía; es una fobia.

A mi lado, Ángel sonrió. Resultaba agradable salir a

cenar así, actuar de ese modo, después de nuestra conversación de hacía un rato.

—Lo siento —proseguí—. Pero he excluido de mi dieta cualquier cosa con más de cuatro patas, o sin patas. Estoy seguro de que tú incluso te comes los pulmones de los cangrejos.

—Los pulmones, lo mejor del cangrejo...

—Lo mejor no es eso, Louis; lo mejor es el contenido de su aparato

digestivo. ¿Por qué crees que es amarillo?

Louis hizo un gesto de despreocupación.

—En todo caso, el sushi no lleva mierda de cangrejo.

Ángel apuró la cerveza.

—En esto coincido con Bird —dijo—. La última vez que estuve en Los Ángeles comí en un restaurante japonés. Prácticamente me comí todo aquello que tuviera agallas. Al salir, eché un último vistazo al escaparate: el local había

sido clasificado con una «C», la categoría más baja que otorga el Departamento de Sanidad. ¡Una puta «C»! Podría comer en una hamburguesería clasificada con una «C», y lo peor que cabría esperar sería una dosis de la Venganza de Ronald McDonald, pero un restaurante japonés clasificado con una «C»... Tío, esa comida puede matarte. El maldito pescado era tan malo que casi sacó una pistola e intentó

robarme la cartera.

Louis hundió la cabeza entre las manos y rezó a quienquiera que rezase la gente como Louis: Smith & Wesson, quizá.

Comimos en el Tony's Thai Taste de Wharf Street, en el Puerto Antiguo. Casualmente, sentados a tres mesas de nosotros, estaban Samson y Doyle, los dos federales que había visto en el apartamento de Rita Ferris, y el policía de Toronto, Eldritch. Nos

lanzaron miradas de interés pero poco cordiales y siguieron con su curry rojo.

—¿Amigos tuyos? — preguntó Ángel.

—Los federales más su pariente llegado de más al norte de la frontera.

—Los federales no tienen ninguna razón para que les caigas bien, Bird. Aunque tampoco necesitan razones para que la gente les caiga mal.

Llegó nuestra comida: un pollo Paraíso para Louis

y dos especialidades de la casa para Ángel y para mí, a base de ternera con pimientos, piña y guisantes, sazonados con limoncillo, ajo y chile. Louis percibió el olor del ajo y arrugó la nariz. Deduje que nadie nos daría un beso de buenas noches.

Comimos en silencio. Los federales y Eldritch se marcharon antes de que acabáramos. Me dio la impresión de que volvería a tener noticias de ellos. Cuando se fueron, Louis se

limpió cuidadosamente los labios con la servilleta y terminó su cerveza Tsing-Tsao.

—¿Tienes un plan de ataque en el asunto de Billy Purdue?

Me encogí de hombros.

—He preguntado por ahí, pero se lo ha tragado la tierra. Una parte de mí me dice que sigue aquí, pero otra me dice que posiblemente se haya marchado al norte. Si está en apuros, quizá vaya al

encuentro de alguna de las personas que lo trataron bien en el pasado, y no son muchas. Hay un hombre cerca del lago Moosehead, en un pueblo que se llama Dark Hollow. Fue el padre de acogida de Billy Purdue durante un tiempo. Tal vez sepa algo o haya tenido noticias suyas.

Les conté la conversación que tuve con Willeford en el bar y también que desde entonces había desaparecido.

—También tengo pensado visitar a Cheryl Lansing para ver si puede añadir algo a lo que le dijo a Willeford.

—Parece que todo esto te ha despertado la curiosidad —comentó Ángel.

—Es posible, pero...

—¿Pero?

Por mucho que confiara en él, no deseaba hablarle de mi experiencia de la noche anterior. Esas cosas rayaban en la locura.

—Pero estoy en deuda con Rita y su hijo, y parece que, por alguna razón, otros han decidido implicarme me guste o no.

—¿No sucede siempre así?

—Sí. —Me llevé la mano a la cartera, saqué la factura de la empresa de mudanzas, la agité con un gesto elocuente ante Ángel y repetí—: ¿No sucede siempre así?

Sonrió.

—Adopta esa actitud y

puede que no nos vayamos nunca.

—Ni se te ocurra, Ángel —advertí—. Y paga tú la cuenta. Es lo mínimo que puedes hacer.

10

Me desperté tarde y me preparé para la visita a Bangor. Ángel y Louis seguían en la cama, así que fui hasta Oak Hill con la intención de entrar en el banco y retirar dinero para el viaje al norte. Cuando acabé, tomé por Old Country Road y luego por Black Point Road y, dejando atrás la sandwichería White Caps, llegué a Ferry Road. A mi

izquierda estaba el campo de golf, a mi derecha, las casas de veraneo, y frente a mí el aparcamiento donde habían muerto aquellos hombres. La lluvia se había llevado las pruebas, pero en una de las barreras flameaban aún, agitadas por el viento que soplabo desde el mar, jirones de la cinta utilizada para acordonar la escena del crimen.

Mientras observaba el lugar, un automóvil se detuvo detrás de mí, un

coche patrulla con uno de los policías de Prouts Neck al volante.

—¿Le pasa algo? — preguntó al salir del vehículo.

—No, sólo estaba mirando —contesté—. Vivo un poco más allá, en Spring Street.

Me miró de arriba abajo y asintió.

—Ahora le reconozco. Perdona, pero después de lo que ocurrió aquí, tenemos que ir con cuidado.

Le quité importancia con un gesto, pero él parecía tener ganas de conversar. Era joven, desde luego más joven que yo, con el pelo de color paja y una mirada seria y amable.

—Un asunto extraño — comentó—. Normalmente, éste es un sitio tranquilo y apacible.

—¿Es usted de por aquí? — pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. Soy de Flint, Michigan. Me trasladé al

Este cuando la General Motors nos la jugó, y aquí empecé de cero. El mejor cambio que he hecho en la vida.

—Bueno, esto no ha sido siempre tan apacible.

Mi abuelo era capaz de remontarse en su árbol genealógico hasta mediados del siglo XVII, quizá dos décadas después de la fundación de Scarborough en 1632 o 1633. Por esas

fechas, toda la zona se llamaba Black Point, y en dos ocasiones la gente abandonó el poblado por los ataques de los nativos. En 1677 los wabanaki asaltaron el fuerte inglés de Black Point dos veces y mataron a más de cuarenta soldados ingleses y a una docena de sus aliados indios de la misión protestante de Natick, cercana a Boston. A unos diez minutos en coche de donde nos encontrábamos estaba Massacre Pond,

donde, en 1713, Richard Hunnewell y otros diecinueve hombres murieron en una incursión india.

Ahora, con sus casas de veraneo y su club náutico, su reserva ornitológica y sus pistas de tenis, era fácil olvidar que aquello había sido en otro tiempo un lugar conflictivo y violento. Allí había sangre bajo la tierra, una capa tras otra, como las marcas dejadas en la superficie de las rocas por

mares que dejaron de existir cientos de millones de años antes. A veces tenía la sensación de que los lugares conservaban recuerdos — casas, tierras, pueblos, montañas, todos ellos habitados por los fantasmas de experiencias pasadas— y que la historia tendía a repetirse de tal manera que uno podía llegar a pensar que en ocasiones estos lugares actuaban igual que imanes, atrayendo la mala fortuna y la violencia como

si éstas fueran limaduras de hierro. Visto así, una vez que en un sitio se había derramado mucha sangre, existían grandes probabilidades de que volviera a derramarse.

Si eso era cierto, no era de extrañar que ocho hombres hubieran perdido allí la vida de modo tan cruento. No era de extrañar ni mucho menos.

Cuando regresé a casa

tosté unos panecillos,
preparé café como
acompañamiento y desayuné
tranquilamente en la cocina
mientras Louis y Ángel se
duchaban y se vestían.

La noche anterior
habíamos decidido que
Louis se quedaría en la casa
y que quizás iría a echar un
vistazo a Portland por si
encontraba algún indicio de
la presencia de Abel y
Stritch. En caso de que
sucediera algo mientras
estábamos fuera, podía

telefonearme al móvil para informarme.

De Portland a Bangor hay doscientos kilómetros por la I-95. Durante el viaje, Ángel inspeccionó con impaciencia mi colección de cintas de casete, escuchando una o dos canciones de cada cinta y tirándola al asiento de atrás. Los Go-Betweens, los Triffids, los Gourds Out Of Austin, Jim White, Doc Watson, todos acabaron en el montón, hasta que el coche empezó a parecer la

pesadilla de un hombre de la industria discográfica. Puso una cinta de Lambchop y los suaves y tristes acordes de *I Will Drive Slowly* inundaron el coche.

—¿Tú qué dirías que es esto? —preguntó Ángel.

—Country alternativo —contesté.

—Eso es cuando tu camión arranca, tu mujer regresa y tu perro resucita —comentó con sorna.

—Si Willie Nelson te oyera hablar así, te daría

unos azotes en el trasero.

—¿Es el mismo Willie Nelson al que una vez su mujer envolvió y ató con una sábana y luego lo dejó inconsciente a golpes de escoba? Si ese tarado viene a por mí, te aseguro que podré arreglármelas solo.

Finalmente nos conformamos con un debate sobre las noticias locales en la PBS. Hablaron del topógrafo de una compañía maderera al que por lo visto se daba por desaparecido en

el norte, pero no presté mucha atención.

En Waterville salimos de la autopista y paramos a comer y a tomar un café. Ángel jugueteó con las migajas de las galletas saladas mientras esperábamos la cuenta. Tenía algo en mente, y no tardó en salir a la luz.

—¿Recuerdas cuando te pregunté por Rachel en Nueva York? —dijo por fin.

—Sí.

—No tenías muchas

ganas de hablar del tema.

—Sigo sin tenerlas.

—Quizá te convendría.

Siguió un silencio. Me pregunté cuándo habrían comentado Louis y Ángel la relación entre Rachel y yo, y supuse que habían tratado el asunto más de una vez. Cedí un poco.

—No quiere verme — dije.

Ángel apretó los labios.

—¿Y tú cómo te sientes al respecto?

—¿Vas a cobrarme esto

por horas?

Me lanzó una migaja.

—Tú contesta.

—No muy bien, pero, la verdad, tengo otras cosas en la cabeza.

Ángel me miró por un instante y volvió a desviar la vista.

—Una vez telefoneó para preguntar cómo estabas, ¿lo sabías?

—¿Os llamó a *vosotros*? ¿De dónde sacó vuestro número de teléfono?

—Salimos en la guía.

—No, no es verdad.

—Entonces debimos de dárselo.

—Sois tan serviciales...

—dije con un suspiro, y me froté la cara con las manos

—. No sé, Ángel, la relación se estropeó. Además, puede que yo aún no esté preparado; le doy miedo. Fue ella quien me apartó de su vida, ¿recuerdas?

—A ti no te hace falta mucho para dejarte apartar.

Llegó la cuenta, y coloqué encima un billete de

diez y varios de uno.

—Sí, en fin..., tuve mis razones. Igual que ella.

Me puse en pie, y Ángel se levantó también.

—Quizá —dijo—. La lástima es que a ninguno se os ocurriera una sola buena razón para estar juntos.

Cuando volvimos a la I-95, Ángel se desperezó satisfecho en el asiento y, al hacerlo, la manga de su amplia camisa se le deslizó

hasta el codo. En el brazo, una cicatriz blanca e irregular discurría desde la sangría hasta tres o cuatro centímetros de la muñeca. Medía unos quince centímetros, y no me explicaba cómo era posible que no la hubiese visto antes, pero, pensando en ello, caí en la cuenta de que se debía a diversos factores: al hecho de que Ángel rara vez llevase sólo una camiseta, y cuando se daba esa circunstancia, fuese

siempre una camiseta de manga larga; a mi propio ensimismamiento cuando íbamos tras el Viajante en Lousiana, y a la reticencia de Ángel a hablar de sus penalidades pasadas.

Me sorprendió observando la cicatriz y se sonrojó, pero no intentó ocultarla de inmediato. En lugar de eso se la quedó mirando también y guardó silencio, como si recordara el momento en que se produjo.

—¿Quieres saberlo? —
preguntó.

—¿Quieres contarlo?

—No especialmente.

—Pues no lo cuentes.

Tardó un rato en
contestar y por fin dijo:

—Parece que te
preocupa, así que quizá
tengas derecho a saberlo.

—Si me dices que
siempre has estado
enamorado de mí, paro el
coche y sigues a pie hasta
Bangor.

Ángel soltó una

carcajada.

—Estás en fase de negación.

—No te imaginas hasta qué punto.

—En todo caso, tampoco eres tan guapo. —Se acarició la cicatriz con el índice de la mano derecha —. Has estado en Rikers, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Yo había visitado la isla de Rikers en el transcurso de algunas de mis investigaciones. También

había estado allí mientras Ángel cumplía condena cuando otro recluso llamado William Vance lo amenazó de muerte e intervino. Vance ya había muerto. Murió en octubre, tras una larga agonía a causa de las lesiones internas producidas por un detergente que unas personas no identificadas le obligaron a tragar al descubrir que era sospechoso de un crimen sexual por el que nunca sería juzgado por falta de pruebas.

Yo suministré la información que indujo a actuar a sus agresores. Lo hice para salvar a Ángel, y Vance no fue una gran pérdida para el mundo, pero su muerte me pesaba aún en la conciencia.

—La primera vez que Vance me atacó, le rompí un diente de un puñetazo — explicó Ángel en voz baja —. Llevaba días amenazándome, diciéndome que iba a joderme de mala manera. Aquel cabrón me la

tenía jurada, ya lo sabes. No fue un golpe brutal ni mucho menos, pero un carcelero lo encontró sangrando y a mí de pie ante él, y me cayeron veinte días en el chopano.

El «chopano» era la celda de castigo: veintitrés horas encerrado y una hora para hacer ejercicio en el patio. El patio era básicamente una jaula, no mucho mayor que una celda, y los reclusos permanecían esposados mientras caminaban. El patio tenía

aros de baloncesto, pero, aun en el supuesto de que alguien pudiera jugar esposado, no había pelotas. Lo único que los presos podían hacer era pelearse, y por lo común eso era lo que hacían cuando los dejaban salir.

—Yo no salía de la celda casi nunca —explicó Ángel—. A Vance, por la herida en la boca, le habían caído sólo diez días, y supe que me esperaba fuera. — Guardó silencio por un

momento y se mordió el labio inferior—. Piensas que va a ser fácil..., ya sabes, paz y tranquilidad, horas de sueño, a salvo la mayor parte del tiempo..., pero no lo es. No puedes llevarte nada allá adentro. Te quitan la ropa y te dan tres monos. No puedes fumar, pero yo pasé de culero casi todo un paquete de tabaco en tres condones y me lo fumé liado con papel higiénico. —«Pasar de culero» significaba introducir

clandestinamente algo oculto en el recto—. Me acabé el tabaco en cinco días, y nunca volví a fumar. Después de aquellos cinco días en semejante celda, ya no resistía más: el ruido, los gritos. Es una tortura psicológica. Salí al patio por primera vez y Vance vino derecho a mí, me golpeó en la cabeza con los puños y empezó a darme patadas en el suelo. Recibí cinco o quizá seis de lleno antes de que se lo llevaran, pero yo

supe que no podía aguantar más tiempo en aquel lugar. Me sería imposible.

»Después de la paliza me trasladaron a la enfermería. Donde me examinaron, decidieron que no tenía nada roto y me enviaron otra vez al chopano. Me llevé un tornillo, de unos ocho centímetros de largo, que había desenroscado de la base del botiquín. Y cuando me metieron en la celda y se apagaron las luces, intenté

cortarme. —Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n y, por primera vez desde que inici6 el relato, sonri6—. ¿Has intentado alguna vez cortarte con un tornillo?

—La verdad es que no.

—Pues no es nada f6cil.

Los tornillos no se dise±aron con esa finalidad concreta. Tras muchos esfuerzos, conseguí provocarme una hemorragia considerable, pero si esperaba morir desangrado, aquello iba para

largo, y seguro que antes ya habían vencido los veinte días de condena allí. El caso es que me sorprendieron destrozándome el brazo y me llevaron otra vez a la enfermería. Entonces fue cuando te llamé.

»Después de unas cuantas conversaciones, un perfil psicológico y lo que fuera que tú les contases, volvieron a dejarme entre la población general. Dieron por sentado que no haría daño a nadie, excepto,

quizás, a mí mismo, y necesitaban el chopano para alguien que lo mereciese más.

Yo hablé con Vance poco después, antes de que cumpliera su periodo de aislamiento, y le dije lo que sabía de él y lo que diría a los otros reclusos si se acercaba a Ángel. No sirvió de nada, y tan pronto como salió, intentó matar a Ángel en las duchas. A partir de ese momento era hombre muerto.

—Si hubieran vuelto a meterme en el chopano, habría encontrado la manera de suicidarme —concluyó Ángel—. Con tal de acabar con aquello, quizás incluso me habría dejado matar por Vance. Hay ciertas deudas que nunca se pagan, Bird, y a veces eso no es malo. Louis lo sabe, y yo lo sé. El hecho de que tú hagas lo que haces porque es lo correcto facilita las cosas a la hora de ponerse de tu lado, pero si decides que quieres volar el

Congreso, Louis encontrará la manera de encender la mecha y yo le echaré una mano mientras lo hace.

Cheryl Lansing vivía en una casa blanca y pulcra de dos plantas, en el extremo oeste del propio Bangor, rodeada de césped bien cuidado y de pinos de veinte años. Era un barrio antiguo con viviendas de aspecto próspero y coches nuevos a la entrada. Ángel se quedó

en el Mustang mientras yo llamaba al timbre. Nadie contestó. Ahuecando las manos en torno a los ojos, escruté a través del cristal, pero dentro no se advertía el menor movimiento.

Di un rodeo a la casa y entré en un jardín alargado con una piscina cerca de la casa. Ángel me acompañó.

—Mediar en la adopción de niños debe de ser un negocio muy rentable — comentó. Sonriendo, agitó una cartera negra, de unos

quince centímetros de largo por cinco de ancho: las herramientas de su oficio—. Por si acaso.

—Estupendo. Si aparece la policía local les diré que, como buen ciudadano que soy, te he detenido en un acto cívico.

En la parte trasera de la casa había un anexo acristalado que permitía a Cheryl Lansing contemplar su verde césped en verano y ver caer la nieve en invierno. Hacía tiempo que no

limpiaban la piscina, y no estaba tapada. Tenía el fondo en pendiente y parecía poco profunda, un metro en un extremo y dos o dos y medio en el otro, pero estaba llena de hojas y tierra.

—Bird.

Me acerqué al lugar desde donde Ángel observaba el interior de la casa. A un lado había un módulo de cocina y enfrente una gran mesa de roble con cinco sillas; detrás, una puerta comunicaba con la

sala de estar. En la mesa había tazas, platos, una cafetera y un surtido de madalenas y panecillos, con un frutero en el centro. Incluso desde allí vi el moho en la comida.

Ángel se sacó un par de guantes del bolsillo e intentó deslizar la puerta de corredera. Se abrió sin mayor esfuerzo.

—¿Quieres echar un vistazo?

—Será mejor.

Dentro olía a leche agria

y a comida pasada. Atravesamos la cocina y entramos en la sala de estar, amueblada con mullidos sofás y sillones de tapicería rosa floreada. Busqué abajo mientras Ángel recorría las habitaciones del piso superior. Cuando me llamó, me hallaba ya en la escalera para seguirlo arriba.

Ángel se encontraba en lo que obviamente era un pequeño despacho, con un escritorio de madera oscura, un ordenador y un par de

archivadores. Los estantes de la pared alojaban una serie de carpetas de fuelle, cada una marcada con un año. Las carpetas de 1965 y 1966 habían sido retiradas de su correspondiente estante y el contenido se encontraba esparcido por el suelo.

—Billy Purdue nació a principios del sesenta y seis —susurré.

—¿Crees que ha venido de visita?

—Alguien ha venido,

eso está claro.

Me pregunté hasta qué punto deseaba Billy Purdue conocer sus orígenes. ¿Tanto como para presentarse allí y revolver el despacho de una anciana con el fin de averiguar qué sabía ella?

—Mira en los archivadores —propuse a Ángel—. Luego busca en esas carpetas por si aún queda algo que pueda rescatarse en relación con Billy Purdue. Yo voy a echar otro vistazo a la casa

para ver si se les ha pasado por alto algún detalle.

Asintió y volví a recorrer la casa, registré los dormitorios, el cuarto de baño y finalmente otra vez las habitaciones del piso de abajo. En la mesa de la cocina había cuatro servicios—dos con tazas de café, dos con vasos de leche agria—; dispuestos como los puntos cardinales, rodeaban la fruta podrida.

Regresé al jardín. En el extremo este había un

cobertizo, y un candado abierto colgaba del pasador. Me acerqué, saqué un pañuelo del bolsillo y descorrí el pasador. Dentro encontré sólo un cortacésped de gasolina, macetas, semilleros y un surtido de herramientas de jardinería de mango corto. En los estantes había viejos botes de pintura y tarros con brochas y clavos. Una jaula vacía pendía de un gancho en el techo. Cerré el cobertizo y me encaminé de nuevo hacia

la casa.

En ese momento se levantó la brisa y agitó las ramas de los árboles y la hierba a mis pies. Arrastró las hojas de la piscina vacía, que se movieron suavemente unas sobre otras con un nítido susurro. Entre los tonos verdes, pardos y amarillentos del lado más profundo, asomó algo de color rojo intenso.

Me acuclillé al borde de la piscina y observé. Se trataba de la cabeza de una

muñeca, coronada por una mata de pelo rojo. Distinguí un ojo de cristal y el contorno de unos labios de color rubí. La piscina era ancha, y por un momento pensé en regresar al cobertizo y buscar una herramienta lo bastante larga para alcanzar la muñeca, pero no recordé nada que pudiera servirme. Por supuesto, era muy posible que la muñeca no tuviese la menor importancia. Los niños perdían cosas

continuamente en los sitios más extraños. Pero muñecas... Por lo general cuidaban sus muñecas. Jennifer tenía una llamada Molly, de espeso pelo oscuro y boca con un mohín de actriz de cine; solía sentarla a su lado a la mesa y la muñeca se quedaba contemplando la comida con mirada vacía. Molly y Jenny, amigas para siempre.

Me dirigí hacia el extremo de la piscina más próximo a la casa, donde

unos peldaños conducían a la parte menos profunda; el último escalón estaba oculto bajo las hojas. Bajé y pisé con cuidado el fondo de la piscina, pues temía resbalar en la pendiente. A medida que avanzaba, el cúmulo de hojas era más profundo. Primero me cubrieron las punteras de los zapatos, luego los bajos del pantalón y después las rodillas. Cuando ya estaba cerca, me llegaban a la altura de medio muslo y percibía una

sensación de humedad a causa de la vegetación podrida y el agua que me calaba los zapatos. Avanzaba con cautela a causa de los resbaladizos azulejos y porque la pendiente era cada vez más pronunciada.

El ojo de cristal miraba al cielo, y el otro lado de la cara de la muñeca quedaba escondido bajo las hojas marrones y la tierra. Alargué el brazo con cuidado, hundi la mano entre las hojas y

levanté la cabeza de la muñeca. Al sacar la muñeca, las hojas cayeron, y el ojo derecho, cerrado hasta ese momento por la presión, se abrió suavemente. Poco a poco apareció la blusa, que era azul, y a continuación la falda, de color verde. Las rodillas regordetas estaban sucias de barro y restos de vegetación descompuesta.

El cuerpo entero de la muñeca salió de entre las hojas con un débil sonido de succión, y salió también algo

más. Una mano pequeña, tumefacta y moteada con los colores del invierno por efecto de la descomposición aferraba las piernas de la muñeca. Dos uñas habían empezado a soltarse y las grietas de la piel dejaban a la vista largos músculos estriados. En el codo, sobre una gran ampolla de gas, vi el extremo de una manga podrida, el precioso color rosa original ahora casi negro por el moho, la tierra y la sangre seca.

Retrocedí

instintivamente sin soltar la muñeca y, en un momento de conmoción y miedo, sentí que resbalaba en los azulejos del fondo de la piscina. Caí de espaldas entre las hojas y mis pies tocaron contra algo blando, húmedo y poco firme. Con hojas en la boca y el hedor de la descomposición en la nariz, vi levantarse a la niña, impulsada por mí al forcejear con las piernas y tirar de la muñeca. Vi el pelo

mojado, la piel gris y unos ojos que parecían leche a medida que me deslizaba hacia abajo, intentando hacer pie por todos los medios. Presa del pánico solté la muñeca y, en un impulso, aparté de un empujón el cuerpo de la niña y su olor quedó impregnado en mi mano mientras volvía a hundirse entre las hojas. Y de pronto una figura más pesada frenó mi caída, noté unos dedos muertos en la pantorrilla y supe que

estaban todos allí, bajo las
hojas descompuestas,
podredumbre sobre
podredumbre, y que si
seguía sumergiéndome bajo
aquellas hojas, los vería y
quizá ya nunca me
levantaría.

Otra mano agarró la mía,
y oí que Ángel me gritaba:

—¡Bird, tranquilo!
¡Tranquilo!

Alcé la vista y descubrí
que me hallaba casi en el
lado derecho de la piscina.
Con la ayuda de Ángel me

agarré al borde y me encaramé. A rastras, me aparté de la piscina y me tendí en el césped húmedo y frío restregando las manos contra la hierba una y otra vez, una y otra vez, en un vano y terrible esfuerzo por quitarme de los dedos el olor de aquella pobre niña perdida.

—Están ahí abajo —dije—. Están todos ahí abajo.

Ángel telefoneó a Louis

y luego yo avisé a la policía de Bangor. Ángel se marchó antes de que llegaran; con sus antecedentes, su presencia no habría hecho más que complicar las cosas. Le dije que tomara un taxi, se registrara en el Days Inn junto a las grandes galerías comerciales Bangor, a las afueras de la ciudad, y que me esperase allí. Después me quedé junto a la piscina, donde el cabello y la blusa de la niña se veían claramente entre las hojas

agitadas por el viento, y esperé a la policía.

Me reuní con Ángel en el Days Inn cuatro horas más tarde. Informé a la policía de todo, incluso del hecho de que había registrado la casa. Eso no les complació demasiado, pero Ellis Howard, a regañadientes, respondió por mí desde Portland y luego pidió que me pusieran con él al teléfono.

—¿Así que no me ocultabas nada? —El

auricular casi vibró por la intensidad de su ira—. Debería haber dejado que te encerrasen por alterar la escena de un crimen.

No tenía sentido pedir disculpas, así que no lo hice.

—Willeford me habló de Cheryl Lansing. Ella hizo de mediadora en la adopción de Billy Purdue. Me la encontré con Rita Ferris un par de noches antes del asesinato de ésta y Donald.

—Primero su mujer y su hijo, ahora esta mujer

relacionada con la adopción. Da la impresión de que Billy Purdue está resentido contra el mundo.

—En realidad no piensa eso, Ellis.

—¿Y qué carajo sé yo lo que pienso? Si quieres defender causas perdidas, vete a defenderlas a otra parte. Aquí estamos hasta la coronilla.

Su indignación era tal que sólo consiguió colgar tras tres ruidosos intentos. Di el número de mi móvil a

la policía de Bangor y me ofrecí a ayudar en lo que fuese.

En la piscina había cuatro cadáveres. Cheryl Lansing se hallaba en la parte más profunda, bajo el cuerpo de su nuera Louise. Sus dos nietas, Sophie y Sarah, estaban un poco más allá, las dos en camisón. Las habían cubierto con hojas procedentes de todo el jardín y con mantillo de detrás del cobertizo.

Las habían degollado a

las cuatro, de izquierda a derecha. Además, Cheryl Lansing tenía la mandíbula desencajada por un golpe en el lado izquierdo de la cara, y su boca presentaba una extraña expresión cuando los sanitarios que trabajaban en la piscina vacía dejaron a la vista su cabeza. Y mientras yacía aún allí abajo, cubierta por el cuerpo de su nuera y boquiabierta, quedó claro que el asesino había perpetrado una última vejación en su cuerpo.

A Cheryl Lansing le habían arrancado la lengua antes de morir.

Si Cheryl Lansing estaba muerta, alguien —Billy Purdue, Abel y su compañero Stritch, o un individuo todavía sin identificar— seguía los pasos de la vida de Billy, unos pasos que ahora parecían guardar relación con la investigación frustrada de sus orígenes que

había iniciado Willeford. Decidí continuar hacia el norte. Ángel se ofreció a acompañarme, pero preferí que tomara un vuelo a Portland a la mañana siguiente mientras yo seguía con el Mustang.

—¿Bird? —preguntó cuando puse el motor en marcha—. Me has hablado de Billy Purdue, de su mujer y de su hijo; pero no entiendo una cosa: ¿cómo acabó ella con un tipo como ése?

Me encogí de hombros. Rita Ferris procedía de una familia disfuncional, supuse, y al parecer había repetido el ciclo creando su propia familia disfuncional con Billy Purdue. Pero no era tan simple: en Rita había algo bueno, algo que había permanecido intacto e incorrupto pese a todo lo que le había ocurrido. Quizá, sólo quizá, creyó ver algo parecido en Billy y pensó que si encontraba ese lado bueno en él y despertaba su

sensibilidad, podría salvarlo, conseguir que él la necesitara tanto como ella lo necesitaba a él, convencida de que amor y necesidad eran lo mismo. Una legión de esposas maltratadas y de amantes apaleadas, de mujeres maltrechas y niños desdichados podría haberle dicho que se equivocaba, que existe una pertinaz ceguera en la idea de que una persona puede redimir a otra. La gente debe redimirse a sí misma, pero

algunos no desean la redención, o no la reconocen cuando ésta arroja su luz sobre ellos.

—Lo quería —dije por fin—. En definitiva, ese amor era lo único que tenía para dar, y necesitaba darlo.

—Como respuesta, no es gran cosa.

—Ángel, yo no tengo las respuestas, sino distintas formas de expresar las mismas preguntas.

A continuación, salí del aparcamiento y fui hasta el

cruce de la I-95 y la 15, donde tomé dirección norte, hacia Dover-Foxcroft, y Greenville y Dark Hollow. Al volver la vista atrás, advierto que ésa fue la primera etapa de un viaje que me obligaría a enfrentarme no sólo con mi pasado, sino también con el de mi abuelo; que perturbaría a viejos fantasmas que supuestamente descansaban desde hacía mucho, y que me conduciría en último

extremo cara a cara ante algo que llevaba mucho tiempo aguardando en la oscuridad de los Grandes Bosques del Norte.

11

Durante buena parte de su historia, Maine fue poco más que un puñado de pueblos de pescadores enclavados en la costa atlántica. Frente a esa costa, bajo el mar, yacen los restos de otro mundo, un mundo que dejó de existir al crecer las aguas. Maine tiene un litoral sumergido: sus islas fueron en otro tiempo montañas, y ahora campos olvidados forman el lecho

oceánico. Su pasado está inmerso en el mar, a muchas brazas de profundidad, inaccesible a la luz del sol.

Así pues, el presente surgió al borde mismo del precipicio del pasado, y la gente se aferró a la costa de la región. Pocos se atrevieron a adentrarse en el inhóspito territorio interior, a excepción de los misioneros franceses dispuestos a llevar el cristianismo a las tribus — que nunca fueron muchos

más de tres mil, y en su mayoría vivieron también en la costa—, o los tramperos que pretendían ganarse la vida con el comercio de pieles. La tierra que cubría el lecho rocoso costero era buena y fértil, y los indios la cultivaron utilizando pescado podrido como abono, cuyo olor se mezclaba con los aromas de las rosas silvestres y la siempreviva azul. Más tarde aparecieron las salinas, la pesca de la almeja en las

marismas y los enormes almacenes donde se guardaba el hielo de Maine antes de exportarlo a los lugares más recónditos del planeta.

Sin embargo, conforme se descubría la riqueza del bosque, los colonos se adentraban cada vez más al norte y al oeste. Por orden del rey, talaron los pinos blancos que a treinta centímetros del suelo medían más de sesenta centímetros de diámetro para

utilizarlos como mástiles de sus barcos. Los mástiles de la nave *Victory* del almirante Nelson, que luchó contra la armada de Napoleón en la batalla de Trafalgar, crecieron en Maine.

Pero sólo a principios del siglo XIX, cuando se comprendieron las posibilidades económicas que representaban los bosques de Maine, se exploró y reconoció completamente el interior, hasta llegar a los Grandes

Bosques del Norte. Se construyeron aserraderos en medio del bosque para producir papel, pulpa y listones. Las goletas remontaron el Penobscot para cargar la madera de pino y píceas que había sido transportada corriente abajo desde los confines más lejanos del norte. Los aserraderos se sucedían en las márgenes del río, como también a orillas del Merrimack, el Kennebec, el Saint Croix y el Machias.

Muchos perdieron la vida luchando por liberar los troncos atascados en el agua o por mantener unidos miles de metros cúbicos de madera, hasta que la era del transporte industrial por río llegó a su fin en 1978. El terreno se remodeló para satisfacer las necesidades de los magnates madereros: se alteró el curso de los ríos, se construyeron presas y pantanos. Los incendios causaron estragos en las estelas secas que dejaron

atrás los leñadores y torrentes enteros quedaron desprovistos de vida a causa del serrín residual. La primera generación de pinos había desaparecido hacía dos siglos; los siguientes fueron las hayas, los arces y los robles.

En la actualidad gran parte de la región norte es bosque industrial propiedad de las compañías madereras y los camiones recorren las carreteras cargados de troncos recién cortados. Las

compañías abren zanjas a través de hectáreas de bosque en invierno, talan todos los árboles a su paso y los apilan durante los meses de marzo y abril. La madera es la principal fuente de riqueza del estado, e incluso mi abuelo, como muchos otros en la costa, plantaba píceas y abetos para cortarlos y venderlos desde primeros de noviembre hasta mediados de diciembre como árboles de Navidad.

No obstante, aún quedan

unos cuantos lugares donde el bosque maduro continúa intacto, con senderos abiertos por los animales y excrementos de alce que guían hasta apartados abrevaderos alimentados por cascadas cuyas aguas se precipitan entre rocas, piedras y árboles caídos. Ésta es una de las últimas regiones donde habitaron lobos, pumas y caribús. Quedan aún cuatro millones de hectáreas deshabitadas en Maine y el estado es ahora

más verde que hace cien años, cuando el agotamiento de la fina capa de tierra provocó la decadencia de la agricultura y el bosque reclamó el terreno, como es su costumbre, y los muros que en otro tiempo daban cobijo a familias enteras ahora protegían sólo tsugas y pinos.

Un hombre, si así lo quisiera, podría perderse en la agreste espesura.

Dark Hollow estaba a unos ocho kilómetros al norte de Greenville, cerca de la orilla este del lago Moosehead y las ochenta mil hectáreas de reserva natural del parque estatal de Baxter, donde el monte Katahdin domina el paisaje en el extremo septentrional de la Ruta Apalache. Me planteé detenerme en Greenville —la carretera estaba a oscuras y era una

noche fría—, pero sabía que encontrar a Meade Payne era más importante. Las personas cercanas a Billy Purdue —su esposa, su hijo, la mujer que había gestionado su adopción— habían muerto, y habían muerto de mala manera. Era necesario prevenir a Payne.

Greenville era la puerta de entrada a los bosques del norte, y el bosque había sido durante mucho tiempo la mayor riqueza del pueblo y sus alrededores. En el pueblo

hubo un aserradero que daba trabajo a los vecinos de Greenville y alrededores, hasta su cierre a mediados de los años setenta, cuando a causa de la situación económica dejó de ser rentable mantenerlo abierto. Mucha gente abandonó la zona y quienes se quedaron intentaron empezar a vivir del turismo, la pesca y la caza, pero Greenville y otros pueblos de menor tamaño esparcidos al norte —Beaver Cove, Kokadjo y Dark

Hollow, donde terminaba el tendido eléctrico y comenzaba verdaderamente la naturaleza agreste— seguían en la pobreza. Cuando el club de golf de Greenville subió la tarifa de diez a doce dólares por recorrido, se produjo un alboroto.

Continué por Lily Bay Road —que durante muchos años fue la carretera utilizada en invierno para el transporte pesado hasta los campamentos de leñadores,

con nieve amontonada a gran altura a ambos lados y el bosque extendiéndose más allá—, y llegué por fin a Dark Hollow. Era un pueblo pequeño, con poco más de dos manzanas en el centro y una comisaría de policía en el extremo norte. Dark Hollow recibía parte del excedente de turistas y cazadores que acudía a Greenville, pero no mucho. Desde sus calles no se veía el lago, sólo las montañas y los árboles. Había un motel,

el Tamara Motor Inn, que parecía una reliquia de la década de los cincuenta, con una fachada en arco donde resplandecía su nombre en neón rojo y verde. En un par de tiendas de artesanía vendían velas perfumadas y la clase de muebles que le dejaban a uno trozos de corteza de árbol en el pantalón si se sentaba en ellos. Una librería-cafetería, un restaurante y un pequeño supermercado constituían una parte considerable de la

zona comercial del pueblo, donde la nieve helada se apilaba en las regueras del alcantarillado y a la sombra de los edificios.

Sólo el restaurante seguía abierto. Por fuera estaba pintado de llamativos colores psicodélicos, lo que le daba el aspecto de la clase de establecimiento que hubiese abierto el equipo Scooby Doo cuando la Máquina del Misterio se disgregó, como aquellos Volkswagen refrigerados

por aire cuyos motores se quemaron en Santa Fe cuando sus dueños hippies intentaron conducirlos campo a traviesa en los sesenta.

Dentro había reproducciones de pósters de antiguos conciertos y paisajes pintados, supuse, por artistas locales. En un rincón vi un marco con la foto de un muchacho vestido de uniforme militar al lado de un hombre mayor, una cinta roja, blanca y azul

descolorida rodeaba la foto, pero no le presté demasiada atención. Un par de ancianos tomaban café y charlaban en un reservado y cuatro jóvenes intentaban parecer modernos y vagamente amenazadores sin que se les reventaran los granos cuando hacían muecas de desdén.

Pedí un sándwich de dos pisos y un café. Sabía bien y casi me hizo olvidar, por un momento, lo ocurrido en Bangor. Para llegar a la casa

de Payne le pedí indicaciones a la camarera, que se llamaba Annie, y me las ofreció con una sonrisa, pero me dijo que había escarcha y quizá volvería a nevar, y que la carretera presentaba un pésimo estado en el mejor de los casos.

—¿Es amigo de Meade?
—preguntó. Al parecer, Annie tenía ganas de hablar, más ganas que yo. Llevaba el pelo teñido de rojo y los labios pintados de carmín, así como sombra azul oscuro

en torno a los ojos. Combinado con la palidez natural de su rostro, el efecto era de dibujo inacabado, dejado a medias por un niño distraído.

—No —contesté—. Sólo quiero hablar con él de cierto asunto.

Su sonrisa vaciló ligeramente.

—Nada grave, espero. Porque ese pobre viejo ya ha sufrido bastantes malos tragos.

—No —mentí—. Nada

grave. Lamento oír que las cosas no le han ido bien a Meade.

Annie se encogió de hombros y la sonrisa recobró parte de su vigor.

—Perdió a su mujer hace un par de años, y después su sobrino murió en el Golfo durante la Tormenta del Desierto. Lleva una vida muy aislada desde entonces. Hoy día apenas lo vemos por aquí.

Annie se inclinó, y sus pechos me rozaron el brazo

mientras retiraba los restos del sándwich.

—¿Desea algo más? — preguntó animada y poniendo fin a la conversación sobre Meade Payne.

Dudé si la pregunta tenía una segunda intención. Decidí que no. Así, la vida tendía a ser más sencilla.

—No, gracias.

Arrancó la cuenta del bloc con un floreo.

—Entonces le dejo esto.

—Me dirigió otra sonrisa al

tiempo que colocaba la cuenta bajo el recipiente con las tarrinas de leche—. Cuídese, encanto —añadió mientras se alejaba contoneándose.

—No se preocupe —contesté. Sentí cierto alivio cuando se fue.

Meade Payne no tenía teléfono, o al menos su nombre no aparecía en la guía. A pesar mío, decidí no hablar con él hasta la mañana siguiente. Tomé una habitación en el Tamara por

veintiocho dólares y dormí en una vieja cama con un colchón alto y grueso y el armazón de madera labrada. Durante la noche me desperté una vez, cuando el olor de las hojas podridas y los ruidos de las cosas en avanzado estado de descomposición que se movían bajo ellas me resultó insoportable.

La camarera tenía razón: una gruesa capa de escarcha

cubría el suelo cuando salí del Tamara a la mañana siguiente y las hojas de hierba de la estrecha franja de césped del motel parecían cristal tallado. Bajo el luminoso sol matutino, los coches circulaban despacio por la calle principal y los lugareños, con abrigo y guantes, caminaban resoplando como motores de vapor. Dejé el coche en el Tamara y me dirigí hasta el restaurante. Desde fuera vi que la mayoría de los

reservados ya estaban ocupados y se respiraba un acogedor ambiente de comunidad, de raigambre, entre quienes estaban allí sentados. Las camareras — al parecer Annie no se encontraba entre ellas— revoloteaban de mesa en mesa como mariposas y un hombre gordo y barbudo con un delantal charlaba con los clientes junto a la caja. Casi había llegado a la puerta cuando, detrás de mí, oí una voz que me llamaba en tono

amable, suave y familiar: «¿Charlie?». Me di media vuelta, y pasado y presente chocaron en el recuerdo de un beso.

Lorna Jennings era seis años mayor que yo y vivía a menos de dos kilómetros de la casa de mi abuelo, era menuda y ágil, de no más de metro cincuenta y cinco de estatura y desde luego no más de cincuenta kilos de peso, con una melena corta y

oscura y la boca que siempre parecía a punto de dar un beso o acabar de recibirlo. Tenía los ojos de color verde azulado y la piel blanca como la porcelana.

Su marido se llamaba Randall, pero los amigos lo llamaban Rand a secas. Era alto, en otro tiempo una joven promesa del hockey. Rand era policía, todavía de uniforme pero aspirante a un puesto en el departamento de investigación. Nunca había pegado a su esposa,

nunca le había hecho daño físicamente, y ella creía que su matrimonio era sólido hasta que él le habló de su primera y, según dijo, única aventura. Eso ocurrió antes de conocernos, antes de ser amantes.

Ocurrió durante el verano posterior a mi licenciatura en la especialidad de literatura inglesa por la Universidad de Maine. Contaba veintitrés años. Después de acabar la secundaria en el instituto

tuve algún que otro trabajo, en general empleos insignificantes; luego pasé una temporada viajando por la Costa Oeste antes de empezar la carrera. Ese año volví a Scarborough para lo que sería mi último verano allí. Ya había solicitado plaza en el Departamento de Policía de Nueva York, recurriendo a los pocos contactos que me quedaban entre quienes conservaban algún recuerdo afectuoso de mi padre. Quizá yo,

queriendo ser idealista, pensaba que podía rehabilitar su buen nombre mediante mi presencia allí. En lugar de eso, creo, desperté viejos recuerdos en algunas personas, como barro removido en el fondo de un estanque.

Mi abuelo me consiguió un empleo en una compañía de seguros, donde trabajé de recadero, de botones. Preparaba el café, barría el suelo, atendía el teléfono, sacaba brillo a las mesas y

aprendía lo suficiente sobre el mundo de los seguros para saber que quienquiera que diese crédito a lo que le decía un agente de seguros era ingenuo o estaba desesperado.

Lorna Jennings era la secretaria particular del director de la agencia. Siempre fue amable conmigo, a pesar de que al principio hablábamos poco, aunque una o dos veces la sorprendí mirándome de un modo peculiar antes de

volver de inmediato a concentrarse en sus papeles o a mecanografiar cartas. Hablé con ella por primera vez en sentido estricto durante la fiesta de despedida de una secretaria que se jubilaba, una mujer alta con reflejos azules en el pelo que fue internada un año después tras matar a uno de sus perros con un hacha. Yo estaba sentado a la barra tomando una cerveza e intentando aparentar que el mundo de los seguros y yo

no teníamos nada que ver ni remotamente, y entonces Lorna se acercó a mí.

—Hola —dijo—. Se te ve muy solo. ¿Quieres mantenerte al margen de nosotros?

—Hola —respondí, haciendo girar el vaso—. No, en realidad no. — Enarcó una ceja, y confesé —. Bueno, quizá sí, pero no de ti.

La ceja se enarcó aún un poco más. Me pregunté si un vaso sanguíneo podía llegar

a reventar a causa de la vergüenza.

—Antes he visto que leías algo —comentó ella a la vez que ocupaba el taburete situado frente a mí. Llevaba un vestido de lana largo y oscuro que se ceñía a su cuerpo como la funda de una espada, y olía a flores: loción corporal, descubrí más tarde. Rara vez usaba perfume—. ¿Qué era?

Yo aún seguía un tanto abochornado, supongo. Estaba leyendo *El buen*

soldado de Ford Madox Ford. Lo había elegido pensando que era otra cosa, pero se reducía a un estudio sobre una serie de personajes infieles entre sí, cada uno a su manera. Al final, cuando nuestra relación evolucionó, pasó a parecerme más un libro de texto que una novela.

—Ford Madox Ford.

¿Lo has leído?

—No, sólo lo conozco de nombre. ¿Debería leerlo?

—Quizá sí. —No me

pareció una recomendación muy entusiasta, y como crítica literaria dejaba mucho que desear, así que añadí—: Si te interesa leer algo sobre hombres débiles y malos matrimonios.

Al oír esto, hizo una discreta mueca y, aunque apenas sabía nada de ella todavía, un pequeño trozo de mi mundo se desgajó y botó por el suelo entre las colillas y las cáscaras de cacahuetes. Pensé que a lo mejor, si cavaba un agujero, llegaba a

medio camino de China y me enterraba con toda la tierra extraída encima, quizás estaría a profundidad suficiente para esconder mi incomodidad. La había herido de algún modo pero no sabía bien cómo.

—¿En serio? —dijo por fin—. A lo mejor te lo pido prestado algún día.

Conversamos un rato más, sobre la oficina y sobre mi abuelo, y después se levantó para marcharse. Al hacerlo, se frotó el vestido

por encima de la rodilla para quitarse un poco de pelusa prendida en la tela. El vestido se tensó y se ciñó más a sus muslos, revelando su silueta casi hasta media pierna. De pronto me miró con curiosidad ladeando la cabeza y en sus ojos apareció una luz que yo nunca había visto hasta entonces. Nadie, pensé, volvería a mirarme así. Me tocó el brazo con delicadeza, y el contacto de su piel me quemó.

—No te olvides del libro
—dijo.

A continuación se fue.

Así empezó todo, imagino. Le presté el libro y, por alguna razón, me produjo un extraño placer saber que sus manos lo tocaban, que sus dedos acariciaban suavemente las páginas. Dejé el empleo al cabo de una semana. Para ser más exactos, me despidieron después de una discusión con el director de la oficina en el transcurso de

la cual me llamó «holgazán hijo de puta», y yo le dije que era un gilipollas, como en efecto lo era. En un primer momento, mi abuelo se enfadó un poco conmigo por haber perdido el trabajo, pero en el fondo le complació que llamase «gilipollas» al director de la oficina. En eso mi abuelo coincidía conmigo.

Pasó otra semana hasta que me llené de valor y telefoneé a Lorna. Quedamos a tomar un café

en un bar pequeño cerca del puente del Veterans Memorial. Me dijo que *El buen soldado* le había encantado, aunque también la había entristecido. Trajo el libro para devolvérmelo, pero se lo regalé. Supongo que yo deseaba creer que ella pensaría en mí al verlo. Son los efectos del enamoramiento, imagino, aunque el enamoramiento enseguida se convirtió en otra cosa.

Salimos de la cafetería y

me ofrecí a llevarla a casa en el MG que me había comprado mi abuelo como regalo de licenciatura, uno de los modelos fabricados en Estados Unidos antes de que la British Leyland adquiriese la compañía y la echase a perder. En cierto modo era un coche de chicas, pero me gustaba cómo se movía. Lorna declinó el ofrecimiento.

—He quedado con Rand
—contestó.

Me sentí dolido y

sospecho que se me notó, porque ella se inclinó hacia mí y me rozó la mejilla con los labios.

—La próxima vez no tardes tanto en llamarme — dijo.

No tardé. Después de aquel día nos vimos con frecuencia, pero fue una cálida noche de julio cuando, por primera vez, nos besamos en el sentido pleno de la palabra. Habíamos ido a ver una película malísima y nos dirigíamos a nuestros

respectivos coches. A Rand no le gustaba el cine, ni malo ni bueno. Ella no le había contado a Rand que iba al cine conmigo, y me preguntó si me parecía que había obrado bien. Contesté que suponía que sí, aunque probablemente no fuera así. Desde luego, Rand opinó algo muy distinto cuando, al final, las cosas se torcieron.

—Escucha, no quiero privarte de salir con alguna chica encantadora — comentó. Pero al decirlo no

me miró.

—No es el caso —mentí.

—Porque yo no permitiré que mi relación contigo se interponga entre Rand y yo —mintió también ella.

—Entonces no hay problema —volví a mentir.

Habíamos llegado ya a los coches, y ella, con las llaves en la mano, mantenía la mirada fija en el cielo. De pronto, sin soltar las llaves, se metió las manos en los bolsillos y agachó la cabeza.

—Ven aquí —dije—.

Sólo un momento.

Y ella se acercó a mí.

Hicimos el amor por primera vez en mi habitación un viernes por la tarde en que Rand había ido a Boston para asistir a un funeral. Mi abuelo se encontraba en Portland con unos antiguos compañeros de la policía, recordando viejos tiempos y poniéndose al día de las necrológicas. La casa estaba en silencio.

Ella vino a pie. Pese a

que habíamos concertado la cita, me sorprendí al verla allí, en vaqueros y camisa tejana, con una camiseta blanca debajo. No dijo nada cuando la llevé a mi habitación. Al principio nos besamos torpemente, ella con la camisa aún abotonada, y luego con mayor vehemencia. A mí se me había revuelto el estómago por el nerviosismo. Tenía una intensa percepción de su presencia, de su perfume,

del contacto de sus pechos bajo la camisa, de mi propia inexperiencia, de lo mucho que la deseaba y, ya por entonces, creo, del amor que sentía por ella. Retrocedió para desabrocharse la camisa y quitarse la camiseta. No llevaba sujetador, y sus pechos se alzaron un poco con el movimiento. De inmediato me aproximé a ella. A tientas busqué el botón de sus vaqueros mientras ella me tiraba de la camisa. Mi lengua se

enroscaba en torno a la suya, mis caderas se apretaban contra las de ella.

Y bajo la luz moteada del sol de una tarde de julio, me abandoné al calor de sus besos y a la suavidad de su carne al penetrarla.

Creo que disfrutamos de cuatro meses juntos hasta que Rand se enteró. Quedábamos cuando ella podía escaparse. Por entonces yo trabajaba de camarero, lo cual significaba que tenía libre buena parte

de la tarde, además de dos o tres noches si decidía que no quería trabajar demasiado. Hacíamos el amor donde podíamos y cuando podíamos, y nos comunicábamos básicamente por carta y alguna furtiva conversación telefónica. Una vez hicimos el amor en Higgins Beach, lo cual compensó en cierto modo mi fracaso con Becky Berube, e hicimos el amor cuando me llegó la carta de aceptación de Nueva York,

aunque noté su pesar incluso mientras nos movíamos juntos.

El tiempo que pasé con Lorna fue distinto de cualquiera de mis relaciones anteriores. Todas habían sido cortas y se habían visto frustradas por el ambiente provinciano de Scarborough, donde los otros venían a contarte de cuántas maneras se habían follado a tu chica cuando estaba con ellos y lo bien que lo hacía con la boca. Lorna parecía estar por

encima de esas cosas, aunque se había visto afectada por ellas de otro modo, evidente en la corrosión gradual e insidiosa de un matrimonio entre novios del instituto.

Acabó cuando un amigo de Rand nos vio en una cafetería con las manos cogidas sobre una mesa cubierta del azúcar de unos bollos y manchas de leche. Fue así de prosaico. Se pelearon, y Rand le propuso concederle el niño que ella

deseaba desde hacía tanto tiempo. Al final decidió no echar a rodar siete años de matrimonio por un muchacho. Probablemente hizo bien, pero el dolor que me causó me dejó un profundo desgarró durante dos años y siguió latente aún mucho tiempo. No volví a telefonarla ni a verla. No asistió al funeral de mi abuelo, pese a que había sido vecina suya durante casi una década. Supe más tarde que ella y Rand se

habían marchado de Scarborough, pero no me molesté en averiguar adónde habían ido.

Esto tiene una especie de epílogo. Aproximadamente un mes después de terminarse nuestra relación, yo estaba bebiendo en un bar cerca de Fore Street, poniéndome al día con unos cuantos amigos que se habían quedado en Portland mientras los demás se marchaban para estudiar en la universidad, trabajar fuera

del estado o casarse. Fui al servicio y, mientras me lavaba las manos, se abrió la puerta a mis espaldas. Al mirar en el espejo vi allí a Rand Jennings, de uniforme, y detrás de él a un tipo robusto que se apoyó contra la puerta para mantenerla cerrada.

Lo saludé con un gesto a través del espejo; al fin y al cabo, no tenía muchas más opciones. Me sequé las manos con la toalla, me di media vuelta y recibí un

puñetazo en la boca del estómago. Fue un golpe brutal, con toda la fuerza de que era capaz, y me obligó a expulsar el aire de los pulmones. Caí de rodillas, me llevé las manos al vientre y me asestó una patada en las costillas. A continuación, mientras yacía allí en el suelo entre la suciedad y la orina, me lanzó un puntapié tras otro: en los muslos, las nalgas, los brazos, la espalda. Reservó la cabeza para el final: me la levantó

agarrándome por el pelo y me abofeteó. Durante toda la paliza no pronunció una sola palabra, y me dejó allí, sangrando en el suelo, hasta que mis amigos me encontraron. Tuve suerte, supongo, aunque entonces no lo creía. Cosas peores les ocurrían a quienes tonteaban con la mujer de un policía.

Y ahora, en un pequeño pueblo al borde de agrestes bosques, parecía que no hubieran pasado los años y Lorna estaba de nuevo ante

mí. Se le veían los ojos envejecidos, las arrugas alrededor de los párpados algo más marcadas, y también diminutas estrías junto a la boca, como si hubiera pasado demasiado tiempo con los labios apretados. Sin embargo, cuando me dirigió una cauta sonrisa, descubrí aquella misma expresión en sus ojos y supe que aún era hermosa y que un hombre podía volver a enamorarse de ella si no se andaba con cuidado.

—Eres tú, ¿verdad? — preguntó, y yo respondí con un gesto de asentimiento—. ¿Qué demonios haces aquí, en Dark Hollow?

—Busco a una persona —contesté, y advertí en su mirada que, por un breve instante, pensó que se trataba de ella—. ¿Te apetece tomar un café?

Pareció dudar, echó un vistazo alrededor como para asegurarse de que Rand no la observaba desde algún sitio y sonrió de nuevo.

—Claro, me encantaría.

Dentro encontramos un reservado vacío lejos de la cristalera y pedimos dos tazas de café humeante. Yo tomé una tostada con beicon, que ella mordisqueó a su pesar. Durante esos pocos segundos, los diez años transcurridos desaparecieron de golpe y estuvimos de nuevo en una cafetería de South Portland, hablando de un futuro que nunca se haría realidad y tocándonos furtivamente por encima de

la mesa.

—¿Cómo te ha ido? —
pregunté.

—Bien, supongo. Éste es un sitio agradable para vivir, un poco aislado, quizá, pero agradable.

—¿Cuándo vinisteis?

—En el ochenta y ocho.

Las cosas no nos iban muy bien en Portland. Rand no pudo conseguir el ascenso a inspector, así que aceptó un puesto aquí. Ahora es jefe.

Marcharse a un rincón perdido para salvar un

matrimonio me pareció una estupidez, pero mantuve la boca cerrada. Si habían seguido juntos tantos años, supuse que sabían lo que hacían.

Supuse mal, claro está.

—¿Así que continuáis juntos?

Por primera vez, algo asomó fugazmente a su rostro: pesar o ira, tal vez, o la toma de conciencia de que eso era verdad y sin embargo no sabía por qué. O acaso fuese sólo que yo le

había transmitido mis recuerdos de aquel tiempo y el gesto delatase el malestar propio al rememorar una vieja herida.

—Sí, estamos juntos.

—¿Tenéis hijos?

—No. —Pareció ponerse nerviosa, y un amago de dolor se reflejó en su cara. Recordé la promesa de Rand cuando intentó recuperarla, pero no dije nada. Tomó un sorbo de café, y cuando volvió a hablar, el dolor ya estaba oculto, guardado en el

rincón que tuviese reservado para eso—. Me enteré de lo que le pasó a tu familia en Nueva York. Lo siento.

—Gracias.

—Alguien pagó por aquello, ¿no?

Era una curiosa manera de expresarlo.

—Pagó mucha gente.

Lorna asintió y me miró por un momento con la cabeza ladeada.

—Has cambiado. Te noto... mayor, más curtido en cierto modo. Y resulta

extraño verte así.

Hice un gesto de indiferencia.

—Ha pasado mucho tiempo. Han ocurrido muchas cosas desde la última vez que nos vimos.

Continuamos charlando de otras cosas: la vida en Dark Hollow, su trabajo como maestra a tiempo parcial en Dover-Foxcroft, mi regreso a Scarborough. Para cualquiera que nos viese, debíamos de parecer viejos amigos relajándose

juntos, poniéndose al día, pero había cierta tensión entre nosotros relacionada sólo en parte con nuestro pasado juntos. Quizá me equivocaba, pero percibía en ella un malestar interior, una inquietud indefinible que buscaba la manera de manifestarse.

Apuró el café que le quedaba de un solo trago. Al dejar la taza, le temblaba un poco la mano.

—Cuando se acabó la relación entre tú y yo, seguí

pensando en ti. Estuve pendiente de cualquier información sobre ti, sobre lo que hacías. Hablé de ti con tu abuelo. ¿Te lo contó?

—No, nunca.

—Le pedí que no lo hiciera. Temía, supongo, que lo interpretaras mal.

—¿Y cómo crees que lo habría interpretado?

Lo pregunté con desenfado, pero ella lo tomó de manera muy distinta. Apretó los labios y me miró a los ojos con una expresión

en parte de dolor, en parte de rabia.

—¿Sabes?, durante un tiempo iba a veces al borde del acantilado de Prouts Neck y rezaba para que viniera una ola, una de esas grandes, de siete metros, y me llevara. A veces pensaba en ti y en Rand y en aquella triste historia y soñaba con perderme bajo el mar. ¿Sabes lo que es esa clase de dolor?

—Sí —contesté—. Lo sé.

De pronto se levantó, se abrochó el abrigo y me dirigió una breve sonrisa antes de marcharse.

—Sí —dijo—. Supongo que sí. Me alegro de haberte visto, Charlie.

—Igualmente.

La puerta se cerró tras ella con un único y suave golpe. La observé a través de la cristalera cuando miró a izquierda y derecha, y, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, corrió para cruzar la calle.

Y pensé en ella de pie al borde del acantilado negro de Prouts Neck, con el pelo agitado por el viento y el sabor del salitre en los labios: la silueta oscura de una mujer recortándose contra el cielo nocturno, esperando a que el mar pronunciase su nombre.

Meade Payne vivía en una casa roja de madera con vistas al lago Ragged. Un camino largo y mal

conservado ascendía tortuosamente hasta el jardín donde había aparcada una furgoneta Dodge, vieja y parcialmente devorada por el óxido. La casa estaba en silencio y no ladró ningún perro cuando detuve el Mustang junto a la furgoneta, con el inevitable crujido de la nieve helada bajo las ruedas.

Llamé a la puerta pero no contestó nadie. Me disponía a ir a la parte de atrás cuando se abrió la

puerta y se asomó un hombre. Tenía alrededor de treinta años, calculé, el cabello oscuro y la piel cetrina y curtida por el viento. Se advertía en él un aire de rudeza y las manos se veían encallecidas y salpicadas de cicatrices en el dorso y los dedos. No llevaba anillos ni reloj y la ropa que vestía no parecía de su talla. La camisa le quedaba demasiado ajustada en los hombros y el pecho, los vaqueros un poco cortos,

dejando a la vista unos gruesos calcetines de lana sobre unos zapatos negros con puntera de acero.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó, con un tono de voz que indicaba que, aun si pudiera, prefería no hacerlo.

—Busco a Meade Payne.

—¿Para qué?

—Quiero hablar con él sobre un chico que acogió hace tiempo. ¿Está en casa el señor Payne?

—Yo a usted no le

conozco —dijo. Sin razón alguna, su tono era cada vez más hostil.

Me armé de paciencia.

—No soy de por aquí. Vengo de Portland. Es importante que hable con él.

El hombre estuvo dándole vueltas a lo que acababa de decirle y, al cabo de un momento, cerró la puerta y me dejó esperando en la nieve. Unos minutos después apareció un anciano desde un lado de la casa. Caminaba ligeramente

encorvado y despacio, arrastrando un poco los pies, como si le dolieran las articulaciones de las rodillas, pero supuse que en otro tiempo había sido casi tan alto como yo, o puede que incluso midiera un metro ochenta. Vestía un mono sobre una camisa roja de cuadros y unas zapatillas blancas sucias. Llevaba calada una gorra de los Chicago Bears y mechones de cabello se le escapaban por el borde. Tenía los ojos

azules, muy claros. Sin sacar las manos de los bolsillos me miró de arriba abajo con la cabeza algo ladeada, como si intentase recordar de qué me conocía.

—Soy Meade Payne.

¿Qué puedo hacer por usted?

—Me llamo Charlie Parker. Vengo de Portland. Soy investigador privado. Quiero hablar con usted de un chico que acogió hace años: Billy Purdue.

Abrió un poco más los ojos cuando pronuncié el

nombre y señaló en dirección a un par de viejas mecedoras en el extremo del porche. Antes de sentarme, sacó un trapo del bolsillo y limpió con esmero el asiento.

—Perdone, pero no recibo muchas visitas. Nunca me ha gustado que venga gente, sobre todo por los chicos.

—No sé si le entiendo bien.

Señaló la casa con el mentón. Conservaba la piel

bastante tersa, de un color moreno rojizo.

—Algunos de los chicos que he acogido a lo largo de los años eran conflictivos. Había que guiarlos con mano firme y mantenerlos alejados de las tentaciones. Aquí —abarcó el lago y los árboles con un gesto de la mano— las únicas tentaciones son cazar conejos y hacerse pajas. No sé qué opina Dios tanto de lo uno como de lo otro, pero dudo que esas cosas cuenten

mucho en la marcha general del universo.

—¿Cuándo dejó de acoger a chicos?

—Hace mucho — contestó. Sin añadir nada más al respecto, extendió una mano y tamborileó con uno de sus largos dedos en el brazo de mi mecedora—. Y ahora, señor Parker, dígame, ¿se ha metido Billy en algún lío?

Le conté lo que me pareció que podía contarle: que su mujer y su hijo

habían muerto asesinados; que las sospechas recaían en él pero que yo no creía que fuera el responsable; que ciertos delincuentes pensaban que les había robado una cantidad de dinero y que le harían daño con tal de recuperarlo. El anciano escuchó en silencio. El joven hostil nos observaba apoyado en el marco abierto de la puerta.

—¿Sabe dónde podría estar Billy ahora? — preguntó.

—Tenía la esperanza de que usted pudiera darme alguna pista.

—No lo he visto, si es eso lo que me está preguntando —respondió—. Y si acude a mí, no voy a entregárselo a nadie a menos que tenga la seguridad de que recibirá un trato justo.

En el lago una lancha motora surcaba las aguas. Las aves se apartaban de su camino, pero estaban demasiado lejos para identificarlas.

—Puede que haya algo más —dije calibrando con cuidado mis palabras—. ¿Recuerda a Cheryl Lansing?

—Sí que la recuerdo.

—Está muerta. La asesinaron junto a tres miembros de su familia. No puedo decirle con exactitud cuánto tiempo hace, pero desde luego fue hace sólo unos días. Y si eso tiene alguna relación con Billy Purdue, usted podría estar en peligro.

El anciano movió la cabeza en un amable gesto de negación. Se pellizcó los labios con los dedos y no habló durante un rato. Finalmente dijo:

—Señor Parker, le agradezco que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí, pero, como he dicho, no he tenido noticias de Billy y, si las tengo, tendré que pensarme muy mucho qué hacer al respecto. En cuanto al peligro, sé manejar un arma y tengo a

este muchacho a mi lado.

—¿Es hijo suyo?

—Caspar. Cas, para quienes lo conocen. Sabemos cuidarnos mutuamente y no le tenemos miedo a nadie, señor Parker.

No se me ocurría nada más que decir. Le di a Meade Payne el número de mi teléfono móvil y se lo guardó en un bolsillo del mono. Me estrechó la mano y, con andar lento y envarado, se encaminó a la puerta tarareando en voz

baja. Era una vieja canción, pensé. Me sonó de algo pero no supe de qué, algo sobre mujeres tiernas y un apuesto tahúr y recuerdos que atormentaban el alma. Sin darme cuenta, silbé unos acordes de la canción mientras, por el retrovisor, veía a Caspar ayudar al anciano a entrar en la casa. Ninguno de los dos volvió la vista cuando me alejé.

12

De regreso a Dark Hollow, paré en el restaurante y consulté la guía telefónica. Encontré la dirección de Rand Jennings y el cocinero me indicó cómo llegar a su casa. Rand y Lorna vivían a unos tres kilómetros del pueblo en una casa de dos plantas pintada de amarillo y negro, con un cuidado jardín rodeado por una cerca negra. Salía humo por la chimenea.

Detrás de la casa corría un río procedente de los lagos situados al oeste del pueblo. Aminoré la marcha al pasar por delante, pero no me detuve. Ni siquiera sabía bien qué hacía allí: los viejos recuerdos me impulsaban, supuse. Aún sentía algo por ella, lo sabía, pero no era amor. Creo, aunque en realidad no tenía razón alguna para albergar ese sentimiento, que era lástima o algo así. A continuación cambié de sentido y enfilé

hacia Greenville, al sur.

Encontré el Departamento de Policía de Greenville en el ayuntamiento, en Minden Street, donde ocupaba una oficina de paredes de color tostado sin el menor encanto, con los postigos verdes y coronas de Navidad en las ventanas en un esfuerzo por mejorar su aspecto. Cerca estaba la oficina de Bomberos, y en el aparcamiento había un coche patrulla y un camión verde

de la guardia forestal del Departamento de Protección de la Naturaleza.

Dentro di mi nombre a un par de alegres secretarias y tomé asiento en un banco frente a la puerta. Al cabo de veinte minutos, un hombre fornido de pelo negro, ojos castaños de expresión alerta y bigote salió de un despacho al fondo del pasillo, vestido con uniforme azul bien planchado, y me tendió la mano.

—Perdone que le haya hecho esperar —dijo—. Estamos obligados por contrato a prestar servicio policial en Beaver Cove, y he pasado allí la mayor parte del día. Me llamo Dave Martel. Soy el jefe de policía.

A instancias de Martel, abandonamos el edificio de la policía, pasamos por delante de la iglesia de la Unión Evangélica y fuimos hasta el Hard Drive Café de Sanders Store. Había un par

de coches en el aparcamiento al otro lado de la calle, y tras ellos se cernía el casco blanco del barco de vapor *Katahdin*. Una bruma suspendida sobre el lago creaba un muro blanco al final de la calle, y algún que otro coche irrumpía de vez en cuando a través de él. Ya en la cafetería, pedimos café francés aromatizado con vainilla y tomamos asiento junto a uno de los ordenadores que la gente utilizaba para bajarse el

correo electrónico.

—Conocí a su abuelo —
explicó Martel mientras
esperábamos el café. A
veces uno se olvidaba
fácilmente de lo estrechos
que eran todavía los lazos en
ciertas partes del estado—.
Conocí a Bob Warren en
Portland cuando era joven.
Era un buen hombre.

—¿Lleva aquí mucho
tiempo?

—Diez años.

—¿Le gusta?

—Desde luego. Éste es

un sitio poco corriente. A esta parte del país llega mucha gente a la que no le gusta mucho la ley, personas que han venido aquí porque les molesta estar sujetas a normas. Lo gracioso es que aquí me tienen a mí, tienen a los guardabosques, tienen al *sheriff* del condado y la policía de carreteras, todos vigilándolos. En general nos llevamos bien, pero por estos pagos también hay delincuencia, así que no puede decirse que esté

ocioso.

—¿Delitos graves?

Martel sonrió.

—Un delito grave es cazar un alce en temporada de veda, si le pregunta a los guardabosques.

Hice una mueca. Con los urogallos, los faisanes, los conejos y quizás incluso las ardillas, lo entendía —al menos las ardillas se movían lo bastante deprisa para constituir un desafío—, pero no con los alces. La población de alces en el

estado había aumentado de alrededor de tres mil en los años treinta a los treinta mil de ahora, y en la actualidad la caza del alce estaba autorizada sólo durante una semana en octubre. Reportaba considerables beneficios a lugares como Greenville en una época del año en que el turismo escaseaba, pero también implicaba la llegada de no pocos gilipollas. Ese año, aproximadamente cien mil personas habían solicitado

uno de los quizá dos mil permisos que se concedían, todas ellas con la intención de colgar una cabeza de alce sobre su chimenea.

Matar un alce no es difícil. De hecho, si hay un blanco más fácil que un alce es un alce muerto. Su sentido de la vista es muy limitado, aunque tienen el olfato y el oído más desarrollados, y no se mueven a menos que se vean obligados a ello. La mayoría de los cazadores consigue su

alce el primer o el segundo día, y alardea de ello ante los demás gilipollas. Después, cuando todos los cazadores se han ido con sus motonieves y sus gorras de color naranja, uno puede salir y contemplar a los alces que han sobrevivido, su magnificencia cuando bajan a lamer la sal de las rocas junto a la carretera, colocada allí para fundir la nieve y utilizada por ellos como suplemento dietético.

—Pero —prosiguió

Martel— si me está preguntando por la situación actual, hay un hombre que trabaja para una compañía maderera, un topógrafo autónomo llamado Gary Chute, que aún no ha dado señales de vida.

Recordé el noticiario de la PBS, aunque no había percibido ninguna sensación de urgencia al tratar el hecho.

—Lo oí por la radio — comenté—. ¿Es grave?

—Es difícil saberlo.

Parece que su mujer no lo ve desde hace un tiempo, pero eso no es raro. Estaba trabajando en un par de proyectos y tenía planeado pasar una temporada fuera de casa. Además, se rumorea que tiene un lío en Troy, Vermont. Añádale a eso su afición a la botella, y tendrá a un tipo que quizá no sea el más fiable del mundo. Si no aparece en las próximas veinticuatro horas, quizás haya que organizar una búsqueda. Seguramente le

corresponderá a los guardabosques y al *sheriff* de Piscataquis, pero podría ser que tuviésemos que echar una mano todos. Y hablando de asuntos graves, según tengo entendido, usted busca información sobre Emily Watts.

Asentí. Imaginé que sería más fácil hablar primero con Martel y luego abordar a Rand Jennings que intentar averiguar lo que necesitaba saber únicamente a través de Jennings.

Pensaba que quizás a Martel ese detalle le pasaría inadvertido, pero era demasiado inteligente para eso.

—¿Puedo preguntarle por qué no ha ido a hablar de esto con Rand Jennings de Dark Hollow? —preguntó. Tenía una sonrisa en el rostro, pero la expresión de su mirada continuaba alerta.

—Rand y yo tuvimos cierto roce en el pasado —contesté—. ¿Usted se lleva bien con él?

Algo en la forma en que Martel me había hecho la pregunta me indujo a pensar que yo no era el único que había tenido un roce con él.

—Lo procuro —
respondió Martel diplomáticamente—. No es el hombre más simpático del mundo, pero a su manera es concienzudo en el trabajo. Su sargento, Ressler, ya es otra cosa. Ressler está tan lleno de mierda que tiene hasta marrón el blanco de los ojos. Últimamente lo he

visto poco, y mejor así. Con lo de la muerte de Emily Watts y demás han estado muy ocupados.

Fuera, un coche pasó lentamente por la calle en dirección norte, pero al parecer nadie paseaba por las inmediaciones. Más allá, veía los contornos de las islas pobladas de pinos del lago, pero eran poco más que manchas oscuras en la bruma.

Llegó el café, y Martel me habló de lo ocurrido la

noche que murió Emily Watts, la misma noche que Billy Purdue se llevó dos millones de dólares por los que había muerto mucha gente. Fue una muerte extraña, en medio del bosque. Habría muerto de todos modos a causa del frío si no la hubieran localizado, pero suicidarse en el bosque a los sesenta años...

—Fue un desastre —dijo Martel—. Pero estas cosas pasan y no hay manera de preverlas. Quizá si el

guardia de seguridad no hubiese ido armado, y si la enfermera de la planta de las ancianas no hubiese visto tanto la televisión, y si las puertas hubiesen estado cerradas de manera más segura, y si otra docena de factores no hubiesen coincidido simultáneamente esa noche, quizá las cosas habrían resultado distintas. ¿Le importaría decirme por qué le interesa todo esto?

—Por Billy Purdue.

—Billy Purdue. Ése sí

que es un nombre para infundirle calor a uno en el alma en una noche de invierno.

—¿Le conoce?

—Claro que lo conozco. Hubo que llamarlo al orden no hace mucho. Diez días, quizás. Estaba pataleando y gritando frente a la residencia Santa Marta con una petaca de whisky. Dijo que quería hablar con su madre, pero nadie lo habría distinguido del mismísimo Caín. Lo prendieron, lo

encerraron en una de las celdas de Jennings hasta que se tranquilizó y lo mandaron a casa. Le dijeron que, si volvía, lo acusarían de entrar sin permiso en una propiedad privada y de alterar el orden. Incluso salió en la prensa local. Por lo que he oído, no se ha reformado en los últimos días.

Por lo visto, Billy Purdue había actuado basándose en la información proporcionada por Willeford.

—¿Sabe que su mujer y su hijo murieron asesinados?
—pregunté.

—Sí, lo sé. Pero a mí no me parece un asesino. —Me miró pensativo—. Y me da la impresión de que a usted tampoco.

—No lo sé. ¿Cree que quizá buscaba a la mujer que se suicidó?

—¿Qué le hace pensar eso?

—No me entusiasman las coincidencias. Son la manera que tiene Dios de

decirnos que no estamos viendo las cosas con la debida perspectiva. — Además, yo sabía que Willeford, para bien o para mal, le había dado el nombre de Emily Watts a Billy.

—Pues si usted ve las cosas desde la debida perspectiva, explíquemelas, porque le aseguro que yo no tengo ni la más remota idea de por qué aquella vieja hizo lo que hizo. Quizá las pesadillas la llevaron hasta ese punto.

—¿Las pesadillas?

—Sí, contó a las enfermeras que vio a un hombre acechando su ventana y que alguien intentó entrar por la fuerza en su habitación.

—¿Había algún indicio de un intento de allanamiento?

—Nada. Joder, esa mujer estaba en la cuarta planta. Para entrar habría que trepar por la cañería. Es posible que hubiese alguien en el jardín unos días antes, pero

eso pasa de vez en cuando. Podía tratarse de un borracho que entró a mear, o unos niños tonteando. En resumidas cuentas, creo que la vieja empezaba a perder el juicio, porque no le veo otra explicación, ni a eso ni al nombre que pronunció antes de morir.

—Mi incliné hacia él.

—¿Qué nombre pronunció?

—Nombró al hombre del saco —dijo Martel con una sonrisa—. Nombró al tipo

del que se valen las madres para meter miedo a los niños al acostarlos, el enano saltarín.

—¿Y cuál es ese nombre? —repetí, y algo cercano al miedo asomó a mi voz.

La sonrisa de Martel dio paso a una expresión de perplejidad cuando dijo:

—Caleb. Nombró a Caleb Kyle.

Segunda Parte

*Porque si de algo tengo
miedo, me acaece,
y me sucede lo que temo.*

Job

13

Los años caen como las hojas arrastradas por la brisa, revueltos y veteados, pasando del verde de los recuerdos recientes a los dorados tonos otoñales del pasado lejano. Me veo a mí mismo de niño, de joven, de amante, marido, padre, deudo. Veo a los viejos alrededor con sus pantalones de viejo y sus camisas de viejo; viejos que bailan

moviendo los pies con delicadeza, marcando unos pasos desconocidos para quienes son más jóvenes que ellos; viejos que cuentan historias, y van moviendo ante el fuego las manos llenas de pecas por la edad y con la piel igual que papel arrugado, con sus voces débiles como el susurro de la farfolla vacía.

Un anciano atraviesa la exuberante hierba de agosto con leña en los brazos y va retirando fragmentos de

corteza suelta con la mano enguantada; un anciano, alto y erguido, con un halo de cabello blanco como un antiguo ángel, acompañado de un perro que camina despacio a su lado, más viejo a su manera que el propio hombre, el hocico gris salpicado de espuma, la lengua colgando, la cola moviéndose suavemente en el cálido aire de la tarde. En los árboles aparecen las primeras manchas rojas, y el clamor de los insectos ha

empezado a remitir. Los fresnos, los últimos en desplegar las hojas en primavera, son ahora los primeros en dejarlas caer a tierra. La pinaza se descompone en el suelo del bosque y las abundantes moras están en su punto cuando el anciano pasa por delante, en armonía con los ritmos del mundo que lo rodean.

Y con la chaqueta abierta, dejando a su paso la huella nítida de sus firmes

pisadas, se dedica a lo siguiente: cortar leña, saborear el peso del hacha en las manos, la perfección del balanceo, el nuevo chasquido cuando la hoja parte el tronco del arce azucarero, el vaivén de la cabeza del hacha para separar las dos mitades, la cuidadosa colocación del siguiente tronco, el mango del hacha, la sensación del movimiento de sus músculos de anciano bajo su camisa de anciano. Luego amontona un

leño sobre otro, los va colocando juntos, los cambia de sitio, les da la vuelta, forma una pila para que permanezca estable, para que ninguno caiga, para que no se pierda ni un solo leño. Finalmente extiende la lona y pone un ladrillo en cada ángulo para sujetarla, siempre los mismos ladrillos, porque es, y siempre ha sido, un hombre metódico. Y cuando en invierno llegue el momento de prender el fuego, volverá

a la pila y, al agacharse, la hebilla del cinturón de su pantalón de anciano se le hundirá en el vientre blando, y recordará que en otro tiempo fue firme, cuando era joven y el cinturón sostenía un arma, una porra y unas esposas, y su placa lucía como un sol plateado.

También yo envejeceré y, si llego a la edad que él alcanzó, seré ese hombre. Hallaré cierta felicidad en la repetición de los movimientos que él hacía,

en lo oportuno de la acción
mientras siento que el
círculo se cierra, mientras
me convierto en él, el que
engendró a aquella que me
engendró a mí. Y haciendo
lo que él hizo en otro
tiempo, frente a la misma
casa, con los mismos árboles
agitándose con el viento, la
misma hacha en la mano
hendiendo la madera,
rememoraré a mi abuelo con
un acto más poderoso que un
millar de oraciones. Y mi
abuelo vivirá en mí, y el

fantasma de un perro
venteará el aire con la
lengua y ladrará de alegría.

Son sus manos las que
ahora veo moverse ante el
fuego, su voz la que me
cuenta la historia de Caleb
Kyle y el árbol de extraño
fruto en el linde del bosque
inhóspito. Nunca antes me
ha contado esta historia y
jamás me contará cómo
acaba, porque no tiene final,
no para él. Seré yo quien
termine la historia por él y
quien complete el arco.

Judy Giffen fue la primera en desaparecer, sucedió en Bangor, en 1965. Era una chica esbelta de diecinueve años, con una melena oscura y los labios rojos y tiernos con los que probaba a los hombres, los saboreaba como moras. Trabajaba en una sombrerería y se la dio por desaparecida una cálida noche de abril en la que se respiraba la promesa del

verano. Buscaron y buscaron, pero no la encontraron. Su rostro miraba desde diez mil periódicos, congelado a esa edad de manera tan implacable como si hubiera quedado atrapado en ámbar.

Ruth Dickinson de Corinna, otra muchacha bella y delgada de cabello rubio y largo hasta la cintura, fue la siguiente en irse, a finales de mayo, cuando le faltaba poco para cumplir veintiún años. A

ambos nombres se sumarían luego los de Louise Moore, de East Corinth; Laurel Trulock, de Skowhegan, y Sarah Raines, de Portland, desaparecidas todas en el plazo de unos días en septiembre. Sarah Raines era maestra y, a los veintidós años, la mayor de las mujeres desaparecidas. Su padre, Samuel Raines, había ido al colegio con Bob Warren, mi abuelo, y Sarah era ahijada de Bob. La última en desaparecer era

una estudiante de dieciocho años llamada Judith Mundy, de la que no volvió a saberse nada después de una fiesta en Monson en la primera semana de octubre. A diferencia de las otras, era una chica regordeta, del montón, pero para entonces la gente pensaba ya que ocurría algo muy extraño y no se concedió importancia al cambio de pauta. Se organizó una partida de rescate para Judith Mundy en el norte y participaron

muchos voluntarios, algunos, como mi abuelo, de lugares situados tan al sur como Portland. Se dirigió hacia allá en coche un sábado por la mañana, pero a esas alturas ya se habían desvanecido casi todas las esperanzas. Mi abuelo se unió a un pequeño grupo que salió del lago Sebec, a unos kilómetros al este de Monson. Al principio lo formaban tres hombres, luego dos y finalmente quedó sólo mi abuelo.

Aquella noche se alojó en Sebec y cenó en un bar de las afueras del pueblo. Como había intervenido tanta gente en la búsqueda de Judith Mundy, además de los periodistas y policías, el local estaba muy concurrido. Mientras se tomaba una cerveza sentado a la barra, mi abuelo oyó una voz que decía a su lado:

—¿Sabe a qué viene todo este alboroto?

Al volverse, mi abuelo vio a un hombre alto y

moreno con la boca que parecía un tajo hecho con un cuchillo y la mirada dura y hostil. Tenía un dejo sureño, pensó. Vestía un pantalón de pana tostado y un suéter oscuro lleno de agujeros, a través de los cuales se veían trozos de una mugrienta camisa amarilla. Llevaba una gabardina que le colgaba hasta las pantorrillas, y las punteras de las pesadas botas negras asomaban bajo las perneras demasiado largas del

pantalón.

—Están buscando a la chica que ha desaparecido —contestó mi abuelo. Aquel hombre lo ponía nervioso. Había algo en su voz, recordaba, algo agridulce, como sirope mezclado con arsénico. Olía a tierra y savia y algo más, algo que no consiguió identificar.

—¿Cree que la encontrarán? —Una luz parpadeó en los ojos de aquel hombre, y mi abuelo pensó que acaso fuese el

asomo de una sonrisa.

—Es posible.

—A las otras no las han encontrado.

Observaba a mi abuelo con expresión solemne pero con aquel extraño brillo todavía en los ojos.

—No, en efecto.

—¿Es usted policía?

Mi abuelo asintió. No tenía sentido negarlo. Cierta gente enseguida lo adivinaba.

—Pero usted no es de por aquí, ¿verdad?

—No. Soy de Portland.

—¿Portland? —repitió el hombre. Parecía impresionado—. ¿Y por dónde ha estado buscando?

—Por el lago Sebec, la orilla sur.

—Muy bonito el lago Sebec. Yo prefiero el arroyo de Little Wilson, cerca de la carretera de Elliotsville. Es precioso, vale la pena verlo si uno tiene un rato. Hay mucha vegetación en las orillas. —Pidió un whisky con un gesto, echó unas

monedas sobre la barra y apuró el vaso de un trago—. ¿Volverá por allí mañana?

—Supongo.

El hombre asintió y se secó la boca con el dorso de la mano derecha.

Mi abuelo vio cicatrices en la palma y mugre bajo las uñas.

—En fin, quizá tenga más suerte que los otros, siendo usted de Portland y tal. A veces hacen falta unos ojos nuevos para ver un truco viejo.

Y dicho esto se marchó.

Aquel domingo, el día que mi abuelo encontró el árbol de extraños frutos, amaneció fresco y claro, con pájaros en las ramas y flores junto a las resplandecientes aguas del lago Sebec. Dejó el coche a un paso del lago, en Packard's Camps, enseñó su placa y se unió a una pequeña partida, compuesta por dos hermanos y un primo, que se encaminaba

hacia la orilla norte. Los cuatro hombres buscaron juntos durante tres horas, sin hablar apenas, hasta que la familia regresó a casa para el almuerzo dominical. Preguntaron a mi abuelo si quería acompañarlos, pero él llevaba envuelto en una servilleta pan y pollo frito, además de un termo con café en la mochila, así que declinó el ofrecimiento. Regresó a Packard's Camps y comió sentado en una piedra junto a la orilla, con

el chapoteo del agua a su espalda, y observó corretear a los conejos entre la hierba.

Al ver que los otros hombres no regresaban, se metió en su coche y se puso en marcha. Siguió por la carretera del norte hasta llegar a un puente de acero sobre el Little Wilson. Para cruzar el puente se pasaba por una serie de rejillas a través de las que se veían las aguas impetuosas y marrones del torrente, y al otro lado la carretera

ascendía hasta una bifurcación: hacia Ontwa y el monte Borestone por la carretera de Elliotsville al oeste y hacia Leighton al este. En ambos márgenes el bosque era espeso. Un zorzal ermitaño salió disparado de un abedul y sobrevoló en círculo la superficie del agua. Se oyó el reclamo de una curruca.

Mi abuelo no cruzó el puente, sino que aparcó en el arcén de la carretera y siguió un abrupto sendero de

pedras y tierra hasta la orilla. La corriente bajaba rápida y, a veces, para sortear los afloramientos de roca y las ramas caídas, tenía que vadear el cauce. En las laderas ya no había casas. La orilla era cada vez más agreste, y con mayor frecuencia se veía obligado a entrar en el agua para continuar arroyo arriba.

Llevaba casi treinta minutos caminando cuando oyó las moscas.

Frente a él se alzaba

desde la orilla una enorme losa de roca con el extremo afilado. Utilizando los salientes y hendiduras como puntos de apoyo para pies y manos, trepó por ella hasta llegar a lo alto. A su derecha estaba el arroyo; a su izquierda vio un hueco entre los árboles a través del cual le llegaba más intenso el zumbido. Se metió por el hueco, sobre el que los árboles se cerraban en arco como la entrada de una catedral, y siguió hasta un

pequeño claro. Lo que vio lo obligó a parar en seco y al instante vomitó todo lo que llevaba en el estómago.

Las chicas colgaban de un roble, un árbol viejo de tronco grueso y nudoso y ramas amplias y pesadas como dedos extendidos. Giraban lentamente, siluetas negras contra el sol, los pies descalzos apuntando al suelo, las manos sueltas junto a los costados, las cabezas ladeadas. Las envolvía un enjambre de

moscas, excitadas por el hedor de la carne descompuesta. Al acercarse a ellas, distinguió el color del pelo, las pequeñas ramas y las hojas prendidas de los mechones, los dientes ya amarillentos, las erupciones en la piel, los vientres mutilados. Algunas estaban desnudas; otras tenían jirones de ropa aún adheridos. Daban vueltas en el aire, como los fantasmas de cinco bailarinas a los que ya no afectaba la fuerza de

la gravedad. Pendían del cuello, sujetas a las ramas por gruesas y toscas sogas.

Sólo había cinco. Cuando bajaron e identificaron los cuerpos, el de Judith Mundy no se encontraba entre ellos. Y como no apareció, como jamás se encontró el menor rastro de ella, se decidió que probablemente el responsable de las muertes de las otras cinco chicas no tenía nada que ver con la desaparición de Judith

Mundy. Transcurrieron más de treinta años hasta que se demostró que tal razonamiento era equivocado.

Mi abuelo informó a la policía de su conversación en el bar con aquel hombre. Tomaron nota de los detalles y se descubrió que, poco más o menos por las fechas de la desaparición de Judith Mundy, se había visto en Monson a un hombre que coincidía aproximadamente con esa descripción. Habían

recibido noticias similares desde Skowhegan, aunque existían discrepancias entre la gente con respecto a la estatura, el color de ojos y el corte de pelo. Este individuo anónimo fue sospechoso durante un tiempo hasta que surgió una nueva pista.

En un cobertizo de Corinna, propiedad de la familia de Quintin Fletcher, se encontró la ropa de Ruth Dickinson, manchada de sangre y mugre. Fletcher tenía veintiocho años y era

un tanto retrasado: para ganar un poco de dinero, vendía artesanía que creaba utilizando madera que recogía en el bosque, y viajaba por el estado en los autocares de la Greyhound con su maleta llena de muñecas, camiones y candelabros de madera. Ruth Dickinson se había quejado, primero a la familia de Fletcher y posteriormente a la policía, de que éste la había seguido alguna que otra vez, lanzándole miradas

obscenas y haciéndole proposiciones deshonestas. Cuando intentó tocarle los pechos durante una feria del condado, la policía comunicó a la familia que tendrían que llevárselo si se acercaba otra vez a Ruth Dickinson. El nombre de Fletcher apareció en el transcurso de la investigación de las muertes de las chicas. Lo interrogaron, registraron la casa y hallaron la ropa. Fletcher se echó a llorar y

declaró que no sabía de dónde había salido, que él no le había hecho daño a nadie. Solicitada la prisión preventiva hasta la celebración del juicio, fue recluido en un módulo protegido de la prisión estatal de Maine, por miedo a que alguien intentase liquidarlo si lo encerraban en una cárcel local. Tal vez hoy seguiría aún allí, haciendo juguetes y objetos náuticos para regalo —que irían a parar a la tienda de la

Interestatal 1 en York donde se vende artesanía de los reclusos—, si un ordenanza de la prisión, pariente lejano de Judy Giffen, no hubiera atacado a Fletcher cuando éste se sometía a un chequeo en el hospital penitenciario y lo hubiese apuñalado tres veces en el cuello y el pecho con un bisturí. Fletcher murió a las veinticuatro horas, dos días antes de la fecha fijada para el juicio.

Y ahí quedó todo, al menos para la mayoría de la

gente: los asesinatos terminaron con la captura y posterior muerte de Fletcher. Pero mi abuelo no podía olvidar al hombre del bar, ni el brillo en su mirada ni la alusión a la carretera de Elliotsville. Durante los meses siguientes contrarrestó con su callada persistencia y su sensibilidad las reacciones hostiles y el deseo generalizado de llorar a las víctimas y olvidar. Lo que obtuvo fue un nombre, que la gente había oído pero

no recordaba exactamente con relación a qué, y testigos de que el hombre del bar había estado en todos los pueblos donde había desaparecido una chica. Organizó algo así como una campaña y se dedicó a hablar con todos los periódicos y programas de radio dispuestos a escucharlo, planteando su hipótesis de que el hombre que había asesinado a las cinco chicas y las había utilizado para decorar aquel

árbol seguía en libertad. Incluso llegó a convencer a algunas personas durante un tiempo, hasta que la familia de Quintin Fletcher intervino para apoyarlo y la gente, incluso su viejo amigo Sam Raines, empezó a oponerse.

Al final, la hostilidad y la indiferencia pudieron más que él. Sometido a presiones, mi abuelo dejó el cuerpo de policía y, para mantener a su familia, se dedicó primero a la construcción y luego a

trabajar la madera, tallando lámparas, sillas y mesas y vendiéndolas a través del servicio HOME para la industria del mueble rústico, gestionado por las monjas franciscanas de Orland. Labró cada pieza con el mismo esmero y la misma sensibilidad con que había interrogado a las familias de las chicas muertas. A partir de aquel momento sólo habló del asunto una vez, aquella noche frente al fuego con el olor de la leña

impregnado a él y el perro dormido a sus pies. Lo que descubrió aquel cálido día le había arruinado la vida. La posibilidad de que el hombre que había asesinado a las chicas hubiese escapado a la justicia lo atormentaba en sueños.

Después de contarme esa historia, supe que siempre que me lo encontraba sentado en el porche con la pipa fría entre los labios y la mirada fija en algún punto más allá de la puesta de sol

pensaba en lo que había ocurrido décadas atrás. Cuando apartaba la comida casi intacta, después de leer en los diarios la noticia de alguna joven que se había marchado de casa y aún no se la había encontrado, él revivía su experiencia en la carretera de Elliotsville, con los pies mojados dentro de las botas y los fantasmas de las muertas susurrándole al oído.

Y el nombre que averiguó hacía tantos años

se había convertido por entonces en una especie de talismán en los pueblos del norte, aunque nadie se explicaba cómo había ocurrido. Lo utilizaban para asustar a los niños malos que no obedecían, que no se iban a la cama sin rechistar o que se adentraban en el bosque con sus amigos sin decir a nadie adónde iban. Era un nombre pronunciado de noche, antes de que la luz se apagara en el cuarto del niño y una mano familiar le

alborotara el pelo, con el suave perfume maternal flotando aún en el aire tras un último beso de buenas noches: «Ahora pórtate bien y duérmete. Y ni una sola excursión más al bosque, o Caleb te atraparé».

Veo a mi abuelo atizar el fuego, dejar que los leños se acomoden antes de añadir otro, con las chispas elevándose por la chimenea como duendecillos y la nieve fundida chisporroteando entre las

llamas.

—Caleb Kyle, Caleb Kyle —entona, repitiendo la letra de la rima infantil mientras la lumbre proyecta sombras en su cara—. Si lo llegas a ver, échate a correr.

Y la nieve susurra, y la leña crepita, y el perro gimotea suavemente en sueños.

14

Santa Marta se alzaba en medio de sus propios jardines, rodeados por una tapia de piedra de cinco metros de altura y protegidos por una verja de hierro forjado en la que la pintura negra formaba ampollas y se descascarillaba para acabar cayendo tarde o temprano sobre la tierra y la nieve con un lento revoloteo. El

estanque ornamental estaba lleno de hojas y basura, el césped se veía demasiado crecido y los árboles llevaban tanto tiempo sin podar que las ramas de algunos se entrelazaban con las de sus vecinos creando un entoldado bajo el cual la hierba probablemente había muerto. El edificio en sí presentaba un lóbrego aspecto institucional: cuatro plantas de piedra gris con un tejado a dos aguas y, bajo éste, una cruz labrada que

delataba su origen religioso.

Llegué en coche hasta la entrada principal y aparqué en una plaza reservada al personal. A continuación subí por los peldaños de granito y entré en la residencia. A un lado estaba el habitáculo del guarda de seguridad, donde la anciana había dejado sin conocimiento a Judd antes de emprender la huida hacia la muerte. Enfrente estaba la recepción, donde una empleada en bata blanca

ordenaba unos papeles. Detrás de ella, una puerta daba a un despacho con las paredes cubiertas de libros y expedientes. Era una mujer de rostro corriente, mejillas blancuzcas, con una sombra de ojos oscura que le daba el aspecto de un esqueleto de carnaval. No llevaba placa de identidad en la solapa; de cerca, vi que tenía la bata manchada en el pecho y que del raído cuello colgaban hilos blancos como telarañas. Willeford estaba

en lo cierto: el lugar olía a verdura demasiado hervida y a desechos humanos, mal disimulados por el antiséptico. Visto el panorama, quizás Emily Watts había actuado inteligentemente al escaparse al bosque.

—¿Puedo ayudarle? — preguntó la mujer. Mantuvo una expresión neutra en la cara, pero habló con el mismo tono de voz que el acompañante de Meade Payne. En sus labios la

palabra «ayudarle» parecía malsonante.

Le di mi nombre y le dije que el jefe de policía Martel había telefoneado para concertarme una entrevista con alguien que pudiera hablarme de la muerte de Emily Watts.

—Lo siento, pero el doctor Ryley, el director, está en una reunión en Augusta y no volverá hasta mañana. —Adoptó una actitud en apariencia amable, pero su semblante

revelaba que todo aquel que preguntase por Emily Watts era allí tan bien recibido como el líder negro Louis Farrakhan en una cena del Ku Klux Klan—. Se lo dije al jefe de policía, pero usted ya había salido. —Su semblante pasó a estar en armonía con el tono de su voz, a lo que se sumó una sonrisa maliciosa por el viaje que me había obligado a hacer innecesariamente.

—Déjeme adivinar — dije—. No puede permitirme

que hable con nadie sin el consentimiento del director, el director no está aquí y no tiene usted medio de ponerse en contacto con él.

—Exacto.

—Ha sido un placer ahorrarle la molestia de tener que explicarlo.

Se encrespó y apretó el bolígrafo con fuerza, como si se dispusiera a metérmelo por el ojo. Un tipo regordete con un uniforme barato que le sentaba mal salió del habitáculo. Se caló la gorra

mientras se acercaba a mí, pero aun así me dio tiempo de ver las cicatrices que tenía a un lado de la cabeza.

—¿Todo en orden, Glad? —preguntó a la mujer de recepción. Pese al significado de su nombre: feliz, no tenía nada de alegre, algunas personas son como un gran dedo alzado hacia el universo en gesto acusador.

—Ahora sí que estoy asustado —dije—. Un enorme guardia de seguridad

y no hay cerca ninguna anciana para protegerme.

Se puso de mil colores y encogió un poco el vientre.

—Creo que lo mejor será que se marche. Como ha dicho la señora, aquí no hay nadie que pueda ayudarle.

Asentí y señalé su cinturón.

—Veo que tiene una pistola nueva. Quizá debería ponerle un candado y una cadena, no vaya a pasar un niño e intente robársela.

Los dejé allí y regresé al

jardín. Me sentía un poco rastrero por emprenderla con Judd, pero estaba cansado e irascible, y la mención del nombre de Caleb Kyle después de tantos años me había alterado. De pie en medio del césped, alcé la vista y contemplé la fachada de la residencia, sucia y sin el menor encanto. Según Martel, la habitación de Emily Watts estaba en el ángulo oeste, en el piso superior. Las cortinas estaban corridas y había

excrementos de pájaro en el alféizar de la ventana. En la habitación contigua, una silueta se acercó al cristal, una anciana con el pelo recogido en un moño, y me observó. Le dirigí una sonrisa pero no me la devolvió. Cuando me alejé con el coche, la vi por el retrovisor, todavía de pie en la ventana, observándome.

Como aún no había hablado con Rand Jennings,

tenía previsto quedarme un día más en Dark Hollow. Ver a su mujer había despertado en mí sentimientos que llevaban mucho tiempo enterrados: ira, pesar, las ascuas de un viejo deseo. Recordé la humillación de estar tendido en el suelo de los lavabos mientras me llovían los golpes de Jennings y su gordo amigo mantenía la puerta cerrada con una sonrisa socarrona. Para mi sorpresa, una parte de mí

aún deseaba enfrentarse con él después de tantos años.

En el camino de regreso al motel, intenté telefonar a Ángel con el móvil, pero por lo visto no había cobertura. Lo llamé desde una gasolinera y oí sonar cinco veces el teléfono recién instalado en la casa de Scarborough hasta que por fin descolgó.

—¿Sí?

—Soy Bird. ¿Alguna novedad?

—Muchas y ninguna

buena. Mientras tú hacías de Perry Mason en el norte, aquí vieron a Billy Purdue en un pequeño supermercado. Escapó antes de que llegara la policía, pero sigue en alguna parte de la ciudad.

—Ahora que lo han localizado, no permanecerá ahí mucho tiempo. ¿Y qué se sabe de Tony Celli?

—Nada, pero la policía encontró el Coupe de Ville en un viejo establo cerca de Westbrook. Louis sintonizó

la frecuencia de la policía. Según parece, el fenómeno de feria ha optado por un medio de transporte menos llamativo.

Me disponía a contarle lo poco que había averiguado cuando me interrumpió.

—Otra cosa: tienes visita. Ha llegado esta mañana.

—¿Quién?

—Lee Cole.

Dado el deterioro de mi amistad con su marido,

aquello me sorprendió.
Quizás albergara la
esperanza de restablecer los
lazos entre Walter y yo.

—¿Ha dicho qué quería?

Advertí un titubeo en la
voz de Ángel y al instante se
me revolvió el estómago.

—Más o menos. Bird, su
hija Ellen ha desaparecido.

Regresé de inmediato
manteniendo una velocidad
uniforme de 130 kilómetros
por hora en cuanto llegué a

la I-95. Me encontraba prácticamente en las afueras de Portland cuando sonó el móvil. Contesté, medio esperando que fuese otra vez Ángel. No era él.

—¿Parker?

Reconocí la voz casi en el acto.

—¿Billy? ¿Dónde estás?

—Estoy en un aprieto, tío —dijo Billy Purdue con pánico en la voz—. Mi mujer confiaba en ti y ahora yo también voy a confiar en ti. No los maté, Parker. Yo

jamás haría una cosa así. Sería incapaz de matarla. Sería incapaz de matar a mi hijo.

—Lo sé, Billy, lo sé. —
Mientras hablábamos, repetí su nombre una y otra vez en un esfuerzo por tranquilizarlo y aumentar la vacilante confianza que empezaba a mostrarme. Intenté alejar de mi mente a Ellen Cole, al menos por el momento. Me ocuparía de eso en cuanto me fuera posible.

—Me persigue la policía. Creen que los maté yo. Yo los quería. Nunca les habría hecho daño. No quería perderlos. —Estaba al borde de la histeria, balbuceaba.

—Cálmate, Billy. Dime dónde estás e iré a buscarte. Te llevaré a un lugar seguro y hablaremos.

—Había un viejo delante de su casa, Parker. Lo vi vigilarla la noche que me detuvo la policía. Quería cuidar de ellos, pero no fui

capaz.

No estaba seguro de que hubiese oído siquiera que le ofrecía ayuda, pero lo dejé hablar mientras pasaba de largo la salida de Falmouth, a unos cinco kilómetros de la ciudad.

—¿Lo reconociste, Billy?

—No, nunca lo había visto, pero lo reconocería si volviese a verlo.

—Bien, Billy. Ahora dime dónde estás e iré a buscarte.

—Estoy en una cabina de Commercial, pero me tengo que ir. Hay gente, coches. He estado escondido en el complejo de la Portland Company de Fore Street, junto al del museo de la locomotora. Hay un edificio vacío justo en la entrada principal. ¿Lo conoces?

—Sí. Vuelve a entrar. Estaré ahí lo antes posible.

Telefoneé a Ángel y le dije que se reuniera conmigo, acompañado de

Louis, en la esquina de India y Commercial. Lee Cole tendría que alojarse en el Java Joe's. No la quería en la casa por si Tony Celli, o algún otro, decidía hacerme una visita.

No había nadie en las inmediaciones cuando llegué a la esquina de India y Commercial. Entré en el aparcamiento de la antigua estación de India Street y estacioné a la sombra del

viejo edificio de tres plantas. Cuando salía del coche, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, unas gotas colmadas y gruesas que estallaban espectacularmente en el capó y dejaban en el parabrisas salpicones del tamaño de una moneda. Rodeé la estación pasando ante una mesa con bancos adosados y un edificio de oficinas de un solo piso pintado de rojo y llegué al lado del puerto, donde me

detuve a contemplar las oscuras aguas. Retumbó un trueno y el destello de un relámpago iluminó un barco en Casco Bay. Frente a mí, en un tramo restaurado de línea férrea utilizado para que los turistas pudieran experimentar lo que era un viaje en un ferrocarril de vía estrecha, un vagón cisterna señalaba el comienzo de la línea. Tras el vagón había alineados varios contenedores de carga. A mi derecha se encontraba la

terminal de transbordadores de Casco Bay, y sobre ella se alzaba una mastodónica grúa azul de dieciocho toneladas que se apoyaba en cuatro finas patas como un insecto mutilado.

Me disponía a volver al coche cuando oí a mis espaldas un ruido en la grava y una voz familiar que me dijo:

—Mal tiempo para los pájaros. Deberías estar acurrucado en tu nido. —
Acompañó a la voz el

chasquido del percutor de una pistola.

Levanté poco a poco las manos y, al volverme, vi a Mifflin, el matón de labio leporino al servicio de Tony Celli, que esbozó unas de sus torcidas sonrisas. Sujetaba firmemente la culata redondeada de una Ruger Speed Six con su mano pequeña y regordeta.

—Tengo una sensación de *déjà vu* —comenté—. En adelante aparcaré en otro sitio.

—Me parece que tus problemas de aparcamiento están a punto de resolverse. Para siempre. ¿Qué tal la cabeza? —Preguntó sin dejar de sonreír.

—Aún me molesta un poco. Espero que a ti no te haya dolido mucho el pie.

—Llevo unas suelas diseñadas para absorber impactos. No noté nada.

Estaba cerca de mí, quizás a poco más de dos metros. No sabía de dónde había salido; tal vez me

esperaba en la oscuridad detrás de One India desde el principio, o me había seguido hasta el lugar de encuentro, pero no me explicaba cómo se había enterado. A mis espaldas, la lluvia golpeaba el agua con estridencia.

Mifflin señaló con la barbilla en dirección al aparcamiento.

—Veo que has arreglado el Mustang.

—A veces hay accidentes. Por eso pago un

seguro.

—Tendrías que haberte ahorrado el dinero, haberlo gastado en mujeres. Ya no vas a necesitar coche a menos que en el infierno organicen carreras suicidas.

Levantó el arma y tensó el dedo en el gatillo.

—Me juego algo a que esto no lo cubre tu seguro.

—Y yo me juego lo que quieras a que sí —contesté al mismo tiempo que Louis aparecía de detrás del edificio rojo de oficinas y

agarraba con firmeza el brazo con que Mifflin empuñaba el arma mientras yo me apartaba rápidamente a la izquierda. Con la mano derecha, Louis hundió el cañón de una SIG en la blanda papada del aspirante a asesino.

—Con mucha delicadeza —dijo Louis—. No me gustaría que eso se disparara, no vaya a ser que alguien se asuste y le pegue un tiro en la gorda papada a uno que yo me sé.

Mifflin retiró con cuidado el dedo de la guarda y, muy despacio, bajó el percutor. Ángel apareció junto a Louis y le quitó la Ruger de la mano al pistolero.

—Hola, guapo —dijo apuntando el arma a la cabeza de Mifflin—. Una pistola muy grande para un tipo tan pequeño.

Mifflin permaneció en silencio cuando Louis le retiró la SIG de al lado de la boca y se la guardó en el

bolsillo de su abrigo oscuro sin soltarle el brazo. De pronto, Louis realizó un rápido movimiento y se oyó un agudo chasquido al romperse el brazo derecho de Mifflin por el codo; luego le golpeó la cabeza dos veces contra la pared del edificio. El pistolero se desplomó en el suelo. Ángel desapareció y regresó al cabo de un minuto al volante del Mercury. Abrió el maletero desde dentro y Louis lanzó a Mifflin boca

abajo al interior. Después seguimos al coche, que Ángel condujo hasta el extremo del aparcamiento de Island, cerca de una brecha en la valla que daba al muelle. Cuando nos detuvimos, Louis sacó el cuerpo de Mifflin del maletero, lo arrastró hasta el borde del muelle y lo lanzó al mar. Cayó estrepitosamente al agua, pero el ruido enseguida quedó ahogado por el sonido uniforme de la lluvia.

Creo que Louis me habría considerado una persona débil si le hubiera dicho que lamentaba la muerte de Mifflin. Sin duda, el hecho de que se dispusiera a matarme revelaba que Tony Celli había descartado ya mi limitada utilidad. Si lo hubiéramos dejado vivo, habría vuelto a intentarlo, y seguramente con refuerzos. Pero la irrevocabilidad del ruido del cuerpo al caer al agua me produjo una sensación de hastío.

—Había dejado el coche aparcado a una manzana —dijo Ángel—. Hemos encontrado esto en el suelo.

En la mano tenía un receptor VHF portátil de tres canales, de unos doce centímetros de largo por cuatro de ancho, diseñado para conectarse a la batería de un coche. Si había un receptor, tenía que haber un transmisor.

—Han puesto micrófonos en la casa —dije—. Quizá cuando fui a ver a

Celli. Por eso no me mataron; tendría que haberlo imaginado.

Ángel hizo un gesto de indiferencia y lanzó el receptor al mar.

—Si él estaba aquí, sus amigos ya van de camino al complejo —dijo.

A mi izquierda, Ford Street discurría sinuosamente hacia el norte, paralela al puerto, y a lo lejos veía los contornos de los edificios de la Portland Company.

—Seguiremos la vía del tren y entraremos por el lado del puerto —indiqué.

Desenfundé la pistola y retiré el seguro, pero Louis me tocó el hombro y se sacó del bolsillo derecho del abrigo una Colt modelo Government 380. Del bolsillo interior extrajo un silenciador y lo acopló.

—Si usas tu Smith & Wesson y cae alguien, el rastro los llevará hasta ti —dijo—. Utiliza ésta y luego nos desprenderemos de ella.

Además, será mucho más silenciosa.

Como no era de extrañar, Louis conocía las herramientas de su oficio: las semiautomáticas provistas de recámara para munición subsónica son prácticamente las únicas pistolas que funcionan de manera eficaz con silenciador. Si la gente de Hertz supiera la clase de equipaje que Louis llevaba en su coche, habrían sufrido un ataque colectivo de

epilepsia.

Louis entregó su SIG a Ángel, se sacó otra Colt 380 del bolsillo izquierdo y le ajustó también un silenciador. Su manera de actuar debería haberme alertado sobre lo que ocurriría más tarde —ni siquiera Louis llevaba «por casualidad» un par de armas con silenciador—, pero estaba tan preocupado por Billy Purdue que no pensé demasiado en ello.

Louis y yo nos pusimos

en marcha por la vía seguidos de Ángel. Había raíles rojos por el óxido en olvidadas pilas, y al lado se veían traviesas picadas y nudosas y con la madera casi negra en algunos sitios. Más allá de los depósitos de mercancías, donde se sucedían bolas de demolición y soportes de hormigón sangraban herrumbre de las entrañas, montones de madera se mecían con la marea como restos de un bosque

primigenio.

El complejo de la Portland Company se encontraba frente al puerto deportivo. Indicaba la entrada el convoy de Sandy River Railroad utilizado para llevar a los turistas, con el vagón rojo del jefe de tren y el resto de los coches verdes ahora en silencio. En otro tiempo, cuando la Portland Company construía motores y locomotoras de vapor, el complejo abastecía a los ferrocarriles, pero cerró en

los años setenta y los edificios se rehabilitaron como centro de negocios. Dentro del recinto, a la entrada del Museo del Ferrocarril de Vía Estrecha, había un vieja máquina de vapor negra con la chimenea restaurada. El edificio, como todos los del complejo, era de obra vista; en la parte más alta tenía hasta una tercera planta, y por detrás estaba comunicado mediante una pasarela cerrada con una empresa de máquinas

herramientas instalada en una estructura similar pero de mayor tamaño. A la izquierda del museo se hallaba el edificio alargado donde, me parecía recordar, se ofrecía algún tipo de servicio para yates y un segundo edificio de características semejantes utilizado por un fabricante de fibra de vidrio.

En el extremo sur del recinto se alzaba una construcción de tres pisos mucho mayor, con las

ventanas de la planta baja tapiadas y las de las plantas superiores cubiertas con tela metálica, donde Billy Purdue había dicho que estaba escondido. En el lado del mar no había puerta, pero el extremo norte tenía adosada una estructura de madera parecida a un cobertizo que albergaba la puerta principal. Una vía de tren discurría frente a la puerta y ascendía hacia la entrada para los visitantes de Fore Street. Todo parecía

desierto y llovía torrencialmente. Las gotas resonaban como piedras en el tejado del museo, donde había una puerta lateral abierta. En silencio, la señalé, y Louis, Ángel y yo nos metimos en el edificio.

Dentro, bajo un techo abovedado, se hallaban los vagones vacíos de ferrocarril dispuestos en filas: vagones de Wicasset y Quebec, vagones verdes y rojos de Sandy River procedentes del condado de Franklin, uno

verde y amarillo de Bridgton y Saco, y a nuestra derecha un antiguo Railbus con un chasis REO Speedwagon de la línea de Sandy River.

Junto al Railbus yacía un cuerpo encogido, y el abrigo largo y oscuro que llevaba lo envolvía como una mortaja. Me armé de valor y le di la vuelta esperando encontrarme con Billy Purdue. No era él. Era Berendt, el individuo de cabeza cuadrada compañero de Mifflin, que me miró

fijamente, con los rasgos contraídos y una herida oscura e irregular de salida de bala en la frente. Olí el pelo chamuscado. En el suelo del museo se mezclaban la sangre y el polvo.

La sombra de Louis se proyectó sobre mí.

—¿Crees que esto es obra de Billy Purdue? — preguntó.

Tragué saliva, y el sonido de mi propia garganta se me antojó

estridente. Negué con la cabeza y él asintió en silencio.

Nos dirigimos a la izquierda y pasamos entre dos vagones Edaville camino de las oficinas del museo. No había nadie más en el edificio, pero la puerta de acero de la entrada golpeaba ruidosamente contra el marco por efecto del viento y seguía lloviendo.

En la oscuridad, bajo la pasarela que comunicaba la

fábrica de máquinas
herramientas y el museo,
había aparcado un Ford
Sedán negro con las
ventanillas apenas visibles
tras la lluvia. Lo reconocí: lo
había visto antes frente al
apartamento de Rita Ferris el
día del crimen.

—Son los federales —
dije—. Deben de haber
encontrado a los hombres de
Celli.

—Eso, o también
estaban vigilándote a ti —
musitó Louis.

—Estupendo —comentó Ángel—. ¿Falta alguien más? El jodido Billy Purdue es tan popular que habría que dedicarle una fiesta nacional.

La puerta trasera del coche se abrió y salió una figura envuelta en un abrigo oscuro que la cerró con suavidad. Con paso enérgico vino en dirección a nosotros, llevaba una mano en el bolsillo y un paraguas en alto en la otra. Una lámpara de la fábrica lo iluminó

brevemente cuando atravesó el haz de luz.

—¿Y éste es...? —dijo Ángel con hastío.

—Eldritch, el policía canadiense. Quedaos aquí.

Salí de entre las sombras y Eldritch se detuvo. Su rostro traslució perplejidad mientras intentaba identificarme.

—¿Parker? —dijo por fin—. ¿No quiere hacer salir de las sombras también a sus amigos?

A mis espaldas, Louis y

Ángel aparecieron y se acercaron a mí, Louis examinaba a Eldritch con relajado interés.

—Y bien, ¿no van a protegerse de esta lluvia? — preguntó el canadiense.

—Después de usted, agente —contesté.

Algo me había llamado la atención junto al Ford cuando Eldritch salió del coche y la luz interior iluminó el suelo con un tenue resplandor. Había un pequeño charco rojo bajo la

puerta del conductor, que no estaba del todo cerrada, y, mientras yo miraba, algo goteaba uniformemente por el resquicio.

Eldritch se aproximó a mí con el paraguas aún en alto y la manga blanca de la camisa y un gemelo de oro a la vista. Cuando se volvió para ver cómo me dirigía al coche, noté una mancha oscura en el puño.

Eché un vistazo a Louis, pero otro detalle había atraído ya su atención.

—Tiene algo en el cuello de la camisa, agente —dijo en voz baja cuando Eldritch se detuvo bajo la luz.

El cuello de la camisa de Eldritch asomaba por encima de la solapa del abrigo. En el borde, y justo por encima del nudo de la corbata, tenía manchas negras como de hollín. Pero mientras Louis hablaba, Eldritch bajó el paraguas para que yo no viera qué hacía, y entonces vislumbré el arma sólo por un instante

cuando sacó la mano derecha del bolsillo. Advertí que Louis levantaba ya su propia pistola al tiempo que Eldritch soltaba el paraguas y empezaba a volverse. A un lado, Ángel permanecía atento. Pero yo disparé primero y la bala perforó el paraguas, todavía en el aire, e hirió a Eldritch en la parte baja del muslo; la detonación quedó ahogada por el silenciador y la lluvia torrencial. Disparé de nuevo y esta vez le di en el

costado. Se le cayó el arma de la mano y, tambaleándose, fue a darse de espaldas contra la pared del museo y se deslizó por ella hasta quedar sentado en el suelo, apretando los dientes por el dolor y apoyando la mano en la mancha roja que se extendía por su abrigo. Junto a él, Louis introdujo un bolígrafo en la guarda del gatillo, recogió la pistola y la examinó con objetividad profesional.

—Una Taurus —dijo—.

Brasileña. Parece que nuestro amigo ha estado de vacaciones en Sudamérica.

Me acerqué al coche. Tenía dos orificios de bala en forma de estrella en el parabrisas, rodeados de manchas de sangre semejantes a rayos solares. Abrí la puerta del conductor con la mano enguantada y retrocedí cuando el agente Samson cayó al suelo de costado con un agujero oscuro en el puente de la

nariz, destrozada allí por donde había salido la bala. Junto a él se hallaba el agente Doyle, con la frente apoyada en el salpicadero y un charco de sangre a los pies. Los dos estaban aún calientes.

Levanté a Samson con cuidado, lo metí en el coche, cerré la puerta y regresé hasta donde se encontraban Ángel y Louis, que seguían junto al herido.

—Abel —dijo Louis.

A pesar del dolor, el

hombre sentado en el suelo nos miró con expresión de odio, pero no habló.

—No va a ir a ninguna parte —indiqué—.

Metámoslo en el maletero del Ford, avisemos a la policía, y que ellos se ocupen de él cuando hayamos acabado.

Sin embargo, ni Ángel ni Louis parecían escucharme. Ángel movió la cabeza con un gesto de desaprobación.

—Un hombre de tu edad tiñéndose el pelo —le

reprochó a Abel—. Eso es pura vanidad.

—Y ya sabes lo que dicen de la vanidad — añadió Louis en voz baja, y Abel levantó la vista y lo miró con los ojos muy abiertos—: la vanidad mata.

Acto seguido le descerrajó un solo tiro y la Colt brincó en su mano. La cabeza de Abel se estampó contra la pared, se le cerraron los ojos y finalmente el mentón cayó exánime sobre el pecho.

Por primera vez en la vida toqué a Louis con ira. Alargando el brazo hacia su pecho, lo empujé. Él retrocedió un paso sin inmutarse.

—¿Por qué? —grité—. ¿Por qué lo has matado? Por Dios, Louis, ¿es que tienes que matar a todo el mundo?

—No —contestó Louis—. Sólo a Abel y a Stritch.

Y de pronto comprendí el verdadero motivo de la presencia de Louis y Ángel en el norte, y tomar

conciencia de ello fue como un puñetazo en el estómago.

—Te han pagado por ello —dije—. Has aceptado el encargo.

Sabía ya por qué Leo Voss había muerto y por qué Abel y Stritch habían elegido ese momento para replegarse en las sombras, y se debía sólo en parte a la oportunidad que ofrecían Billy Purdue y el dinero que había robado. Abel y Stritch huían, y huían de Louis.

Asintió una sola vez. A

su lado, Ángel me miró con cierto pesar pero también con determinación. Supe de qué lado estaba.

—¿Por cuánto? — pregunté.

—Un dólar —se limitó a responder Louis—. Habría aceptado quince centavos, pero el hombre no llevaba suelto.

—¿Un dólar?

Por extraño que pareciese, casi sonreí contra mi voluntad. Había aceptado un dólar y, sin embargo, las

vidas de aquellos asesinos no valían ni eso. Volví a mirar el cadáver de Abel y pensé en los dos agentes del coche y en el auténtico Eldritch, que seguramente ni siquiera había llegado a Maine.

—Son mala gente, Bird —afirmó Ángel—. Estos tipos son lo peor de lo peor. No permitas que se interpongan entre nosotros.

Negué con la cabeza.

—Tendríais que habérmelo dicho, así de

sencillo. Tendríais que haber confiado en mí.

Esta vez habló Louis.

—Tienes razón. La decisión fue mía y me equivoqué.

Plantado delante de mí, esperó una respuesta, y yo entendí por qué me lo había ocultado. Al fin y al cabo, yo era un ex policía con amigos policías. Quizás a Louis aún le quedaba alguna duda. Yo le había salvado la vida a Ángel cuando estaba en la cárcel, y ellos, en

respuesta, habían permanecido a mi lado cuando Jennifer y Susan fueron asesinadas, habían puesto en peligro sus vidas mientras yo perseguía al asesino de mi mujer y de mi hija y a los asesinos de otros, y no me habían pedido nada a cambio. No tenía razón alguna para dudar de ellos; en su caso, por el contrario, tratándose de un allanador de moradas y un asesino a sueldo, sí se justificaba que recelasen de mí.

—Lo entiendo —dije por fin.

Louis asintió una sola vez con la cabeza, pero con ese gesto y la expresión de sus ojos dijo todo lo que había que decir.

—Vamos —propuse—. Es hora de encontrar a Billy Purdue.

Y cuando nos encaminamos hacia el edificio vacío bajo la intensa lluvia, eché un último vistazo al cuerpo de Abel y me estremecí. Su silueta

encogida y el cadáver de Berendt en el museo del ferrocarril eran un mudo testimonio de que la figura achaparrada y grotesca de Stritch no andaba lejos.

Había dos coches aparcados más adelante en Fore Street, frente a una urbanización nueva de casas de madera gris parcialmente revestidas de ladrillo rojo. La oscuridad era tal que resultaba imposible saber si

había alguien dentro de los vehículos. Cuando llegamos a la puerta principal del edificio desocupado nos encontramos con que el cerrojo estaba forzado y la puerta entornada. Me arrimé a la pared y me asomé por la esquina para echar un vistazo a la fachada lateral. Allí, las ventanas del piso superior estaban tapiadas y una pasarela de madera conducía desde el borde de la hierba contigua hasta una puerta cerrada de la primera

planta. Debido a la inclinación del terreno, la planta baja quedaba, de hecho, por debajo de la hierba, y las ventanas también estaban cubiertas con tela metálica.

Regresé junto a Ángel y Louis, que me esperaban al lado de la puerta, y acordamos que Ángel volvería al Mercury para poder marcharnos rápidamente si salíamos con Billy Purdue.

Al otro lado de la puerta,

nada más entrar, una escalera sucia de polvo y papeles de periódico subía al primer piso, una especie de plataforma de almacenamiento sostenida por columnas de acero. Detrás de la escalera había una serie de despachos y zonas de trabajo vacíos, todos en silencio y con las luces apagadas. En el almacén aún olía un poco a madera, aunque ahora se imponía el hedor a humedad y a descomposición. Louis

llevaba una linterna, pero no la encendió por miedo a atraer la atención.

Desde donde nos hallábamos, veía los montones de madera podrida que quedaban en un rincón próximo a la escalera. Había goteras y el agua que caía se filtraba gradualmente a través de las tablas del suelo. Rodeamos la escalera y entramos en el primero de los talleres, vacío excepto por unos bancos de madera y una silla de plástico rota.

Cuando nos acercamos a un vano en la pared opuesta, oí un ruido al otro lado por encima del rumor de la lluvia y el goteo del agua. Tras señalar a Louis que se pusiera a la izquierda del vano, yo me coloqué a la derecha y me aproximé hasta que pude ver el otro compartimento por dentro. Avancé lentamente, me asomé con un movimiento rápido y seguí adelante con cautela al comprobar que nadie intentaba volarme la

cabeza.

Estaba en uno de los compartimentos de lo que en otro tiempo fueron dos despachos contiguos. En el aire flotaba un ligero olor a humo procedente de una pila de brasas de madera y basura en el rincón más alejado. En el rincón opuesto se movió algo.

Me di la vuelta de inmediato y tensé el dedo en el gatillo.

—No dispare —dijo una voz áspera y cascada, y una

silueta surgió poco a poco del lugar donde había permanecido agazapada en la oscuridad. Tenía los pies cubiertos de bolsas de plástico, las piernas enfundadas en unos vaqueros mugrientos, y una chaqueta roída por los codos atada a la cintura con un cordel. Llevaba el pelo largo y desgredado y tenía la barba gris con vetas amarillas de nicotina—. Por favor, no dispare. No he encendido el fuego con mala

intención.

—Muévase a la derecha.

Deprisa.

Por una grieta entre las tablas de madera de las ventanas penetraba el débil resplandor de una farola. El anciano se desplazó hasta quedar bajo el haz de luz. Tenía los ojos pequeños y la mirada mortecina. Incluso a cuatro metros me llegó su aliento a alcohol y a otras cosas.

Apunté hacia él
manteniéndolo en el punto

de mira por un momento y luego señalé a mi derecha con la pistola a la vez que Louis cruzaba el vano.

—Salga de aquí —ordené—. No es un lugar seguro.

—¿Puedo recoger mis cosas? —Con un ademán, indicó sus escasas pertenencias, apiladas en un carrito de la compra.

—Coja lo que pueda cargar y váyase.

El anciano movió la cabeza en un gesto de

agradecimiento y empezó a seleccionar enseres del carrito: unas botas, unas latas de refrescos, un rollo de hilo de cobre. Algunos volvió a guardarlos; respecto a otros, parecía que necesitaba pensárselo. Pero mientras se planteaba si se llevaba o no una única zapatilla Reebok, una voz grave dijo detrás de mí:

—Viejo, tiene cinco segundos para sacar su mierda de aquí, o si no el juez de instrucción se

encargará de eso por usted.

Por lo visto, el comentario de Louis le sirvió al anciano de acicate para concentrar la atención; segundos después pasaba corriendo ante nosotros con una maraña de hilo de cobre, botas y latas entre los brazos.

—No me robarán nada, ¿verdad? —preguntó a Louis antes de salir.

—No —contestó Louis—. Ya se lleva usted todos los objetos de valor.

Bajo la mirada de Louis, que lo observaba moviendo la cabeza, el anciano asintió alegremente, dispuesto ya a escabullirse. Pero en el vano de la puerta volvió a detenerse.

—Los otros han ido arriba —se limitó a decir y se marchó.

Con paso rápido pero cauteloso atravesamos la planta baja hasta llegar a dos escaleras paralelas al otro lado del edificio, una en cada rincón. Oí unas

lluvia caía con renovada intensidad y el sonido reverberaba en el interior del viejo edificio.

Nos reunimos en una especie de entresuelo donde un único y ancho tramo de escalera conducía al primer piso. Louis se adelantó, y yo, desde atrás, lo observé mientras abría de un empujón una puerta oscilante con una ventanilla mugrienta de tela metálica a la altura de la cabeza y empezaba a registrar la

planta. Decidí ocuparme de la segunda planta y, cuando me disponía a subir, oí movimiento abajo. Miré por encima de la barandilla de la escalera y en mi campo visual apareció un hombre que en ese momento encendía un cigarrillo con una cerilla. A la luz de la llama lo reconocí: era uno de los hombres que acompañaba a Tony Celli en la habitación del hotel. Seguramente su misión era vigilar la puerta desde fuera,

pero en lugar de eso había preferido resguardarse de la lluvia. Arriba crujió débilmente una tabla y luego otra: al menos uno de los hombres de Celli había subido al segundo piso.

Mientras observaba al hombre de Tony el Limpio fumarse el cigarrillo, algo me llamó la atención a la izquierda. Las ventanas del entresuelo, que antes ofrecían vistas del patio, ahora estaban tapiadas y no permitían el paso de la luz.

La única iluminación procedía de un agujero irregular en la pared, rodeado de una mancha de humedad donde el yeso en torno a un viejo aparato de aire acondicionado había cedido y caído al suelo, junto con el propio aparato. El agujero creaba algo así como un turbio charco de luz entre dos masas de oscuridad. En uno de esos espacios en la penumbra percibí una presencia. Una figura pálida se movió,

como un trozo de papel que rodase suavemente. Con el corazón acelerado y notando el peso de la pistola en la mano, avancé hacia allí.

Un rostro surgió de la negrura. No se le veía el blanco de los ojos, en apariencia ensombrecido, y daba la impresión de que un lazo oscuro le colgaba del cuello. Lentamente se hicieron visibles la boca, sellada con un hilo negro cosido en zigzag y, debajo, la profunda marca de la soga

en la piel. La mujer me observó por un momento y luego pareció encogerse hasta que, al cabo de un instante, desapareció por completo. Un sudor frío me recorrió la espalda y sentí náuseas. Eché otra ojeada a la oscuridad y me di la vuelta justo cuando me llegó de abajo un ahogado grito de dolor.

Me detuve en el primer peldaño y esperé. A mi alrededor caía la lluvia y el agua goteaba. Abajo se oyó

el suave roce de un zapato en la madera y de pronto apareció un hombre en la escalera de la derecha. Llevaba una gabardina de color tostado de la que asomaba una cabeza calva. Stritch alzó su extraño rostro como de cera fundida y me miró por un instante con sus ojos incoloros y sin vida. A continuación se dibujó en su boca exageradamente ancha una sonrisa exenta por completo de humor y al instante retrocedió y quedó

oculto bajo el rellano. Me pregunté si ya sabía que Abel estaba muerto, y en qué medida me consideraba una amenaza.

La respuesta llegó al cabo de unos segundos cuando una silenciosa ráfaga de disparos perforó la madera blanda y húmeda de la barandilla de la escalera y las astillas salieron despedidas en la oscuridad. Subí de un salto los peldaños que faltaban seguido de las balas de Stritch, que

intentaba calcular mi posición por el oído. Noté un tirón en el faldón del abrigo al llegar a lo alto de la escalera y supe que al menos una de las balas había estado cerca, pero que muy cerca, de alcanzarme.

Llegué al primer piso y fui tras Louis. Al otro lado de la puerta había una especie de vestíbulo, con un viejo mostrador de recepción sobre un estrado a mi derecha y, detrás de éste, otro espacio de

almacenamiento, parte de una serie de pequeños compartimentos similares que se sucedían hasta el fondo del edificio, cada uno conectado por un único vano, de modo que, si la iluminación lo hubiese permitido, habría visto a través de ellos hasta la pared del fondo del almacén. Incluso desde donde estaba, vi que esos compartimentos aún contenían escritorios destartados y sillas rotas, estereras enrolladas y podridas

y cajas de papel desechado. Dos pasillos se extendían a los lados, uno directamente frente a mí y el otro a la derecha. Supuse que Louis recorría ya el pasillo de la derecha, así que avancé a toda prisa por el otro, lanzando nerviosas miradas por encima del hombro para ver si Stritch había aparecido ya.

Delante de mí, a la derecha, se oyó la ráfaga de un arma que fue contestada por dos disparos menos

sonoros en rápida sucesión. Oí gritos y pasos a la carrera, y el eco de unos ruidos en el viejo edificio. En un vano a mi derecha, desmadejado en el suelo, yacía un hombre con cazadora negra, la cabeza en un charco de sangre. Louis ya había empezado a dejar su impronta, pero ignoraba que Stritch estaba en algún lugar detrás de nosotros, y era importante avisarle. Regresé al pasillo a tiempo de ver una mancha de color

tostado tras el mostrador de recepción. Avanzando de medio lado, pasé ante la silueta caída del hombre de Tony Celli hasta que me fue posible ver por encima del mostrador, pero ya no había allí señales de Stritch. Corrí hasta el vano del siguiente compartimento y, al asomarme, sentí el cañón de una pistola con silenciador en la sien derecha.

—Mierda, Bird, casi te vuelo la cabeza —dijo Louis. En la penumbra y con

ropa oscura apenas se le veía, sólo se distinguían sus dientes y el blanco de los ojos.

—Stritch está aquí — dije.

—Lo sé. Lo he visto un momento y luego me has distraído tú.

Nuestra conversación se vio interrumpida por una nueva serie de disparos frente a nosotros, tres y todos de la misma arma, sin fuego de respuesta. Se oyeron más gritos y luego

una ráfaga de automática, seguida de unos pasos escalera arriba. Louis y yo cruzamos un gesto de asentimiento y nos encaminamos hacia el fondo del edificio, situándonos a los lados de cada uno de los vanos para ver mejor el compartimento siguiente y el correspondiente tramo de pasillo. Continuamos avanzando hasta llegar a un montacargas abierto, en el que yacía otro de los hombres de Tony Celli.

Junto al montacargas, un único tramo de escalera ascendía al piso superior, adonde, cabía pensar, Stritch había llegado antes que nosotros. Apenas habíamos subido el segundo peldaño cuando oí a mis espaldas, con un escalofrío, un sonido familiar: los chasquidos de un cartucho al introducirse en la recámara de una escopeta de repetición. Louis y yo nos volvimos muy despacio, con las pistolas en alto y a los lados,

y nos hallamos frente a Billy Purdue. Tenía la cara tiznada y la ropa empapada y llevaba una mochila negra a la espalda.

—Tirad las armas —ordenó. Asombrosamente, había encontrado la manera de esconderse de sus perseguidores y de nosotros entre los muebles viejos y los desechos de oficina. Obedecimos al tiempo que lanzábamos cautas miradas al arma de Billy y a la escalera—. Tú los has traído

aquí —me acusó con voz trémula de ira—. Me has vendido. —Le resbalaban lágrimas por las mejillas.

—No, Billy —dije—. Hemos venido para llevarte a un lugar seguro. Aquí estás en peligro. Deja la escopeta e intentaremos sacarte.

—No. Vete a la mierda. Aquí no puedo contar con nadie.

Dicho esto disparó dos veces y provocó una lluvia de madera y yeso detrás de nosotros que nos obligó a

echarnos al suelo. Cuando volvimos a levantar la vista, con astillas y polvo en el pelo, Billy ya no estaba allí, pero oí alejarse sus pasos en la dirección de donde veníamos. Louis se puso en pie de un salto y lo siguió.

En el piso superior se oyeron nuevos disparos mientras me levantaba, fuego de automática seguido de un único tiro. Subí despacio y, con las manos sudorosas, alargué el cuello para asomarme a un lado. En

lo alto de la escalera, junto al montacargas, yacía acurrucado en un rincón otro de los hombres de Celli. La sangre le manaba de una herida de bala en el cuello. Había también algo extraño en él, algo que casi pasé por alto.

Tenía el pantalón desabrochado, la cremallera bajada y los genitales parcialmente a la vista.

Ante mí había un vano, y más allá la oscuridad más absoluta. En esa oscuridad

me esperaba Stritch. Olía su colonia barata y empalagosa y el siniestro hedor a tierra que pretendía disimular con ella. Percibía su actitud alerta, las antenas que desplegaba para sondear el aire alrededor en busca de una presa. Y sentía su deseo, el placer sexual que obtenía haciendo daño y segando vidas, la aberrante sexualidad que lo había impulsado a tocar y dejar a la vista los genitales de aquel hombre mientras

agonizaba en el rincón.

Y supe con absoluta certeza que si ponía un pie más allá de aquel vano, Stritch acabaría con mi vida y me tocaría mientras moría. Sentí cómo se movían sombras a mi alrededor, y un niño rió abajo en la tenue luz. Parecía llamarme para que retrocediese y me apartase del borde del abismo, o quizás era el pavor que sentía lo que me inducía a imaginarlo. Fuera cual fuese la razón, decidí

dejar a Stritch en la oscuridad y regresar a la luz.

Louis se acercó mientras yo bajaba por la escalera. Llevaba el pantalón roto en la rodilla y cojeaba un poco.

—He resbalado —dijo escupiendo las palabras—. Se ha escapado. ¿Y Stritch?

Señalé hacia el piso superior.

—Quizá Tony Celli te haga un favor.

—¿Tú crees? —dijo Louis en tono de manifiesto escepticismo. Me miró con

más atención—. ¿Estás bien, Bird?

Pasé de largo junto a él para que no me viese la cara. Me avergonzaba de mi debilidad, pero sabía lo que había sentido y lo que había visto en los ojos inyectados en sangre de una muerta.

—A mí me preocupa Billy Purdue —dije—. Cuando Stritch se entere de que su amigo ha muerto, no irá a ninguna parte hasta que se haya desquitado. Tendrás otra oportunidad.

—Preferiría aprovechar ésta —contestó.

—Ahí arriba está oscuro como boca de lobo. Si pones un pie dentro, te matará.

Louis, inmóvil, me miró sin hablar. Oí a lo lejos el ulular de unas sirenas que se acercaban. Vi que Louis vacilaba, poniendo en un platillo de la balanza el riesgo de la llegada de la policía y las sombras del piso superior y en el otro la oportunidad de eliminar a Stritch. Finalmente, tras

lanzar un único vistazo a la escalera que ascendía a la oscuridad del segundo piso, Louis me siguió.

Llegamos a la zona principal, donde habíamos encontrado al anciano.

—Si salimos por la parte delantera toparemos con los conductores de Tony Celli o la policía —dije—. Y si Billy se ha marchado por ahí, ya estará muerto.

Louis asintió con la cabeza y nos dirigimos hacia la puerta del fondo del

almacén, donde el hombre que Stritch había matado yacía mitad dentro, mitad fuera, con un brazo sobre los ojos como si hubiese estado mirando el centro del sol. Vi el Mercury al otro lado del patio. Cobró vida con un rugido, y Ángel atravesó el patio a toda velocidad, giró y paró para que subiéramos.

—¿Alguna señal de Billy? —pregunté.

—No. ¿Vosotros estáis bien?

—Sí —contesté, aunque

aún temblaba por el miedo que había sentido en el segundo piso del almacén—. Stritch estaba ahí. Ha entrado por la parte de atrás del edificio.

—Parece que todo el mundo sabe en qué andas metido menos tú —comentó Ángel mientras salíamos del recinto sin pérdida de tiempo y seguíamos las vías en dirección a India Street. Poco antes del final, giró el volante a la derecha y cruzamos como rayos una

brecha que había en la alambrada y entramos en el aparcamiento de One India. Apagó las luces al oír las sirenas y ver pasar por Fore Street dos coches patrulla a todo gas. Luego aguardó por si aparecía Billy Purdue.

Mientras permanecíamos allí en silencio, intenté hacerme una composición de lugar de lo ocurrido: o bien los federales tenían pinchado mi teléfono, o habían seguido el rastro a los hombres de Tony Celli.

Cuando se decidieron a intervenir, Abel se puso en contacto con Stritch y le dijo adónde debía ir, con la intención de reunirse con él después de ocuparse de los agentes. Pese a haber tres grupos distintos de personas detrás de él en un espacio cerrado, Billy Purdue había conseguido escapar.

También me paré a pensar en aquella figura medio imaginada que había vislumbrado en la oscuridad. Rita Ferris estaba muerta y

pronto la nieve caería sobre su tumba. La mente me gastaba malas pasadas, o quizá yo quería creer que ésa era la explicación.

No se acercó nadie desde el complejo. Si alguno de los hombres de Tony Celli había sobrevivido, supuse que se había encaminado hacia el norte en lugar de volver directamente a la ciudad y correr el riesgo de encontrarse con la policía.

—¿Crees que sigue ahí dentro? —pregunté a Louis.

—¿Quién? ¿Stritch? Si sigue ahí, es porque le han matado, y dudo mucho que entre los hombres de Tony Celli haya alguno capaz de hacerlo, en el supuesto de que quede ahí dentro alguien con vida —contestó Louis.

Una vez más advertí aquella expresión pensativa en sus ojos mientras examinaba mi rostro por el retrovisor.

—Te diré una cosa —añadió—. Ahora ya sabe que Abel ha muerto, y va a

ponerse hecho una furia.

15

Louis y Ángel me dejaron en el Mustang y luego me siguieron hasta el Java Joe's. Me sentía exhausto y asqueado: pensé en la mirada de Abel antes de morir y en la imagen del joven pistolero violado en el momento de su muerte, y también me acordé del anciano cargado de zapatillas e hilo de cobre que salía a toda prisa a la noche

fría y lluviosa.

En la cafetería, Louis y Ángel decidieron quedarse fuera en el Mercury tomando café con chocolate. Lee Cole estaba sentada junto a la ventana, con unos vaqueros remetidos en unas botas de media caña forradas de piel y un suéter de lana blanco abrochado hasta el cuello. Cuando se levantó para saludarme, la luz iluminó sus mechones de pelo plateados. Me besó con ternura en la mejilla y me

estrechó con fuerza. Empezó a temblar y la oí sollozar en mi hombro. Mientras la apartaba con delicadeza y apoyaba las manos en sus hombros, observé que movía la cabeza en un gesto de vergüenza y buscaba un pañuelo de papel en los bolsillos. Seguía siendo hermosa. Walter era un hombre afortunado.

—Ha desaparecido, Bird —dijo cuando nos sentamos—. No la encontramos. Ayúdame.

—Pero si estuvo conmigo hace sólo unos días —contesté—. Paró aquí durante unas horas con su novio.

Lee asintió con la cabeza.

—Lo sé. Nos telefoneó desde Portland y nos dijo que seguía el viaje con Ricky. Luego nos llamó de nuevo desde algún sitio más al norte, y ya no hemos vuelto a recibir noticias tuyas. Tenía instrucciones estrictas de llamarnos a

diario, y cuando no supimos...

—¿Os habéis puesto en contacto con la policía?

—Walter sí. Creen que se ha escapado con Ricky. El mes pasado Walter discutió con Ellen por él; le reprochó que debía concentrarse más en los estudios en lugar de andar persiguiendo chicos. Ya sabes cómo es Walter, y con la jubilación no se ha vuelto más tolerante.

Asentí. Sabía cómo era

Walter.

—Cuando vuelvas, telefonea al agente especial Ross a las oficinas del FBI en Manhattan. Dile que llamas de mi parte. Él comprobará si el nombre de Ellen consta en la base de datos del CNIC. —El Centro Nacional de Información Criminal mantenía el registro de todas las personas, menores y adultas, cuya desaparición se había denunciado—. Si no consta, significa que la policía no

está haciendo lo que debe, y quizá Ross también pueda ayudarte en eso.

Se animó un poco.

—Le pediré a Walter que lo haga.

—¿Sabe qué estás aquí?

—pregunté.

—No. Cuando le pedí que se pusiera en contacto contigo, se negó. Ya ha estado en la zona para presionar a la policía local. Le dijeron que lo mejor era esperar, pero la paciencia no es una de las virtudes de

Walter. Fue a preguntar a otros pueblos y no encontró el menor rastro. Regresó ayer, pero no creo que se quede de brazos cruzados. Le dije que tenía que marcharme de casa un par de días. Ya había reservado el vuelo. He intentado llamarte por el móvil pero no conseguía hablar contigo. No sé... —Su voz se apagó y empezó la frase de nuevo—. No sé qué ha pasado entre vosotros. Conozco una parte y puedo adivinar algo

más, pero eso no tiene nada que ver con mi hija. Le dejé una nota en la nevera. Ahora ya la habrá leído. —Miró por la ventana, como si visualizase el momento en que Walter hallaba la nota y cómo reaccionaba al mensaje.

—¿Existe alguna posibilidad de que la policía esté en lo cierto, de que se haya escapado? —pregunté —. Nunca me ha parecido esa clase de chica, y cuando la vi, no la noté alterada en

lo más mínimo, pero los jóvenes se ponen un poco raros al incluirse el sexo en la ecuación. Lo sé por propia experiencia.

Sonrió por primera vez.

—Recuerdo lo que es el sexo, Bird. Puede que sea mayor que tú, pero aún no estoy muerta. —La sonrisa desapareció de sus labios; sus propias palabras habían desatado una reacción en cadena y supe que procuraba no imaginar qué podía haberle ocurrido a Ellen—.

No se ha fugado. La conozco, y nunca nos haría una cosa así por más que discutiésemos con ella.

—¿Y qué sabes de ese chico, de Ricky? Me dio la impresión de que tenían puntos de vista muy distintos.

Al parecer, Lee sólo sabía que su madre había abandonado a la familia cuando Ricky tenía tres años, y que su padre, para criarlos a él y a sus tres hermanas, había mantenido

dos empleos sin ningún porvenir. Era un estudiante becado; un poco adusto e impulsivo, admitió, pero no creía que actuase con la menor malicia ni que se hubiese prestado a participar en una fuga.

—¿La buscarás, Bird? No dejo de pensar que se ha metido en algún lío. Quizá recogieron a un autoestopista y algo fue mal, o alguien... —Se interrumpió de pronto y alargó el brazo para

estrecharme la mano—. ¿La encontrarás por mí? — insistió.

Pensé en Billy Purdue y en los hombres que lo perseguían, en Rita y Donald, en la nieta de Cheryl Lansing asomando entre una masa de hojas mojadas y podridas. Me sentía comprometido con los muertos, con la joven atribulada que había deseado crear una vida mejor para sí misma y para su hijo, pero ella se había ido y Billy

Purdue flotaba a la deriva hacia una especie de juicio final del que yo no podía salvarlo. Quizá debía comprometerme con los vivos, con Ellen, que había cuidado de mi hija durante su corta vida.

—La buscaré —respondí—. ¿Puedes decirme adónde iba cuando telefoneó?

Mientras Lee hablaba, el mundo pareció desplazarse de su eje, proyectando extrañas sombras sobre escenarios familiares y

convirtiéndolo todo en una pobre versión de su realidad anterior. Y maldije a Billy Purdue, porque de algún modo que yo aún no podía comprender era responsable de lo ocurrido. En palabras de Lee, mundos en otro tiempo alejados se eclipsaban mutuamente y formas indistintas, como placas deslizándose bajo la tierra, se unían para formar un continente nuevo y oscuro.

—Dijo que se dirigía a

un pueblo llamado Dark Hollow.

La llevé al aeropuerto de Portland a tiempo de tomar el vuelo a Nueva York y después regresé a casa. Ángel y Louis estaban en la sala, viendo un pésimo y maratoniano programa de entrevistas en la televisión por cable.

—Se titula «No puedo casarme contigo si no eres virgen» —dijo Ángel—.

Como mínimo no afirman ser vírgenes, porque, si no, se titularía «No puedo casarme contigo si eres mentirosa».

—O «No puedo casarme contigo si eres fea» — sugirió Louis, y tomó un sorbo de cerveza Katahdin de la botella, con las piernas apoyadas en una silla frente a él—. Tío, ¿cómo consiguen audiencia para este programa? ¿Pasan por los campings de caravanas con billetes de dólar a

rastras? —Pulsó el mando a distancia para quitar el sonido del televisor.

—¿Cómo se encuentra Lee? —preguntó Ángel con repentina seriedad.

—Conserva la calma, pero a duras penas.

—¿Y qué habéis decidido?

—Tengo que volver al norte, y creo que voy a necesitar que me acompañéis. La última vez que se supo de Ellen Cole iba camino de Dark Hollow,

el pueblo en el que se crió Billy Purdue durante un tiempo y adonde creo que volverá.

Louis se encogió de hombros.

—Allá vamos, pues.

Me senté en un sillón a su lado.

—Quizás haya un problema.

—Por Dios, Bird — comentó Ángel—, no puede decirse que andemos escasos de problemas tal como están las cosas.

—¿Tiene nombre el problema? —preguntó Louis.

—Rand Jennings.

—¿Y ése quién es?

—El jefe de policía de Dark Hollow.

—¿Y por qué no le caes bien? —dijo Ángel tomando el relevo de Louis.

—Tuve una aventura con su mujer.

—Eres único —dijo Louis—. Podrías caerte y te costaría encontrar el suelo.

—Hace mucho tiempo.

—¿Suficiente para que Jennings haya perdonado y olvidado? —preguntó Ángel.

—Probablemente no.

—Quizá podrías escribirle una nota —sugirió—. O mandarle unas flores.

—No me estáis ayudando demasiado.

—Yo no me acosté con su mujer. En cuestión de ayuda, eso me da una clara ventaja sobre ti.

—¿Lo viste la última vez que estuviste allí? —

preguntó Louis.

—No.

—¿Viste a la mujer?

—Sí.

Ángel se echó a reír.

—Eres de lo que no hay,

Bird. ¿Existe alguna posibilidad de que mantengas el canario encerrado en la jaula mientras estemos allí, o piensas renovar tus antiguas relaciones?

—Nos encontramos por casualidad. No fue intencionado.

—Ajá. Eso cuéntaselo a Rand Jennings. «Hola, Rand, fue por casualidad. Tropecé y me caí encima de tu mujer».

Aún lo oía reír cuando salió y se fue a su habitación.

Louis se terminó la cerveza, levantó los pies de la silla y se dispuso a seguir a Ángel.

—Esta noche la hemos cagado —comentó.

—Las cosas se han torcido. Hemos hecho lo que

estaba en nuestras manos.

—Tony Celli no va a dejar correr este asunto. Stritch tampoco.

—Ya lo sé.

—¿Quieres contarme qué ha pasado en el piso de arriba?

—He presentido que me esperaba, Louis. He presentido que me esperaba y he tenido la certeza de que, si entraba a buscarlo, moriría. Aunque todo demuestre lo contrario, no deseo morir. No tenía

intención de morir a manos de él, ni allí ni en ninguna parte.

Louis se quedó junto a la puerta pensando en lo que acababa de decirle.

—Si lo has presentido, es que iba a pasar —respondió por fin—. A veces ahí está la diferencia entre la vida y la muerte. Pero si vuelvo a verlo, lo liquidaré.

—No si yo lo veo primero —repuse, y hablaba en serio a pesar de todo lo que había ocurrido y el

miedo que había sentido.

Contrajo los labios en una de sus características medias sonrisas.

—Te apuesto un dólar a que no.

—Cincuenta centavos —contesté—. Ya te has ganado la mitad del sueldo.

—Supongo que sí —dijo—. Supongo que sí.

Louis y Ángel se marcharon temprano a la mañana siguiente, Louis camino del aeropuerto y Ángel a echar un vistazo a la

caravana de Billy Purdue por si encontraba algo que la policía hubiese pasado por alto. Me disponía a cerrar con llave la puerta de la casa cuando el coche de Ellis Howard entró en el camino de acceso y Ellis en persona se bajó con dificultad del coche. Le echó un vistazo a la bolsa que llevaba yo y la señaló con el pulgar.

—¿Vas a alguna parte?

—Sí.

—¿Te importa decirme adónde?

—Sí.

Dio una suave palmada en el capó del Mustang, como para trasladar su frustración al metal del coche.

—¿Dónde estuviste anoche?

—En la carretera, volviendo de Greenville.

—¿A qué hora llegaste?

—A eso de las seis.

¿Tengo que llamar a un abogado?

—¿Viniste directamente a casa?

—No, me reuní con una persona en el Java Joe's. Repito: ¿tengo que llamar a un abogado?

—No, a no ser que quieras confesar algo. Iba a contarte lo que pasó anoche en el complejo de Portland Company, pero quizá ya te hayas enterado, teniendo en cuenta que tu Mustang estaba en la zona del puerto a esas horas.

Era eso, pues. Ellis había venido a tantear el terreno. No sabía nada, y yo no

estaba dispuesto a perder el control y suplicar misericordia.

—Ya te lo he dicho. Había quedado con una persona.

—¿Sigue en la ciudad esa persona?

—No.

—¿Y no sabes nada de lo que ocurrió anoche en el complejo?

—Procuro eludir los noticiarios. Afectan a mi karma.

—Si creyese que fuera a

servir de algo, tu karma se pasaría un rato en una celda. Encontramos cuatro cadáveres en el complejo, todos ellos colaboradores de Tony Celli, más dos federales muertos y un visitante misterioso.

—¿Un visitante misterioso? —pregunté, pero estaba pensando en otra cosa. Tendrían que haber sido cinco los cadáveres en el complejo: uno de los hombres de Tony había sobrevivido y escapado, y de

ahí se desprendía que era muy probable que Tony Celli tuviese noticias de que Louis y yo habíamos estado en el edificio.

Ellis me observaba intentando adivinar qué sabía. Mientras hablaba, esperaba a que yo reaccionase. Se vio defraudado.

—Encontramos al policía de Toronto, Eldritch, muerto. Tres balas, dos armas distintas. El disparo en la cabeza fue una

ejecución.

—Estoy esperando el «pero».

—El «pero» es que ese tipo no era Eldritch. Su documento de identidad afirma que lo era; pero sus huellas y su cara dicen que no. Ahora tengo encima al Departamento de Policía de Toronto para que encuentre a su hombre desaparecido; tengo a unos cuantos federales muy interesados en ese ciudadano anónimo que mató a dos de sus agentes, y

tengo a cuatro miembros de la flor y nata de la mafia de Boston ocupando un espacio en el depósito de cadáveres que no puedo permitirme. El forense contempla la posibilidad de establecerse aquí de manera permanente, dado lo buenos clientes que somos. Además, no se ha vuelto a ver a Tony Celli desde la noche que se alojó en el Regency.

—¿Se largó sin pagar la cuenta?

—Bird, no estoy de

humor. No olvides que Willeford sigue desaparecido y que hasta que tú interviniste sabía tanto acerca de Billy Purdue como cualquiera.

Me abstuve de hacer comentarios. Prefería no pensar en lo que podía haberle ocurrido a Willeford por mi culpa. En lugar de eso, pregunté:

—¿Han averiguado algo en Bangor sobre Cheryl Lansing?

—No, y nosotros

tampoco hemos avanzado en el asesinato de Rita Ferris y su hijo. Esto me lleva a la segunda razón de mi visita. ¿Quieres explicarme otra vez qué hacías en Bangor y luego en Greenville?

—Como ya declaré en Bangor, Billy Purdue contrató a alguien para localizar a sus padres. Pensé que quizás intentaría seguir esa pista ahora que se encuentra en apuros.

—¿Y está siguiendo la pista?

—Él u otra persona.

Ellis se acercó a mí, ya sólo la mole de su cuerpo resultaba amenazadora, y su mirada más aún.

—Dime adónde ibas, Bird, o te juro por Dios que te detengo ahora mismo y examino detenidamente la pistola que llevas.

Comprendí que Ellis no bromeaba. Aunque las armas silenciadas se hallaban en el fondo de Casco Bay junto a Mifflin, no podía retrasar la búsqueda de Ellen Cole.

—Me dirijo al norte, a un pueblo llamado Dark Hollow. Ha desaparecido la hija de un amigo mío. Voy a intentar encontrarla. Su madre era la persona con quien me reuní anoche en el Java Joe's.

Su expresión de ira se suavizó un poco.

—¿Es una coincidencia que Dark Hollow sea el pueblo de Billy Purdue?

—No creo en las coincidencias.

Dio otra palmada en el

capó y pareció tomar una decisión.

—Yo tampoco.

Mantente en contacto, Bird, ¿queda claro?

Se dio media vuelta y regresó al coche.

—¿Eso es todo? — pregunté, sorprendido al ver que dejaba el asunto tan fácilmente.

—No, supongo que no, pero no se me ocurre qué más puedo hacer. —Se detuvo junto a la puerta abierta del coche y me

observó—. Para serte sincero, Bird, por un lado sopeso las ventajas de llevarte a jefatura e interrogarte, en el supuesto de que confesaras algo, y por otro lado las ventajas de tenerte vagando por ahí y removiendo debajo de las piedras. De momento la balanza se decanta en favor de la segunda opción, pero por muy poco. Recuérдалo.

Esperé un instante.

—¿Significa eso que has decidido no reclutarme,

Ellis?

No contestó. Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n, se meti6 en el coche y se alej6, y yo me qued6 all6 pensando en Tony Celli, en Stritch y en un viejo que beb6a cerveza en un bar del puerto y esperaba a que el nuevo mundo lo dejara para siempre en la cuneta.

Le hab6a contado a Ellis parte de la verdad, pero no

toda. Iba a Dark Hollow, estaría allí al anochecer, pero antes Louis y yo visitaríamos Boston. Existía una remota posibilidad de que Tony Celli hubiese secuestrado a Ellen Cole, quizá con la esperanza de utilizarla como elemento de presión si yo encontraba a Billy Purdue antes que él. Aunque no fuera así, había asuntos que aclarar antes de enfrentarnos otra vez con Tony Celli. Tony era un mafioso. Convenía que todo

el mundo supiese qué postura adoptar con respecto al futuro de Tony.

Antes de salir para reunirme con Louis en el aeropuerto, paré en el guardamuebles Kraft. Allí, en tres unidades contiguas, estaban las pertenencias que conservaba de mi abuelo: unos muebles, una pequeña estantería con libros, varias piezas de vajilla de plata y una pantalla de chimenea metálica, y una serie de cajas llenas de documentos y

de expedientes viejos. Tardé quince minutos en localizar lo que buscaba y llevármelo al coche: una carpeta marrón de fuelle cerrada con una cinta roja. En la etiqueta del índice, escrito en la afiligranada caligrafía de mi abuelo, aparecían las palabras: «Caleb Kyle».

16

Al Z operaba desde un despacho situado sobre una tienda de cómics en Newbury Street. Se trataba de una ubicación poco común, pero a él le gustaba estar en una zona donde los turistas curioseaban en tiendas de ropa cursi, tomaban té exóticos o visitaban galerías de arte. Era un lugar concurrido, había demasiada gente

alrededor para que a alguien se le ocurriese causar problemas y podía pedir que le trajesen cafés aromatizados o velas perfumadas cuando le venía en gana.

Louis y yo tomábamos helado de chocolate y bebíamos café en la terraza de la heladería Ben and Jerry's, frente al edificio de piedra rojiza donde se hallaba el despacho de Al Z. Éramos los únicos sentados fuera, básicamente porque

hacía tanto frío que mi helado ni siquiera había empezado a derretirse.

—¿Crees que nos habrá visto? —pregunté cuando mis dedos renunciaron a sostener la cuchara sin que me temblaran.

Louis dio un sorbo de café con actitud pensativa.

—¿Un hombre negro alto y apuesto y su chico blanco sentados en la terraza de una heladería en pleno invierno? A estas alturas alguien tiene que haberse

fijado en que estamos aquí, eso desde luego.

—No sé si acaba de gustarme que me llamen «chico» —reflexioné.

—Ponte en la cola, blanquito. Nosotros los negros te llevamos trescientos años de ventaja en cuanto a esa queja en particular.

Encima de la tienda de cómics, una sombra se movió tras una ventana.

—Vamos —dijo Louis—. Si no fuera por el frío,

los negros ya serían los dueños del mundo.

En lo alto de la escalera de entrada, junto al escaparate de la tienda, había un interfono al lado de una puerta de madera sin ventana. Pulsé el timbre y una voz contestó:

—¿Sí?

—Busco a Al Z —dije.

—Aquí no hay ningún Al Z —respondió la voz con marcado acento inglés y juntando las palabras. A continuación se oyó un

chasquido y el interfono quedó en silencio.

Louis volvió a llamar.

—¿Sí? —dijo la misma

VOZ.

—Tío, abre de una puta

vez.

Se oyó el zumbido del interfono y entramos. La puerta blindada, provista de muelle, se cerró de golpe. Subimos los cuatro tramos de escalera hasta una sencilla puerta sin barnizar que estaba abierta. Al otro lado había una silueta baja y

robusta, apoyada contra la ventana que había más allá y con la mano a medio camino entre el cuello y el cinturón en actitud de empuñar la pistola si era necesario. El único adorno en la pared del rellano era un reloj blanco y negro de aspecto barato, que marcaba los segundos con un débil tictac. Deduje que detrás se escondía la cámara de vigilancia. Cuando entré en el despacho y vi que el monitor de televisión en el escritorio de Al Z mostraba

sólo el hueco de escalera vacío, comprendí que había acertado.

En el despacho había cuatro hombres. Uno era el tipo bajo y robusto, de piel tan amarilla como una vela de cera. En un gastado sofá de piel había un hombre de mayor edad, con la papada de un basset, las piernas cruzadas, camisa blanca y corbata roja de seda bajo un traje negro. Unas pequeñas gafas de sol de montura redonda ocultaban sus ojos.

Apoyado contra la pared, un joven matón con los pulgares enganchados en las presillas vacías de la cintura mantenía abierta una chaqueta gris plata para revelar la culata de una semiautomática H&K. Los pantalones grises de vestir le hacían bolsas en las rodillas y las perneras se estrechaban hasta reducirse a poco más que limpiadores de pipa allí donde desaparecían dentro de unas camperas con adornos de plata. En el lugar

de donde venía, sin duda la vuelta a la moda de los años ochenta seguía en pleno apogeo.

Louis miraba al frente, como si en el despacho no hubiera nadie excepto el cuarto hombre, sentado tras un escritorio de teca con taracea de piel verde sobre el que había sólo un teléfono negro, un bolígrafo, un cuaderno y el monitor de televisión, que mantenía la escalera bajo incesante vigilancia.

Al Z parecía el acicalado director de una funeraria en vacaciones. Tenía el cabello ralo y gris, de aspecto untuoso, peinado hacia atrás para despejar la ancha frente, y pegado al cráneo. Tenía la cara angulosa, curtida y arrugada, los ojos oscuros como ópalos, los labios finos y secos, las ventanas de la alargada nariz anormalmente abiertas, como si perteneciese a una raza criada con el propósito específico de desarrollar la

capacidad olfativa. Vestía un traje con chaleco de tonos otoñales, la tela era una mezcla de rojos, anaranjados y amarillos exquisitamente entretejidos. Llevaba el afilado cuello de la camisa blanca desabrochado, sin corbata. En la mano derecha sostenía un cigarrillo; la izquierda reposaba con la palma sobre el escritorio, las uñas cortas y limpias pero sin manicura. Al Z actuaba como intermediario entre las altas esferas de la

organización y los niveles más bajos. Resolvía problemas cuando surgían. Tenía un don para resolver problemas, pero la manicura carecía de sentido cuando el trabajo de uno siempre implicaba ensuciarse las manos.

Frente al escritorio no había sillas, y el hombre del traje oscuro estaba repantigado en el sofá, así que nos quedamos de pie. Al Z saludó a Louis con la cabeza y luego se quedó

mirándome como para evaluarme.

—Vaya, vaya, el famoso Charlie Parker —dijo por fin—. Si hubiese sabido que venía, me hubiera puesto corbata.

—Todo el mundo te conoce. Así que ¿cómo vas a ganarte la vida de detective privado? —masculló Louis—. Contratarte a ti para trabajos secretos es como contratar a Jay Leno.

Al Z esperó a que Louis terminase de hablar antes de

concentrar su atención en él.

—Si hubiese sabido que traería compañía tan distinguida, señor Parker, habría obligado a todos los demás a ponerse también corbata.

—Cuánto tiempo sin verte —dijo Louis.

Al Z asintió.

—Tengo problemas pulmonares. —Movi^ó suavemente el cigarrillo—. El aire de Nueva York no me sienta bien. Prefiero esta zona.

Pero había otras razones: la mafia ya no era lo que había sido en otro tiempo. El mundo de *El Padrino* era historia pasada antes de que la película llegara a las pantallas. Ya por entonces la imagen de los italianos había quedado empañada por su implicación en la epidemia de la heroína de los setenta, y empeoraría más aún a causa de individuos como John Gotti Junior. La ley RICO —la legislación contra la corrupción y el

crimen organizado— había puesto fin a las estafas en el sector de la construcción, los monopolios en la recogida de basuras y el control por parte de la mafia del mercado del pescado de Fulton Street en Nueva York.

El tráfico de heroína que se realizaba desde pizzerías había desaparecido en 1987 por la acción del FBI. Los viejos capos habían muerto o estaban en la cárcel.

Entretanto, los asiáticos

se habían expandido más allá de Chinatown cruzando la línea divisoria formada por Canal Street y penetrando en Little Italy, y los negros y los latinos controlaban ahora las actividades en Harlem. Al Z había olfateado la muerte en el aire y se había refugiado más aún en la clandestinidad hasta que por fin se trasladó al norte. Ahora ocupaba un desangelado despacho sobre una tienda de cómics de Boston y procuraba

conservar cierto grado de estabilidad en lo poco que le quedaba. Por ese motivo, Tony el Limpio era un peligro: creía en los mitos y aún veía posibilidades de gloria personal en los maltrechos restos del antiguo orden. Sus actuaciones entrañaban graves riesgos para sus colaboradores en una época en que la organización se hallaba en una posición debilitada. Su propia existencia representaba una

amenaza para la supervivencia de quienes tenía alrededor.

A nuestra izquierda, el joven pistolero se separó de la pared.

—Van cargados, Al — dijo—. ¿Quieres que los aligere?

Con el rabillo del ojo vi que Louis levantaba una ceja casi dos centímetros. Al Z advirtió el gesto y sonrió con semblante comprensivo.

—Te deseo suerte —dijo—. Dudo mucho que alguno

de nuestros invitados sea la clase de persona que renuncia a sus juguetes así como así.

El aparente aplomo del joven pistolero se vino abajo por un momento, como si no supiese si estaban poniéndolo a prueba o no.

—A mí no me parecen tan duros —comentó.

—Fíjate mejor —contestó Al Z.

El pistolero se fijó, pero su capacidad de percepción dejaba mucho que desear.

Miró de nuevo a Al Z y a continuación hizo ademán de acercarse a Louis.

—Yo que tú no lo haría —advirtió Louis sin levantar la voz.

—Tú no eres yo —replicó el joven, pero con un asomo de cautela en la voz.

—Eso es verdad —convino Louis—. Si yo fuera tú, no vestiría como un chulo de marca mayor.

Una intensa luz destelló en los ojos del joven.

—Como me hables así,

puto neg...

La palabra se convirtió en una especie de grito ahogado cuando Louis se volvió, le agarró el cuello con la mano izquierda y lo empujó hacia atrás a la vez que sacaba la pistola del italiano de la funda y la tiraba al suelo. El joven balbuceó al chocar contra la pared y gotas de saliva salieron despedidas de sus labios junto con el aire expulsado de los pulmones. Luego, poco a poco, sus pies

empezaron a separarse del suelo, primero los talones, luego las puntas, y al final sólo lo sostenía erguido la inflexible mano izquierda de Louis. Su rostro adquirió un color rosado, luego rojo intenso. Y Louis no lo soltó hasta que sus labios y orejas empezaron a teñirse de un tono azul; en ese punto abrió de repente los dedos y el pistolero se desplomó, e inmediatamente se llevó las manos al cuello de la camisa buscándose a tientas el

botón en un doloroso y anhelante esfuerzo por llenarse los resecos pulmones.

Durante el incidente nadie se movió, porque Al Z no había dado indicación alguna en ese sentido. Contempló el forcejeo de su hombre tal como contemplaría en la playa a un agonizante cangrejo con una sola pinza y luego centró de nuevo la atención en Louis.

—Tendrá que

disculparme —dijo—. Algunos de estos chicos aprenden sus modales y su vocabulario en los bajos fondos. —Volviéndose hacia el hombre robusto apoyado en la puerta, señaló con el cigarrillo al joven caído en el suelo, en ese momento recostado contra la pared, con los ojos vidriosos y la boca abierta—. Llévalo al baño y dale un vaso de agua. Después intenta explicarle en qué se ha equivocado.

El tipo robusto ayudó a

levantarse al de menor edad y lo acompañó afuera. El hombre corpulento del sofá no se movió. Al Z se puso en pie y se acercó a la ventana, donde se quedó un momento mirando a la calle; luego se dio media vuelta y se reclinó contra el alféizar. Ahora los tres estábamos al mismo nivel, y advertí en ello un gesto de buena educación después de lo ocurrido.

—Y bien, caballeros, ¿qué puedo hacer por

ustedes? —preguntó.

—Hace unos días vino a verme una chica —expliqué.

—Afortunado usted. La última vez que me visitó a mí una chica me costó quinientos dólares. —Rió su propio chiste.

—La chica es hija de un amigo mío, un ex policía.

Al Z hizo un gesto de indiferencia.

—Perdone, pero no entiendo qué tiene eso que ver conmigo.

—Después de que se

marchara tuve un encuentro con Tony el Limpio. Fue doloroso, pero dudo que a Tony le resultara mucho más agradable que a mí.

Al Z dio una larga calada y exhaló el humo por la nariz con un ruidoso suspiro.

—Siga —dijo con hastío.

—Quiero saber si Tony ha secuestrado a la chica, quizá como rehén para presionar. Si la tiene, debe entregarla. No le conviene meterse en problemas con la

policía, y menos con los que ya tiene.

Al Z se frotó las comisuras de los ojos y, sin hablar, movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Miró al gordo sentado en el sofá. Éste hizo un ademán casi imperceptible, era imposible verle los ojos tras las gafas.

—Veamos si lo he entendido bien —dijo por fin Al Z—. ¿Quiere que yo le pregunte a Tony el Limpio si ha secuestrado a la

hija de un ex policía y, si es así, que le diga que la entregue?

—Si no lo hace —añadió Louis con calma—, tendremos que encargarnos personalmente.

—¿Saben dónde está Tony? —preguntó Al Z.

Percibí una creciente tensión en el despacho.

—No —contesté—. Si lo supiéramos, quizá no estaríamos aquí. Hemos pensado que tal vez usted lo sepa.

Algo en la manera en que Al Z había planteado las últimas preguntas me indujo a pensar que en realidad no lo sabía, que Tony el Limpio había escapado al control de Al Z, y sospeché que éste calibraba ya su propia postura en aquel asunto aun antes de nuestra llegada. Ésa era la misión del gordo del sofá. Por eso no le había pedido que se marchara, porque no era la clase de hombre a quien se le pide que se largue de una

habitación. Era la clase de hombre que hacía las preguntas. A Tony el Limpio se le hundía el mundo, hecho que Al Z pareció corroborar con sus siguientes palabras.

—Dadas las circunstancias, sería poco prudente que ustedes se involucraran en el asunto — dijo en voz baja.

—¿Qué circunstancias?
—repuse.

Expulsó una bocanada de humo.

—Asuntos profesionales privados, la clase de asuntos que deben seguir siendo privados. Si ustedes no se retiran, quizá tengamos que apartarlos nosotros.

—Puede que no nos dejemos apartar.

—Eso será difícil si están muertos.

Me encogí de hombros.

—Llegar a ese punto será la parte complicada.

Pese a tratarse de un tira y afloja, la amenaza subyacente en la voz de Al Z

llegaba alta y clara. Lo observé mientras apagaba, con más fuerza de la estrictamente necesaria, la colilla en un cenicero de cristal tallado.

—Así pues, ¿no va a quedarse al margen de nuestros asuntos? — preguntó.

—Sus asuntos me traen sin cuidado. Mis intereses son otros.

—¿La chica? ¿O Billy Purdue?

Me sorprendió pero sólo

por un momento. Si Al Z detectaba el pulso de algo, ponía allí el dedo y no lo retiraba hasta que cesaba.

—Porque si se trata de Billy Purdue —prosiguió—, es posible que nos encontremos ante una dificultad en ciernes.

—La chica desaparecida es una amiga, pero Rita Ferris, la ex mujer de Billy, era mi clienta.

—Su clienta está muerta.

—Mis obligaciones van más allá.

Al Z se pellizcó el labio. A su derecha, el gordo del sofá permaneció tan impasible como un buda.

—Así que es usted un hombre de principios —dijo Al Z. Pronunció la palabra «principios» como si fuera la cáscara de un cacahuete que estuviera aplastando con el tacón—. Bueno, también yo soy un hombre de principios.

Lo dudaba mucho. Los principios son caros de mantener, y Al Z no parecía

poseer recursos morales suficientes para ello. De hecho, Al Z no parecía capaz de reunir siquiera los recursos morales necesarios para mear en un orfanato en llamas.

—No creo que sus principios y los míos encajen dentro de la misma definición —contesté por fin.

Sonrió.

—Puede que no. —Se volvió hacia Louis—. ¿Y cuál es su posición en todo

esto?

—Al lado de él —
respondió Louis, e inclinó
ligeramente la cabeza en
dirección a mí.

—Entonces tendremos
que llegar a un acuerdo —
concluyó Al Z—. Soy
pragmático. Si actúa con
discreción en este asunto, no
lo mataré a menos que me
vea obligado.

—Lo mismo digo —
contesté—. Considerando la
hospitalidad que nos ha
demostrado y demás.

Dicho esto nos fuimos.

Fuera hacía frío y el cielo estaba encapotado.

—¿Tú qué opinas? — preguntó Louis.

—Opino que Tony actúa por iniciativa propia y que quizá tiene la esperanza de salir de este lío antes de que Al Z pierda la paciencia. ¿Crees que han secuestrado a Ellen?

Louis no respondió de inmediato. Cuando habló,

advertí una expresión severa en su mirada.

—La hayan secuestrado o no, todo está relacionado con Billy Purdue de una manera u otra. Eso significa que alguien va a acabar mal.

Caminamos hasta Boylston y paramos un taxi. Cuando se detuvo, Louis entró y dijo:

—Logan.

Pero yo levanté una mano y pregunté:

—¿Podemos dar un rodeo?

Louis hizo un gesto de indiferencia. El taxista también. Parecía una mala pantomima.

—Harvard —dije. Miré a Louis—. No es necesario que vengas. Podemos reunirnos en el aeropuerto.

Louis enarcó visiblemente una ceja.

—No, te acompaño, a menos que consideres que voy a limitar tu libertad de movimientos.

El taxi nos llevó hasta el monolítico William James

Hall, cerca de Quincy y Kirkland. Dejé a Louis en el vestíbulo y subí en ascensor a la sección 232, donde estaban las oficinas del Departamento de Psicología. Tenía un nudo en el estómago y las palmas de las manos empapadas de sudor. En las oficinas, una amable secretaria me dijo dónde estaba el despacho de Rachel Wolfe, pero añadió que aquel día no la encontraría allí. Asistía a un seminario fuera de la ciudad

y no regresaría hasta la mañana siguiente.

—¿Quiere dejarle algún mensaje? —preguntó.

Consideré la posibilidad de darme media vuelta y marcharme, pero no lo hice. Saqué una tarjeta de mi cartera, anoté al dorso mi nuevo número de teléfono de Scarborough y se la entregué a la secretaria.

—Sólo hágale llegar esto, por favor.

Sonrió. Le di las gracias y me fui.

Louis y yo volvimos a Harvard Square para tomar un taxi. No habló hasta que íbamos de camino a Logan.

—¿Habías hecho esto antes? —preguntó con un levísimo asomo de sonrisa.

—Una vez. Pero no llegué tan lejos.

—Así que tú, digamos, la estás acechando, ¿no?

—No es acechar cuando conoces bien a la persona.

—Ah. —Movi6 la cabeza en un exagerado gesto de asentimiento—.

Gracias por aclarármelo. Nunca había entendido bien la diferencia. —Tras un silencio, preguntó—: ¿Y qué te propones?

—Me propongo disculparme.

—¿Quieres volver con ella?

Tamborileé con los dedos en la ventanilla.

—No quiero que las cosas queden entre nosotros como están ahora, sólo eso. Para serte sincero, no sé lo que estoy haciendo y, como

ya le dije a tu amiguito, ni siquiera tengo la certeza de estar preparado todavía.

—Pero ¿la quieres?

—Sí.

—En ese caso la vida decidirá cuándo estás preparado.

No volvió a hablar.

Ángel nos recogió en el aeropuerto y fuimos a comer a uno de los restaurantes de Maine Mall antes de dirigirnos al norte.

—Joder —dijo Ángel mientras recorríamos en coche Maine Mall Road—. Fijaos en esto. Tienes Burger King, International House of Pancakes, Dunkin' Donuts, pizzerías. Están los cuatro principales grupos de

comida a un paso. Si vives aquí demasiado tiempo, acabarás saltando de un sitio al otro.

Comimos en un restaurante chino de las galerías y le contamos a Ángel nuestro encuentro con Al Z. A cambio, él sacó una carta arrugada que había llegado a casa de Ronald Straydeer dirigida a Billy Purdue.

—La policía y los federales hicieron un buen trabajo, pero no se ocuparon

de tu amigo Ronald debidamente —comentó.

—¿Hablaste con él de su perro? —pregunté.

—Hablamos de su perro y luego comimos estofado.

Dio la impresión de que se le revolvió el estómago.

—¿Con carne de algún animal atropellado?

Me constaba que Ronald no le hacía ascos a la carroña pese a las leyes del estado contra el consumo de animales muertos en las carreteras. Yo,

personalmente, no veía mal alguno en utilizar la carne de un ciervo o de una ardilla como alimento en lugar de dejar que se pudriese en un arcén. Ronald preparaba un magnífico filete de venado, acompañado de remolacha y zanahorias que conservaba enterradas en arena.

—Me dijo que era ardilla —continuó Ángel—, pero olía a mofeta. Me pareció de mala educación preguntar. Por lo visto, la carta para Billy llegó hace una semana,

pero como no se ha dejado ver por allí, Ronald no se la había dado.

La carta llevaba matasellos de Greenville. Era breve, poco más que un saludo, con ciertos detalles sobre unas reformas en la casa y algún comentario sobre un viejo perro que el autor de la carta aún tenía y que, al parecer, Billy Purdue conocía desde que era cachorro. Estaba firmada, con vacilante letra de anciano: «Meade Payne».

—Así que se han mantenido en contacto todos estos años —comenté. Parecía confirmar lo que yo había pensado: si Billy Purdue buscaba la ayuda de alguien, ése sería Meade Payne.

Viajamos de un tirón hasta Dark Hollow, Ángel y Louis se adelantaron en el Mercury. La niebla era cada vez más espesa a medida que avanzábamos hacia el

norte, y al recorrer el camino de Portland a Dark Hollow parecía que nos adentrábamos en un mundo extraño y espectral, donde las luces de las casas resplandecían tenuemente y los haces de los faros adquirirían la solidez de lanzas, donde los carteles de la carretera anunciaban la presencia de pueblos que se reducían a grupos de viviendas dispersas sin un núcleo o centro. Habían pronosticado más nevadas y

pronto las motos de nieve llegarían masivamente para deslizarse a toda velocidad por la red de pistas interestatales. Pero de momento Greenville seguía tranquila cuando la atravesé, con arena y nieve mezcladas junto a la carretera, y sólo me crucé con dos coches en la superficie desigual y salpicada de socavones de Lily Bay Road camino de Dark Hollow.

Cuando llegué al motel, Ángel y Louis ya estaban en

la recepción. Tras el mostrador, la misma mujer con reflejos azules en el pelo que me había recibido unos días antes examinaba sus datos anotados en una única ficha. A su lado, un gato pardo dormía hecho un ovillo sobre el mostrador, con el hocico tocando casi el rabo. Ángel se encargó de hablar con ella mientras Louis echaba un vistazo a los manoseados folletos turísticos de un expositor. Me miró cuando entré, pero

no me prestó más atención.

—¿Comparten habitación los caballeros? —preguntó la mujer de los reflejos azules.

—Sí, señora —contestó Ángel con expresión de sensatez doméstica en el rostro—. Un dólar ahorrado es un dólar ganado.

La mujer lanzó una ojeada a Louis, rutilante con un traje gris, abrigo gris y camisa blanca.

—¿Es predicador, su amigo? —preguntó la mujer.

—Algo así, señora —
contestó Ángel—. Pero se
dedica exclusivamente al
Antiguo Testamento. Ojo
por ojo y todo eso.

—¡Qué bien! Por aquí
no viene mucha gente
religiosa.

Louis tenía la expresión
de arraigado sufrimiento de
un santo que acaba de
enterarse de que el potro de
tortura ha de tensarse un
poco más.

—Si les interesa —
prosiguió la mujer—, esta

noche tenemos un oficio baptista. Serán bienvenidos si asisten.

—Gracias, señora —dijo Ángel—. Pero preferimos practicar nuestros propios ritos de veneración.

Ella sonrió con semblante comprensivo.

—Mientras sea algo silencioso y no moleste a los otros huéspedes...

—Haremos lo posible —intervino Louis, y recogió la llave.

Cuando me acerqué al

mostrador, la mujer me reconoció.

—¿Otra vez aquí? Debe de haberle gustado Dark Hollow.

—Espero llegar a conocer mejor el pueblo —respondí—. Quizás usted pueda ayudarme con cierto asunto.

La mujer sonrió.

—Por supuesto, si está en mis manos.

Le entregué una foto de Ellen Cole, de esas que se toman en un fotomatón.

Había hecho una fotocopia ampliada en color, de modo que ahora era un retrato de veinte por veinticinco.

—¿Reconoce a esta chica?

La mujer observó la fotografía entornando los ojos tras las gruesas lentes de las gafas.

—Sí. ¿Está metida en algún lío?

—Espero que no, pero ha desaparecido y sus padres me han pedido que los ayude a encontrarla.

La mujer volvió a concentrarse en la imagen a la vez que asentía con la cabeza.

—Sí, la recuerdo. El jefe Jennings preguntó por ella. Se alojó una noche aquí con un joven. Puedo darle la fecha si quiere.

—¿Sería tan amable?

Sacó una ficha de un archivador verde y examinó los datos.

—El cinco de diciembre —dijo—. Pagaron con tarjeta de crédito a nombre

de Ellen C. Cole.

—¿Recuerda si pasó algo, algo fuera de lo común?

—No, nada importante. Alguien les había sugerido que visitaran la zona, un autoestopista que recogieron en Portland. Eso es todo. Ella era encantadora, lo recuerdo. Él era un tanto arisco, pero a esa edad a veces son así. Yo lo sé bien: he criado a cuatro y eran peores que ratas de muelle hasta que cumplieron los

veinticinco.

—¿Algún indicio de hacia dónde se dirigían al marcharse de aquí?

—Al norte, supongo, quizás a Katahdin. No lo sé con seguridad, pero les dije que, si tenían tiempo, fuesen a ver la puesta de sol en el lago. Pareció gustarles la idea. Es un espectáculo. Y muy romántico para una pareja joven como aquélla. Por la mañana les permití que dejaran más tarde la habitación para que no

tuvieran que hacer las maletas con prisas.

—¿Y no dijeron quién les había recomendado visitar Dark Hollow? — pregunté. Me parecía una sugerencia extraña. Dark Hollow no tenía demasiados encantos.

—Claro que sí. Fue un viejo que se encontraron en el camino. Lo trajeron hasta aquí en coche y creo que quizá se vieron con él antes de marcharse.

Sentí que se me revolvía

un poco el estómago.

—¿Mencionaron su nombre?

—No. Pero no parecía de por aquí —respondió ella. Arrugó la frente—. No me dio la impresión de que estuvieran preocupados, ni por el hombre, ni por nada. ¿Qué daño podía hacerles un viejo?

Creo que inicialmente planteó la pregunta de manera retórica, pero cuando acabó de hablar, los dos albergábamos ya ciertas

dudas al respecto.

Se disculpó, me dijo que no sabía nada más y luego me indicó cómo llegar al lago, a unos tres o cuatro kilómetros del pueblo, señalándomelo en un plano turístico. Tras darle las gracias, fui a dejar la bolsa de viaje en mi habitación y llamé a la puerta de la habitación contigua, ocupada por Ángel y Louis. Abrió Ángel y entré. Louis estaba colgando sus trajes en el destartalado armario

marrón. Aparté al viejo de mi mente. No quería sacar conclusiones precipitadas, todavía no.

—¿Qué hace la gente en este pueblo para divertirse? —preguntó Ángel y se dejó caer en una de las dos camas de matrimonio—. Aquí hay menos marcha que en el Vaticano.

—Abrigarse en invierno —dije— y esperar al verano.

—¿Y qué pasa cuando llega el verano?

—A veces no llega.

—¿Entonces cómo notan la diferencia?

—En invierno la lluvia se convierte en nieve.

—Una existencia muy aleccionadora si uno es un árbol.

Louis acabó de ordenar su ropa y se volvió hacia nosotros.

—¿Has averiguado algo?

—La mujer de recepción recuerda a Ellen y a su novio. Les recomendó que fuesen a ver la puesta de sol en las afueras del pueblo, y

supone que después siguieron hacia el norte.

—Quizá sí que fueron al norte —dijo Louis.

—Según Lee Cole, la guardia forestal del Parque Estatal de Baxter no tiene constancia de que hayan visitado la zona. Aparte de eso, las opciones hacia el norte son muy limitadas. Además, la mujer de recepción dice que trajeron a un viejo en el coche hasta aquí, y que fue ese viejo quien les sugirió que se

alojasen en Dark Hollow.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—No lo sé. Depende de quién fuese. Podría no tener ninguna importancia.

Pero me acordé del viejo que había perseguido a Rita Ferris en el hotel, y del viejo que Billy Purdue decía haber visto poco antes de que alguien le arrebatase a su familia. Y me acordé también de algo que me había dicho Ronald Straydeer cuando nos

hallábamos frente a la caravana de Billy Purdue hablando de un hombre al que quizás había visto o quizá no en su propiedad. «Te estás haciendo viejo», le había dicho yo, y él me entendió mal y contestó: «Sí, quizá fuese un viejo el que vino».

—¿Y ahora qué?

Hice un gesto de desánimo.

—Voy a tener que hablar con Rand Jennings.

—¿Quieres que te

acompañemos?

—No, tengo otros planes para vosotros. Acercaos a la casa de Payne para ver qué pasa.

—¿Para ver si Billy Purdue ha aparecido por allí, quieres decir? —preguntó Ángel.

—Eso, o lo que sea.

—¿Y si ha aparecido?

—Iremos a buscarlo.

—¿Y si no?

—Esperaremos hasta que me asegure de que Ellen Cole no anda metida en

problemas por aquí.
Después... —Me encogí de
hombros.

—Esperamos un poco
más —concluyó Ángel.

—Sí, supongo —
respondí.

—Es bueno saberlo —
dijo—. Así, al menos puedo
planear qué ponerme.

La Comisaría de Policía
de Dark Hollow estaba fuera
del término municipal, a
unos dos kilómetros al norte.

Era un edificio de obra vista de una sola planta, con su propio generador en un habitáculo de hormigón en el lado este. Era bastante nuevo, pues hacía un par de años un incendio destruyó la fachada orientada a la calle de la estructura original.

Dentro la temperatura era agradable y estaba bien iluminado, y un sargento en mangas de camisa rellenaba impresos detrás de un escritorio de madera. En su reluciente placa se leía

RESSLER, así que supuse que se trataba del mismo Ressler que había visto morir a Emily Watts. Me presenté y pregunté por el jefe.

—¿Con qué motivo desea verle?

—Ellen Cole —contesté.

Con la frente un poco fruncida, descolgó el auricular y marcó una extensión.

—Jefe, hay aquí un hombre que quiere hablar con usted de Ellen Cole —

dijo. Luego tapó el auricular y se volvió hacia mí—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

Volví a darle mi nombre y lo repitió por el teléfono.

—Así es, jefe. Parker. Charlie Parker. —Escuchó por un momento y me miró de arriba abajo con atención—. Sí, más o menos coincide. Claro, claro. —Colgó y me examinó de nuevo en silencio.

—¿Me recuerda, pues? —pregunté.

Ressler no contestó, pero me dio la impresión de que el sargento conocía bien a su jefe y había detectado algo en su voz que lo había puesto en guardia.

—Sígame —dijo a la vez que descorría el pasador de una cancela a un lado del escritorio y la mantenía abierta para dejarme pasar.

Aguardé mientras la cerraba y luego lo seguí entre un par de escritorios hasta un pequeño cubículo de cristal. Detrás de un

escritorio metálico, sobre el que había bandejas con papeles y un ordenador, estaba Randall Jennings.

No había cambiado mucho. Desde luego, había echado canas y se le veía ligeramente más gordo. Tenía el rostro algo hinchado y una incipiente papada, pero continuaba siendo un hombre apuesto con ojos castaños de mirada penetrante y hombros anchos y fuertes. Debió de resentírsele el ego, pensé,

cuando su mujer se enredó conmigo.

Esperó a que Ressler se marchase y cerrase la puerta del despacho antes de hablar. No me ofreció asiento ni pareció molestarle el hecho de que, de pie, lo mirase desde arriba.

—Pensaba que nunca más volvería a verte la cara —dijo por fin.

—Lo suponía por la manera en que te despediste. Me sorprende que no le hayas pedido al sargento que

se quedase a vigilar la puerta.

No respondió. Se limitó a ordenar unos papeles sobre la mesa. No supe si, con ese gesto, pretendía distraerse o distraerme a mí.

—¿Has venido por lo de Ellen Cole?

—Así es.

—No sabemos nada. Vino y se fue. —Alzó las manos en un ademán de impotencia.

—Pues su madre no piensa lo mismo.

—Me da igual lo que piense su madre. Estoy diciéndote lo que sé, lo mismo que le dije a su padre cuando se presentó aquí.

Sospeché que por poco no me había topado allí con Walter Cole, que quizás incluso habíamos estado en el pueblo al mismo tiempo. Sentí cierta lástima al pensar que se había visto obligado a viajar hasta allá solo, temiendo por la seguridad de su hija. Yo le habría ayudado si lo hubiese

sabido.

—La familia presentó una denuncia de desaparición.

—Estoy enterado de eso. Un agente federal se me ha echado encima por un expediente del que no hay constancia en el CNIC. — Me miró con severidad—. Le dije que Dark Hollow está muy lejos de Nueva York. Aquí hacemos las cosas a nuestra manera.

No reaccioné a su andanada de territorialismo.

—¿Vais a tomar alguna medida en relación con la denuncia? —insistí.

Jennings se puso en pie y apoyó los nudillos de sus enormes manos en el escritorio. Casi me había olvidado de su envergadura física. Llevaba una pistola enfundada al cinto, una Coonan 357 Magnum de St. Paul, Minnesota. Relucía y parecía nueva. Supuse que allí no tenía muchas ocasiones para usarla, a menos que se sentase en el

porche de su casa y practicase el tiro al blanco con los conejos.

—¿Es que no me he explicado bien? —dijo en voz baja pero con un asomo de ira contenida—. Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos. Hemos atendido la denuncia de desaparición. En nuestra opinión, la chica y su novio se han fugado juntos y, por el momento, no tenemos motivos para sospechar otra cosa.

—La mujer del motel dice que se dirigían al norte.

—Quizá sí.

—Al norte sólo quedan Baxter y Katahdin. Y allí no han estado.

—Entonces irían a otra parte.

—Es posible que los acompañase otra persona.

—Puede ser. Yo sólo sé que se marcharon del pueblo.

—Ahora entiendo por qué no llegaste a inspector.

Dio un respingo y

enrojeció.

—Si me disculpas, tenemos unos cuantos delitos reales de los que ocuparnos.

—Claro. ¿Alguien ha estado robando árboles de Navidad o intentando tirarse a un alce, quizá?

Rodeó el escritorio y pasó junto a mí para abrir la puerta del despacho. Creo que en parte esperaba que retrocediese, pero no lo hice.

—Confío en que no hayas venido a buscar

problemas —dijo. Eso podría haber sido una alusión a Ellen Cole, pero su mirada delató que se refería a otra persona.

—No necesito buscarme problemas —respondí—. Si me quedo quieto el tiempo necesario, los problemas vienen a mí.

—Será porque eres tonto —dijo manteniendo la puerta abierta—. No atiendes a las lecciones que te enseña la vida.

—Te sorprenderías de lo

mucho que he aprendido.

Me dispuse a salir del despacho, pero de pronto extendió la mano izquierda para cortarme el paso.

—Recuerda una cosa, Parker: éste es mi pueblo, y tú eres un invitado. No abuses del privilegio.

—Entonces, ¿aquí no se aplica eso de «lo mío tuyo es»?

—No —contestó—. No se aplica.

Abandoné el edificio y me encaminé hacia el coche con los dedos ateridos de frío a causa del cortante viento que bramaba entre los árboles. Había oscurecido. Cuando llegué al Mustang, entró en el aparcamiento un viejo Datsun Sunny verde, paró y salió de él Lorna Jennings. Llevaba una cazadora negra de piel con un amplio pañuelo al cuello y unos vaqueros con las

perneras remetidas en las mismas botas que calzaba la vez anterior. No me vio hasta que se dirigió hacia la entrada principal. Cuando advirtió mi presencia, se detuvo un momento y lanzó una mirada nerviosa a la puerta que quedaba bajo la luz antes de acercarse a mí.

—¿Qué haces aquí? — preguntó.

—He venido a hablar con tu marido. No se ha mostrado muy servicial.

Enarcó una ceja.

—¿Y te sorprende?

—No, la verdad es que no, pero no he venido por asuntos propios. Un chico y una chica han desaparecido y creo que quizás alguien aquí sepa qué ha sido de ellos. Me quedaré en el pueblo hasta que averigüe de quién se trata.

—¿Quiénes son?

—La hija de un amigo y su novio. Se llama Ellen Cole. ¿La ha mencionado Rand alguna vez?

Lorna asintió.

—Dijo que había hecho lo que había podido. En su opinión, es muy posible que se hayan escapado de casa.

—Amor entre jóvenes — comenté—. Es algo hermoso.

Lorna tragó saliva y se pasó la mano por el cabello.

—Te odia, Bird, por lo que hiciste, por lo que hicimos.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Para él no —dijo ella—. Ni para mí.

Me arrepentí de haber hablado del amor entre jóvenes. No me gustó la expresión de su mirada. Me puso nervioso. Pero yo mismo me sorprendí cuando, a continuación, pregunté:

—¿Por qué sigues con él, Lorna?

—Porque es mi marido. Porque no tengo a donde ir.

—Eso no es verdad, Lorna. Siempre hay un sitio adonde ir.

—¿He de tomármelo como una invitación?

—No, es una simple observación. Cuídate.

Hice ademán de marcharme, pero ella me detuvo apoyando la mano en mi brazo.

—No, Bird, cuídate tú —dijo—. Como te he dicho, Rand no te ha perdonado ni te perdonará.

—¿Te ha perdonado a ti? —pregunté.

Al hablar, su rostro adoptó una peculiar expresión, una expresión que me recordó aquella

primera tarde que pasamos juntos y el calor de su piel contra la mía.

—Yo no quería su perdón —contestó. Esbozó una triste sonrisa y se fue.

Después de eso me dediqué durante una hora a recorrer las tiendas de Dark Hollow enseñando la fotografía de Ellen Cole a todo aquel que se tomase la molestia de mirarla. La recordaban en el restaurante

y en el supermercado, pero nadie la había visto marcharse con Ricky y nadie pudo confirmar si los acompañaba un hombre, ni especular sobre quién podía ser esa otra persona. Las luces de las tiendas proyectaban un resplandor amarillento sobre la nieve y, mientras iba de un lado a otro arrebujado en mi abrigo, hacía cada vez más frío.

Cuando agoté todas las posibles vías de

investigación, al menos de momento, regresé a mi habitación, me duché y me puse unos vaqueros, una camisa y un suéter antes de enfundarme el abrigo y prepararme para reunirme con Ángel y Louis e ir a cenar. Ángel, ya delante de la habitación, bebía café y exhalaba bocanadas blancas como un motor de vapor en mal estado.

—Oye, aquí fuera hace más calor que dentro de la habitación —comentó—.

Las baldosas del baño están tan frías que he perdido una capa de piel de los pies.

—Eres muy delicado. Debe de ser cosa de gays.

—Sí, y toco el violín y escribo grandes obras literarias en el váter. No sé si sabes que esa clase de estereotipos es lo que ha impedido a los gays...

—¿Impedido qué? ¿Qué no has hecho que deseases hacer de verdad con toda tu alma?

—¿Volver a Nueva

York?

—¿Y ser gay te lo impide?

—No, supongo que no. Eres tú quien me lo impide.

—¿Lo ves? El hecho de ser gay no tiene nada que ver con eso. Aunque fueras heterosexual, no te quedaría más remedio que seguir aquí.

Ángel lanzó un resoplido de pesar y dio patadas al suelo al tiempo que se pasaba el café de una mano a otra, metiéndose la mano

libre bajo la axila opuesta cada vez.

—Para ya —dije—. Al final conseguirás que llueva. ¿Algún indicio de actividad en casa de Meade Payne?

Ángel entró en un estado de relativa inmovilidad.

—No pudimos ver nada a no ser que llamásemos y pidiésemos galletas y un vaso de leche. Estuvimos mirando cómo cenaban el tipo joven y Payne, pero en apariencia estaban solos. Y tú, ¿has tenido suerte con

Jennings?

—No.

—¿Te sorprende?

—Sí y no. No tiene ninguna razón para ayudarme, pero aquí no se trata de mí. Se trata de Ellen y de su novio, y sin embargo he adivinado en su mirada que, si pudiera, no dudaría en utilizarlos para atacarme. No lo entiendo. Ha sufrido. Me consta que así es. Su mujer se lió con otro a sus espaldas, con un hombre diez años menor que él, pero

sigue con ella y su relación es un desastre. Tampoco es que Rand fuera viejo, ni cruel, ni impotente. Tenía lo que había que tener; o quizá lo que había que tener desde su punto de vista. Yo le quité algo y no va a perdonármelo. Pero ¿cómo es posible que no le preocupen Ellen Cole, Ricky o sus familias? Por mucho que me odie a mí, ellos deberían importarle. — Descargué una patada inútilmente contra el suelo

—. Disculpa, Ángel. Estaba pensando en voz alta.

Ángel echó el resto del café a un montículo de nieve helada y compacta. Oí el suave chisporroteo que produjo al caer mientras el café corrompía la blancura de los cristales de nieve uno por uno.

—El sufrimiento no lo justifica todo, Bird —dijo Ángel en voz baja—. Así que ha sufrido, ya ves tú. Que se ponga a la cola con el resto de la gente, los

simples mortales. Sufrir no es justificación, y tú lo sabes. La cuestión es comprender que los demás también sufren, y algunos sufren más de lo que uno llegará a sufrir nunca. Y si puedes hacer algo para remediarlo, lo haces, y lo haces sin gimotear y sin airear tu propia cruz para que todos la vean. Lo haces porque es lo correcto.

»Por lo que dices, ese Rand Jennings no tiene un gramo de compasión en el

cuerpo. Le basta con
compadecerse a sí mismo, y
no comprende más
sufrimiento que el suyo
propio. Y si no, fíjate en su
matrimonio. Esa situación es
cosa de dos, Bird; al margen
de lo que tú sintieras por ella
antes, ella se ha quedado con
él hasta el día de hoy, y si tú
no hubieses aparecido como
caído del cielo, las cosas
habrían seguido exactamente
igual para ellos. Él sería
infeliz, ella sería infeliz, y
los dos serían infelices

juntos, y por lo visto han puesto sus propios límites a lo que puede y no puede ocurrir para cambiar esa situación.

»Pero él es un egoísta, Bird. Sólo piensa en su propio dolor, su propia pena, y la culpa a ella de eso, y a ti también, y por extensión al mundo entero. Le traen sin cuidado Ellen Cole, Walter y Lee. No hace más que reconcomerse y maldecir por la pésima mano de cartas que cree que le ha repartido

la vida, y esa mano no va a cambiar nunca.

Lo miré, miré su perfil sin afeitar, los bucles de pelo oscuro que asomaban por debajo de la gorra de lana oscura, la taza de café vacía olvidada en la mano. Era un cúmulo de contradicciones. Me resultó chocante recibir lecciones sobre la vida de un ladrón semirretirado de un metro sesenta y cinco y cuyo novio, hacía apenas veinticuatro horas, había ejecutado a un hombre

contra una pared de ladrillo. En mi vida, reflexioné, estaban produciéndose giros extraños.

Ángel pareció adivinarme el pensamiento, porque se volvió hacia mí antes de seguir hablando.

—Tú y yo somos amigos desde hace mucho, quizás incluso sin ser conscientes de ello. Te conozco y durante un tiempo estuviste a punto de convertirme en un hombre como Jennings y un millón más igual que él,

pero ahora tengo la certeza de que eso no va a pasar. No estoy muy seguro de cómo cambiaron las cosas y me parece que ni siquiera deseo saber la mayoría de las cosas que pasaron. Lo único que sé es que estás convirtiéndote en un hombre capaz de sentir compasión. Eso no es lo mismo que la lástima, que la culpabilidad, o que intentar saldar una deuda con la fortuna o con Dios. Es sentir el dolor ajeno como propio, y actuar para

eliminar ese dolor. Y quizás, a veces, para eso se tienen que hacer cosas que están mal, pero en la vida el equilibrio no es fácil. Puedes ser un buen hombre y cometer faltas, porque así son las cosas. Quienes opinan lo contrario, en fin, no son más que oportunistas, porque se pasan tanto tiempo luchando con su conciencia que no hacen nada más y todo continúa igual, y los inocentes y los indefensos siguen saliendo

malparados. Al final tú haces lo que puedes, quizá lo que debes hacer, para mejorar las cosas. En la próxima vida nadie va a poner tu alma en un platillo de la balanza y una pluma en el otro, Bird. Sospecho que en realidad hacen un estudio comparativo, o de lo contrario todos acabaríamos en el infierno.

Me sonrió. Fue una sonrisa fría y breve que indicaba que conocía el coste de regirse por esa

filosofía. Lo sabía porque él mismo se regía por ella: a veces conmigo, a veces con Louis, pero siempre, siempre conforme a lo que consideraba correcto. No estaba muy seguro de que lo que decía pudiese aplicarse a mí. Yo me formaba juicios morales, pero no siempre me creía autorizado a ello y sabía que aún no había conseguido expiar la culpabilidad y la aflicción que sentía. Actuaba para aliviar mi propio dolor y, al

hacerlo, a veces conseguía aliviar el dolor de los demás. Eso era lo más cercano a la compasión a lo que me consideraba capaz de llegar por el momento.

Desde el otro extremo del pueblo se fue aproximando el ruido de sirenas. En los edificios de la calle mayor se reflejaron los destellos rojos y azules de un coche patrulla cuando dobló la esquina a toda velocidad en dirección a nosotros. En el cruce torció

bruscamente a la izquierda con un chirrido y se alejó. En el asiento delantero vi a Randall Jennings.

—Alguien debe de haber organizado un guateque — comentó Ángel.

Un segundo coche sin distintivos bajó por la calle mayor y, derrapando al girar, siguió al primer vehículo.

—Con bebidas gratis — añadí.

Agité las llaves que tenía en la mano y con un suave

codazo aparté a Ángel del capó del Mustang, donde acababa de acomodarse.

—Voy a echar un vistazo. ¿Me acompañas?

—No. Estoy esperando a que el Narciso Negro acabe de ponerse guapo para nosotros. Nos quedaremos por aquí hasta que vuelvas, quemando algún que otro mueble para calentarnos.

Seguí las luces de los otros coches a medida que se iban reflejando en los árboles, cuyas ramas

parecían manos extendidas sobre la carretera. Los alcancé tras recorrer un par de kilómetros, justo cuando se adentraban en el bosque por la carretera particular de una compañía maderera, donde habían retirado la barrera para permitir pasar a los coches. Junto a la barrera había un hombre con una gorra de lana y una parka. Tras él, un camino serpenteaba hasta una casa pequeña al borde de las tierras de la compañía.

Supuse que era quien había avisado a la policía.

Me mantuve a poca distancia del segundo coche, observando sus luces de posición mientras viraba y descendía por la pista estrecha y llena de baches. Finalmente, el coche patrulla se detuvo junto a un camión Ford con una ligera derrapada; al lado había un hombre con barba y el vientre hinchado como el de una embarazada. Jennings salió del primer coche, y

Ressler del segundo acompañado de otro agente. Las luces de sus linternas cobraron vida y los tres policías se dirigieron a la parte trasera del camión para mirar dentro. Saqué mi propia linterna del maletero y me encaminé hacia ellos. Cuando me acercaba, oí decir al hombre de la barba:

—No quería dejarlo allí.

Va a nevar, y ya no lo habríamos encontrado hasta el deshielo.

Cuando me aproximé,

los policías, incluido Rand Jennings, se volvieron hacia mí.

—¿Qué carajo haces aquí? —preguntó éste.

—Recojo moras. ¿Qué tenéis ahí?

Enfoqué la caja del camión con el haz de la linterna, aunque lo que allí había no necesitaba más iluminación. Necesitaba oscuridad, tierra y que lo cubriese una lápida dos metros por encima.

Era un cadáver, tendido

sobre una lona, con la boca abierta y llena de hojas. Tenía los ojos cerrados y la cabeza torcida en un ángulo anómalo. Yacía

desmadejado entre las herramientas y los contenedores de plástico del camión, con el cabello tocando el armero vacío.

—¿Quién es?

Por un momento, pensé que Jennnigs no iba a contestar. Finalmente suspiró y dijo:

—Parece Gary Chute.

Era topógrafo de la compañía maderera. Este hombre, Daryl, lo ha encontrado mientras comprobaba unas trampas. También ha visto su furgoneta, a unos tres kilómetros del cadáver.

Dio la impresión de que Daryl iba a desmentir la parte de la declaración relativa a las trampas. Abrió la boca por un instante y volvió a cerrarla ante la mirada de Jennings. Daryl me pareció más bien corto

de entendederas, pensé. Tenía la mirada mortecina y la frente estrecha, y la boca, aunque cerrada, permanecía en continuo movimiento, como si se mordisqueara el lado interno del labio inferior.

A su lado, Ressler examinaba la cartera del muerto.

—Es Chute, en efecto — anunció—. Pero no lleva dinero en la cartera. Las tarjetas de crédito siguen aquí. ¿Te lo has quedado tú,

Daryl?

Daryl movió la cabeza de lado a lado en un gesto vehemente.

—No, yo no he tocado nada.

—¿Seguro?

Daryl asintió.

—Seguro —contestó—.

Estoy seguro.

Ressler pareció dudar de su palabra, pero no dijo nada más.

Me volví hacia Daryl.

—¿Cómo lo ha encontrado?

—¿Eh?

—Quiero decir en qué posición.

—Tendido al fondo de un barranco, casi enterrado por la nieve y las hojas — contestó Daryl—. Como si hubiera resbalado, se hubiera golpeado contra las piedras y los árboles al caer y se le hubiera quedado el cuello atrapado en una raíz. Debió de partírsele como una rama. —Una sonrisa nerviosa asomó a los labios de Daryl, parecía que dudase

de haber dicho lo correcto.

La explicación no era muy verosímil, y menos teniendo en cuenta el dinero desaparecido de la cartera.

—Daryl, ¿dice que estaba cubierto de nieve y hojas?

—Sí —contestó Daryl de inmediato—. Y de ramas.

Moví la cabeza en un gesto de asentimiento y volví a iluminar el cadáver con la linterna. Algo me llamó la atención en las muñecas y mantuve el haz

de luz enfocado en ese punto durante un momento antes de apagarla.

—Es una lástima que lo haya movido de donde estaba —comenté.

Incluso Jennings tuvo que darme la razón.

—Joder, Daryl, tendrías que haberlo dejado allí para que fuese a buscarlo la guardia forestal.

—No podía dejarlo allí —repuso Daryl—. No me parecía bien.

—Quizá Daryl esté en lo

cierto. Si nieva, que nevará, podríamos haberlo perdido hasta la primavera — comentó Ressler—. Por lo visto ha encontrado el cuerpo en Island Pond, lo ha envuelto en la lona y lo ha arrastrado con el trineo más de quince kilómetros hasta su camión. Island Pond está bastante lejos de aquí y, según Daryl, ya hay nieve acumulada en la carretera mucho antes de llegar.

Miré a Daryl con respeto; pocos hombres

habrían llevado a rastras el cadáver de un desconocido tantos kilómetros.

—Es imposible partir hacia allá de noche, aun en el supuesto de que pudiéramos encontrar el sitio —concluyó Jennings—. En todo caso, esto atañe a la guardia forestal, quizás al departamento del *sheriff*, pero no a nosotros. Nos encargaremos de que lo trasladen a Augusta por la mañana para que el forense le eche un vistazo.

Alcé la vista por encima de los árboles hacia el negro cielo nocturno. Se advertía una sensación de pesadez, como si algo estuviese a punto de descargar sobre nosotros. Ressler siguió mi mirada.

—Como he dicho, Daryl tiene razón. Va a nevar.

Jennings lanzó una mirada a Ressler para darle a entender que no quería oír más comentarios acerca del descubrimiento ante Daryl y, menos aún, ante mí. De

pronto dio una palmada.

—Muy bien, vámonos.

Se inclinó hacia el interior de la caja del camión y, tras cubrir el cuerpo de Gary Chute con la lona, utilizó trozos de chatarra, un gato para cambiar ruedas y la culata de una escopeta para sujetarla. Con un dedo indicó al agente que se acercara.

—Stevie, sube a la caja y asegúrate de que la lona sigue en su sitio.

Stevie, que aparentaba

unos once años, movió la cabeza en un gesto de disgusto, pero subió al camión con cuidado y se puso en cuclillas junto al cadáver. Ressler regresó a su coche y nos dejó solos a Jennings y a mí.

—Sin duda agradecemos todos tu ayuda, Parker.

—Por raro que parezca, me parece que no lo dices en serio.

—Tienes toda la razón. Apártate de mi camino y de mis asuntos. No quiero tener

que repetírtelo.

Me tocó el pecho una vez con un dedo enguantado antes de darse media vuelta y alejarse. Los coches arrancaron casi simultáneamente y formaron un convoy con el camión — uno por delante, otro por detrás— para llevar a Gary Chute de regreso a Dark Hollow.

Según Daryl, el cuerpo de Chute estaba cubierto de hojas y ramas, además de nieve. Si su muerte hubiera

sido un accidente, y Daryl hubiese sacado el dinero de la cartera, eso no tenía mucho sentido. Los árboles habían perdido ya todas sus hojas y nevaba con regularidad desde hacía más o menos una semana. El cuerpo podía estar cubierto de nieve, pero no de hojas y ramas. Aquello revelaba que alguien había intentado ocultar el cadáver de Gary Chute.

Regresé al coche y pensé en lo que había visto a la luz

de la linterna: marcas rojas en las muñecas del muerto. Esas marcas no eran el resultado de una caída, ni de los animales, ni de la escarcha.

Eran las quemaduras provocadas por una cuerda.

Cuando volví al motel, Ángel y Louis se habían marchado. Encontré una nota bajo mi puerta, escrita con la letra curiosamente cuidada de Ángel, en la que

me comunicaban que habían ido al restaurante y que me esperaban allí. En lugar de reunirme con ellos fui a la recepción del motel, llené de café dos vasos de papel y regresé a mi habitación.

La muerte de Chute continuaba preocupándome. Había sido mala suerte que Daryl encontrase el cadáver, aunque hubiese actuado con la mejor intención. La furgoneta de Chute habría servido más o menos como punto de referencia para

localizar el lugar del asesinato, pero ahora el traslado del cuerpo ponía en tela de juicio la fiabilidad de cualquier hallazgo.

Quizá no sirviese de nada, pero marqué en un mapa la zona de Island Pond donde había aparecido el cuerpo de Gary Chute.

Island Pond se halla al nordeste de Dark Hollow. El único camino para acceder allí es una carretera particular, y se requiere un permiso para poder

utilizarla. Si alguien había matado a Gary Chute, tenía que haber recorrido esa carretera para llegar hasta él y haberlo seguido por el bosque. La otra posibilidad era que quienquiera que lo hubiese matado estuviera ya en el bosque esperándolo. O...

O quizá Chute había tenido la mala fortuna de ver a alguien o algo que no debía. Quizá su asesino no se adentró en el bosque tras él, sino que salía del bosque.

Y si había sido así, el primer lugar al que esa persona habría llegado era Dark Hollow.

Pero todo eso no eran más que especulaciones. Necesitaba poner en orden mis ideas. Anoté en mi cuaderno de notas todo lo ocurrido desde que Billy Purdue me hundió la navaja en la mejilla. Allí donde existía algún vínculo tracé líneas de puntos entre los nombres. La mayoría regresaba a Billy Purdue,

excepto la desaparición de Ellen Cole y la muerte de Gary Chute.

Y el centro del diagrama lo ocupaba un espacio blanco, vacío y limpio como nieve recién caída. Los otros nombres e incidentes estaban dispuestos en círculo alrededor, como planetas en torno al sol. Sentí el antiguo instinto, el deseo de imponer una lógica a los hechos que aún no comprendía por completo, alguna explicación que abriese el

camino hacia la verdad final. Cuando era inspector en Nueva York y me ocupaba de las muertes de personas a quienes no había conocido, a quienes no me unían lazos directos y con quienes no tenía mayor obligación que la de un policía cuya misión es averiguar qué ha ocurrido y asegurarse de que el culpable pague por su delito, seguía los hilos de la investigación tal como los había tendido, y si no llevaban a ninguna parte o

sencillamente se demostraba que eran suposiciones falsas, me encogía de hombros y volvía al núcleo para seguir otro hilo. Estaba dispuesto a cometer errores con la esperanza de, al final, encontrar algo que no fuese una equivocación.

Ese lujo, el lujo de la objetividad, me fue arrebatado con la muerte de Susan y de Jennifer. Ahora para mí todos eran importantes, todos los extraviados, todos los

desaparecidos, pero Ellen Cole me importaba más que la mayoría. Si estaba en apuros, no había margen de error posible, ni tiempo para cometer equivocaciones con la esperanza de que me llevaran a la verdad. Tampoco podía olvidar a Rita Ferris y a su hijo, y al pensar en ella miré instintivamente por encima del hombro hacia el oscuro rectángulo de la ventana, y recordé un peso en el hombro, frío pero no

inflexible, el roce de una mano familiar.

Estaban ocurriendo muchas cosas; demasiadas muertes giraban alrededor del espacio blanco en el centro de la página. Y en ese espacio tracé un interrogante, añadí el punto con cuidado y continué con una serie de puntos descendentes hasta el pie de la página.

Y allí escribí el nombre de «Caleb Kyle».

A continuación debería haberme ido a cenar. Debería haberme reunido con Ángel y Louis y haberlos acompañado a un bar, donde los habría observado mientras bebían y coqueteaban extrañamente entre sí. Puede que incluso hubiese tomado una copa, sólo una... Las mujeres habrían pasado a mi lado, contoneándose suavemente mientras el alcohol se adueñaba de sus mentes y

sus cuerpos. Quizás alguna de ellas me habría sonreído, y quizá yo le habría devuelto la sonrisa y habría sentido esa chispa que se enciende cuando una mujer hermosa centra la atención en un hombre. Habría tomado otra copa, luego otra, y pronto me habría olvidado de todo y habría descendido para siempre al abismo del olvido.

Se acercaba el aniversario. Tenía conciencia de ese hecho

como de un nubarrón en el horizonte que avanzaba inexorablemente para envolverme en recuerdos de pérdida y dolor. Deseaba normalidad, y sin embargo ésta seguía sin estar a mi alcance. Ni siquiera sabía con certeza por qué había ido al despacho de Rachel, pero sí sabía que quería estar a su lado aunque mis sentimientos hacia ella me generasen malestar y culpabilidad, como si en cierto modo traicionase el

recuerdo de Susan. Con estos pensamientos en la cabeza, después de todo lo ocurrido en los últimos días, y después de permitir que mi mente explorase la naturaleza de los asesinatos que se habían cometido tanto en el pasado reciente como en el lejano, no me convenía quedarme solo.

Cansado y tan hambriento que se me había ido el apetito por completo para dar paso a una molestia más profunda y persistente,

me desnudé, me metí en la cama y me tapé hasta la cabeza preguntándome cuánto tardaría en conciliar el sueño. Pero me dormí antes de darme cuenta.

Me desperté al percibir un ruido y un olor tenue y desagradable que no identifiqué hasta transcurridos unos instantes. Era el olor de la vegetación descompuesta, de las hojas y el mantillo y del agua

estancada. Levanté la cabeza de la almohada y me froté los ojos para despejarme, y a medida que el hedor a podredumbre se intensificaba fui arrugando la nariz. En la mesilla de noche había una radio despertador —marcaba las 00:33— y comprobé si la alarma se había encendido por alguna razón durante la noche, pero la radio estaba apagada. Miré alrededor, consciente de pronto de que la luz de la habitación tenía

algo extraño, un color anormal.

Alguien cantaba en el cuarto de baño.

Era un sonido grave pero dulce, dos voces unidas para cantar la misma canción, una canción que parecía una nana, y cuya letra resultaba imposible de entender tras la puerta cerrada del baño.

Por debajo de esa misma puerta se filtraba una luz verde que se propagaba en ondas por la moqueta barata. Aparté las mantas y me

quedé inmóvil y desnudo en el suelo, sin sentir frío, y me encaminé hacia el baño. Al acercarme, el olor se hizo más intenso. Noté que se me adhería a la piel y al cabello, como si me bañase en él. El cántico subió de volumen, y la letra me llegó nítidamente, las mismas sílabas repetidas una y otra vez con el timbre agudo de unas niñas.

«Caleb Kyle, Caleb Kyle».

Había llegado casi hasta

donde terminaban los rayos de luz procedentes de debajo de la puerta. Al otro lado se oía un suave chapoteo de agua.

«Caleb Kyle, Caleb Kyle».

Aguardé un segundo fuera de la luz verde y después apoyé el pie descalzo en ella.

El cántico se interrumpió en cuanto toqué el suelo, pero la luz siguió allí, deslizándose sobre mis dedos descalzos con un

movimiento lento y viscoso. Alargué el brazo y, con cautela, bajé el picaporte. Abrí y pisé las baldosas.

El baño estaba vacío. Allí no había nada más que las superficies blancas, la ordenada pila de toallas sobre el inodoro, el lavabo con sus jabones de mala calidad todavía envueltos, los vasos con sus fundas de papel, la cortina de flores de la bañera corrida casi por completo...

La luz procedía de detrás

de la cortina, un resplandor verde y desagradable que brillaba con apenas un vestigio de la potencia de su fuente original, como si se hubiese abierto paso a través de capas y capas de obstáculos para proporcionar cierta iluminación, por pequeña que fuese. Y en el silencio de la habitación, roto sólo por el suave chapoteo del agua tras la cortina, daba la impresión de que algo contuviese el aliento. Oí una risa delicada,

ahogada por una mano, y otra risa sonó como un eco de la primera, y entonces detrás de la cortina aumentó el chapoteo.

Tendí una mano, agarré el plástico y empecé a descorrerlo con un movimiento rápido. Encontré cierta resistencia, pero continué apartando la cortina hasta que el interior de la bañera quedó totalmente a la vista.

El agua estaba llena de hojas, tantas que llegaban a

la altura de los grifos. Eran verdes y rojas, marrones y amarillas, negras y doradas. Había hojas de álamos llorones y de abedules, de cedros y de cerezos, de arces y de tilos, de hayas y de abetos, sus formas retorcidas y superpuestas, y la intensidad de su descomposición contaminaba el agua y creaba una pestilencia casi visible.

Una silueta se movió bajo las hojas y afloraron

burbujas a la superficie. La vegetación se separó y algo blanco empezó a elevarse, con una ascensión larga y lenta como si el agua fuese mucho más profunda de lo que era. Al acercarse a la superficie pareció escindir-se en dos figuras, agarradas de la mano mientras subían, con las melenas dispersas y ondeantes, las bocas abiertas, los ojos cegados.

Dejé caer la cortina e intenté moverme, pero las baldosas me traicionaron del

mismo modo que me habían traicionado el día que encontré a las niñas. Y cuando me caí, sus sombras se deslizaron detrás de la cortina y yo retrocedí impulsándome con las manos y los talones, buscando apoyo a toda costa con los dedos de manos y pies hasta que volví a despertar; las mantas formaban un rebujo al pie de la cama y el colchón quedaba a la vista mostrando un agujero ensangrentado en

la tela allí donde lo había roto con las uñas.

Oí una insistente llamada a la puerta.

—¡Bird! ¡Bird! —Era la voz de Louis.

Me levanté a rastras de la cama y me di cuenta de que temblaba sin control. Forcejeé torpemente con la cadena de la puerta. Por fin logré abrir, y allí estaba Louis, frente a mí, con un pantalón largo de deporte de color gris y una camiseta blanca, pistola en mano.

—¿Bird? —repitió. Se advertía preocupación en su mirada, y una especie de afecto—. ¿Qué pasa?

Algo me subió a borbotones a la garganta, y noté un sabor a bilis y café.

—Las he visto —dije—. Las he visto a todas.

Me senté en el borde de la cama con la cabeza entre las manos y esperé mientras Louis iba a la recepción a por dos cafés de la cafetera en eterno funcionamiento. Cuando pasó frente a su habitación oí que cruzaba unas palabras con Ángel, pero vino él solo, entró y cerró la puerta contra el aire frío de la noche. Me entregó el vaso de papel y le di las

gracias antes de tomar un sorbo en silencio. Desde la calle nos llegaba el suave golpeteo de los copos de nieve en la ventana. No dijo nada durante un rato, y percibí que le daba vueltas a algo en la cabeza.

—¿Te he hablado alguna vez de mi abuela Lucy? —preguntó por fin.

Lo miré sorprendido.

—Louis, ni siquiera sé tu apellido —contesté.

Esbozó una vaga sonrisa, como si eso fuese lo único

que podía hacer para recordar lo que él mismo había sido.

—Da igual —prosiguió, y la sonrisa desapareció—. El caso es que Lucy era mi abuela, la madre de mi madre, no mucho mayor de lo que yo soy ahora. Era una mujer preciosa: alta, con la piel como el día cuando anochece. Siempre llevaba el pelo suelto. No recuerdo que se lo recogiera, se lo dejaba suelto, flotando sobre los hombros en bucles

oscuros. Vivió con nosotros hasta el día de su muerte, y murió joven. Pilló una pulmonía y se consumió envuelta en temblores y sudor.

»En el pueblo vivía un hombre que se llamaba Errol Rich. Desde que yo lo conocía, nunca fue la clase de hombre que ponía la otra mejilla. Siendo negro y viviendo en un pueblo como aquél, era lo primero que aprendías: a poner siempre, siempre, la otra mejilla,

porque si no lo hacías, ni un solo *sheriff* blanco, ni un solo jurado blanco, ni una sola pandilla de sureños gilipollas preparada para atarte al eje de un camión y llevarte a rastras por caminos de tierra hasta arrancarte la piel, ni uno solo de ellos iba a ver en ti más que a un negro de mierda con aires de superioridad, y un mal ejemplo para todos los demás negros de mierda, que quizá llegarían incluso a

soliviantarse, obligando así a los blancos con cosas mejores que hacer a salir una noche oscura a darles una lección. A enseñarles modales, quizá.

»Pero Errol no veía las cosas de ese modo. Era enorme. Pasaba por la calle y tapaba el sol con los hombros. Arreglaba de todo: motores, segadoras, cualquier cosa que tuviera una parte móvil y que la mano de un hombre pudiese reparar. Vivía en una cabaña

grande junto a una de las viejas carreteras del condado, con su madre y sus hermanas, y miraba a los chicos blancos a los ojos y sabía que le tenían miedo.

»Excepto una vez, cuando pasaba con su camión por delante de un bar de la Carretera 5 y oyó que alguien le gritaba “¡Eh, negro de mierda!”, y acto seguido el parabrisas del camión se rompía en pedazos. Le habían lanzado una botella llena de orina

que aquellos gilipollas habían reunido entre todos. Errol paró y se quedó sentado dentro un rato, cubierto de sangre, cristales rotos y orina. Al final salió de la cabina, agarró un listón de madera de un metro más o menos y se dirigió hacia donde estaban aquellos buenos chicos sentados a la entrada del bar. Eran cuatro, incluido el dueño, un cerdo llamado Little Tom Rudge, y Errol notó que se quedaban paralizados al verlo

acercarse. “¿Quién ha tirado eso?”, preguntó Errol. “¿Lo has tirado tú, Little Tom? Porque si has sido tú, más vale que me lo digas o voy a pegarle fuego a tu pocilga”.

Pero nadie contestó. Todos se quedaron mudos. Incluso en pandilla y borrachos sabían que no les convenía buscarle las cosquillas a Errol. Y Errol se limitó a mirarlos, luego escupió en el suelo y lanzó el listón a través de la vidriera del bar, y Little

Tom no pudo hacer nada. Él menos que nadie, no en ese momento.

»Fueron a por él la noche siguiente, tres camiones llenos. Lo agarraron delante de su madre y de sus hermanas y se lo llevaron a un sitio llamado Ada's Field, donde había un castaño que debía de tener unos cien años. Y cuando llegaron, los esperaba allí medio pueblo. Había mujeres, incluso algunos de los niños

mayores. La gente comía pollo y galletas, bebía refrescos en botellas de cristal y hablaba del tiempo y de la inminente cosecha y quizá de la temporada de béisbol, como si estuviesen en una feria esperando el comienzo del espectáculo. En total había más de cien personas, sentadas en los capós de sus coches, esperando.

»Y cuando llegó Errol, atado de pies y manos, lo subieron al techo de un viejo

Lincoln aparcado bajo el árbol. Le pusieron una soga al cuello y se la apretaron. Luego alguien se acercó y le vació encima una lata de gasolina, y Errol levantó la vista y pronunció las únicas palabras que dijo desde que lo atraparon, y las únicas palabras que diría ya en este mundo. “No me queméis”, rogó. No les pidió que le perdonasen la vida o que no lo ahorcasen. Eso no le daba miedo. Pero no quería que lo quemaran. Luego, supongo,

los miró a los ojos y vio que sería lo que tuviera que ser, agachó la cabeza y empezó a rezar.

»En fin, le ajustaron la soga al cuello y tiraron de ella hasta que Errol estuvo de puntillas en el techo del coche. Después el coche arrancó y Errol quedó suspendido en el aire, retorciéndose y sacudiéndose. Y alguien se adelantó con una antorcha encendida en la mano y prendió fuego a Errol Rich

allí colgado, y aquella gente lo escuchó gritar hasta que le ardieron los pulmones y no pudo seguir gritando y murió.

»Eso ocurrió a las nueve y diez de una noche de julio, a unos cinco kilómetros de nuestra casa, al otro lado del pueblo. Y a las nueve y diez mi abuela Lucy se levantó de su silla junto a la radio. Yo estaba sentado a sus pies. Los demás se encontraban en la cocina o acostados, pero yo seguía con ella. Mi

abuela Lucy se dirigió a la puerta y salió a la noche sin más ropa que el camisón y un chal, y miró hacia el bosque. Yo la seguí y pregunté: “Abuela, ¿qué pasa?”. Pero ella no contestó. Siguió hasta llegar a unos tres metros de los árboles y allí se detuvo.

»Y en la oscuridad, entre los árboles, se vio una luz. No parecía más que una mancha de luz de la luna, pero cuando busqué la luna no la encontré, y el resto del

bosque estaba a oscuras.

»Me volví hacia mi abuela Lucy y la miré a los ojos. —Louis interrumpió el relato y cerró los ojos por un instante, como quien recuerda un dolor olvidado hace mucho tiempo—. Mi abuela tenía fuego en los ojos. En sus pupilas, justo en lo negro del centro, vi llamas. Vi arder a un hombre como si estuviera delante de nosotros, al abrigo de los árboles. Pero cuando observé la oscuridad,

allí sólo estaba aquella mancha de luz, nada más.

»Y Lucy dijo: “Pobre muchacho, pobre, pobre muchacho”, y se echó a llorar. Fue como si con sus lágrimas y con su dolor apagara las llamas, porque el hombre que ardía en sus ojos empezó a desvanecerse hasta que al final desapareció, como también desapareció la mancha de luz en el bosque.

»Lucy nunca habló con nadie de lo que había ocurrido, y a mí me pidió

que no lo contara. Pero me parece que mi madre lo sabía. Al menos sabía que su madre poseía una especie de don que nadie más tenía. Era capaz de encontrar los lugares oscuros, los lugares que nadie más encontraba, los lugares donde nadie más miraría. Y las cosas que se movían en las sombras, las personas camino de la otra vida, eso también lo veía. — Calló por un momento—. ¿Es eso lo que has visto, Bird? —preguntó en un

susurro—. ¿Las sombras?

Sentí frío en las yemas de los dedos de los pies y en las de las manos.

—No lo sé —contesté.

—Lo digo porque recuerdo lo que pasó en Louisiana, Bird —prosiguió—. Allí viste cosas que nadie más veía. Lo sé. Lo percibí, y a ti te asustó.

Moví la cabeza en un lento gesto de asentimiento. No podía admitir aquello en lo que yo mismo no creía. A veces pensaba —quizás

incluso esperaba— que el dolor me había trastornado, que la pérdida de mi mujer y de mi hija me había provocado una enfermedad mental, me había perturbado emocional y psicológicamente, que la culpabilidad me había afectado de tal modo que vivía acosado por las imágenes de los muertos que mi mente alterada invocaba. Sin embargo, era verdad que había visto a Jennifer y a Susan después de reunirme

con *Tante* Marie Aguiard en Louisiana, después de oírle contar lo que les había ocurrido cuando ella no tenía manera de saberlo. Los otros vinieron después y me hablaron en sueños.

Ahora, al ver a Rita y a Donald, a mi propia Jennifer, al sentir sobre mí la mano de Susan, albergué en parte la esperanza de que se debiese al hecho de que se acercaba el aniversario, de que el recuerdo del dolor se hubiese abierto paso hasta

los rincones de mi mente y hubiese empezado a trastornarme otra vez. O quizá fuese fruto de la culpabilidad, la culpabilidad que sentía por desear a Rachel Wolfe, la culpabilidad que sentía por desear la oportunidad de empezar de nuevo.

Existe una forma de narcolepsia en la que los pacientes sueñan despiertos literalmente, en la que los sueños de la fase REM los asaltan en el transcurso de su

vida diaria, de manera que lo real y lo imaginado se funden en una sola cosa y los mundos del sueño y la vigilia entran en colisión. Durante un tiempo pensé que a lo mejor yo era víctima de algo así, pero en el fondo sabía que no se trataba de eso. Dos mundos se unían en mí, pero no eran los mundos del sueño y la vigilia. Pues en esos dos mundos nadie dormía, nadie descansaba.

Le conté algo de esto a

Louis mientras me observaba en silencio desde una silla en el rincón. Después me sentí un poco avergonzado por mi arretrato, por hacerlo venir para escuchar mis delirios.

—Puede que simplemente tenga pesadillas, sólo eso. Pero me recuperaré, Louis, creo que me recuperaré. Gracias.

Me miró con severidad a los ojos. Luego se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Estoy a tu disposición.

—Descorrió el pasador y se detuvo—. No soy una persona supersticiosa, Bird. No me interpretes mal. Pero sé lo que ocurrió aquella noche. Olía a quemado, Bird. Me llegó el olor de las hojas de los árboles en llamas.

Y dicho esto regresó a su habitación.

Aún nevaba, y los copos se helaban en la ventana. Contemplé cómo se formaban los cristales de

hielo y pensé en las nietas de Cheryl Lansing, en Rita Ferris y en Gary Chute. No quería que Ellen Cole se uniera a ellos, ni Billy Purdue. Quería salvar a quienes aún vivían.

En un esfuerzo por distraerme, intenté leer. Acababa de terminar una biografía del conde de Rochester, un dandy inglés que en la época de Carlos II llegó a la tumba prematuramente a fuerza de alcohol y putas, y entretanto

escribió unos cuantos poemas magníficos. Releí las últimas páginas tendido en la cama bajo la luz amarillenta de la lámpara de la pared con el zumbido de la calefacción de fondo. Por lo visto, en 1676 Rochester se vio envuelto en el asesinato de un alguacil y tuvo que esconderse disfrazándose de curandero bajo el nombre de doctor Alexander Bendo, que vendía medicamentos a base de arcilla, hollín, jabón y

trozos de pared vieja a los incautos de Londres, ninguno de los cuales descubrió jamás la verdadera identidad del hombre a quien confiaban sus más íntimos secretos y las partes más íntimas de los cuerpos de sus esposas.

Al viejo Saul Mann le habría caído bien Rochester, pensé. Habría sabido valorar el componente del disfraz, la posibilidad de que un hombre adoptara la identidad de otro para

protegerse y luego timara a los mismos que lo buscaban. Me dormí con el tenue tamborileo de la nieve en el cristal y soñé con Saul Mann, envuelto en una capa con lunas y estrellas, los naipes dispuestos en la mesa frente a él, aguardando en silencio el comienzo de la gran partida.

19

La nevada de aquella noche fue la primera precipitación intensa del invierno. Cayó en Dark Hollow y Beaver Cove, en el lago Moosehead y Rockwood y Tarratine. Recubrió de azúcar glas los montes Big Squaw y Kineo, Baker y Elephant. Convirtió la isla de Longfellows en una cicatriz blanca en el paisaje de Piscataquis. Algunos de los lagos de

menor extensión se helaron, y sobre ellos se formó una capa de hielo tan fina y peligrosa como la hoja del cuchillo de un traidor. Una gran cantidad de nieve se posó en las coníferas y la tierra quedó en silencio e inalterada, salvo por el sonido de las ramas que cedían de mala gana bajo el peso que sostenían y entonces caían pesadamente los copos comprimidos para reunirse con la nieve acumulada debajo, que les

daba la bienvenida. En mi sueño inquieto y alterado, noté caer la nieve, percibí el cambio en la atmósfera mientras el mundo se vestía de blanco y la noche aguardaba a que la exquisita perfección de la obra del invierno se revelase en la claridad del lento amanecer.

Muy temprano, oí una máquina quitanieves en la calle mayor del pueblo y el lento y cauteloso avance de los primeros coches, con el característico ruido de las

cadenas sobre el asfalto. En la habitación hacía tanto frío que las gotas de humedad convertían las ventanas en cristales rotos, milagrosamente restauradas al pasar la mano. Contemplé el pueblo, las huellas de los coches, los primeros viandantes con las manos en los bolsillos o a los costados, su andar extraño y cómico por las múltiples capas de jerséis y camisas, ropa interior térmica y bufandas, como el de los niños

embutidos en ropa nueva.

Me acerqué al cuarto de baño con inquietud, pero dentro todo estaba limpio y en silencio. Me duché con el agua lo más caliente posible y el grifo abierto al máximo y luego me sequé deprisa; los dientes me castañeteaban mientras notaba cómo se enfriaban las gotas sobre mi piel a causa de la baja temperatura. Me puse unos vaqueros, botas, una gruesa camisa de algodón y un suéter de lana oscuro;

después añadí unos guantes y el abrigo y salí al aire frío y cortante de la mañana. La nieve crujió bajo mis pies, y fui dejando huellas a medida que avanzaba. Llamé a la puerta de la habitación contigua con dos golpes secos.

—Largo de aquí —dijo Ángel claramente a pesar de estar enterrado bajo al menos cuatro capas de mantas.

Me asaltó por un instante un sentimiento de

culpabilidad por haberlos despertado la noche anterior y procuré apartar de mi pensamiento la conversación con Louis.

—Soy Bird —contesté.

—Ya lo sé. Vete.

—Voy al restaurante.

Nos veremos allí.

—Antes nos veremos en el infierno. Fuera hace frío.

—Ahí dentro hace más frío aún.

—Asumo el riesgo.

—Veinte minutos.

—Lo que tú digas, pero

vete.

Me disponía a emprender el camino hacia el restaurante cuando algo me llamó la atención en mi coche. Desde la ventana de la habitación me había parecido que los contornos rojos del Mustang habían quedado sólo parcialmente ocultos bajo la nieve, ya que a través de la capa blanca asomaban destellos de color como si una mano hubiese retirado parte de la nieve. Pero no era ésa la razón por

la que la nieve caída sobre el coche estaba manchada de rojo. Había sangre en el parabrisas. También había sangre en el capó, y una larga línea roja nacía en la parte delantera del coche, recorría la puerta del conductor y la ventanilla trasera, hasta formar un charco bajo el maletero. Caminé por la nieve oyéndola crujir bajo los pies. En la parte trasera del coche, junto a la rueda posterior derecha, vi una maraña de

pelo marrón. El gato tenía la boca abierta y la lengua le colgaba entre los dientes pequeños y blancos. Una herida roja le surcaba el vientre, pero en apariencia la mayor parte de la sangre estaba en mi coche.

A mi izquierda oí cerrarse ruidosamente la puerta de la oficina y vi acercarse a la recepcionista con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Ya he avisado a la policía —informó—. Al ver

el gato, primero he pensado que lo había atropellado usted con el coche, pero luego he visto la sangre y he comprendido que no era posible. ¿Quién le habrá hecho una cosa así a un animal? ¿A qué clase de persona le puede gustar hacer daño de esa manera? —Se echó a llorar otra vez.

—No lo sé.

Pero sí lo sabía.

Tuve que llamar tres veces a la puerta para que Ángel se acercase a abrir.

Permanecí allí temblando mientras le contaba lo ocurrido; detrás de él, Louis escuchaba en silencio.

—Está aquí —dijo Louis por fin.

—No lo sabemos con certeza —respondí, pero me constaba que Louis tenía razón. En algún lugar, cerca de allí, acechaba Stritch.

Los dejé y crucé la calle para ir al restaurante. Eran las ocho y diez, y el

establecimiento ya estaba casi lleno; el aire caliente circulaba impregnado de olor a café recién hecho y a beicon, y la gente levantaba la voz ante la barra y en la cocina. Por primera vez me fijé en la decoración navideña, el Papá Noel de Coca-Cola, el espumillón y las estrellas. Serían mis segundas fiestas sin ellas. Casi sentí gratitud hacia Billy Purdue, quizás incluso hacia Ellen Cole por proporcionarme algo en que

concentrarme. Toda la energía que tal vez habría volcado en la pena, en la rabia, en la culpabilidad y en el temor al aniversario, la orientaba ahora hacia la búsqueda de aquellas dos personas. Pero esa gratitud fue breve y pasajera, una lamentable traición a las personas afectadas, y de inmediato me sentí molesto conmigo mismo por utilizar el sufrimiento de otros para aliviar el propio.

Ocupé un reservado y

me dediqué a contemplar a la gente que pasaba por la calle. Cuando la camarera se acercó pedí únicamente café. Sólo de ver el gato y de pensar que Stritch nos seguía el rastro, se me había quitado el apetito. Sin darme cuenta, comencé a escrutar los rostros de las personas del restaurante como si Stritch hubiese podido de algún modo mutar o usurpar la forma de otro. Frente a mí había dos hombres de la compañía maderera

comiendo huevos con jamón y hablando ya de Gary Chute.

Escuché y aprendí, ya que la agreste naturaleza del norte estaba al borde del cambio. Una superficie de algo más de cuarenta mil hectáreas de bosque, propiedad de una compañía papelera europea, iba a explotarse de forma inminente. La última tala en la zona había tenido lugar en los años treinta y cuarenta, y ahora el bosque volvía a

estar maduro. En la pasada década la compañía había reconstruido las pistas y los puentes, y los había preparado para los grandes camiones madereros con sus grúas hidráulicas provistas de ganchos en forma de garra que se adentrarían en la espesura y permitirían el transporte de pinos, píceas y abetos, robles, arces y abedules, para empezar. Chute, licenciado por la Universidad de Maine en Orono, era uno de los

responsables de la comprobación de las carreteras, el crecimiento de los árboles y los límites probables de la tala.

Las leyes relativas a la ingeniería forestal habían cambiado desde la última tala. Por entonces, las compañías desforestaron todo el territorio y provocaron un encenegamiento que mató a los peces, obligó a los animales a migrar y causó una grave erosión. En la

actualidad tenían que talar diagramando el terreno como un tablero de ajedrez, dejando intacta la mitad del bosque durante otros veinte o treinta años para que los hábitats se restaurasen. Ya había indicios de las primeras talas, donde los ciervos y los alces se alimentaban de frambuesas, y los sauces y alisos crecían en pugna por la nueva luz. Así pues, los vastos e inalterados bosques del norte tenían los días contados, y

pronto los hombres y las máquinas se abrirían paso en ellos. Gary Chute había sido el primero, y supuse que su trabajo debía de haberlo llevado a zonas donde pocas personas habían puesto los pies en décadas.

En la acera de enfrente, Lorna Jennings bajó de su Nissan verde, vestida con una acolchada chaqueta blanca de botones y ceñida sobre un pantalón vaquero negro y unas botas negras de media caña. Me pregunté

cuánto tiempo llevaba allí: alrededor del coche no se veían restos del humo de escape y, pese al escaso tráfico, varios vehículos habían pasado ya sobre las huellas de sus ruedas.

De pie en el bordillo, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, se puso a mirar hacia el restaurante. Recorrió las ventanas con la mirada hasta llegar al lugar donde yo estaba sentado con una taza de café en la mano. Me dio

la impresión de que se lo pensaba un momento; luego cruzó la calle, entró en el restaurante y tomó asiento frente a mí a la vez que se desabrochaba la chaqueta. Debajo llevaba un jersey rojo de cuello cisne que se ceñía al contorno de sus pechos. Una o dos personas se la quedaron mirando cuando se sentó e intercambiaron comentarios.

—Estás llamando la atención —dije.

Ella se sonrojó un poco.

—Por mí, pueden irse al diablo —contestó. Llevaba un toque de barra de labios rosa y el cabello le colgaba hasta la nuca, con unos mechones que le caían delicadamente junto al ojo izquierdo como plumas oscuras del ala de un ave—. Algunos de ellos saben que tú estabas allí anoche, cuando encontraron el cadáver. La gente ha empezado a preguntar qué haces aquí.

Indicó a la camarera lo

que quería, y ésta enseguida le trajo café y un bollo, junto con finas lonchas de beicon en un plato aparte, y antes de irse nos lanzó por separado una mirada maliciosa. Lorna se comió el bollo sin mantequilla, sosteniéndolo con la mano izquierda mientras con la derecha sujetaba los trozos de beicon, que mordisqueaba con delicadeza.

—¿Y qué respuesta se les ha dado?

—Han oído decir que

buscas a una chica. Ahora se preguntan si tenías alguna razón para interesarte en la desaparición del hombre de la compañía maderera. —Se interrumpió y tomó un sorbo de café—. ¿Y bien? ¿La tienes?

—¿Eres tú quien pregunta o es Rand?

Hizo una mueca.

—Eso es un golpe bajo —susurró—. Rand puede hacer sus propias preguntas.

Me encogí de hombros.

—No creo que la muerte

de Chute fuese un accidente, pero eso debe confirmarlo el forense. Entre él y Ellen Cole me resulta difícil establecer alguna conexión. —No era del todo verdad. Ambos estaban conectados por Dark Hollow y la oscura línea de una carretera trazada a través del bosque sobre la que la muerte de Chute pendía como única gota roja—. Pero se han producido también otras muertes, algunas relacionadas con un tal Billy

Purdue. Fue uno de los chicos acogidos por Meade Payne, hace mucho tiempo.

—¿Crees que podría estar aquí?

—Creo que quizás intente llegar hasta Payne. Lo persiguen, mala gente. Consiguió hacerse con dinero que no era suyo y ahora huye asustado. Me parece que Meade Payne es la única persona que le queda en quien confiar.

—¿Y cuál es tu papel en esto?

—Yo estaba trabajando para su mujer. Ex mujer. Se llamaba Rita Ferris. Tenía un hijo.

Lorna arrugó la frente, cerró los ojos un instante y por fin, al recordar el nombre, asintió con la cabeza.

—La mujer y el niño que murieron en Portland. Son ellos, ¿no? ¿Y ese Billy Purdue era su ex marido?

—Sí, son ellos.

—Cuentan que él mató a su propia familia.

—Se equivocan.

Permaneció un momento callada y por fin dijo:

—Pareces muy seguro de eso.

—No es esa clase de persona.

—¿Y tú conoces a «esa clase de persona»?

Me observaba con atención. En sus ojos advertí emociones encontradas. Las percibía del mismo modo que había percibido la nieve que caía suavemente durante la noche. Incluían

curiosidad, lástima y también algo más, algo que había permanecido latente muchos años, un sentimiento reprimido que ahora afluía de manera gradual. Al notarlo, deseé alejarme de ella. Era preferible que ciertas cosas quedasen en el pasado.

—Sí, así es. Conozco a esa clase de persona.

—La conoces porque has matado a alguna de ellas.

Tardé un instante en contestar.

—Sí.

—¿A eso te dedicas ahora?

Esboqué una sonrisa vacía.

—Parece formar parte de ello.

—¿Merecían morir?

—No merecían vivir.

—No es lo mismo.

—Lo sé.

—Rand lo sabe todo sobre ti —dijo Lorna, y apartó el resto de su comida—. Anoche habló de ti. En realidad habló de ti a gritos,

y yo le grité también. —
Tomó un sorbo de café—.
Creo que te tiene miedo. —
Desvió la vista hacia la
calle, resistiéndose a
mirarme directamente y
prefiriendo observar mi
reflejo en el cristal—. Sé lo
que te hizo en aquellos
lavabos. Siempre lo he
sabido. Lo siento.

—Yo era joven. Me
curé.

Se volvió hacia mí.

—Yo no —dijo—. Pero
no fui capaz de dejarlo, no

entonces. Aún lo quería, o eso pensaba. Y era lo bastante joven para creer que nos quedaba una oportunidad juntos. Intentamos tener hijos. Pensamos que quizás así mejorarían las cosas. Perdí dos, Bird, el último hace tres años. Creo que no puedo llegar al final del embarazo. He sido tan inútil que ni siquiera he podido darle un hijo. —Apretó los labios y se apartó el pelo de la frente. A sus ojos les faltaba vida

—. Ahora sueño con marcharme, pero si me voy, me voy sin nada. Es el acuerdo al que hemos llegado, y quizá tenga que ser así. Quiere que me quede, o eso dice, pero también yo he aprendido mucho en estos últimos años. He aprendido que los hombres ansían. Ansían y necesitan, pero después de un tiempo dejan de ansiar lo que tienen y buscan en otra parte. He visto cómo mira a otras mujeres, a las chicas

con vestidos ceñidos que vienen al pueblo. Cree que una de ellas satisfará todos sus deseos, pero eso no ocurre y entonces vuelve a mí y me dice que lo siente, que ahora ya lo sabe. Pero sólo lo sabe mientras la culpabilidad sigue viva, y al final ésta pasa y él empieza a desear otra vez.

»Los hombres son muy estúpidos, muy egocéntricos. Todos se creen distintos, creen que ese anhelo, ese vacío en su interior, es algo

peculiar de ellos, y que de algún modo los disculpa de todo aquello que hacen. Pero no es así, y entonces culpan a las mujeres por retenerlos, como si sin ellas estuvieran mejor, fueran superiores. Y las ansias crecen y tarde o temprano empiezan a cebarse en sí mismas, y ese patético caos se viene abajo como músculos y tendones separándose de los huesos.

—¿Y no ansían también las mujeres? —pregunté.

—Sí, claro que

ansiamos. Y la mayor parte del tiempo nos morimos de hambre. Como mínimo así es por aquí. Tú también ansías, Charlie Parker. Y deseas, quizá más que la mayoría. En otro tiempo me deseaste porque era distinta, porque era mayor y porque no habrías sido capaz de tenerme, pero pudiste. Me deseaste porque te parecía inalcanzable.

—Te deseé porque te quería.

Lorna sonrió con el

recuerdo.

—Me habrías dejado. Quizá no inmediatamente, tal vez al cabo de unos años, pero me habrías dejado en cuanto envejeciese, en cuanto empezasen a aparecer las arrugas, en cuanto me secase y no pudiese tener hijos, en cuanto una chica guapa se acercase a ti y te deslumbrase con una sonrisa y empezases a pensar: «Todavía soy joven, puedo conseguir algo mejor que esto». Entonces te habrías

ido o te habrías descarriado y habrías vuelto con el rabo entre las patas y la polla en la mano. Y yo no habría podido resistir ese dolor, Charlie, no viniendo de ti. Me habría muerto. Me habría quedado hecha un ovillo y me habría muerto por dentro.

—Ésa no debió de ser la razón por la que te quedaste con él. —Me interrumpí, porque nada bueno podía salir de aquello—. En todo caso es agua pasada. Lo

hecho, hecho está.

Apartó la mirada y en su frente aparecieron arrugas de dolor.

—¿Le fuiste infiel alguna vez a tu mujer? — preguntó.

—Sólo con la botella.

Dejó escapar una risa apagada y me miró a través del cabello que le caía sobre la cara.

—No sé si eso es peor o mejor que una mujer. Peor, creo. —La sonrisa desapareció, pero en sus ojos

quedó una especie de ternura
—. Ya en aquellos tiempos
rebosabas dolor, Bird.
¿Cuánto más dolor has
acumulado desde entonces?

—Yo no lo elegí, pero
fui culpable de lo que lo
causó.

Sentí como si las
personas que me rodeaban
se hubiesen esfumado, se
hubiesen convertido en
meras sombras, y el pequeño
círculo de luz solar en torno
a la mesa representase los
límites del mundo y, más

allá, en la oscuridad, figuras desdibujadas vagasen y temblasen como fantasmas de estrellas.

—¿Y qué hiciste, Bird?

—Y con delicadeza, una delicadeza extrema, noté el contacto de su mano en la mía.

—Como tú has dicho, hice daño a otras personas. Y ahora intento compensarlo.

En la penumbra las siluetas parecieron acercarse, pero no eran las

personas que comían en el restaurante de un pueblo pequeño, plagado de habladurías e insignificantes suspicacias de una comunidad cerrada; eran las siluetas de los extraviados y de los malditos, y entre ellas estaban las de aquellas a quienes en otro tiempo yo había llamado amiga, amante, hija.

Lorna se puso en pie y, alrededor, el restaurante volvió a cobrar nitidez y los espectros del pasado se

convirtieron en sustancia del presente. Bajó la vista para mirarme y la mano me ardió suavemente allí donde me había tocado.

—«Lo hecho, hecho está» —dijo repitiendo mis palabras—. ¿Es eso lo que sientes con respecto a nosotros?

Las líneas entre nuestro pasado y nuestro presente se habían desdibujado de algún modo y estábamos hurgando en viejas heridas que deberían haber cicatrizado

mucho tiempo antes. No contesté, así que se puso la chaqueta, sacó cinco dólares del bolso y los colocó en la mesa. A continuación se dio media vuelta y se alejó, y me dejó el recuerdo del roce de su mano y la tenue presencia de su perfume, como una promesa expresada pero no cumplida todavía. Ella sabía que Rand se enteraría de que nos habían visto juntos, de que habíamos hablado largo y tendido en el restaurante. Pienso que, incluso por

entonces, ella estaba presionándolo. Estaba presionándonos a los dos. Casi me parecía oír el tictac del reloj que contaba las horas y los minutos que faltaban para que su matrimonio se autodestruyese por fin.

Ante ella, se abrió la puerta y Ángel y Louis entraron en el restaurante. Me miraron y yo asentí con la cabeza a modo de respuesta. Lorna advirtió el gesto antes de salir y,

cuando pasó junto a ellos, los saludó con una media sonrisa. Se sentaron frente a mí mientras yo la observaba cruzar la calle y dirigirse hacia el norte con su chaqueta blanca, la cabeza gacha como un cisne.

Ángel pidió dos cafés y se puso a silbar suavemente mientras esperaba a que se los sirvieran. Silbaba *The Way We Were*.

Cuando acabaron de desayunar, repasé con ellos los detalles del

descubrimiento del cadáver de Chute la noche anterior y nos dividimos las tareas pendientes para el día. Louis iría al lago y buscaría un punto elevado desde donde seguir vigilando la casa de Payne, ya que la misión de reconocimiento de la noche anterior no había servido de nada. Antes de marcharse, dejaría a Ángel en Greenville, donde éste alquilaría un Plymouth antiguo en una gasolinera. Desde Greenville se dirigiría

hacia Rockwood,
Seboomook, Pittston Farm y
Jackman, West Forks y
Bingham, todos los pueblos
al oeste y al sudoeste del
lago Moosehead. Yo
abarcaría Monson, Abbot
Village, Guilford y Dover-
Foxcroft, al sur y al sudeste.
En cada pueblo
enseñaríamos la fotografía
de Ellen Cole,
preguntaríamos en tiendas y
moteles, cafeterías y
restaurantes, bares y oficinas
de información turística.

Siempre que fuese posible, hablaríamos con la policía local y con los viejos lugareños que ocupaban sus reservados preferidos en bares y restaurantes, y a quienes sin duda no pasaba inadvertida la presencia de forasteros en el pueblo. Sería un trabajo agotador y frustrante, pero tenía que hacerse.

Mientras hablábamos, noté a Louis tenso. Recorría rápidamente con la mirada una y otra vez el restaurante

y la calle.

—No vendrá por nosotros a plena luz del día —aseguré.

—Podría habernos liquidado anoche —contestó.

—Pero no lo hizo.

—Quiere que sepamos que está aquí. Le gusta el miedo.

No hablamos más de él.

Antes de partir hacia los pueblos que me correspondían, decidí seguir la ruta que tal vez habían

tomado Ellen y su novio el día que se marcharon de Dark Hollow. En el camino me detuve en una estación de servicio y le pedí al encargado que le pusiera unas cadenas al Mustang. No sabía en qué estado encontraría las carreteras a medida que avanzase hacia el norte.

Una y otra vez lanzaba vistazos al retrovisor, consciente de que Stritch se encontraba en la zona, pero no me siguió ningún coche

ni adelanté a otros vehículos en la carretera. A unos tres kilómetros del pueblo había un indicador de vista panorámica. La carretera que llevaba hacia allí era empinada y el Mustang sorteó con dificultad algunas curvas. En un punto, dos tortuosas carreteras secundarias se bifurcaban hacia el este y el oeste, pero continué por la ruta principal hasta un pequeño aparcamiento desde donde se veía una gran extensión

de montañas, con el lago Ragged resplandeciente al oeste y el Parque Nacional de Baxter y Katahdin al nordeste. El aparcamiento ponía fin a la carretera de acceso público. A partir de allí, las pistas eran para uso de la compañía maderera, y debían de poner a prueba los amortiguadores de la mayoría de los coches. El paisaje era de una blancura, una frialdad y una belleza sobrecogedoras. Comprendí por qué la mujer del motel

había enviado allí a los chicos e imaginé la maravillosa vista que ofrecería el lago bañado de luz dorada.

Regresé hasta el cruce, donde la carretera secundaria en dirección este presentaba una gruesa capa de nieve. Continuaba a lo largo de unos dos kilómetros hasta morir entre árboles caídos y espesa maleza. El terreno era muy boscoso a ambos lados, los oscuros árboles contrastaban con la

nieve. Retrocedí y tomé la carretera hacia el oeste, que gradualmente torcía al noroeste para bordear una laguna. La laguna tenía una superficie aproximada de dos kilómetros de largo y ochocientos metros de ancho, y junto a las orillas crecían esqueléticas hayas y frondosos pinos. En la orilla occidental, un pequeño sendero serpenteaba entre los árboles. Dejé el coche y seguí a pie. No tardé en tener empapados los bajos

del pantalón y empecé a notar su peso.

Llevaba unos diez minutos andando cuando percibí un olor a humo y me llegaron los ladridos de un perro. Abandoné el sendero y ascendí por una pendiente entre los árboles; en lo alto había una casa pequeña, que difícilmente podría tener más de dos habitaciones. Tenía un tejado en voladizo, un porche estrecho y ventanas cuadradas de cuatro paneles con la pintura

descascarillada.

Posiblemente la casa había sido blanca en otro tiempo, pero la mayor parte de la pintura había desaparecido y sólo quedaban retazos bajo los aleros y los marcos de las ventanas. A un lado había tres o cuatro cubos grandes de basura, de los que se utilizan para reciclaje industrial. Al otro se veían aparcados un viejo camión Ford amarillo y, a un metro y medio de éste, los restos herrumbrosos de un

Oldsmobile azul, sin ruedas desde hacía tiempo y con una gruesa capa de polvo incrustada en las ventanillas. Advertí movimiento dentro, y al cabo de un momento un pequeño perro negro sin raza definida, con la cola cortada y enseñando los dientes, saltó por una ventanilla abierta de la parte trasera y corrió hacia mí. Se detuvo a un metro y empezó a ladrar con estridencia.

Se abrió la puerta de la casa y apareció un viejo de

barba rala. Vestía un mono azul y un largo impermeable rojo. Llevaba el cabello en apelmazadas greñas y tenía las manos casi negras de suciedad. Me fijé especialmente en las manos porque sostenían una escopeta Remington A-70 de repetición apuntando hacia mí. Cuando el perro vio salir al viejo, ladró con mayor vehemencia y ferocidad y agitó con desesperación el muñón que tenía por cola.

—¿Qué quiere? —

preguntó el viejo arrastrando un poco las palabras. Al hablar, un lado de su boca permaneció inmóvil, y supuse que padecía algún tipo de lesión muscular o nerviosa en la cara.

—Busco a una persona, una chica que quizá pasó por aquí hace un par de días.

El viejo esbozó algo así como una sonrisa y dejó a la vista una dentadura amarillenta, mellada tanto arriba como abajo.

—Yo ya no recibo a

chicas aquí —dijo sin apartar de mí el arma—. No me encuentran guapo.

—Es rubia, de algo menos de un metro sesenta y cinco. Se llama Ellen Cole.

—No los he visto —contestó el viejo, y blandió el arma en dirección a mí—. Ahora lárguese de mi propiedad.

No me moví. El perro arremetió contra mí y me mordisqueó los dobladillos del pantalón. Estuve tentado de darle una patada, pero

imaginé que se agarraría a mi pierna al instante. Manteniendo la mirada fija en el viejo, pensé en lo que acababa de decir.

—¿Qué quiere decir con «los»? Yo sólo he mencionado a una chica.

El viejo entornó los ojos al tomar conciencia de su error. Accionó el mecanismo de carga de la escopeta, y el pequeño perro enloqueció. Hincó sus dientes blancos y afilados en el dobladillo mojado de una de las

perneras de mis vaqueros y comenzó a tirar.

—Hablo en serio —
amenazó el viejo—.
Márchese y no vuelva, o le
pegaré un tiro ahora mismo
y asumiré el riesgo de que
me detengan. —Silbó al
perro—. Apártate,
muchacho, no quiero que
salgas herido.

El perro se dio media
vuelta de inmediato, corrió
de regreso al Oldsmobile e,
impulsándose con las fuertes
patas traseras, entró por la

ventanilla abierta. Sin dejar de ladrar, me observó desde el asiento delantero.

—No me obligue a volver, viejo —dije con calma.

—Para empezar, yo no le he obligado a venir, y desde luego no voy a obligarlo a volver. No tengo nada que decirle. Ahora lo repito por última vez: lárguese de mi propiedad.

Me encogí de hombros, me volví y me marché. No me quedaba otra opción, no

a menos que me arriesgara a que me volaran la cabeza. Miré atrás una sola vez y lo vi todavía en el porche con la escopeta entre las manos. Además yo debía hablar con otras personas y supuse que tendría ocasión de ver otra vez a aquel viejo.

Ése fue mi primer error.

Después de dejar al viejo, me dirigí hacia el sur. Sus palabras me inquietaban. Quizá no significaban nada, supuse; al fin y al cabo, podría haber visto a Ricky y a Ellen juntos en el pueblo, y la noticia de que alguien andaba preocupado por su desaparición debía de haber corrido muy deprisa, llegando incluso hasta aquel rincón perdido donde vivía

el viejo. Si resultaba que había algo más detrás de eso, sabía dónde encontrarlo.

Recorrí los pueblos previstos, dedicándoles más tiempo a Guilford y Dover-Foxcroft que a los otros, pero fue en vano. Paré en una cabina para llamar a Dave Martel, de Greenville, y accedió a reunirse conmigo en Santa Marta a fin de allanarme el camino con el doctor Ryley, el director. Quería hablar con él acerca de Emily Watts.

Y de Caleb Kyle.

—He oído que ha estado preguntando por esa chica, Ellen Cole —comentó cuando me disponía a colgar.

Guardé silencio por un instante. No me había puesto en contacto con él desde que había regresado a Dark Hollow. Pareció advertir mi desconcierto.

—Oiga, éste es un sitio pequeño. Las noticias vuelan. Esta mañana temprano he recibido una

llamada de Nueva York interesándose por ella.

—¿Quién era?

—Su padre —contestó Martel—. Va a venir otra vez. Por lo visto tuvo un encontronazo con Rand Jennings, y éste le dijo que no se acercara a Dark Hollow si quería ayudar a su hija. Cole me ha telefoneado para ver si yo podía decirle algo más que Jennings le ocultaba. Probablemente también ha llamado al *sheriff* del condado.

Suspiré. Darle un ultimátum a Walter Cole era como ordenar a la lluvia que cayese hacia arriba y no hacia abajo.

—¿Ha dicho cuándo vendrá?

—Mañana, supongo, creo que va a quedarse aquí en lugar de ir a Dark Hollow. ¿Quiere que le avise cuando llegue?

—No —respondí—. No tardaré en enterarme.

Lo puse en antecedentes sobre el caso y le expliqué

que me había implicado a instancias de Lee, no de Walter. Martel dejó escapar una breve risotada.

—También he oído que estaba usted presente cuando encontraron a Gary Chute. Desde luego lleva una vida complicada.

—¿Se sabe algo más al respecto?

—Daryl guió a la guardia forestal hasta donde creía recordar que encontró a Chute... Un viaje espantoso, por lo que he

oído..., y van a traer la furgoneta para examinarla en cuanto limpien de nieve la carretera. El cuerpo va camino de Augusta. Según uno de los agentes a tiempo parcial que ha estado aquí esta mañana, parece que Jennings advirtió magulladuras en el cuerpo, como si lo hubieran golpeado antes de morir. Van a interrogar a la esposa para ver si perdió la paciencia con él y mandó a alguien a liquidarlo.

—Poco convincente.

—Muy poco —convino

—. Nos veremos en la residencia.

El coche de Martel ya estaba aparcado frente a la entrada principal de Santa Marta cuando llegué, y él y el doctor Ryley me esperaban junto a la recepción.

El doctor Ryley era un hombre de mediana edad con buena dentadura, un

buen traje a medida y los untuosos modales de un vendedor de ataúdes. Cuando le estreché la mano, se la noté blanda y húmeda. Tuve que resistir la tentación de secarme la palma en los vaqueros cuando me la soltó. No era difícil de entender por qué Emily Watts le había descerrajado un tiro.

Nos dijo lo mucho que lamentaba lo ocurrido y nos informó de las nuevas medidas de seguridad adoptadas a raíz de aquello,

que al parecer se reducían a cerrar las puertas con llave y ocultar cualquier objeto que pudiera emplearse para dejar inconsciente al guarda. Después de un tira y afloja con Martel, accedió a que hablara con la señora Schneider, la mujer que ocupaba la habitación contigua a la de la difunta Emily Watts. Martel decidió esperar en el vestíbulo por temor a que la anciana se asustase si llegábamos en grupo. Se sentó, arrastró una

segunda silla frente a él con la puntera del zapato, apoyó los pies en ella y pareció quedarse dormido.

Erica Schneider era una judía alemana que huyó a Estados Unidos con su marido en 1938. Él era joyero y salió de su país con suficientes piedras preciosas para permitirle establecerse en Bangor. Llevaron una vida holgada, me contó, al menos hasta que murió su marido y las facturas que él le había mantenido ocultas

durante casi cinco años
afloraron a la superficie. Se
vio obligada a vender la casa
y la mayor parte de sus
pertenencias, y finalmente
enfermó a causa del estrés.
Sus hijos la internaron en la
residencia, aduciendo que
casi todos ellos vivían a
corta distancia de allí,
aunque en realidad apenas se
molestaban en visitarla,
añadió. Se pasaba la mayor
parte del tiempo viendo la
televisión o leyendo.
Cuando las temperaturas lo

permitían, salía a pasear por el jardín.

Me senté a su lado en la pequeña y ordenada habitación, con la cama hecha cuidadosamente, el único armario estaba lleno de viejos vestidos oscuros y una limitada selección de cosméticos en el tocador que aún se aplicaba a conciencia todas las mañanas. De pronto se volvió hacia mí y dijo:

—Tengo la esperanza de morir pronto. Quiero

marcharme de aquí.

No contesté. Al fin y al cabo, ¿qué podía decir? Cambiando de tema, le pregunté:

—Señora Schneider, procuraré que quede entre nosotros esta conversación, pero necesito saber una cosa: ¿telefoneó usted a un hombre de Portland llamado Willeford y habló con él de Emily Watts?

No dijo nada. Por un momento tuve la impresión de que iba a echarse a llorar,

porque desvió la mirada como si sintiese una molestia en los ojos.

—Señora Schneider — insistí—, necesito su ayuda, de verdad. Han muerto asesinadas varias personas y ha desaparecido una chica, y pienso que quizá todo esto guarde relación con la señorita Emily. Si puede contarme algo al respecto, cualquier cosa que me permita poner fin a este asunto, se lo agradeceré sinceramente.

Con el rostro contraído, retorció el cordón de su bata.

—Sí —respondió por fin—. Pensé que a lo mejor así la ayudaba. —El cordón se tensó y, a juzgar por el miedo que se reflejó en su voz, habría cabido pensar que no se tensaba alrededor de las manos sino del cuello—. La señorita Emily estaba tan triste...

—¿Por qué, señora Schneider? ¿Por qué estaba triste?

—Una noche, hará

quizás un año, me la encontré llorando —contestó sin soltar el cordón—. Me acerqué a ella y la abracé. Luego ella empezó a hablar. Me contó que era el cumpleaños de su hijo..., un chico, dijo, pero que no se lo había quedado por miedo.

—¿Miedo de qué, señora Schneider?

—Miedo del padre del niño. —Tragó saliva y miró por la ventana—. ¿Qué mal puede hacer ya hablar de estas cosas? —susurró casi

para sí misma, y luego se volvió hacia mí—. Me contó que, cuando era joven, su padre... Su padre era un mal hombre, señor Parker. Le pegaba y la obligaba a hacer ciertas cosas, ¿me entiende? Sexo, *ja*? Incluso cuando ella era ya un poco mayor, él se negó a dejarla marchar porque la quería cerca. — Asentí con la cabeza, pero guardé silencio mientras las palabras salían de la anciana como ratas de un saco—. Entonces llegó otro hombre

al pueblo, y ese hombre le hizo el amor y se la llevó a su cama. Ella no le habló del sexo con su padre, pero al final sí le habló de las palizas. Y ese hombre fue a buscar a su padre a un bar y le pegó, y le dijo que no tocara nunca más a su hija. —Subrayó cada palabra moviendo el dedo, espaciando meticulosamente cada sílaba para darles mayor énfasis—. Le dijo al padre que, si le pasaba algo a su hija, lo mataría.

Después de eso la señorita Emily se enamoró de ese hombre.

»Pero ese hombre, señor Parker, tenía algo mal aquí —se tocó la cabeza— y aquí. —Se llevó el dedo al corazón—. La señorita Emily no sabía dónde vivía, ni de dónde venía. Él iba a buscarla cuando quería. Desaparecía durante días, a veces semanas. Oía a madera y a savia; y en una ocasión, cuando volvió a su lado, tenía sangre en la ropa

y debajo de las uñas. Le explicó que había atropellado un ciervo con el camión. Otra vez le dijo que había estado cazando. Dio dos razones distintas para un mismo hecho, y ella empezó a sentir miedo.

»Fue entonces cuando comenzaron a desaparecer aquellas chicas, señor Parker: dos chicas. Y una vez, cuando la señorita Emily estaba con ese hombre, olió algo en él, el olor de otra mujer. Tenía en

el cuello heridas, como si alguien le hubiera arañado. Discutieron, y él le dijo que eran imaginaciones suyas, que se había cortado con una rama.

»Pero ella sabía que había sido él, señor Parker. Sabía que él se había llevado a las chicas, pero no entendía por qué. Y entonces, entonces estaba embarazada de él, y él lo sabía. Al principio le dio miedo decírselo, pero cuando él se enteró se alegró

mucho. Quería un hijo, señor Parker. Así se lo dijo a ella: “Quiero un hijo”.

»Pero la señorita Emily no podía dejar a un niño en manos de un hombre así, me contó. Estaba cada vez más asustada. Y él quería al niño, señor Parker, lo quería con toda su alma. Siempre le preguntaba a ella por el bebé, y la advertía que no hiciera nada que pudiera serle perjudicial. Pero en él no había amor, o si lo había, era un amor extraño, un

amor malo. Ella sabía que él se llevaría al niño si podía, y que ya no volvería a verlo. Sabía que era un mal hombre, incluso peor que su padre.

»Una noche, cuando se encontraban en el camión de él junto a la casa del padre, le dijo que tenía dolores. En el retrete, fuera de la casa, había dejado un papel de periódico y, dentro del papel... —Buscó con esfuerzo las palabras—. Dentro había tripas, sangre,

despojos. ¿Me entiende? Y gritó y se embadurnó de sangre y manchó el inodoro. Luego lo llamó a él y le dijo..., le dijo que había perdido al bebé. —La señora Schneider volvió a interrumpir el relato. Alcanzó una manta de la cama y se envolvió los hombros para protegerse del frío. Después continuó—: Cuando se lo dijo, pensó que la mataría. Él aulló como un animal, señor Parker, y, agarrándola por el pelo, la

levantó en el aire y la golpeó una y otra vez. La llamó débil e inútil. Le dijo que había matado a su hijo. Luego se dio media vuelta y se marchó. Y ella lo oyó revolver en el cobertizo entre las herramientas que su padre tenía allí guardadas. Y cuando oyó el sonido de la sierra, se alejó de la casa y se adentró en el bosque a todo correr. Pero él la siguió, y ella lo oyó acercarse entre los árboles. Se quedó callada, sin respirar siquiera,

y él pasó de largo y ya no regresó jamás.

»Después encontraron a las chicas colgadas de un árbol, y la señorita Emily supo que él las había dejado allí. Pero nunca volvió a verlo y acudió aquí, a las hermanas de Santa Marta, y creo que quizá les contó de qué tenía miedo. Ellas la acogieron hasta que tuvo al bebé y luego se lo quitaron. Desde entonces nunca volvió a ser la misma, y pasados muchos años

regresó aquí y las hermanas cuidaron de ella. Cuando se vendió la residencia, utilizó el poco dinero que tenía para quedarse. Éste no es un sitio caro, señor Parker. Usted mismo puede verlo. — Levantó la mano para mostrar la pequeña y anodina habitación. Tenía la piel fina igual que el papel. La luz del sol se filtraba como la miel a través de sus dedos.

—Señora Schneider, ¿le dijo la señorita Emily cómo

se llamaba ese hombre, el padre del niño?

—No lo sé —contestó ella.

Exhalé un débil suspiro, pero, al hacerlo, me di cuenta de que no le había dado tiempo de acabar, que tenía algo que añadir.

—Sólo sé su nombre de pila —prosiguió. Trazó ante mí un delicado movimiento en el aire con la mano, como si invocase el nombre del pasado—. Se llamaba Caleb.

Nevaba, dentro y fuera;
una ventisca de recuerdos.
Muchachas moviéndose a
merced de la brisa, mi
abuelo observándolas, la
rabia y el dolor brotando en
su interior, el hedor a
descomposición
envolviéndolo como un
manto de podredumbre. Las
miró, también como padre y
esposo, y pensó en todos los
jóvenes a quienes ellas no
besarían, los amantes cuyo
aliento no sentirían en sus

mejillas en plena noche y a quienes nunca ofrecerían consuelo con el calor de sus cuerpos. Pensó en los hijos que no tendrían, en el potencial para procrear acallado ya en ellas para siempre, en los agujeros abiertos en sus vientres allí donde sus matrices habían sido desgarradas. Dentro de cada una de ellas habían existido posibilidades inimaginables. Con sus muertes, un número infinito de existencias había llegado

a su fin, universos potenciales se habían perdido para siempre, y el mundo menguaba un poco tras su fallecimiento.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Con la nevada, el jardín parecía menos adusto, los árboles menos desnudos, pero era todo una ilusión. Las cosas son como son, y los cambios en la naturaleza sólo esconden su verdadera esencia durante un tiempo. Y pensé en Caleb, adentrándose en la

reconfortante oscuridad del bosque mientras lamentaba con rabia la muerte de su hijo nonato, traicionado por el cuerpo demasiado delgado, demasiado débil de la mujer a la que había protegido e inseminado. Después mató a tres muchachas en rápida sucesión, alimentando su furia hasta consumirla, y las colgó de un árbol como adornos para que las encontrase un hombre que no era como él, un hombre

tan distinto a él que sintió la muerte de cada una de esas jóvenes como una pérdida personal. El de Caleb era un mundo en el que las cosas mutaban en sus contrarios: la creación en destrucción, el amor en odio, la vida en muerte.

Cinco muertes, pero seis chicas desaparecidas; uno de los casos quedó sin explicación. En el expediente, mi abuelo había rotulado su nombre en un fajo de hojas, en las que

había reconstruido minuciosamente sus movimientos el día de su desaparición. Incluía una foto de la chica grapada en un ángulo: Judith Mundy, regordeta y corriente, con un aire de rusticidad transmitido por generaciones que habían labrado una tierra exigua e inexorable donde crearse un espacio firme y ganarse mal que bien el pan. Judith Mundy, perdida y ahora olvidada, excepto por sus padres, que

siempre sentirían su ausencia como un abismo en el que gritaban su nombre sin recibir siquiera un eco como respuesta.

—¿Por qué les haría ese hombre una cosa así a aquellas chicas? —oí preguntar a la señora Schneider, pero no podía contestarle.

Yo había mirado a la cara a personas que habían matado con impunidad durante décadas, y seguía sin explicarme las razones de

sus actos. Sentí una punzada de pesar por la pérdida de Walter Cole como colega. Ésa era la mejor aptitud de Walter: era capaz de mirar en su interior y, seguro de su propia rectitud innata, crear una imagen de aquello que no era correcto, un pequeño tumor de crueldad y mala voluntad, como la primera célula colonizada por un cáncer a partir de la cual podía reconstruir por completo la evolución de la enfermedad. Walter era

como un matemático que, ante un sencillo cuadrado en una página, determinaba su evolución en otras dimensiones, otras esferas de la existencia más allá del plano de su existencia real, y a la vez conservaba la objetividad con respecto al problema en cuestión.

Ése era su punto fuerte y también, pensé, su debilidad. En última instancia, no hurgaba dentro de sí a demasiada profundidad porque temía lo que pudiese

encontrar: su propia capacidad para el mal. Se resistía al impulso de entenderse a sí mismo plenamente con la excusa de que podía entender mejor a los demás. Entender es aceptar el potencial de uno tanto para el mal como para el bien, y yo dudaba que Walter Cole deseara creerse capaz, a cualquier nivel, de cometer actos de extrema crueldad. Cuando llevé a cabo acciones que él consideraba moralmente

inaceptables, cuando perseguí a aquellos que habían obrado mal y, con ello, obré mal yo mismo, Walter me dejó a la deriva pese a haberme utilizado para encontrar a esos individuos y saber lo que yo haría al dar con ellos. Por eso ya no éramos amigos: yo reconocí mi culpabilidad, mis profundos defectos —el dolor, la rabia, el cargo de conciencia, el deseo de venganza—, y me valí de todo eso. Quizá maté algo

dentro de mí cada vez que recurrí a ello, quizá fuera ése el precio que había que pagar. Pero Walter era un buen hombre y, como muchos buenos hombres, su defecto consistía en que se creía mejor de lo que era.

La señora Schneider volvió a hablar.

—Fue por su madre, creo —susurró. Me apoyé contra la ventana y esperé a que continuase—. Una vez, cuando ese hombre, Caleb, estaba borracho, le habló a

la señorita Emily de su madre. Era una mujer dura, señor Parker. El padre los había abandonado porque le tenía miedo y más tarde murió en la guerra. Ella pegaba a su hijo, le pegaba con palos y cadenas, y le hacía cosas aún peores. De noche, señor Parker, iba a buscarlo, a su propio hijo, y lo tocaba y lo obligaba a penetrarla. Luego, cuando estaba satisfecha, le hacía daño. Lo arrastraba por las piernas, o por el pelo, y le

daba patadas hasta que escupía sangre. Lo encadenaba a la intemperie, como a un perro, desnudo, bajo la lluvia y la nieve. Todo eso le contó a la señorita Emily.

—¿Le contó también dónde ocurrió?

Ella negó con la cabeza.

—Tal vez en el sur. No lo sé. Creo... —Permanecí callado cuando, arrugando la frente, agitó ante mí en el aire los dedos de la mano derecha—. Medina —dijo

por fin con un brillo triunfal en la mirada—. A la señorita Emily le mencionó ese nombre, Medina.

Tomé nota.

—¿Y qué fue de su madre?

La señora Schneider se revolvió en la silla para mirarme.

—La mató —se limitó a decir.

Detrás de mí se abrió la puerta, y una enfermera entró con una bandeja de pastas, una cafetera y dos

tazas, supuestamente a instancias del doctor Ryley. La señora Schneider, un poco sorprendida en apariencia, asumió el papel de anfitriona y me sirvió el café, ofreciéndome azúcar y leche. Insistió en que probara alguna pasta, pero yo no acepté, dando por sentado que ella las agradecería más tarde. No me equivocaba. Tomó una, colocó el resto cuidadosamente en dos servilletas de la bandeja y

las guardó en el último cajón del tocador. A continuación, mientras las nubes cargadas de nieve se apiñaban otra vez en el cielo y comenzaba a oscurecer, siguió hablando de Emily Watts.

—Era una mujer que hablaba poco, señor Parker, excepto aquella vez —dijo con su inglés cuidadosamente pronunciado en el que se advertían aún restos de su acento original—. Decía «hola» y «buenas noches», o

hablaba del tiempo, pero nada más. Nunca volvió a hablar del niño. Si pregunta a los otros que están aquí internados, aunque sólo entre en sus habitaciones un momento, le hablaran de sus hijos, de sus nietos, de sus maridos o de sus esposas. — Sonrió—. Tal como he hecho yo, señor Parker.

Estaba a punto de decir algo, por ejemplo, que no me importaba, que me parecía interesante (era lo mínimo que podía hacer,

algo sincero a medias y bienintencionado), cuando ella alzó una mano para impedírmelo.

—Ni se le ocurra decirme que le ha gustado. No soy una jovencita que necesita que le lleven la corriente. —Continuó hablando sin dejar de sonreír. Algo en ella, el vestigio de una antigua belleza, me dio a entender que en su juventud muchos hombres le habían seguido la corriente, y de muy buena

gana—. La señorita Emily, en cambio, no hablaba de esas cosas, en su habitación no había fotografías, ni cuadros, y desde que yo llegué aquí, hace cinco años, las únicas palabras que me dirigió fueron «Hola, señora Schneider», «Buenos días, señora Schneider», «Hace un día magnífico, señora Schneider». Nada más, excepto esa vez, y creo que después se avergonzó, o quizá sintió miedo. No recibía visitas, y nunca

volvió a hablar de ello hasta que vino aquel joven. —Me incliné y ella me imitó, de modo que quedamos a unos centímetros de distancia el uno del otro—. Vino unos días después de que yo llamara al señor Willeford, después de aparecer su anuncio en el periódico. Primero oímos unos gritos abajo y luego a alguien que corría. Un hombre joven, un hombre corpulento, con los ojos grandes y mirada de loco, pasó ante la puerta de

mi habitación e irrumpió en la de la señorita Emily. La verdad, yo temí por ella, y por mí, pero agarré mi bastón —señaló un bastón con la empuñadura labrada en forma de ave y contera de metal— y lo seguí.

»Cuando llegué a la habitación, la señorita Emily se encontraba sentada junto a la ventana, como yo ahora, pero con las manos... así. — La señora Schneider se llevó las palmas de las manos a las mejillas y abrió mucho la

boca en una expresión de asombro—. Y el joven la miró y pronunció una sola palabra. Le dijo: “¿Madre?”. Así, como una pregunta. Pero ella negó con la cabeza y dijo “no, no, no”, una y otra vez. El chico tendió los brazos hacia la señorita Emily, pero ella, apartándose de él, retrocedió hasta el rincón de la habitación y se dejó caer en el suelo.

»Entonces oí detrás de mí a las enfermeras. Venían

con ese guarda gordo, ese al que la señorita Emily golpeó la noche que escapó, y a mí me obligaron a salir de la habitación mientras se llevaban al chico. Lo observé mientras lo sujetaban, señor Parker, y su cara..., su cara era la de alguien que ha visto morir a una persona, a una persona querida. Lloró y volvió a gritar “Mamá, mamá”, pero ella no contestó.

»Vino la policía y se lo llevó. Luego la enfermera

preguntó a la señorita Emily si era verdad lo que había dicho el chico. Y ella contestó que no, que no sabía de qué hablaba ese muchacho, que no tenía ningún hijo.

»Pero esa noche la oí llorar durante tanto rato que pensé que nunca pararía. Fui a verla y la abracé. Le aseguré que no debía tener miedo, que estaba a salvo, pero ella sólo dijo una cosa.

Se calló de repente, y vi que le temblaban las manos.

Apoyé la mía sobre las suyas para tranquilizarla. Ella, con los ojos cerrados, deslizó la mano derecha para cubrir la mía y me la apretó con fuerza. Y por un momento, creo, me convertí en su hijo, uno de los que nunca la visitaban y la había dejado allí, en el frío norte, para que muriese inexorablemente igual que si la hubiesen arrastrado hasta los bosques de Piscataquis o Aroostock y la hubiesen abandonado allí. Volvió a abrir los ojos y me

soltó la mano. Al hacerlo, el temblor había remitido.

—Señora Schneider, ¿qué dijo? —pregunté con delicadeza.

—Dijo: «Ahora me matará».

—¿A quién se refería? ¿A Billy, el joven que vino a verla? —Pero creo que ya conocía la respuesta.

La señora Schneider negó con la cabeza.

—No, al otro, al hombre del que se escondía; y temía que, si la encontraba, nadie

podría ayudarla ni salvarla de él. Fue el que vino después —concluyó la anciana—. Se enteró de lo que había ocurrido y vino.

Esperé. Algo rozó suavemente la ventana y, al mirar, vi un copo de nieve resbalar por el cristal, fundiéndose a medida que descendía.

—Fue la noche antes de que huyese. Hacía frío, recuerdo que tuve que pedir una manta más de tanto frío como hacía. Cuando

desperté, estaba muy oscuro, negro, sin luna. Y oí un ruido fuera, un chirrido.

»Me levanté de la cama, el suelo estaba tan helado que se me cortó la respiración. Me acerqué a la ventana y descorrí un poco la cortina, pero no vi nada. Entonces se oyó otra vez aquel ruido, miré hacia abajo y... —Estaba aterrorizada. Noté cómo afloraba a oleadas un horror arraigado y profundo que le había llegado a lo más hondo del

alma—. Había un hombre, señor Parker. Trepaba por la cañería, palmo a palmo. Tenía la cabeza vuelta hacia abajo, así que no le vi la cara. Y en todo caso estaba tan oscuro que era sólo una sombra. Pero la sombra llegó a la ventana de la señorita Emily, y vi que empujaba con la mano, intentando abrirla por la fuerza. Oí gritar a la señorita Emily, y yo grité también y corrí al pasillo para llamar a una enfermera. Y la señorita

Emily seguía gritando y gritando sin parar. Pero cuando llegaron, el hombre había desaparecido y no encontraron el menor rastro de él en el jardín.

—¿Cómo era ese hombre, señora Schneider? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Grande? ¿Pequeño?

—Ya se lo he dicho: estaba muy oscuro. No lo vi bien. —Hizo un esfuerzo por recordar, pero movió la cabeza en un gesto angustiado.

—¿Podría haber sido Billy?

—No. —Su respuesta fue tajante—. La silueta era distinta. No era tan grande como el chico. —Levantó las manos como si quisiera abarcar los enormes hombros de Billy—. Cuando le hablé a la enfermera del hombre, sospecho que pensó que eran imaginaciones mías, que éramos dos viejas alimentando nuestros mutuos miedos. Pero no es cierto. Señor Parker, no vi a

ese hombre con claridad, pero lo *sentí*. No se trataba de un ladrón que venía a robar a unas ancianas. Quería algo más. Quería hacer daño a la señorita Emily, castigarla por algo ocurrido hacía mucho tiempo. Ese chico, Billy, el chico que la llamó «mamá», fue el que al venir provocó la situación. Quizá la provoqué yo, señor Parker, al llamar a ese tal Willeford. Quizá la culpa sea mía.

—No, señora Schneider

—dije—. Sea cual sea la causa, tuvo lugar hace mucho tiempo.

Me miró con una expresión cercana a la ternura y, alargando el brazo, apoyó una mano suavemente en mi rodilla para recalcar sus siguientes palabras.

—La señorita Emily tenía miedo, señor Parker —susurró—, tanto miedo que deseaba morir.

La dejé allí sola, con sus recuerdos y su culpabilidad. El invierno, ladrón de la luz del día, hizo titilar luces a lo lejos cuando Martel y yo nos dirigíamos hacia nuestros coches.

—¿Ha averiguado algo?
—quiso saber.

En lugar de contestar de inmediato, miré hacia el norte, hacia el bosque, hacia aquel vasto espacio despoblado.

—¿Podría sobrevivir un hombre ahí? —pregunté.

Martel arrugó la frente.

—Dependería de cuánto tiempo se quedara, de la clase de ropa y las provisiones...

—No me refiero a eso —le interrumpí—. ¿Podría sobrevivir durante mucho tiempo, años incluso?

Martel pensó por un momento. Cuando habló, no se tomó a broma la pregunta sino que respondió muy en serio, y con ello se ganó aún

más mi estima.

—No veo por qué no. La gente ha sobrevivido ahí desde que se colonizó el país. Aún quedan vestigios de granjas que lo demuestran. No sería una existencia fácil y supongo que requeriría volver a la civilización de vez en cuando, pero habría posibilidades.

—¿Y ahí nadie lo molestaría?

—La mayor parte de ese territorio está intacto desde

hace casi cincuenta años. Si uno se adentra lo suficiente en el bosque, es muy posible que ni siquiera lleguen a molestarlo los cazadores o la guardia forestal. ¿Piensa que alguien se ha refugiado ahí?

—Sí, eso creo. —Le estreché la mano y abrí la puerta del Mustang—. El problema es, me temo, que ha vuelto a salir.

21

Ya tenía un rastro, empezaba a conocerlo gradualmente, pero necesitaba saber más para comprenderlo, para dar con él antes de que él mismo encontrase a Billy Purdue, antes de que volviese a matar. Estaba a punto de hallar una conexión: flotaba a mi alrededor como el título de una melodía que se recuerda sólo en parte. Necesitaba a alguien capaz

de reunir todas mis sospechas a medio formar y moldearlas hasta crear una unidad coherente, y sólo conocía a una persona en quien podía confiar hasta ese punto.

Necesitaba hablar con Rachel Wolfe.

Regresé a Dark Hollow, metí en la bolsa unas cuantas cosas para pasar la noche y puse encima el expediente de Caleb Kyle. Louis y

Ángel acababan de volver en sus respectivos coches cuando yo salía. Les expliqué mis intenciones y partí camino de Bangor para tomar el vuelo a Boston.

Cuando estaba en las afueras de Guilford, tres coches por delante del mío vi un camión Ford amarillo cuyo tubo de escape arrojaba humo negro a la carretera. Aceleré y, al adelantar, eché por curiosidad un vistazo al conductor. En la cabina iba el viejo que me había

amenazado con la escopeta. Tras permanecer delante de él durante un rato, entré en una gasolinera de Dover-Foxcroft para dejarlo pasar. Después lo seguí cuatro o cinco coches por detrás hasta Orono, donde se desvió hacia el aparcamiento de unas ruinosas galerías comerciales y estacionó frente a una tienda llamada «Stuckey Trading». Consulté la hora en mi reloj. Si me demoraba más, perdería el avión. Observé al

viejo mientras sacaba un par de sacos negros de la caja del camión y se encaminaba hacia la tienda. Finalmente, dando una palmada de frustración al volante, pisé el acelerador en dirección a Bangor y el aeropuerto.

Sabía que Rachel Wolfe daba seminarios en Harvard y que la universidad financiaba sus investigaciones sobre el vínculo entre estructuras cerebrales anómalas y conducta delictiva. Ya no

atendía a pacientes particulares ni, que yo supiera, participaba en la elaboración de perfiles criminales.

Rachel había actuado extraoficialmente como asesora del Departamento de Policía de Nueva York en varios casos, incluidos los asesinatos del Viajante. Así la conocí, así acabamos siendo amantes, y fue eso lo que al final nos separó. Rachel, cuyo hermano policía había muerto a

manos de un perturbado, creía que, explorando la mentalidad criminal, impediría que otros padecieran tragedias similares. Pero la mentalidad del Viajante no se parecía a la de ningún otro y, mientras intentábamos darle caza, Rachel había estado a punto de perder la vida. Había dejado claro que no deseaba verme y, hasta hacía poco, yo había respetado ese deseo. No quería causarle más dolor, pero ahora tenía

la sensación de que no podía acudir a ninguna otra persona.

Sin embargo, no se reducía a eso, como yo bien sabía. En los tres últimos meses había ido dos veces a Boston con la intención de buscarla o intentar restablecer lo que habíamos perdido, pero en ambas ocasiones me había marchado sin que habláramos. Dejar mi tarjeta la última vez, mientras Louis esperaba en el vestíbulo, era

lo más cerca que había estado de ponerme en contacto con ella. Quizá Caleb Kyle, de algún modo, tendiese un puente entre nosotros, un canal profesional que acaso nos permitiese recuperar al mismo tiempo la relación personal.

En el avión, escribiendo en mayúsculas y con letra clara, añadí al expediente elaborado por mi abuelo la información que me había facilitado la señora

Schneider. Asimismo
examiné las fotografías y me
fijé en los detalles de
aquellas jóvenes muertas
hacia mucho tiempo, sus
vidas documentadas más
minuciosamente por mi
abuelo después de su
fallecimiento que por
ninguna otra persona
mientras vivían. En muchos
sentidos, las conocía y se
preocupaba por ellas tanto
como sus propios padres. En
algunos casos incluso más.
Había sobrevivido a su

esposa trece años y a su hija doce. Había llorado a muchas mujeres a lo largo de su vida, pensé.

Recordé algo que me comentó en una ocasión cuando yo ya era policía. Sentados en la casa de Scarborough con sendas tazas de café en la mesa, lo observé mientras él examinaba mi placa dándole vueltas en la mano, la luz reflejada en las gafas. Fuera lucía el sol, pero la casa estaba fresca y en penumbra.

—Es una extraña vocación —dijo por fin—. Todos esos violadores y asesinos, ladrones y traficantes de droga..., los necesitamos para existir. Sin ellos no tendríamos razón de ser. Dan sentido a nuestra vida profesional.

»Y ése es el peligro, Charlie, porque algún día tropezarás con alguno que amenace con cruzar la línea, alguno que no puedas dejar atrás cuando te quites la placa al final de la jornada.

Tienes que evitarlo o, si no, tus amigos, tu familia, todos se verán manchados por su sombra. Un hombre así te convierte en su títere. Tu vida pasa a ser una prolongación de la suya, y si no lo encuentras, si no acabas con él, te obsesionará el resto de tus días. ¿Entiendes, Charlie?

Lo entendí, o eso creía. Incluso entonces, cuando se acercaba al final de su vida, continuaba manchado por el contacto que tuvo con Caleb

Kyle. Mi abuelo albergaba la esperanza de que eso no llegara a sucederme, pero me sucedió. Me ocurrió con el Viajante y ahora volvía a repetirse. Había heredado la cruz de mi abuelo, su fantasma, su demonio.

Después de añadir mis anotaciones al expediente lo repasé una vez más buscando a tientas el camino para acceder a la mente de mi abuelo y, a través de sus esfuerzos, a la mente de Caleb Kyle. Al final del

expediente se incluía una hoja de periódico doblada. Era una plana del *Maine Sunday Telegram* con fecha de 1977, doce años después de que al hombre que mi abuelo conocía como Caleb Kyle se lo tragase la tierra. En la hoja aparecía una fotografía tomada en Greenville de un representante de la Scott Paper Company, propietaria de buena parte de los bosques al norte del Greenville, en el acto de

entrega del vapor *Katahdin* al Museo de la Marina de Moosehead para su restauración. Al fondo, un grupo de personas sonreía y saludaba con la mano, y detrás había una figura con el rostro vuelto hacia la cámara y una caja en los brazos que posiblemente contenía suministros. Incluso a lo lejos se le veía alto y fibroso; los brazos que sostenían la caja eran largos y delgados, las piernas esbeltas pero fuertes. La cara

era sólo un borrón, enmarcada por un círculo en rotulador rojo cuidadosamente trazado.

Pero mi abuelo la había ampliado, la había ampliado una vez, y otra, y otra, colocando cada ampliación detrás de la fotografía anterior. Y la cara se hizo cada vez más grande hasta alcanzar las dimensiones de un cráneo real y convertirse los ojos en cuencas oscuras, la cara en una composición de puntos blancos y negros.

El hombre de la imagen se había transformado en un espectro, con sus facciones indistinguibles, irreconocibles para cualquiera excepto mi abuelo, ya que mi abuelo había estado sentado junto a él en aquel bar, lo había oído, lo había escuchado mientras él le daba indicaciones para llegar a un árbol donde varias chicas muertas giraban en la brisa.

Ese hombre, creía mi abuelo, era Caleb Kyle.

Ya en el aeropuerto telefoneé al Departamento de Psicología de Harvard, di mi número de identidad y pregunté si Rachel Wolfe daba clase ese día. Me informaron de que la señorita Wolfe tenía un seminario con estudiantes de psicología a las dieciocho horas. Eran las 17:15. Conocía a personas que, si llegaba tarde al campus, podían proporcionarme su

dirección, pero eso me llevaría tiempo y más tiempo, y por momentos empezaba a tomar conciencia de que eso era algo que no me sobraba. Paré un taxi y, tras alentar energicamente al taxista a ir por el túnel de Ted Williams para eludir los peores atascos de tráfico, llegué a Cambridge.

Frente al bar Grafton colgaba una pancarta de las elecciones universitarias, y cuando atravesé el campus

en dirección al cruce de Quincy y Kirkland, muchos chicos llevaban pegatinas electorales en las bolsas y abrigos. Me senté a la sombra de la Iglesia de la Nueva Jerusalén, frente al William James Hall, y esperé.

A las 17:59, una silueta vestida con un abrigo de lana negro, botas de media caña y pantalón negro, el cabello rojo recogido con una cinta negra y blanca, se acercó por Quincy y entró en

el Hall. Incluso a lo lejos, Rachel se conservaba atractiva, y advertí que un par de estudiantes le lanzaban furtivas miradas al pasar. Cuando entró en el vestíbulo, la seguí a corta distancia y observé cómo bajaba por la escalera hasta el Seminario 6 en el semisótano, para asegurarme de que no cancelaba la clase y se iba. Fui tras ella hasta que entró en el seminario y cerró la puerta; a continuación tomé asiento

en una silla de plástico desde donde se veía el aula y esperé.

Al cabo de una hora se abrió la puerta y empezaron a salir los estudiantes, la mayoría con grandes cuadernos de espiral sujetos contra el pecho o asomando de los bolsos: los cuadernos de espiral eran una de las debilidades de Rachel. Me aparté para dejar pasar al último estudiante y luego entré en la clase, que era pequeña y estaba dominada

por una única y amplia mesa, con sillas dispuestas alrededor y contra las paredes. En la cabecera de la mesa, bajo una pizarra, estaba sentada Rachel Wolfe. Vestía un jersey verde oscuro encima de una camisa blanca de hombre con el cuello levantado. Como siempre, llevaba un ligero toque de maquillaje, cuidadosamente aplicado, y los labios pintados de rojo oscuro.

Alzó la vista con actitud

expectante y una media sonrisa en la cara, que se le borró en cuanto me vio. Cerré la puerta con delicadeza al entrar y ocupé la primera silla vacía de la mesa, que era la más alejada de ella.

—Hola —dije.

Con gran parsimonia, guardó sus bolígrafos y notas en un maletín de piel, se levantó y empezó a ponerse el abrigo.

—Te pedí que no intentases contactar conmigo

—dijo mientras buscaba con dificultad la manga izquierda.

Me puse en pie, me acerqué a ella y le sostuve la manga para que metiese el brazo. Aunque un tanto avergonzado por irrumpir en su territorio de aquella manera, sentí también una momentánea punzada de resentimiento: Rachel no había sido la única que había sufrido en Louisiana durante la persecución del Viajante. El resentimiento desapareció

enseguida y dio paso a la culpabilidad cuando la recordé entre mis brazos, con el cuerpo sacudido por los sollozos después de verse obligada a matar a un hombre en el cementerio de Metairie. Una vez más la recordé levantando el arma, el dedo en el gatillo, el fogonazo del cañón a la vez que el arma retrocedía en sus manos. Un profundo e insaciable instinto de supervivencia la había impulsado aquel espantoso

día de verano. Creo que en ese momento, al mirarme, recordó lo que había hecho y sintió miedo de lo que yo representaba: la capacidad de violencia que brevemente había cobrado fuerza dentro de ella y cuyas ascuas ardían aún en los oscuros rincones de su alma.

—No te preocupes — dije, mintiendo en parte—. No he venido por motivos personales sino profesionales.

—Razón de más para no

querer oírlos. —Dio media vuelta con el maletín bajo el brazo—. Discúlpame, tengo trabajo.

Tendí una mano para tocarle el brazo y me lanzó una mirada de furia. La retiré.

—Rachel, espera.
Necesito tu ayuda.

—Déjame marchar, por favor. Me cortas el paso.

Me aparté y ella pasó ante mí con la cabeza gacha. Tenía ya la puerta abierta cuando volví a hablar.

—Rachel, escúchame sólo un momento. Si no es por mí, al menos por Walter Cole.

Se detuvo en la puerta pero no se volvió.

—¿Qué pasa con Walter?

—Su hija Ellen ha desaparecido. No estoy seguro, pero quizá tenga algo que ver con un caso en el que estoy trabajando. Puede que también guarde relación con Thani Pho, la estudiante que asesinaron.

Rachel permaneció callada por un instante. Luego respiró hondo, cerró la puerta y se sentó en la silla que yo había ocupado antes. Para equilibrar la situación, yo me senté en la suya.

—Tienes dos minutos — dijo.

—Necesito que leas un expediente y me des tu opinión.

—Ya no me dedico a eso.

—Me he enterado de que

trabajas en un estudio sobre la conexión entre los crímenes violentos y los trastornos cerebrales, algo que implica escanogramas del cerebro.

Sabía algo más que eso. Rachel participaba en una investigación sobre las disfunciones de dos áreas del cerebro, la amígdala y el lóbulo frontal. Por lo que yo entendí al leer una copia de un artículo que ella había publicado en una revista de psicología, la amígdala, una

pequeña zona de tejido del cerebro inconsciente, genera las sensaciones de alarma y emoción y nos permite responder a la angustia de los demás. En el lóbulo frontal se registran las emociones, y es ahí, también, donde surge la conciencia y donde se construyen los planes. Asimismo, es la parte del cerebro que controla nuestros impulsos.

Ahora se creía que, en los psicópatas, el lóbulo

frontal no respondía frente a una situación emocional, debido posiblemente a un defecto en la propia amígdala o en los procesos utilizados para enviar señales a la corteza cerebral. Rachel, y otros como ella, insistían en la necesidad de realizar un estudio a gran escala con escanogramas de asesinos convictos, aduciendo que podía establecerse una conexión entre las lesiones cerebrales y la conducta criminal

psicopática.

Frunció el entrecejo.

—Según parece, sabes mucho sobre mí. No estoy segura de si me gusta la idea de que andes espiándome.

Volví a sentir una punzada de resentimiento, tan intensa que contraje la boca involuntariamente.

—No es así, pero veo que conservas un ego fuerte y saludable.

En sus labios apareció una sonrisa, débil y fugaz.

—El resto de mí no es

tan robusto. Tendré cicatrices de por vida, Bird. Voy a terapia dos veces por semana y he tenido que abandonar mi propia consulta. Todavía me acuerdo de ti y todavía me das miedo. A veces.

—Lo siento. —Quizá fuesen imaginaciones mías, pero creía advertir que esa pausa, ese «a veces», implicaba que también se acordaba de mí de otras maneras.

—Lo sé. Háblame de ese

expediente.

Y le hablé, resumiéndole brevemente el historial de los asesinatos y añadiendo parte de lo que la señora Schneider me había contado y parte de lo que yo mismo sospechaba o había adivinado.

—Casi todo está aquí. — Levanté el ajado expediente marrón—. Me gustaría que le echases un vistazo a ver qué se te ocurre.

Alargó el brazo y deslicé el expediente por la mesa

hacia ella. Hojeó con rapidez las anotaciones a mano, las copias en papel carbón, las fotografías. Una de ellas mostraba la escena del crimen a orillas del Little Wilson.

—Dios mío —susurró, y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, advertí en ellos una nueva luz, la chispa de la curiosidad profesional, pero también algo más, algo que me había atraído de ella desde el principio.

Era empatía.

—Podría llevarme un par de días —dijo.

—No tengo un par de días. Lo necesito esta noche.

—Imposible. Lo siento, pero con tan poco tiempo no podría empezar siquiera.

—Rachel, nadie me cree. Nadie aceptará que este hombre haya existido o, lo que es peor, que quizá siga vivo. Pero está allí. Lo presiento, Rachel. Necesito comprenderlo, aunque sólo sea un poco. Necesito algo,

cualquier cosa, para hacerlo real, para sacarlo de ese expediente y formarme una imagen reconocible de él. Por favor. Tengo una maraña de detalles en la cabeza, y necesito que alguien me ayude a darles sentido. No puedo acudir a nadie más y, en todo caso, eres la mejor psicóloga criminalista que conozco.

—Soy la *única* psicóloga criminalista que conoces —respondió, y la sonrisa apareció de nuevo en sus

labios.

—Eso también.

Se levantó.

—No puedo tener nada para ti esta noche, pero quedemos mañana en la librería de la cooperativa a eso de las once. Te daré lo que haya conseguido hasta entonces.

—Gracias —dije.

—No hay de qué.

Y dicho esto se fue.

Me alojé donde siempre

me alojaba durante mis visitas a Boston, el Nolan House de la Calle G, en el sur de la ciudad. Era un hotel residencia tranquilo, con muebles antiguos y un par de restaurantes cerca. Me puse en contacto con Ángel y Louis, pero en Dark Hollow no había novedades.

—¿Has visto a Rachel?

—preguntó Ángel.

—Sí, la he visto.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No parecía muy

contenta de verme.

—Traes malos recuerdos.

—Toda mi vida ha sido así. Quizás alguien, algún día, me vea y tenga pensamientos felices.

—Imposible —contestó—. Relájate y dile que te hemos preguntado por ella.

—Lo haré. ¿Algún movimiento en casa de Payne?

—El tipo joven ha ido al pueblo a comprar leche y comida, eso es todo. Ni

rastros de Billy Purdue, ni de Tony Celli, ni de Stritch, pero Louis aún se comporta de una manera rara. Stritch ronda cerca, de eso estamos seguros. Cuanto antes vuelvas, mejor.

Me duché, me puse una camiseta limpia y unos vaqueros, y en el pasillo del Nolan House, entre las guías y revistas, encontré un ejemplar del magnífico atlas de carreteras Gousha de 1995. Aparecían ocho Medinas —Texas,

Tennessee, Washington,
Wisconsin, Nueva York,
Dakota del Norte, Michigan
y Ohio— y una Medinah, en
Illinois. Descarté todos los
pueblos de la zona norte
confiando en que mi abuelo
estuviese en lo cierto con
respecto al origen sureño de
Caleb, lo cual me dejaba
Tennessee y Texas. Probé
primero con Tennessee, pero
en la oficina del *sheriff* del
condado de Gibson nadie
recordaba a un Caleb Kyle
que, durante los años

cuarenta, quizás había matado a su madre en la granja donde vivían; pero, como un ayudante me dijo servicialmente, eso no significaba que no hubiese ocurrido; sólo significaba que allí nadie lo recordaba. Telefoneé a la policía del estado, por si acaso, pero obtuve la misma respuesta: ningún Caleb Kyle.

Eran casi las ocho y media cuando empecé a llamar a Texas. Resultó que Medina estaba en el condado

de Banderas, no en el condado de Medina, así que mi primera llamada al *sheriff* del condado de Medina no me sirvió de gran cosa. Pero sí tuve suerte la segunda vez, mucha suerte, y no pude por menos de preguntarme cómo se habría sentido mi abuelo de haber llegado hasta ese punto y haber descubierto la verdad sobre Caleb Kyle.

Me dijo un ayudante del *sheriff* que su jefe se llamaba Dan Tannen. Aguardé a que le pasaran la llamada directamente al despacho. Tras un par de chasquidos, una voz femenina dijo:

—Sí.

—¿*Sheriff* Tannen? — pregunté, y acerté.

—Sí, soy yo —contestó ella—. No parece sorprendido.

—¿Debería estarlo?

—Ya me han confundido con la secretaria varias veces. Me saca de quicio, se lo aseguro. El Dan es abreviatura de Danielle, por si aclara algo. Tengo entendido que ha preguntado usted por Caleb Kyle.

—Así es. Soy investigador privado y trabajo en las afueras de Portland, Maine. Estoy...

Me interrumpió para preguntar:

—¿De qué conoce ese

nombre?

—¿Caleb?

—Ajá. Bueno, más concretamente Caleb Kyle.

¿De qué lo conoce?

Era una buena pregunta. ¿Por dónde debía empezar? ¿Por la señora Schneider? ¿Por Emily Watts? ¿Por mi abuelo? ¿Por Ruth Dickinson, Laurel Trulock y las otras tres chicas que acabaron colgadas de un árbol a orillas del Little Wilson?

—Señor Parker, le he

hecho una pregunta.

Tuve la sensación de que la *sheriff* Tannen conservaría su puesto durante bastante tiempo.

—Perdone —dije—. Es complicado. Lo oí por primera vez de boca de mi abuelo cuando yo era joven, y en la última semana lo he oído otras dos veces.

Pasé a contarle lo que sabía. Ella me escuchó sin hacer comentarios y, cuando terminé, habló después de un largo silencio.

—Ocurrió antes de que yo naciera —dijo por fin—. O al menos una parte. El chico vivía en el campo con su madre, a unos siete kilómetros al sudeste de aquí. Nació, por lo que recuerdo sin consultar el expediente, en 1928 o 1929, pero nació con el apellido Brewster. Su padre era un tal Lyall Brewster, que fue a luchar contra Hitler y murió en el norte de África. Caleb y su madre tuvieron que valerse por sí mismos.

Además, Lyall Brewster nunca llegó a casarse con Bonnie Kyle, que era como se llamaba la madre. Comprenderá ahora mi interés al oírle decir «Caleb Kyle». Poca gente lo conocería por ese nombre. La verdad es que nunca había oído que lo llamaran así. Aquí fue siempre Caleb Brewster, hasta el día en que mató a su madre.

»Ella era el mismísimo demonio, cuentan quienes la conocieron. Era muy

reservada y no dejaba que el chico se apartara de ella. Pero él era listo, señor Parker; en la escuela destacó en matemáticas, en lectura, en todo aquello en lo que se aplicaba. Entonces la madre decidió que no le gustaba que el niño atrajera tanta atención y lo sacó de la escuela. Afirmó que le daría clases ella misma.

—¿Cree que fue víctima de malos tratos?

—Creo que corrieron rumores. Recuerdo que

alguien me contó que una vez lo encontraron vagando desnudo por la carretera que va a Kerville, sucio de tierra y excrementos de cerdo. La policía se lo llevó a su madre envuelto en una manta. Por entonces, no podía tener más de catorce o quince años. Le oyeron gritar en cuanto se cerró la puerta. Sin duda la madre usaba el palo con él, deduzco, pero por lo demás... —Hizo otra pausa, y la oí tragar un líquido al

otro lado de la línea—. Agua —aclaró—, por si tiene dudas.

—No tenía ninguna.

—Bueno, da igual. En todo caso, no me consta que hubiese abusos sexuales. Eso salió a la luz en el juicio, pero también salió a la luz en el juicio de los hermanos Menéndez, y ya ve cómo acabaron. Como le he dicho, señor Parker, Caleb era listo. Incluso a los dieciséis o diecisiete años era más listo que la mayoría

de la gente del pueblo.

—¿Cree que se lo inventó?

No contestó de inmediato.

—No lo sé, pero era lo bastante listo para tratar de utilizarlo como atenuante. Debe recordar, señor Parker, que antes no se hablaba de eso tanto como hoy en día. Era poco habitual que alguien lo sacara a relucir. Posiblemente nunca llegaremos a saber con seguridad qué ocurrió en esa

casa.

»Pero la inteligencia no era el único rasgo de Caleb Brewster. Aquí la gente recuerda que era malo, o peor que eso. Torturaba a los animales, señor Parker, y colgaba los restos de los árboles: ardillas, conejos, incluso perros. No había pruebas que lo relacionaran con ello, entiéndalo, pero la gente sabía que había sido él. Quizá se cansó de matar animales y decidió subir un peldaño. Hubo también otras

cosas.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, vayamos por orden. Sabemos que mató a su madre y que dio de comer su cuerpo a los cerdos. Dos o tres días después del incidente en la carretera, el *sheriff* Garrett y un ayudante fueron a ver cómo estaba el chico. Lo encontraron sentado en el porche, bebiendo leche agria de una jarra. Había sangre en la cocina: en las paredes, en el suelo. Había empapado las

tablas del suelo. El chico aún tenía el cuchillo al lado. La ropa de Bonnie Kyle estaba en la pocilga, junto con unos cuantos huesos, prácticamente lo único que los cerdos habían dejado. Eso y el anillo. Uno de los cerdos lo había expulsado entre sus heces. Me parece que ahora lo tienen expuesto en el Museo de la Frontera de Banderas, junto con corderos bicéfalos y puntas de flecha indias.

—¿Qué pasó con Caleb?

—Lo procesaron como a un adulto y lo condenaron a prisión.

—¿Cadena perpetua?

—Veinte años. Salió en el sesenta y tres o en el sesenta y cuatro, creo.

—¿Rehabilitado?

—¿Rehabilitado? No, por Dios. Supongo que ya había perdido la razón antes de matarla y nunca la recuperó. Pero alguien, tomando en consideración las circunstancias atenuantes, consideró

oportuno ponerlo en libertad. Había cumplido la condena y no podían tenerlo encerrado para siempre, aunque habría sido una excelente idea. Y como he dicho, era listo. En la cárcel no se metió en líos. Pensaron que estaba mejorando. Yo personalmente creo que estaba a la espera.

—¿Regresó a las afueras del pueblo? —pregunté. De nuevo siguió una pausa, y esta vez me pareció que el

silencio no se rompió hasta transcurrido un buen rato.

—La casa seguía en pie
—contestó Tannen—.

Recuerdo que regresó al pueblo en autobús..., yo tendría diez u once años..., y que se encaminó hacia su antigua casa. La gente cambiaba de acera y luego se quedaba mirando cómo se alejaba. No sé cuánto tiempo pasó allí. No serían más de dos noches, pero...

—¿Pero?

Exhaló un suspiro.

—Murió una chica.

Lillian Boyce. Decían que era la chica más guapa del condado, y probablemente tenían razón. La encontraron junto al Hondo Creek, cerca de Tarpley. Presentaba numerosas heridas de arma blanca. Pero eso no fue lo peor. —Esperé, y tuve la impresión de que sabía lo que iba a oír aun antes de que lo dijera—. Estaba colgada de un árbol —explicó—. Como si alguien quisiese que la encontraran,

como si fuese una advertencia para todos nosotros.

La línea pareció zumbar y, mientras la *sheriff* Tannen concluía su relato, sentí que el teléfono móvil me ardía en la mano.

—Cuando la encontraron, Caleb Brewster se había marchado otra vez. Aún hay una orden de búsqueda pendiente, que yo sepa, pero no pensaba que alguien llegara a atenderla. Al menos hasta ahora.

Después de colgar me quedé sentado en la cama durante un rato. Había un mazo de cartas en un estante de la habitación y, sin darme cuenta, empecé a barajarlas; los bordes de los naipes desfilaron borrosamente ante mis ojos. Vi la reina de corazones y la saqué, me acordé de Saul Mann cuando jugaba a «Encuentra a la Reina». De pie tras su mesa de caballete forrada de felpa,

en apariencia hablando solo, colocaba las cartas ante sí y volteaba una con el borde de la otra. «Con cinco gana diez, con diez gana veinte». Parecía no darse cuenta siquiera de que los apostantes se congregaban lentamente, atraídos por el movimiento seguro de sus manos y la promesa de dinero fácil, pero él observaba todo el rato. Observaba y esperaba, y poco a poco, de manera infalible, acudían a él. Era

como un cazador que tiene la certeza de que, en algún momento, el ciervo se cruzará en su camino.

Y pensé también en Caleb Kyle, me lo imaginé contemplando los restos de las chicas que había desgarrado y colgado de los árboles. Algo vino a mi memoria, una leyenda que me contó alguien sobre el emperador Nerón. Se decía que Nerón, después de matar a su propia madre, Agripina la Joven, ordenó que

abrieran su cuerpo para ver el lugar de donde él había salido. No se conoce con claridad el motivo de semejante acto: obsesión morbosa, tal vez, o los sentimientos incestuosos que le atribuían los antiguos cronistas. Incluso es posible que esperase comprender algo acerca de sí mismo, de su propia naturaleza, mediante la revelación de su propio origen. En otro tiempo debió de amarla, pensé, antes de que todo se

convirtiera en furia, rabia y odio, antes de decidir quitarle la vida y despedazar sus restos. Durante un instante experimenté cierta compasión por Caleb: lástima por el niño que fue en otro tiempo, y aborrecimiento por el hombre en que se convirtió.

Vi sombras que caían de los árboles y una figura que se trasladaba al norte, siempre al norte, como la aguja de una brújula. Lógicamente se había

dirigido al norte. El norte era la zona más alejada de Texas adonde podía llegar después de vengarse de la comunidad que había considerado oportuno mandarlo a la cárcel por lo que le había hecho a su madre.

Pero por lo visto no se reducía sólo a eso. Mi abuelo me contó que, cuando era niño, el sacerdote leía los Evangelios en el lado norte de la iglesia, porque el norte siempre se había visto como una zona a

la que aún no había llegado la luz de Dios. Por esa misma razón enterraban a los no bautizados, a los suicidas y a los asesinos en el norte, fuera de las tapias del camposanto.

Porque el norte era un territorio negro. El norte era el lugar de las tinieblas.

A la mañana siguiente, la librería estaba abarrotada de estudiantes y de turistas. Pedí café y me entretuve

leyendo un ejemplar de *Rolling Stones* que alguien había dejado en una silla, hasta que llegó Rachel, tarde como de costumbre. Vestía de nuevo el abrigo negro, esta vez encima de unos vaqueros y un jersey azul cielo con el cuello en pico. Debajo llevaba una camisa Oxford de rayas azules y blancas abrochada hasta el cuello. El cabello le caía suelto sobre los hombros.

—¿Llegas pronto alguna vez? —pregunté después de

pedir un café y una magdalena para ella.

—Me quedé hasta las cinco trabajando en tu maldito expediente —contestó—. Si te cobrara por horas, no podrías permitírtelo.

—Lo siento —dije—. Apenas puedo permitirme el café y el bollo.

—Me partes el alma —contestó, pero me dio la impresión de que su actitud se había ablandado desde el día anterior; no obstante,

quizás esa percepción obedeciese más a un deseo por mi parte que a la realidad—. ¿Estás preparado para esto?

Asentí, pero antes de que prosiguiese le conté lo que había averiguado a través de la *sheriff* de Medina, y que, para escapar de su pasado, Caleb había adoptado el apellido de su madre.

Rachel asintió para sí.

—Concuerda —afirmó—. Todo concuerda.

Llegó el café y echó

azúcar; a continuación desenvolvió la magdalena, la partió en trozos del tamaño de un bocado y empezó a hablar.

—La mayor parte de todo esto son conjeturas y suposiciones. Cualquier agente decente de las fuerzas del orden se reiría en mi cara y me echaría de aquí, pero como tú no eres ni decente ni agente de las fuerzas del orden, recibirás lo que te mereces. Además, toda la información que me has

dado se basa también en conjeturas y suposiciones, unidas a cierto grado de superstición y paranoia. — Movi6 la cabeza con un gesto de perplejidad y su expresi6n se volvi6 m6s seria en cuanto abri6 el cuaderno de espiral. Ante ella se extendi6 un texto de apretada caligrafía, salpicado aqu6 y all6 por notas adhesivas amarillas—. Creo que ya sabes casi todo lo que voy a decirte. Lo 6nico que puedo hacer es

esclarecerlo, quizás aportar cierto orden.

»Bird, si este hombre existe, o al menos si el mismo hombre, Caleb Kyle, es el autor de todos estos asesinatos, te enfrentas a un sádico psicópata de manual. En realidad te enfrentas a algo peor que eso, porque nunca me he encontrado con algo semejante en la literatura especializada, ni tampoco en mi experiencia clínica; o como mínimo no todo junto en un mismo

caso. Por cierto, este expediente no recoge ningún asesinato después de 1965. Aun teniendo en cuenta la fotografía del periódico, ¿has contemplado la posibilidad de que esté muerto o fuese encarcelado por otros delitos? Tanto lo uno como lo otro explicarían la repentina interrupción de los asesinatos.

—Podría estar muerto —admití—, y en tal caso todo esto sería una pérdida de tiempo y nos encontraríamos

ante algo muy distinto. Pero supongamos que no fue encarcelado: si la *sheriff* tenía razón y Caleb era tan listo como ella decía, no iba a volver a la cárcel. Además, mi abuelo lo comprobó en su día (consta en el expediente), y sé que fue consultando de manera aleatoria a lo largo de los años, aunque quizá buscaba a Caleb Kyle, no a Caleb Brewster.

Rachel se encogió de hombros.

—Siendo así, tienes otras dos posibilidades: o bien continuó matando pero todas sus víctimas constan como personas desaparecidas (si es que alguien ha advertido su ausencia), o bien...

—¿O bien?

Rachel golpeteó en el cuaderno con la punta del bolígrafo junto a una palabra marcada con un círculo rojo.

—O bien ha permanecido en estado latente. La posibilidad de

que algunos asesinos en serie entren en periodos de latencia está siendo estudiada por la Unidad de Apoyo a la Investigación del FBI, por los colaboradores en la elaboración de perfiles criminales y por el programa de consulta. Ya lo sabes porque te lo he dicho otras veces. Es una teoría, pero podría explicar por qué algunos asesinatos en serie se interrumpen sin que se detenga a nadie. Por alguna razón, el asesino llega a un

punto en el que la necesidad de encontrar a una víctima no es tan acuciante y deja de matar.

—Si ha estado latente hasta ahora, algo lo ha despertado —comenté.

Pensé en el topógrafo de la compañía maderera, que se adentró en la espesura a fin de preparar el terreno para la destrucción del bosque, y en lo que quizás encontró ahí. Recordé asimismo la historia de la señora Schneider con la nota

en el periódico, y la investigación a la antigua usanza de Willeford, donde uno llamaba a las puertas, ponía anuncios y hacía correr la voz hasta que ésta llegaba a la persona que uno buscaba; y recordé el artículo sobre la detención de Billy Purdue en Santa Marta. Si uno pone miel, no debería sorprenderse de que acudan las avispas.

—Es poco fundado, pero éstas son las posibilidades que deberías considerar —

prosiguió Rachel—. Fijémonos ahora en los asesinatos iniciales. En primer lugar, aunque quizá sea algo secundario, el lugar donde se encontraron los cadáveres tiene su importancia. Caleb Kyle determinó el momento en que serían encontrados, dónde y por quién. Fue su manera de controlar y participar en la búsqueda. Tal vez no organizó los primeros asesinatos, eso nunca lo sabremos con

seguridad, ya que desconocemos dónde se cometieron, pero la exhibición de los cadáveres fue un acto muy calculado. Deseaba formar parte en cierto modo del descubrimiento. Yo diría que cuando tu abuelo encontró a las mujeres, él lo estaba observando.

»En cuanto a los propios asesinatos, si lo que contó esa anciana, Schneider, es verdad, lo cual depende a su vez de si era verdad lo que

Emily Watts le contó a ella, Kyle ya había empezado a matar durante su relación. El grado de descomposición de los cinco cuerpos era distinto: Judy Giffen y Ruth Dickinson fueron las primeras víctimas, y entre una y otra había mediado casi un mes. En cambio, Laurel Trulock, Louise Moore y Sarah Raines fueron asesinadas en rápida sucesión: el informe del forense reveló que Trulock y Moore probablemente

murieron con menos de veinticuatro horas de diferencia, y Raines no más de veinticuatro horas después.

»Supongo que todas esas chicas, o al menos las tres últimas, se parecían físicamente a Emily Watts. Eran esbeltas y delicadas: más pasivas que Emily, tal vez, que se mostró fuerte cuando surgió la necesidad, pero del mismo tipo. Cuando eras policía, te encontraste con violaciones por

venganza, ¿verdad?

Asentí. Sabía a qué se refería.

—Un hombre discute con su mujer o con su novia, sale hecho una furia de casa y desahoga su ira con una desconocida —continuó Rachel—. En su mente, todas las mujeres arrastran la misma responsabilidad colectiva por los defectos percibidos en una sola, y por tanto cualquier mujer puede ser disciplinada y castigada por el desaire real o

imaginado o por el insulto o la transgresión de cualquier límite que el violador haya establecido en su mente como comportamiento aceptable en una mujer.

»Caleb Kyle es como esos hombres, pero fue mucho más lejos. El forense no encontró pruebas de agresión sexual en las tres últimas víctimas, pero, y aquí entramos en el clásico miedo morboso al territorio de la sexualidad femenina, se advirtieron daños en los

órganos sexuales, infligidos supuestamente con el mismo instrumento que se utilizó para provocar las heridas en el vientre y destruir el útero de cada víctima. De hecho, lo interesante es que, en los casos de Giffen y Dickinson, las apuñaló cuando llevaban muertas casi un mes, probablemente después de matar a las otras tres chicas o poco antes.

—Volvió a ellas al creer que habían perdido al bebé —dije.

—Exacto. Estaba

castigándolas porque el cuerpo de Emily Watts lo había traicionado perdiendo a su hijo: muchas mujeres castigadas por las faltas de una. Es muy posible que hubiese castigado antes a otras mujeres, quizá por motivos distintos. —Comió un trozo de magdalena y tomó un sorbo de café—. Volviendo al informe forense, encontramos pruebas de que todas las chicas fueron torturadas

antes de morir. Les faltaban uñas y dientes, tenían algunos dedos de las manos y de los pies rotos, quemaduras de cigarrillo, magulladuras causadas con una percha. Eso podría ser significativo, pero no de momento. En el caso de las últimas tres víctimas, la tortura infligida es considerablemente más extrema. Esas chicas sufrieron mucho antes de morir, Bird. —Rachel me miró con expresión solemne,

y en sus ojos vi reflejado el dolor: dolor por ellas y el recuerdo de su propio dolor —. Según los perfiles de las víctimas recopilados por tu abuelo, esas jóvenes eran amables, de buenas familias. La mayoría de ellas eran tímidas y sexualmente inexpertas. Por lo visto, Judy Giffen tenía cierta experiencia sexual. Es de suponer que suplicaron antes de morir, pensando que así podían salvarse. Pero eso era lo que él quería: quería que

llorasen y gritasen. Puede que en ese punto exista una conexión entre agresión y satisfacción: experimentaba excitación sexual con sus súplicas, pero también las odiaba por suplicar, y por eso murieron. —Ahora le brillaban los ojos, y su entusiasmo al intentar penetrar en la conciencia de ese hombre se ponía de manifiesto en el movimiento de sus manos, la velocidad a la que hablaba, el placer intelectual de establecer

asociaciones sorprendentes e inesperadas, y a la vez todo ello quedaba compensado por el aborrecimiento que le inspiraban los actos que estaba comentando—. Dios mío, casi veo su escanograma: anomalías en el lóbulo temporal relacionadas con la desviación sexual; distorsión en el lóbulo frontal causante de acciones violentas; baja actividad entre el sistema límbico y los lóbulos frontales, a la que se debe la

ausencia casi total de sentimiento de culpa o de conciencia. —Movi6 la cabeza de un lado a otro, casi como si se maravillara de la conducta de un mosquito especialmente molesto—. Sin embargo no es asocial. Puede que esas chicas fuesen t6midas, pero no eran tontas. 6l ten6a que ser lo bastante h6bil para ganarse su confianza, y eso concuerda con su posible inteligencia.

»En cuanto al entorno

social de Kyle, si lo que le contó a Emily Watts es cierto, sufrió malos tratos y posiblemente abusos deshonestos en la infancia por parte de una madre que le decía que lo quería durante o después de los abusos, y a continuación lo castigaba. Apenas recibió cuidados o protección y probablemente aprendió a valerse por sí mismo a base de golpes. Alcanzada cierta edad, se volvió contra su agresora y la mató antes de

concentrarse en otras. Con Emily Watts ocurrió algo distinto. Ella misma era víctima de malos tratos y luego se quedó embarazada. Yo diría que la habría matado también en cuanto hubiese nacido el niño. Por lo que ella contó, él quería a ese niño.

Tomó un sorbo de café y aproveché la ocasión para interrumpirla.

—¿Y qué me dices de Rita Ferris y de Cheryl Lansing? ¿Podría haberlas

matado él?

—Es posible —
respondió Rachel. Me
observó en silencio
esperando a que encontrase
una conexión.

—Se me ha escapado
algo —dije por fin—. Por
eso me miras con cara de
satisfacción.

—Olvidas la mutilación
de las bocas. Los daños
infligidos en los úteros de
esas chicas en 1965
pretendían transmitir un
mensaje. Las mutilaciones

tenían un significado. Bird, ya hemos visto antes agresiones en víctimas con esa finalidad. —La sonrisa se desvaneció de sus labios, y asentí con la cabeza: el Viajante—. Así que una vez más, tres décadas después, encontramos mutilaciones, ahora en las bocas de las víctimas y en cada caso con un significado distinto. Rita Ferris tenía la boca cosida, ¿qué quiere decir eso?

—¿Que debería haber mantenido la boca cerrada?

—Posiblemente —dijo Rachel—. No es sutil, pero al hombre que la mató le traía sin cuidado la sutileza.

Pensé un momento en lo que Rachel acababa de decirme hasta deducir a qué se refería.

—Rita avisó a la policía para que se llevara a Billy Purdue.

Eso podía significar que el hombre vigilaba la casa la noche en que Billy fue detenido, que por tanto era el viejo a quien había visto

Billy antes del asesinato de Rita y de Donald, y quizás incluso el mismo viejo que había atacado a Rita en el hotel.

—En el caso de Cheryl Lansing —continuó Rachel —, tenía la mandíbula rota y la lengua arrancada. Esto es un poco traído por los pelos, pero diría que fue castigada por *no* hablar.

—Por su complicidad al ocultar el nacimiento del niño.

—Ésta sería una

explicación verosímil. En último extremo, al margen de lo que convirtiese a Caleb Kyle en esa clase de persona, y al margen del significado de sus acciones y de los motivos de su rencor, es una máquina de matar sin el menor remordimiento.

—Pero sintió algo por la pérdida de su hijo —apunté.

Rachel casi saltó de la silla.

—¡Sí! —Me dirigió una sonrisa radiante, como sonreiría un profesor a un

alumno aventajado—. El problema, o la clave, es la sexta chica, la que no apareció. Por muchas razones, la mayoría de las cuales me costaría el ostracismo entre mis colegas si las publicara, creo que tu abuelo tenía razón al sospechar que también ella fue víctima, pero se equivocaba en cuanto al *tipo* de víctima.

—No lo entiendo.

—Tu abuelo supuso que a ella también la habían

asesinado pero que no la expusieron por algún motivo.

—Y tú no —dije, pero ya veía adónde quería ir a parar, y noté un nudo en el estómago al concebir la posibilidad. Llevaba un tiempo rondándome por la cabeza y quizá también le hubiese rondado por la cabeza a mi abuelo. Creo que él albergó la esperanza de que la chica hubiese muerto, porque la otra opción era peor.

—No, yo no lo supongo, y eso nos lleva a las torturas de esas chicas. Para ese hombre, no fueron sólo un medio de obtener satisfacción: fueron una prueba. Puso a prueba la fortaleza de las chicas sabiendo al mismo tiempo, aunque sin admitirlo quizá, que no la superarían porque no eran lo bastante fuertes.

»Fíjate, en cambio, en el perfil de Judith Mundy. Era fuerte, con una complexión robusta y una personalidad

dominante. No lloraba con facilidad y sabía defenderse en una pelea. Una mujer así pasaría esa clase de prueba, hasta el punto de que posiblemente él no tuvo que hacerle demasiado daño para darse cuenta de que era distinta. —Rachel se inclinó y en su rostro apareció una expresión de profundo y persistente pesar—. No la secuestró por ser débil, Bird. La secuestró por ser fuerte.

Cerré los ojos. Supe entonces lo que había sido

de Judith Mundy, por qué no había aparecido, y Rachel advirtió que lo había comprendido.

—La secuestró como ganado de cría, Bird —susurró—. La secuestró para criar.

Rachel se ofreció para llevarme en coche a Logan, pero no acepté. Ya había hecho bastante por mí, incluso más de lo que yo tenía derecho a pedir.

Cuando crucé Harvard Square a su lado, sentí hacia ella un amor más intenso todavía por el hecho de que la notaba cada vez más lejos de mí.

—¿Crees que ese Caleb puede estar relacionado con la desaparición de Ellen Cole? —preguntó. Rozó mi brazo con el suyo y, por primera vez desde mi llegada a Boston, no rehuyó el contacto.

—No estoy seguro —contesté—. Quizá la policía

tenga razón: quizá sucumbió a las hormonas y se escapó de casa. Si es así, no sé qué estoy haciendo. Pero un anciano la encontró y la atrajo a Dark Hollow y, como vengo diciéndole a todo el mundo, no creo en las coincidencias.

»Rachel, tengo un presentimiento con respecto a ese hombre. Ha vuelto, y creo que ha vuelto a por Billy Purdue y para vengarse de todos aquellos que han contribuido a esconderlo.

Creo que mató a Rita Ferris y a su hijo. Y puede que lo hiciera por celos, o para aislar a Billy a fin de que no tuviese otros lazos, o porque ella se proponía abandonarlo y llevarse al niño. Sospecho que la muerte de éste no estaba prevista. Simplemente las cosas se descontrolaron.

Le tendí la mano cuando llegamos al otro extremo de la plaza. No la besé porque no me sentía con derecho a ello. Aceptó mi mano y me

la estrechó con fuerza.

—Bird, ese hombre considera que tiene licencia para vengarse de cualquiera que lo contraríe porque se siente agraviado. Acabo de definírtelo como psicópata.

Vi en sus ojos inquietud y algo más.

—En otras palabras, ¿qué excusa tengo? — Sonreí, pero la sonrisa no fue más allá de mis labios.

—Se han ido, Bird. Susan y Jennifer están muertas, y lo que os ocurrió

a ellas y a ti fue horrible, muy horrible. Pero cada vez que haces pagar a alguien por lo que tú padeciste, te haces daño y corres el riesgo de convertirte en aquello que odias. ¿Lo entiendes, Bird?

—No es por mí, Rachel —contesté en voz baja—. Al menos no del todo. Alguien debe detener a esa gente. Alguien debe asumir la responsabilidad.

Volví a oír aquel eco: «Todos son responsabilidad tuya».

Movió su mano con delicadeza sobre la mía, sus dedos sobre mis dedos, acariciándome la palma con el pulgar, y luego me tocó la cara con la otra mano.

—¿Por qué has venido? Casi todo lo que te he dicho podrías haberlo deducido tú solo.

—No soy tan listo.

—No le vengas con tonterías a una especialista en tonterías.

—¿Es verdad lo que se dice sobre los psicólogos,

pues?

—Sólo afecta a los de la New Age. Estás eludiendo la pregunta.

—Lo sé. Tienes razón: parte de eso lo suponía ya, o lo suponía a medias, pero necesitaba oírse lo expresar a otra persona, porque temía estar volviéndome loco. Pero también he venido porque aún me preocupo por ti, porque cuando te marchaste, te llevaste algo de mí. Pensé que ésta podía ser una manera de acercarme

a ti. Quería verte otra vez. Quizás en el fondo era sólo eso. —Aparté la mirada.

Me apretó la mano.

—Allí en Lousiana vi lo que hiciste. No fuiste para encontrar al Viajante, fuiste para matarlo, y todo aquel que se puso en tu camino salió malparado, muy malparado. Tu capacidad para la violencia me asustó. Tú me asustaste.

—Entonces no sabía qué otra cosa podía hacer.

—¿Y ahora?

Me disponía a contestarle cuando me acarició con el dedo la cicatriz de la mejilla, la marca dejada por la navaja de Billy Purdue.

—¿Cómo te lo hiciste?

—preguntó.

—Un hombre me cortó con una navaja.

—¿Y tú cómo reaccionaste?

Guardé silencio por un instante antes de contestar.

—Me marché.

—¿Quién era ese

hombre?

—Billy Purdue.

Abrió mucho los ojos y me dio la impresión de que algo que había permanecido enrollado en su interior para protegerse empezaba a desplegarse gradualmente. Lo vi en ella, lo percibí en el roce de su mano.

—No ha tenido una sola oportunidad en la vida, Rachel. Lo ha tenido todo en contra desde el principio.

—Si te hago una pregunta, ¿me contestarás

con sinceridad? —dijo.

—Siempre he intentado ser sincero contigo.

Rachel asintió.

—Lo sé, pero esto es importante. Necesito asegurarme.

—Pregunta.

—¿Necesitas la violencia, Bird?

Pensé la respuesta. En el pasado me había impulsado la venganza personal. Había hecho daño a algunas personas, había matado a otras por lo que nos había

ocurrido a Susan, a Jennifer y a mí. Ahora ese deseo de venganza había disminuido, se reducía un poco cada día, y el hueco que dejaba al retroceder se llenaba con las posibilidades de la reparación. Yo era responsable en parte de lo que les había pasado a Susan y a Jennifer. No me creía capaz de reconciliarme con esa idea jamás, pero podía intentar compensarlo de alguna manera, reconocer mis errores del pasado y

utilizarlos para mejorar el presente.

—Durante un tiempo sí que la necesité —admití.

—¿Y ahora?

—No la necesito, pero la utilizaré si me veo obligado. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo sufren personas inocentes.

Rachel se inclinó y me besó la mejilla con delicadeza. Cuando se apartó, advertí ternura en su mirada.

—Así que eres el ángel

vengador —dijo.

—Algo así —contesté.

—Adiós, pues, ángel
vengador —musitó Rachel.

Dio media vuelta y se alejó, de regreso a la biblioteca y a su trabajo. No volvió la vista atrás, pero tenía la cabeza gacha y sentí el peso de sus pensamientos cuando se entregó al abrazo de la muchedumbre.

El avión despegó de Logan, y ascendió en dirección norte a través del aire frío, en medio de

oscuros nubarrones que lo rodeaban como el aliento de Dios. Pensé en la *sheriff* Tannen, que me había prometido buscar las fotografías más recientes de Caleb Kyle. Serían de treinta años atrás, pero de algo servirían. Saqué del expediente de mi abuelo la imagen borrosa de Caleb y la examiné una y otra vez. Era como un esqueleto que se recubría lentamente de carne, como si el proceso de descomposición se hubiese

invertido de manera gradual e irrevocable. Una figura que había sido poco más que un nombre, un contorno vislumbrado en la penumbra, adquiriría realidad objetiva.

Te conozco, pensé. Te conozco.

Llegué a Bangor a mediodía, recogí mi coche en el aparcamiento del aeropuerto y emprendí el viaje hacia Dark Hollow. Sentía como si estirasen de mí en diez direcciones distintas y, sin embargo, por alguna razón, todas parecían llevarme de regreso al mismo lugar, a la misma conclusión por caminos diferentes: Caleb Kyle había vuelto. Había

matado a una chica en Texas poco después de salir de la cárcel, probablemente para vengarse de toda una comunidad. Después había adoptado el apellido de su madre y se había marchado al norte, muy al norte, hasta perderse por fin en el bosque.

Si Emily Watts le había dicho la verdad a la señora Schneider, y no existía motivo alguno para dudarlo, había dado a luz a un niño y lo había ocultado porque

creía que su padre era el asesino de varias muchachas y presentía que quería al niño para sus propios fines. El salto requerido era aceptar que ese niño podía ser Billy Purdue, y que su padre podía ser Caleb Kyle.

Entretanto, Ellen Cole y su novio seguían desaparecidos, al igual que Willeford. Tony Celli se había escondido, pero sin duda aún buscaba el rastro de Billy. No le quedaba otro remedio: si no lo encontraba,

sería incapaz de restituir el dinero que había perdido y moriría asesinado para que a otros les sirviera de escarmiento. Yo sospechaba que ya era demasiado tarde para Tony el Limpio, que era demasiado tarde desde el momento mismo en que adquirió los bonos, quizás incluso desde el instante en que se le pasó por la cabeza utilizar dinero ajeno para asegurarse el futuro. Tony haría lo que fuese necesario para dar con Billy, pero todo

lo que hiciese, toda la violencia que emplease y toda la atención que atrajese sobre sí mismo y sus superiores, reduciría sus probabilidades de supervivencia. Era como un hombre que, atrapado en la oscuridad de un túnel, se concentra en la única iluminación que ve ante sí, sin saber que lo que le parece la luz de la salvación es en realidad el fuego en el que se consumirá.

Asimismo había otras

razones para sentir miedo. En la oscuridad, en alguna parte, aguardaba Stritch. Me imaginaba que aún quería el dinero, pero, sobre todo, quería vengar la muerte de su compañero. Pensé en el hombre muerto en el complejo de Portland, violado en sus últimos instantes por la abyección de Stritch, y pensé también en el miedo que sentí, en la certidumbre de que me habría dejado envolver por la muerte en aquella

penumbra si hubiese decidido entrar.

Quedaba también el viejo del bosque. Debía contar aún con la posibilidad de que él supiese algo más de lo que me había dicho, de que su comentario sobre los dos jóvenes no se basara únicamente en las habladurías que había escuchado en el pueblo. Por esa razón, tenía que hacer un alto en el camino antes de regresar a Dark Hollow.

En Orono, la tienda aún estaba abierta. Sobre la puerta podía leerse «Stuckey Trading», escrito en cursiva e iluminado desde abajo. Dentro olía a humedad y el calor era sofocante, la calefacción hacía el mismo ruido que si sus engranajes estuvieran triturando cristal mientras bombeaba aire viciado a través de los ventiladores. Unos tipos con cazadora de motorista examinaban escopetas de

segunda mano mientras una mujer con un vestido que fue nuevo en los tiempos de Woodstock inspeccionaba una caja de discos de vinilo. Las vitrinas contenían relojes antiguos y cadenas de oro y, detrás del mostrador, en un armero, había arcos de caza en posición vertical.

No sabía muy bien qué buscaba, así que curioseé de estante en estante, fui repasando con la vista desde muebles antiguos hasta

fundas para asientos de coche seminuevas, y finalmente algo me llamó la atención. En un rincón, junto a un perchero de ropa impermeable —básicamente gabardinas viejas y algún que otro chubasquero amarillo descolorido— había dos hileras de zapatos y botas. En su mayoría estaban raídos y gastados, pero las Zamberlan saltaban a la vista en el acto. Eran botas de hombre, bastante nuevas y considerablemente

más caras que los otros pares, y era obvio que se les había prodigado cierto cuidado en fecha reciente. Alguien, quizás el dueño de la tienda, las había limpiado y encerado antes de ponerlas a la venta. Levanté una y olfateé el interior. Olía a lejía, y a algo más: a tierra, y a carne descompuesta. Levanté la segunda bota y percibí en ella el mismo tufo. Recordé que Ricky calzaba unas Zamberlan el día que vinieron a visitarme,

y no era habitual que unas botas de esa calidad apareciesen en una tienda de artículos de segunda mano en un lugar perdido como aquél. Llevé el par de botas al mostrador.

El hombre que estaba detrás de la caja era bajo, y el pelo, oscuro, espeso y artificial, parecía salido de la cabeza de un maniquí de unos grandes almacenes. En la nuca, por debajo del peluquín, asomaban unos cuantos mechones de su

propio cabello castaño claro como parientes locos relegados al desván. Unas gafas de montura redonda le colgaban de un cordón en torno al cuello y se perdían entre el vello del pecho. Vestía una camisa roja medio desabotonada que dejaba ver unas cicatrices en el torso. Tenía las manos delgadas y fuertes y le faltaban las dos falanges superiores de los dedos meñique y anular de la mano izquierda. Las uñas de los

dedos que conservaba se veían bien cuidadas.

Me sorprendió mirándole la mano mutilada y la levantó a la altura de la cara. Con los dos muñones de los dedos perdidos daba la impresión de que intentase formar una pistola con la mano, igual que los niños en el patio del colegio.

—Los perdí en un aserradero —explicó.

—Hay que andarse con cuidado —contesté.

Se encogió de hombros.

—La maldita sierra estuvo a punto de cortarme también los otros dedos. ¿Ha trabajado alguna vez en un aserradero?

—No. Siempre he pensado que me gusta cómo me quedan los dedos en las manos. Me gustan tal cual.

Se miró los muñones pensativamente.

—Es curioso, pero siento como si todavía los tuviera, ¿sabe? Posiblemente no se imagina esa sensación.

—Creo que sí —

respondí—. ¿Es usted Stuckey?

—Sí. Ésta es mi tienda.

Dejé las botas en el mostrador.

—Son buenas botas — dijo y alcanzó una con la mano mutilada—. No aceptaré menos de sesenta pavos por ellas. No hace ni dos horas que las he encerado y les he sacado brillo yo mismo.

—Huélalas.

Stuckey entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Cómo dice?

—He dicho que las huela.

Me miró con extrañeza por un momento. Luego agarró una bota y olfateó dentro con actitud vacilante, contrayendo las aletas de la nariz como un conejo ante el cepo.

—Yo no huelo nada — dijo.

—Lejía. Huele a lejía, ¿no?

—Bueno, claro. Siempre desinfecto el calzado antes

de venderlo. Nadie querría ponerse unas botas que apestasen.

Me incliné y levanté la segunda bota frente a él.

—Ésa es precisamente mi pregunta —dije en voz baja—. ¿A qué olían antes de limpiarlas?

No parecía que se dejase intimidar con facilidad. También él avanzó el cuerpo hacia mí, apoyó seis nudillos sobre el mostrador y enarcó una ceja.

—¿Está usted chiflado?

En un espejo detrás del mostrador vi que los motoristas se habían dado media vuelta para contemplar el espectáculo.

—Estas botas tenían tierra cuando usted las compró, ¿verdad? — pregunté sin levantar la voz —. ¿Olían a descomposición, a descomposición humana?

Dio un paso atrás.

—¿Quién es usted?

—Una persona corriente.

—Si fuese una persona

corriente, ya habría comprado las malditas botas y se habría largado.

—¿Quién le vendió estas botas?

Empezaba a adoptar una actitud hostil.

—Eso no es asunto suyo, caballero. Ahora salga de mi tienda.

No me moví.

—Oiga, amigo, puede hablar conmigo o puede hablar con la policía, pero hablar, hablará, ¿queda claro? No quiero causarle

problemas, pero, si no me deja alternativa, lo haré.

Stuckey me miró fijamente y supo que iba en serio. Antes de que pudiese responder, nos interrumpió una voz.

—Eh, Stuck —preguntó uno de los motoristas—. ¿Todo bien ahí?

Él levantó la maltrecha mano izquierda para dar a entender que no ocurría nada y después volvió a centrar su atención en mí. Cuando habló, lo hizo sin el menor

rastros de resentimiento. Stuckey era pragmático —en su negocio no le quedaba más remedio— y sabía cuándo le convenía rendirse.

—Fue un viejo del norte —dijo con un suspiro—. Viene una vez al mes más o menos y trae cosas que ha encontrado. La mayor parte basura, pero le doy unos pavos y se marcha. A veces trae algo aceptable.

—¿Ha traído estas botas recientemente?

—Sí, hace muy poco.

Ayer. Le di treinta pavos. Me dejó también una mochila, Lowe Alpine. La vendí en el acto. Eso era todo. No tenía nada más que ofrecer.

—¿Ese viejo es de la zona de Dark Hollow?

—Sí, exacto, de Dark Hollow.

—¿Sabe su nombre?

Volvió a entornar los ojos.

—Dígame una cosa, caballero, ¿qué es usted? ¿Un detective privado o algo

así?

—Como le he dicho, sólo soy una persona corriente.

—Hace muchas preguntas para ser sólo una persona corriente.

Percibí que Stuckey se cerraba en banda otra vez.

—Soy curioso por naturaleza —expliqué, pero me identifiqué de todos modos—. ¿El nombre?

—Barley. John Barley.

—¿Es ése su verdadero nombre?

—Y yo qué sé.

—¿Le ha enseñado algún documento de identidad?

Stuckey estuvo a punto de echarse a reír.

—Si lo viera, sabría usted que no es la clase de individuo que lleva documentación.

Asentí, saqué la cartera y coloqué, uno por uno, seis billetes de diez dólares en el mostrador.

—Necesito un recibo — comenté.

Stuckey rellenoó uno

rápídamente con letras mayúsculas e inclinadas, lo selló e hizo una pausa antes de entregármelo.

—Ya sabe, no quiero problemas —dijo.

—Si me ha contado la verdad, no los tendrá.

Dobló el recibo por la mitad y lo metió en la bolsa de plástico con las botas.

—No se tome esto de manera personal, caballero, pero imagino que hace usted amigos con la misma facilidad que un escorpión.

Agarré la bolsa y me guardé la cartera en el abrigo.

—¿Por qué? —pregunté —. ¿Acaso vende aquí también amistad?

—No, caballero, desde luego que no —respondió con manifiesta contundencia —. Pero, en cualquier caso, dudo mucho que usted la comprara.

Ya había anochecido cuando emprendí el viaje de regreso. Nevaba en la carretera a Beaver Cove y más allá, donde la estrecha y sinuosa carretera flanqueada de árboles llevaba a Dark Hollow. Los copos parecían resplandecer en los haces de los faros, pequeños fragmentos dorados de luz precipitándose desde lo alto, como si el propio cielo se

desintegrarse y cayese sobre la tierra. Intenté telefonar en vano a Ángel y Louis con el móvil. Finalmente ya estaban en el motel cuando llegué. Louis abrió la puerta. Vestía un pantalón negro, con la raya tan bien planchada que parecía afilada, y una camisa de color crema. No me explicaba cómo conseguía mantener la ropa tan impecable. Algunas de mis camisas tenían más arrugas que las de Louis aun antes

de estrenarlas.

—Ángel está en la ducha —informó cuando se hizo a un lado para dejarme entrar en la habitación. En el televisor, Wolf Blitzer movía los labios en silencio desde el jardín de la Casa Blanca.

—No está mal para variar.

—En eso te doy la razón. Si fuese verano, atraería a las moscas.

Por supuesto, no era verdad. Quizá diese la

impresión de que Ángel tenía una relación distante con el jabón y el agua caliente, pero en realidad, bien mirado, era muy limpio. Simplemente presentaba un aspecto más desaliñado que la mayoría de las personas. De hecho, yo no conocía a nadie tan desaliñado como él.

—¿Alguna novedad en la casa de Payne?

—Nada. El viejo salió y volvió a entrar. El joven salió y volvió a entrar. A la

cuarta o quinta vez, ya empezaba a resultar aburrido. Pero Billy Purdue no ha dado señales, ni él ni nadie.

—¿Crees que sabían que estabais allí?

—Es posible. Actuaban como si no lo supiesen, lo cual podría ser prueba tanto de lo uno como de lo otro. ¿Tú has descubierto algo?

Le enseñé las botas y le puse al corriente de mi conversación con Stuckey. Ángel salió de la ducha en

ese momento, envuelto en cuatro toallas.

—Joder, Ángel —dijo Louis—. ¿Quién carajo eres? ¿El Mahatma Gandhi? ¿Qué haces con tantas toallas?

—Tengo frío —se lamentó—. Y el asiento de ese coche me ha dejado marcas en el culo.

—Como no me consigas toallas, yo sí voy a dejarte marcas en el culo con la puntera de mi zapato. Sécate ese culo blanco y flaco, vete

a recepción y pídele toallas a la mujer, y vale más que te asegures de que estén suaves y sedosas, Ángel. No pienso frotarme la espalda con papel de lija.

Mientras Ángel, sin dejar de mascullar, se secaba y vestía, les conté en detalle mis conversaciones con Rachel, la *sheriff* Tannen y Erica Schneider, así como lo que había averiguado acerca de la visita de Billy Purdue a Santa Marta.

—Según parece, estamos

acumulando mucha información, pero no sabemos qué significa — comentó Louis cuando acabé.

—Al menos sabemos qué significa una parte — contesté.

—¿Crees que ese tal Caleb existe de verdad? — preguntó.

—Era lo bastante real para matar a su madre, y quizás a una muchacha del pueblo casi dos décadas después. Además, las chicas

que murieron en el año sesenta y cinco no fueron víctimas de un retrasado mental. La forma de exponer los cadáveres tenía muchos significados. Fue un gesto de desprecio, una manera de causar conmoción, pero también fue un intento de presentar aquello como un acto de locura. Creo que el objetivo era inducir a la gente a pensar que sólo un loco era capaz de una cosa así, y el hecho de colocar una prenda de vestir en la

casa de Fletcher les proporcionó al loco que andaban buscando.

—¿Y adónde fue?

Me dejé caer en una de las camas.

—No lo sé —dije—, pero creo que se marchó al norte, al bosque.

—¿Y por qué no volvió a matar? —añadió Ángel.

—Eso tampoco lo sé. Puede que matase y simplemente no se encontraran los cuerpos.

Sabía que en la Ruta

Apalache algunos excursionistas habían sido asesinados y otros habían desaparecido sin dejar rastro. Me preguntaba si, por alguna razón, habían abandonado la ruta en busca de un atajo y, en lugar de eso, habían encontrado algo mucho peor que lo que hubieran imaginado jamás.

—O podría haber matado antes de llegar a Maine, sin que nadie lo relacionase con las muertes —continué—. Según

Rachel, es posible que entrase en un periodo de latencia, y que acontecimientos recientes se hayan confabulado para despertarlo.

Ángel tomó una de las Zamberlan y la sostuvo entre las manos.

—Bueno, y sabemos qué significa esto, en el supuesto de que estas botas fuesen del novio de Ellen Cole.

Me miró y advertí tristeza en sus ojos. No quise contestarle, ni aceptar la

posibilidad de que si Ricky estaba muerto, también Ellen podía estarlo.

—¿Algún indicio de Stritch? —pregunté.

Louis se erizó.

—Casi puedo olerlo —dijo—. La mujer de recepción sigue muy alterada por lo de su gato. La policía cree que es cosa de niños.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ángel.

—Voy a ver a John Barley —respondí, pero

Louis negó con la cabeza.

—No es buena idea, Bird. Es de noche y él conoce el bosque mejor que tú. Podrías perderle la pista y a la vez toda posibilidad de averiguar de dónde sacó esas botas. Además, está el maldito perro: prevendrá al viejo, éste empezará a disparar, y puede que tengas que defenderte. Muerto no nos sirve de nada.

Tenía razón, desde luego, pero eso no me sirvió de consuelo.

—Entonces, en cuanto salga el sol —accedí a mi pesar. Quedó en el aire la idea de que quizá me había encontrado ya con Caleb Kyle y me había alejado de él porque me había amenazado con una escopeta.

—En cuanto salga el sol —convino Louis.

Los dejé y volví a mi habitación, allí marqué el número de la casa de Walter y Lee Cole en Queens. Contestó Lee después de

sonar el timbre tres veces, y a su voz afloró esa mezcla de esperanza y temor que yo había oído centenares de veces por parte de padres, amigos y familiares, todos aguardando noticias de una persona desaparecida.

—Lee, soy Bird.

No dijo nada por un momento, pero oí sus pasos, como si se dirigiese a otro sitio para que alguien no la oyese, supuse que Lauren.

—¿Bird? ¿La has encontrado?

—No. Estamos en Dark Hollow buscándola, pero todavía no tenemos nada. — Preferí no hacer ningún comentario sobre las botas de Ricky. Si estaba equivocado en cuanto a lo que podía haberle ocurrido, o si las botas no eran suyas, no conseguiría más que preocuparla innecesariamente. Si mis sospechas eran ciertas, pronto conoceríamos el resto.

—¿Has visto a Walter?

Le dije que no. Suponía que ya debía de estar en Greenville, pero no deseaba verlo. Walter sólo complicaría más las cosas, y ya me resultaba bastante difícil mantener mis emociones bajo control.

—Bird, se enfadó mucho al enterarse de lo que yo había hecho. —Lee empezó a llorar y se le quebró la voz —. Me dijo que cuando tú intervienes, los demás salen malparados. Acaban muertos. Por favor, Bird, por

favor, no permitas que le pase nada. Por favor.

—No lo permitiré, Lee. Seguiremos en contacto. Adiós.

Colgué. Me pasé las manos por la cara y el pelo y luego me las llevé a los hombros, que estaban agarrotados. Walter tenía razón. En el pasado, algunas personas habían salido malparadas al implicarme yo en una situación, pero básicamente habían salido malparadas porque esas

personas habían decidido implicarse también. A veces uno puede empujar a alguien en una dirección u otra, pero la gente da los pasos más importantes por iniciativa propia.

Walter tenía principios, pero nunca se había visto obligado a pasar por alto esos principios para proteger a sus seres queridos o para vengarlos porque alguien se los había arrebatado. Y ahora se hallaba cerca de Dark Hollow, y una

situación de por sí delicada tenía muchas probabilidades de agravarse. Permanecí durante un rato con la cara entre las manos. Luego me desnudé y me duché, con la cabeza gacha y los hombros bajo el chorro para que el agua masajeara mis tensos y cansados músculos.

Mientras me secaba sonó el teléfono. Era Ángel. Me estaban esperando para ir a cenar. Yo no tenía apetito y la preocupación por Ellen me bloqueaba mentalmente,

pero accedí a acompañarlos. Cuando llegamos al restaurante, encontramos un letrero en la puerta que anunciaba que había cerrado antes de hora. Esa noche se celebraba en el Roadside Bar un acto benéfico con el objetivo de recaudar fondos para la banda del instituto, y asistiría todo el mundo. Ángel y Louis cruzaron una mirada de profunda desdicha.

—¿Tenemos que aportar dinero para la banda si

queremos comer? —
preguntó Louis—. ¿Qué
mamarrachada de pueblo es
éste? ¿A quién hay que
pagarle para tomar una
cerveza? ¿Al APA? —
Examinó el letrero con
mayor detenimiento—. Eh,
pero si es una banda de
country: Larry Fulcher y los
Tahúres. Quizá, después de
todo, este pueblo tenga más
encanto del que parece.

—No, por Dios —
protestó Ángel—, más
música para paletos no. ¿Por

qué no puedes escuchar música soul como todos los de tu particular orientación étnica? Ya sabes, Curtis Mayfield, quizás un poco de Wilson Pickett. Ésa es tu gente, tío, y no los Louvin Brothers y Kathy Mattea. Además, no hace tanto que algunas personas usaban esa mierda country como música de fondo cuando ahorcaban a los tuyos.

—Ángel —contestó Louis con paciencia—, nadie ha ahorcado a uno solo

de mis hermanos escuchando un disco de Johnny Cash.

No había más remedio que ir al Roadside. Volvimos al motel y recogí las llaves del coche. Cuando salí de la habitación, Louis había añadido a su atuendo un sombrero negro de vaquero con una cinta de soles de plata. Ángel se llevó las manos a la cabeza y lanzó una maldición.

—¿También metes en el mismo saco al resto de los

Village People? —pregunté.
No pude evitar sonreír—.
No sé si sabes que tú y
Charley Pride habéis tomado
un camino muy solitario con
eso del country negro y con
este numerito del country
Western negro. Si tus
hermanos te viesen vestido
así, quizá tendrían algo que
decir.

—Mis hermanos
contribuyeron a construir
este gran país, y esa «música
para paletos», como la ha
definido nuestro teórico

cultural residente, fue la banda sonora de generaciones de obreros. No todo han sido espirituales negros y Paul Robeson, ¿sabías? Además, me gusta este sombrero. —Dio un ligero tirón al ala con los dedos.

—Tenía la esperanza de que los dos intentaseis pasar inadvertidos durante nuestra estancia aquí, a menos que fuese absolutamente necesario —comenté mientras subíamos al

Mustang.

Louis dejó escapar un sonoro suspiro.

—Bird, soy el único hermano de aquí a Toronto. A menos que contraiga el vitíligo entre este motel y el tinglado ese de la banda del instituto, es imposible que pase inadvertido. Así que cállate y conduce.

—Sí, Bird, conduce —intervino Ángel desde el asiento trasero—, o si no, Cleavon Little aquí presente mandará a sus pistoleros tras

tus pasos. Los Vaqueros con Personalidad, quizás, o el Enemigo de la Pradera...

—Ángel —repuso Louis desde el asiento del acompañante—. Cállate.

El Roadside era un local grande y vetusto de madera oscura. Un edificio alargado y de una sola planta, tenía ventanas en la parte delantera y una entrada con tejado a dos aguas en el centro que se elevaba por

encima del resto como el campanario de una iglesia. El aparcamiento estaba lleno y había muchos coches alrededor, casi hasta los árboles. Se hallaba en el límite oeste del pueblo; más allá se extendía el bosque oscuro.

Pagamos los cinco dólares de entrada en la puerta —«¡Cinco dólares!», exclamó Ángel entre dientes. «¿Está esto en manos de la mafia?»— y accedimos al bar. Era un

espacio cavernoso y dentro estaba casi tan oscuro como fuera. Tenues luces pendían de las paredes y la barra estaba lo suficientemente iluminada para que los clientes viesen las etiquetas de las botellas pero no la fecha límite de venta. El Roadside era mucho más grande de lo que parecía desde fuera y la luz no llegaba más allá de los límites de la barra y el centro de la pista de baile. Medía unos cien metros

desde la puerta hasta el escenario del fondo, y la barra se hallaba en el centro sobre una plataforma. Las mesas irradiaban de ella hacia la penumbra junto a las paredes, donde a su vez había pequeños reservados en fila. En la periferia, la oscuridad era tal que apenas se veían caras pálidas, cosa que sólo sucedía cuando la gente quedaba dentro de un haz de luz. Por lo demás, eran formas imprecisas que parecían deslizarse por las

paredes como apariciones.

—Es un bar a lo Stevie Wonder —comentó Ángel—. Seguramente la carta viene en braille.

—Está bastante oscuro —coincidí—. Si se te cae aquí una moneda de veinticinco centavos, se habrá devaluado a diez cuando la encuentres.

—Sí, como la política económica de Reagan en miniatura —añadió Ángel.

—No hables mal de Reagan —advirtió Louis—.

Yo guardo buenos recuerdos de Ron.

—Que es probablemente más de lo que puede decir Ron —se burló Ángel.

Louis nos guió hacia un compartimento junto a la pared de la derecha, cerca de una de las salidas de emergencia situadas hacia la mitad de cada una de las paredes del Roadside. Posiblemente había como mínimo otra puerta al fondo, detrás del escenario, que en ese momento ocupaba un

grupo que bien podía ser Larry Fulcher y los Tahúres. Louis movía los pies y la cabeza al ritmo de la música.

A decir verdad, Larry Fulcher y su banda eran bastante buenos. Integraban el grupo seis músicos, con Fulcher al frente encargado de la mandolina, la guitarra y el banjo. Interpretaron *Bonaparte's Retreat* y un par de canciones de Bob Dylan, *Get With It* y *Texas Playboy Rag*. Luego pasaron a la Carter Family con *Wabash*

Cannonball y Worried Man Blues; siguieron con *You're Learning* de los Louvin Brothers y ofrecieron una versión aceptable de *One Piece at a Time* de Johnny Cash. Era una selección ecléctica, pero tocaban bien y con manifiesto entusiasmo. Incluso Louis quedó impresionado; la última vez que lo vi tan impresionado fue cuando Ángel abrió fuego en el jardín de Joe Bones en Nueva Orleans sin herirnos a

ninguno de los dos.

Pedimos hamburguesas y patatas fritas. Las servían en cestas rojas de plástico con un paño en el fondo para absorber la grasa. Sentí que las arterias se me endurecían en cuanto olí la comida. Ángel y Louis bebieron Pete's Wicked; yo, una botella de agua.

La banda hizo una pausa y el público se dirigió en tropel hacia la barra y los lavabos. Tomé un sorbo de agua y recorrí la

muchedumbre con la mirada. No había señales de Rand Jennings ni de su mujer; mejor así.

—Ahora deberíamos estar ante la casa de Meade Payne —dijo Louis—. Si Billy Purdue llega, no será en una carroza a plena luz del día.

—Si estuvieseis allí ahora, os congelaríais y no veríais nada —respondí—. Hacemos lo que podemos.

Tenía la sensación de que la situación se me iba de

las manos. Quizá se me había ido de las manos desde el primer momento, cuando acepté quinientos dólares de Billy Purdue sin plantearme de dónde los había sacado. Seguía convencido de que Billy aparecería en Dark Hollow tarde o temprano. Sin la cooperación de Meade Payne, existía la probabilidad de que Billy se nos escabullera, pero tenía la sospecha de que se escondería con Meade durante un tiempo, o quizás

incluso intentaría pasar a Canadá con su ayuda. La llegada de Billy alteraría la rutina en la casa de Payne, y confiaba en la sagacidad de Ángel y de Louis para detectar cualquier cambio.

Pero Billy seguía siendo una preocupación hasta cierto punto secundaria en comparación con Ellen Cole, si bien debía existir una conexión entre ellos, aunque yo aún no la hubiese descubierto. Un viejo los había guiado hasta el pueblo,

tal vez el mismo viejo que había vigilado a Rita Ferris durante varios días antes de su muerte, o incluso el mismo que en otro tiempo los vecinos de un pueblo texano conocían como Caleb Brewster. Dark Hollow era demasiado pequeño para que se produjese esa clase de sucesos inconexos.

En ese preciso instante una mujer se abrió paso entre el gentío hasta la barra y pidió una copa. Era Lorna Jennings, llevaba un jersey

rojo chillón que parecía un faro entre la multitud. La acompañaban otras dos mujeres, una morena esbelta con una blusa verde y otra de mayor edad con el cabello negro que lucía un suéter blanco de algodón con estampado de rosas. Por lo visto, esa noche las chicas salían solas. Lorna no me vio, o no quiso verme.

El público prorrumpió en aplausos cuando Larry Fulcher y su banda volvieron al escenario.

Acometieron *Blue Moon of Kentucky* y al instante la pista de baile se convirtió en una masa en movimiento, las parejas se deslizaban de un lado a otro, sonrientes, con las mujeres girando sobre las puntas de los pies y los hombres guiándolas expertamente. Flotaban risas en el aire. Grupos de amigos y vecinos charlaban cerveza en mano y disfrutaban de una noche de buena vecindad y camaradería. Sobre la barra, una pancarta

agradecía a todos el apoyo brindado a la banda del instituto de Dark Hollow. En la penumbra, las parejas jóvenes se besaban discretamente mientras sus padres llevaban más lejos sus juegos y caricias en la pista de baile. La música pareció subir de volumen; la gente empezó a moverse más deprisa; en la barra se oyó ruido de cristales rotos, seguido de una risa abochornada. Lorna se encontraba junto a una

columna, y las otras dos mujeres, cada una a un lado, escuchaban la música en silencio. En la oscuridad cercana a las paredes, las figuras se movían, algunas eran poco más que unas siluetas: parejas que hablaban, jóvenes que bromeaban, una comunidad que se distendía. Aquí y allá se oía hablar del hallazgo del cadáver de Gary Chute, pero su muerte no afectaba de manera personal y no era un obstáculo para la celebración

de esa noche. Observé besarse con pasión a un hombre y una mujer sentados en la barra junto a Lorna, sus lenguas visibles allí donde se unían las bocas, la mano de la mujer descendiendo furtivamente cada vez más por el costado de su compañero...

Descendiendo hasta quedar a la altura de un niño que estaba de pie ante ellos, iluminado por un círculo de luz que parecía proceder de dentro de él. Mientras las

parejas pasaban alrededor y los grupos de hombres se movían entre la gente con bandejas cargadas de cervezas, el niño conservaba su propio espacio y nadie se aproximaba ni rompía el caparazón de luz que lo envolvía. Una luz que iluminaba su cabello rubio a la vez que realzaba el color de su pelele morado hizo brillar las uñas de sus diminutas manos cuando el niño levantó la izquierda y señaló hacia la penumbra.

—¿Donnie? —me oí susurrar.

Y en el extremo opuesto de la barra surgió de la oscuridad una forma blanca. Stritch tenía la boca abierta esbozando una sonrisa, sus labios carnosos y blandos dividían la cara de oreja a oreja, y su calva resplandecía en la tenue luz. Se volvió en dirección a Lorna Jennings, me miró y se pasó el dedo índice de la mano derecha por el cuello mientras avanzaba hacia

ella.

—Stritch —dije entre dientes, y me puse en pie de un salto.

Louis se levantó de inmediato y se llevó la mano a la SIG escrutando a la muchedumbre.

—No lo veo. ¿Estás seguro?

—Está al otro lado de la barra. Va a por Lorna.

Louis se dirigió hacia la derecha con la mano oculta bajo la chaqueta negra, los dedos en la pistola. Yo me

encaminé hacia la izquierda, pero la muchedumbre amontonada nos bloqueaba el paso. Mientras me abría camino a empujones, la gente retrocedía y protestaba al derramársele la cerveza. («Amigo, eh, amigo, ¿dónde está el incendio?»). Procuré no perder de vista el jersey rojo de Lorna, pero desaparecía en cuanto la gente se interponía en mi campo visual. A mi derecha distinguí a Louis, que avanzaba entre las parejas al

borde de la pista de baile atrayendo miradas de curiosidad. A mi izquierda, Ángel rodeaba el local en un amplio arco.

Cuando me acerqué a la barra, hombres y mujeres se apiñaban para pedir bebidas, agitando su dinero, riendo, acariciándose. Seguí adelante a embestidas, volcando una bandeja llena de copas y haciendo caer de rodillas a un joven delgado con acné. Varias manos intentaron alcanzarme y se

elevaron voces airadas, pero no presté atención. Un camarero, un gordo de piel oscura y barba poblada, levantó una mano cuando me encaramé a la barra y me resbalé en la superficie mojada.

—Eh, bájese de ahí — gritó, pero se calló en el acto al ver que tenía en la mano la Smith & Wesson y retrocedió hacia el teléfono que había junto a la caja.

Desde allí vi a Lorna con toda claridad. Cuando subí a

la barra, volvió la cabeza con los ojos desorbitados, al igual que otras personas. Me di la vuelta y, a través de la clientela apretujada junto a la barra, vi forcejear a Louis; empecé a escrutar a la gente, intentando vislumbrar aquella calva blanca y abombada.

Yo lo vi primero. Lo separaban de Lorna unas veinte personas y seguía avanzando en dirección a ella. Alguno que otro miraba hacia él, pero mi presencia

en lo alto de la barra con la pistola en la mano derecha concentraba la atención de la gente, Stritch volvió a sonreírme, y algo destelló en su mano: la hoja de una navaja corta y curva, de punta siniestramente afilada. Salté de la barra a la zona central, donde se hallaban la caja y las botellas, y un segundo salto me permitió llegar casi hasta Lorna; al chocar contra mis pies, los vasos salían volando y se hacían añicos al caer al

suelo. La gente se apartó de mí y oí gritos. Me alejé de la barra y me abrí camino hacia Lorna.

—Atrás —dije—. Aquí estás en peligro.

Tenía la frente fruncida en un amago de sonrisa, hasta que vio el arma en mi mano.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Miré por encima de ella hacia donde había visto a Stritch por última vez, pero él retrocedió y se perdió de nuevo entre la

muchedumbre. A continuación vi a Louis de pie sobre una mesa, lo suficientemente agachado para no convertirse en blanco de un disparo. Se volvió hacia mí y señaló la salida central. En el escenario, la banda seguía tocando, pero advertí que los músicos cruzaban miradas de preocupación.

A mi izquierda, unos hombres corpulentos en camiseta avanzaban hacia nosotros. Agarré a Lorna por

los hombros.

—Quédate con tus amigas cerca de la barra. Hablo en serio. Te lo explicaré después.

Asintió una vez, ya sin el menor asomo de sonrisa en la cara. Creo que supe por qué. Creo que ella entrevió a Stritch y adivinó en su mirada lo que se proponía.

Con la ayuda de los hombros, me encaminé hacia la salida central, a la que conducían unos cuantos peldaños; allí vi a una

camarera junto a la puerta, una chica guapa de cabello largo y oscuro que observaba con expresión vacilante lo que ocurría en la barra. De pronto apareció junto a ella una figura, y en aquella cabeza blanca y calva brotó una sonrisa. Una pálida mano desapareció entre el pelo de la chica y la hoja de la navaja brilló junto a su cabeza. La camarera intentó zafarse y cayó de rodillas. Yo intenté levantar la pistola pero la gente me

zarandeaba; entre la confusión de cabezas y brazos no podía ver bien. Alguien, un joven con complexión de jugador de rugby, trató de agarrarme el brazo derecho, pero le asesté un codazo en la cara y retrocedió. Justo cuando parecía que éramos incapaces de impedir que la chica fuese degollada, un objeto oscuro surcó el aire girando y se hizo añicos contra la cabeza de Stritch. A mi izquierda, Ángel

estaba de pie en una silla con la mano todavía en alto tras lanzar la botella. Vi que Stritch retrocedía tambaleándose, la sangre manando ya de los múltiples cortes en la cara y en la cabeza, mientras la camarera se libraba de él y bajaba con paso inseguro los peldaños, dejando un mechón de pelo en la mano de su agresor. La puerta se abrió detrás de Stritch, quien, con un rápido y confuso movimiento, desapareció en la noche.

Louis y yo llegamos allí sólo unos segundos después. Alcanzamos los peldaños casi a la vez. Detrás de nosotros, en la puerta principal, aparecieron uniformes azules, y oí grandes voces y alaridos.

Fuera había barriles de cerveza apilados a un lado de la puerta y un cubo de basura verde al otro lado. Delante teníamos la linde del bosque, alumbrado por las grandes farolas situadas al lado del bar. Más allá,

algo blanco se movió en la oscuridad, y lo seguimos.

En el bosque el silencio era sobrecogedor, como si la nieve hubiese acallado la naturaleza y ahogado toda forma de vida. No se oía el viento ni los reclamos de las aves nocturnas, sino únicamente los crujidos de nuestros pasos y los chasquidos de pequeñas ramas invisibles al partirse bajo nuestros pies.

Apoyando la mano en el

tronco de un árbol, cerré los ojos para que se adaptaran cuanto antes a la oscuridad del bosque. Alrededor, casi ocultas por la nieve, las raíces serpenteaban sobre la tierra. Louis ya se había caído una vez y tenía la pechera del abrigo salpicada de blanco.

Detrás de nosotros, oíamos ruidos y gritos procedentes del bar, pero nadie nos seguía aún. Al fin y al cabo, todavía no estaba claro qué había ocurrido: un

hombre había blandido un arma; otro hombre había arrojado una botella y herido a un tercero; unas cuantas personas creían haber visto una navaja, circunstancia que la camarera sin duda confirmaría. La policía tardaría un rato en encontrar linternas y organizar una persecución. De vez en cuando, un débil haz de luz amarilla destellaba a nuestras espaldas, pero pronto la creciente espesura del bosque impidió que se

filtrara la luz. La única iluminación procedía de la luna, cuyo pálido reflejo penetraba sin fuerza entre las ramas.

Louis estaba cerca de mí, lo bastante cerca como para no perdernos de vista. Levanté una mano y nos detuvimos. Ante nosotros no se oía nada, lo cual significaba que Stritch caminaba con sumo cuidado o que se había parado y nos esperaba entre las sombras. Volví a acordarme de

aquella puerta en el complejo de Portland, de la certidumbre de que él estaba allí y, si yo iba a por él, me mataría. Esta vez, decidí con determinación, no retrocedería.

De pronto oí algo a mi izquierda. Era un sonido casi inaudible, como el roce de las hojas de los pinos contra la ropa, seguido de la compresión de la nieve cuando se da un paso, pero lo había oído. A juzgar por la expresión de Louis,

también él lo había percibido. Sonó una segunda pisada, y luego una tercera, no hacia nosotros sino en dirección contraria.

—¿Es posible que lo hayamos adelantado? — susurré.

—Lo dudo. Podría ser alguien del bar.

—No lleva linterna, y es una sola persona, no un grupo.

Pero había algo más en aquel ruido: era poco cauto, casi intencionado. Daba la

impresión de que alguien quisiese que supiéramos que estaba allí.

Me oí tragar saliva sonoramente. A mi lado, el aliento de Louis formó por un instante una leve bruma ante sus facciones. Me miró y se encogió de hombros.

—Sigue escuchando con atención, pero será mejor que nos pongamos en movimiento.

Salió de detrás del tronco de un abeto y una detonación rompió en

pedazos el silencio del bosque; fragmentos de corteza y gotas de savia saltaron por el aire junto a su cara. Se echó cuerpo a tierra y rodó hacia la derecha hasta quedar a cubierto en una hondonada, frente a la cual asomaba entre la nieve el borde romo de una roca.

—Ha estado cerca —dijo—. Hay que joderse con estos profesionales.

—Se supone que también tú eres un profesional —le recordé—.

Por eso estás aquí.

—Olvidas que estoy rodeado de aficionados — contestó.

Me pregunté cuánto tiempo llevaba Stritch observándonos, esperando el momento de actuar. Seguro que el tiempo suficiente para verme con Lorna y para darse cuenta de que entre nosotros existía algún vínculo.

—¿Por qué habrá intentado atacarla en un lugar tan concurrido? —

pregunté.

Louis se arriesgó a echar un vistazo por encima de la roca, pero no se produjo ningún disparo más.

—Quería hacer daño a esa mujer y que tú supieras que era él. Más aún, quería obligarnos a dar la cara.

—¿Y le hemos seguido la corriente?

—No me gustaría decepcionarle —respondió Louis—. Te diré una cosa, Bird: me parece que a este tipo ya le importa un carajo

el dinero.

Empezaba a cansarme de permanecer abrazado al enorme abeto.

—Voy a moverme, y veremos hasta dónde llego. ¿Podrías echar otra ojeada desde tu escondrijo y cubrirme?

—Eres todo un hombre. Adelante.

Respiré hondo y, agachado, empecé a correr en zigzag. Tropecé con dos raíces ocultas, pero conseguí mantenerme en pie mientras

el arma de Stritch bramaba dos veces, levantando nieve y tierra junto a mi talón derecho. Siguió una ráfaga de la SIG de Louis que partió ramas y rebotó en las rocas, pero aparentemente también obligó a Stritch a mantener a cubierto la cabeza.

—¿Lo has visto? — pregunté a gritos a la vez que me ponía en cuclillas y apoyaba la espalda contra una píceca; mi aliento se elevaba ante mí en grandes

vaharadas. Por fin comenzaba a entrar en calor, si bien, incluso en la oscuridad, me pareció que tenía los dedos completamente rojos. Antes de que Louis contestara, algo de color hueso se arremolinó entre unos arbustos más adelante, y abrí fuego. La figura retrocedió en la oscuridad.

—Descuida —añadí—. Está a unos diez metros al nordeste de ti, y se aleja.

Louis se había puesto ya

en movimiento. Vi su silueta oscura contra la nieve. Apunté y disparé cuatro veces hacia el lugar donde había visto a Stritch. No devolvió el fuego, y Louis pronto se halló a mi altura a unos tres metros.

Y entonces, otra vez a mi izquierda pero más adelante, se oyó movimiento en el bosque. Alguien avanzaba con paso rápido y firme hacia Stritch.

—¿Bird? —dijo Louis.

Levanté rápidamente una

mano y señalé el origen del ruido. Louis guardó silencio y esperamos. Durante unos treinta segundos no ocurrió nada. No se oyó el menor sonido, ni una pisada, ni siquiera la nieve que caía de los árboles. Sólo oía los latidos de mi propio corazón y la sangre en los oídos.

De pronto sonaron dos disparos en rápida sucesión, seguidos de lo que pareció el impacto entre dos cuerpos. Louis y yo nos movimos simultáneamente, con los

pies helados, levantando las piernas para no arrastrarlas por la nieve. Corrimos a toda velocidad hasta meternos entre los arbustos protegiéndonos de las ramas con las manos, allí encontramos a Stritch.

Estaba de pie en un pequeño claro salpicado de piedras y bañado por la luz plateada de la luna, de espaldas a nosotros, rozando apenas la tierra con las puntas de los pies, las manos alrededor del tronco de una

enorme píceas.

De la espalda de su gabardina de color tostado brotaba algo rojo y denso que resplandecía con un brillo opaco bajo la luz. Al acercarnos a él, Stritch se estremeció y pareció aferrarse con más fuerza al árbol, como para separarse del afilado codillo de rama en el que estaba empalado. Cuando empezó a flaquearle la fuerza de los brazos, gimió y un borbotón de sangre le salió por la boca.

Volvió la cabeza al oír nuestros pasos. Tenía los ojos muy abiertos, con expresión de asombro, y sus labios carnosos y húmedos sobre los dientes apretados por el esfuerzo para mantenerse erguido. La sangre manaba de las heridas que tenía en la cabeza, ríos oscuros que fluían por las pálidas facciones de su cara.

Cuando llegamos casi a su lado, abrió la boca y lanzó un grito al mismo

tiempo que un violento temblor sacudía su cuerpo por última vez, le fallaban los brazos, y la cabeza le caía hacia delante hasta quedar apoyada contra la corteza del árbol.

Y mientras moría, recorrí el bosque con la mirada, sabiendo que Louis hacía lo mismo, conscientes ambos de que más allá de nuestro campo de visión alguien nos observaba, y de que encontraba cierto júbilo en lo que veía y en lo que

había hecho.

Sentado en el despacho de Rand Jennings en la Comisaría de Policía de Dark Hollow, observaba cómo caía la nieve contra el cristal de la ventana en la oscuridad del amanecer. Jennings estaba sentado frente a mí, con las manos juntas formando una torre y las yemas de los dedos en contacto con el pequeño rollo de grasa que le colgaba

bajo el mentón. Detrás de mí se hallaba Ressler, y, fuera del despacho, agentes uniformados, en su mayoría empleados a tiempo parcial convocados para la ocasión, corrían pasillo arriba pasillo abajo tropezándose unos con otros como hormigas cuyos señalizadores químicos hubiesen sido interferidos.

—Explícame quién era

—dijo Jennings.

—Ya te lo he dicho — contesté.

—Repítelo otra vez.

—Se llamaba Stritch. Trabajaba por cuenta propia: asesinato, tortura, magnicidio, lo que fuese.

—¿Qué hacía atacando a camareras en Dark Hollow, Maine?

—No lo sé. —Eso era mentira, pero si le contaba que Stritch pretendía vengar la muerte de su compañero, Jennings habría querido saber quién mató al compañero y cuál había sido mi participación en el asunto. Si le contaba eso,

tenía muchas probabilidades de acabar en una celda.

—Pregúntele por ese negro de mierda —atajó Ressler. De manera instintiva, se me tensaron los músculos de los hombros y el cuello, y oí la risa burlona de Ressler a mis espaldas—. ¿Le molesta que hable así, gran hombre? ¿No le gusta que llame «negro de mierda» a alguien, y menos si es amigo suyo?

Respiré hondo y controlé mi creciente ira.

—No sé a qué se refiere.
Y me gustaría verle hablar
así en Harlem.

Jennings separó las
manos y me señaló con el
dedo índice.

—Mientes otra vez,
Parker. Hay testigos que
vieron a un hombre de color
salir detrás de ti por aquella
puerta, el mismo hombre de
color que se alojó en el
motel junto con un blanco
flaco el día que tú llegaste,
el mismo hombre de color
que pagó la habitación en

efectivo y por adelantado, la habitación que compartió con el mismo blanco flaco que le lanzó una botella a ese tal Stritch, y el mismo hombre de color... — Levantó la voz hasta casi gritar—. El puto hombre de color que ahora ha dejado el motel y ha desaparecido con su amigo como si se lo hubiera tragado la puta tierra. ¿Me oyes?

Yo sabía adónde habían ido Ángel y Louis. Estaban en el motel India Hill de la

Carretera 6 en las afueras de Greenville. Ángel había tomado la habitación a su nombre y Louis procuraba pasar inadvertido. Comerían en el McDonald's cercano y esperarían a que yo les llamara.

—Como ya he dicho, no sé a qué te refieres. Yo estaba solo cuando encontré a Stritch. Quizá me siguió alguien al salir del bar, quizá pensó que necesitaría ayuda para atrapar a ese tipo, pero, si fue así, no lo vi.

—Y una mierda, Parker. Encontramos huellas de tres o cuatro personas en dirección a aquel claro. Te lo preguntaré otra vez: ¿por qué ha atacado ese tipo a una camarera en mi pueblo?

—No lo sé —mentí una vez más. La conversación cojeaba tanto que si hubiese sido un caballo ya le habría pegado un tiro.

—No me vengas con ésas. Tú descubriste la presencia de ese individuo. Ibas a por él incluso antes de

que se acercase a la chica.
—Hizo una pausa—.
Suponiendo que Carlene
Simmons fuese su objetivo.
—Adoptó una expresión
pensativa sin apartar los ojos
de mí. No me caía bien.
Nunca me había caído bien
y, después de lo ocurrido
entre nosotros, ninguno de
los dos tenía especial razón
para limar asperezas, pero
Jennings no era tonto. Se
levantó y se acercó a la
ventana, donde se quedó un
rato observando la negrura.

Por fin dijo—: Sargento, ¿nos disculpa?

A mis espaldas, oí cómo Ressler desplazaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra y después sus parsimoniosos pasos cuando se dirigió hacia la puerta y la cerró sin hacer ruido. Entonces Jennings se volvió hacia mí e hizo crujir los nudillos de la mano derecha presionándolos con la izquierda.

—Si te diera una paliza ahora, nadie fuera de este

han visto en el pueblo con mi mujer.

Ahora no me miraba. Parecía concentrar toda la atención en sus manos, examinándose cada cicatriz y cada arruga, cada línea y cada poro. Eran manos de viejo, pensé, que no se correspondían con la edad real. En Jennings se advertía cierto cansancio, cierto hastío. Vivir con una persona que no te ama para que nadie más pueda tenerla acaba pasándole factura a un

hombre. Y también le pasa factura a la mujer.

No respondí, pero adiviné qué estaba pensando. Determinadas cosas simplemente ocurren. Llámesele destino o voluntad de Dios. Llámesele mala suerte si uno intenta conservar un matrimonio agonizante para que no se pudra aún más, del mismo modo que algunos egomaniacos hacen congelar sus propios cadáveres en nitrógeno después de

muertos con la esperanza de que, siglos después, la tecnología médica avance y pueda resucitarlos, como si el mundo fuera a desear tener un cadáver del pasado paseándose por el presente. Creo que el matrimonio de Randall había sido así, algo que él quería mantener tal como estaba, congelado en un país de nunca jamás, esperando el milagro que lo devolviese a la vida. Y de pronto yo había llegado como el deshielo de abril y

todo el montaje había empezado a fundirse alrededor de él. Yo no tenía nada que ofrecerle a su mujer, o al menos nada que estuviese dispuesto a dar. Yo no sabía con certeza qué veía ella en mí. Quizás era más bien lo que yo representaba: ocasiones perdidas, caminos no tomados, segundas oportunidades.

—¿Me has oído? — preguntó.

—Te he oído.

—¿Es verdad?

En ese momento me miró, y vi que estaba asustado. Él no lo habría llamado así, no lo habría admitido siquiera, pero era miedo. Quizás en el fondo, muy en el fondo, todavía quería a su mujer, aunque de una manera tan extraña, de una manera tan ajena a la vida corriente, que había dejado de tener sentido tanto para él como para ella.

—Si me lo preguntas, es porque ya lo sabes.

—¿Intentas quitármela otra vez?

Casi sentí lástima por él.

—No he venido a quitarle la mujer a nadie. Si ella te abandona, sus razones tendrá; no será porque un hombre del pasado se la lleve contra su voluntad. Si tienes problemas con tu mujer, resuélvelos. Yo no soy tu consejero matrimonial.

Se levantó del escritorio y dejó que las manos le colgaran a los costados con

los puños cerrados.

—No te hagas el listo conmigo. Voy a...

Me puse en pie y avancé hasta que quedamos cara a cara. Así, incluso si intentaba pegarme, no disponía de espacio suficiente para darle impulso al golpe. Hablé en voz baja y clara.

—No vas a hacer nada. Si te conviertes en un estorbo, te quitaré de en medio. En cuanto a Lorna, será mejor que ni siquiera

hablemos de ella, porque muy posiblemente la cosa se pondría fea y uno de los dos saldría herido. Hace años fue a mí a quien no te cansaste de dar patadas en un suelo cubierto de orina mientras tu compinche miraba. Pero desde entonces he matado a hombres, y te quitaré de en medio si te cruzas en mi camino. ¿Alguna pregunta más, jefe?, porque si quieres acusarme de algo, ya sabes dónde encontrarme.

Salí, recogí mi pistola

del escritorio de la entrada y me dirigí hacia el Mustang. Me sentía helado y sucio, con los pies todavía ateridos de frío y mojados. Pensé en Stritch, retorciéndose y forcejeando contra el árbol, sosteniéndose con las puntas de los pies en un vano esfuerzo por sobrevivir. Y pensé en la fuerza que había hecho falta para clavarlo en el codillo. Stritch era un hombre achaparrado y robusto, con el centro de gravedad bajo. No es fácil

mover a una persona así. Tenía el cuello de la gabardina roto allí por donde su asesino lo había agarrado, utilizando contra él el peso de su propio cuerpo, tomando el impulso necesario para empalarlo en el árbol. Estábamos buscando a alguien fuerte y rápido, alguien que había comprendido que Stritch era una amenaza para sí mismo.

O para otra persona.

Un viento gélido barrió la calle mayor de Dark

Hollow y salpicó el coche de nieve cuando apareció el motel a la vista. Fui a mi habitación, introduje la llave en la cerradura y la hice girar, pero la puerta ya estaba abierta. Me aparté a la derecha, desenfundé la pistola y empujé la puerta con suavidad para abrirla por completo.

Lorna Jennings estaba sentada en mi cama, descalza, con las piernas encogidas y las rodillas en alto bajo la barbilla,

iluminada por la lámpara de la mesilla de noche. Tenía las manos en torno a los tobillos y los dedos entrelazados. El televisor estaba encendido, retransmitiendo un programa de entrevistas, pero el sonido era casi inaudible.

Me miró con una expresión casi de amor y cercana al odio. El mundo que ella se había creado allí —un capullo de indiferencia en torno a sentimientos enterrados y el corazón

moribundo de un mal matrimonio— se desmoronaba a su alrededor. Movi6 la cabeza con la mirada a6n fija en m6. Parec6a al borde del llanto. Luego se volvi6 hacia la ventana, que pronto dejar6a entrar la cruda luz invernal en la habitaci6n.

—¿Qui6n era ese hombre? —pregunt6.

—Se llamaba Stritch.

Con las manos junto a los pies descalzos, desliz6 su alianza con el pulgar y el

índice casi hasta el extremo del dedo y la hizo girar hasta que por fin se la quitó y la sostuvo entre las yemas de los dedos. No me pareció buena señal.

—Iba a matarme, ¿verdad? —Formuló la pregunta con normalidad, pero en su voz se advirtió cierto temblor.

—Sí.

—¿Por qué? No lo había visto nunca. ¿Qué podía haberle hecho yo?

Apoyó la mejilla

izquierda en la rodilla en espera de mi respuesta. Le resbalaban lágrimas por la cara.

—Quería matarte porque pensaba que significas algo para mí. Buscaba venganza, y vio en ti una oportunidad para resarcirse.

—¿Y significo algo para ti? —preguntó casi en un susurro.

—Hace mucho tiempo te quise —me limité a responder.

—¿Y ahora?

—Todavía me preocupas lo suficiente para impedir que alguien te haga daño.

Movió la cabeza en un gesto de negación y la apoyó en la mano derecha. Ahora lloraba sin rebozo.

—¿Lo has matado tú?

—No. Alguien se me ha adelantado.

—Pero lo habrías matado, ¿verdad?

—Sí.

Tenía los labios contraídos en un mohín de dolor y tristeza, y las

lágrimas le caían por la cara y salpicaban las sábanas. Tomé un pañuelo de papel de la caja del tocador y se lo ofrecí. A continuación me senté a su lado en el borde de la cama.

—Santo Dios, ¿por qué has tenido que venir? —dijo. Los sollozos sacudían su cuerpo. Brotaban de tan hondo que la interrumpían al hablar, como pequeñas pausas de pena—. A veces pasaban semanas enteras sin que me acordara de ti.

Cuando me enteré de que te habías casado, sentí que algo ardía dentro de mí, pero pensé que quizás ayudaría, que quizá cauterizaría la herida. Y así fue, Bird, de verdad. Pero ahora...

Le toqué el hombro pero ella se apartó.

—No —dijo—. No, no me toques.

Pero yo no la escuché. Avancé con todo mi cuerpo sobre la cama, me arrodillé junto a ella y la atraje hacia mí. Se resistió y me golpeó

el cuerpo, la cara y los brazos con la palma de la mano. De pronto hundió el rostro en mi pecho, y la resistencia cesó. Me rodeó con los brazos, apretando la mejilla contra mí, y de entre sus dientes apretados salió un sonido semejante a un aullido. Deslicé las manos por su espalda, rozando con las yemas de los dedos el tirante del sujetador bajo el jersey, que se levantaba un poco en la parte inferior, dejando a la vista media luna

de piel por encima de los vaqueros y los adornos de encaje de las bragas.

Movió la cabeza bajo mi mentón. Frotó la mejilla contra mi cuello y fue subiendo hasta que nuestras mejillas se rozaron. Sentí un deseo repentino. Me temblaban las manos tanto por el efecto retardado de la persecución de Stritch como por la proximidad de Lorna. Habría sido tan fácil dejarse llevar, recrear, aunque fuese brevemente, un recuerdo de

juventud.

Le besé con delicadeza la sien y me aparté.

—Lo siento —dije.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Detrás de mí, la oí entrar en el baño, cerrar la puerta y abrir el grifo. Por un instante me había sentido joven otra vez, consumido por el deseo de algo que no tenía derecho a poseer. Pero ese joven había desaparecido, y el hombre que había ocupado su lugar ya no albergaba sentimientos

tan intensos por Lorna Jennings. Fuera, la nieve caía igual que los años, cubriendo el pasado con la impoluta blancura de las posibilidades no expresadas.

Oí abrirse la puerta del baño. Cuando me di la vuelta, Lorna estaba desnuda ante mí.

La miré por un momento antes de hablar.

—Creo que te has olvidado algo en el baño — dije. No hice ademán de acercarme a ella.

—¿No quieres estar conmigo? —preguntó.

—No puedo, Lorna. Si lo hiciese, sería por las razones menos indicadas y, para serte sincero, no sé si podría asumir las consecuencias.

—No, no es eso —dijo. Una lágrima rodó por su mejilla—. Estoy más vieja. No soy igual que cuando me conociste.

Era verdad: no era como la recordaba. Tenía hoyuelos en la parte superior de los

muslos y en las nalgas y pequeños pliegues de grasa en el vientre. Se le veían los pechos menos firmes y porciones de carne blanda empezaban a colgarle bajo los brazos. El leve trazo de una variz serpenteaba a través de la mitad superior de su pierna izquierda. En la cara se le dibujaban finas arrugas junto a la boca y tres líneas irradiaban de la comisura de cada ojo.

Y sin embargo, aunque los años la habían

transformado, la estaban cambiando incluso en ese instante, no habían conseguido mermar su belleza. Al contrario, conforme envejecía, su feminidad, la sensación de ella como mujer, parecía haberse realzado. La frágil belleza de su juventud había resistido los duros inviernos del norte y las dificultades de su matrimonio adaptándose sin desvanecerse, y esa fuerza había encontrado expresión

en su rostro, en su cuerpo,
revistiéndola de una
dignidad y una madurez que
antes estaban ocultas, que
sólo de vez en cuando se
mostraban en sus rasgos.
Mientras nos mirábamos a
los ojos, supe que la mujer a
quien yo había amado, por
quien aún sentía algo
parecido al amor,
permanecía en el fondo
intacta.

—Sigues siendo
hermosa —dije.

Me observó con

atención, para cerciorarse de que no intentaba engañarla con mentiras piadosas. Cuando vio que decía la verdad, cerró los ojos suavemente como si algo la hubiese tocado muy profundamente pero no supiese si sentía dolor o placer.

Se tapó la cara con las manos y movió la cabeza en un gesto atribulado.

—Esto es un poco embarazoso.

—Un poco —convine.

Asintió y volvió a entrar en el baño. Al salir fue derecha a la puerta. La seguí y llegué junto a ella cuando tocó el picaporte. Se volvió antes de abrir y me acarició la mejilla.

—No sé, Bird —dijo apoyando la frente con delicadeza en mi hombro por un momento—. Sencillamente no sé.

A continuación salió de la habitación a la luz del alba.

Me eché a dormir un rato; luego me duché y me vestí. Miré qué hora era mientras me ponía el reloj en la muñeca, y un dolor como no había sentido desde hacía meses me traspasó el estómago. Me dejé caer al suelo hecho un ovillo y empecé a llorar casi en silencio, envolviéndome con los brazos, sacudido por intensas punzadas de sufrimiento. Con todo lo que había ocurrido —la

búsqueda del rastro de Caleb Kyle, el encuentro con Rachel, la muerte de Stritch — había perdido la noción del tiempo.

Era el 11 de diciembre. Faltaba un día para el aniversario.

Eran más de las tres cuando me tomé una tostada y un café en el restaurante; estuve pensando en Susan y en la rabia que sentía contra el mundo por permitir que

ella y mi hija me hubiesen sido arrebatadas. Y me pregunté cómo, con tanto dolor enroscado dentro de mí, podía empezar una vida nueva.

Pero quería a Rachel, lo sabía, y me sorprendió cuán profundamente la necesitaba. Fui consciente de ello sentado frente a ella en Harvard Square, escuchando su voz y observando el movimiento de sus manos. ¿Cuántas veces habíamos estado

juntos? ¿Dos? Sin embargo, con ella había sentido una paz de la que me había visto privado desde hacía mucho tiempo.

Me pregunté también qué podía aportar yo, tanto a ella como a mí mismo, si la relación llegaba a prosperar. Era un hombre perseguido por el fantasma de su esposa. Había llorado su pérdida, y aún la lloraba. Mis sentimientos por Rachel, y lo que habíamos hecho juntos, hacían que me

sintiera culpable.

¿Traicionaba el recuerdo de Susan por desear empezar de nuevo? Eran tantos los sentimientos, tantas las emociones, tantos los actos de venganza, los intentos de compensación que se habían concentrado en el transcurso de los últimos doce meses. Me sentía agotado por todo y atormentado por las imágenes que se colaban subrepticia y espontáneamente en mis sueños y mientras estaba

despierto. Había visto a Donald Purdue en el bar. Lo había visto con la misma claridad con la que había visto a Lorna desnuda ante mí, con la misma claridad con la que había visto a Stritch empalado en un árbol.

Quería empezar una nueva vida, pero no sabía cómo. Sólo sabía que me acercaba cada vez más al borde del abismo y que debía encontrar la manera de afianzarme si quería evitar la

caída.

Salí del restaurante y partí hacia Greenville. El Mercury estaba aparcado detrás del motel bajo unos árboles, casi invisible desde la carretera. No creía que Rand fuese en busca de Ángel y Louis, no mientras me tuviese a mí, pero no estaba de más tomar precauciones. Cuando aparqué, Ángel abrió la puerta de la habitación número seis, se apartó para dejarme entrar y cerró de

nuevo.

—Vaya, tú por aquí —
dijo con una amplia sonrisa.

Louis, tumbado en una
de las dos camas dobles de
la habitación, leía el último
número de *Time*.

—Tienes razón, Bird —
comentó—. Eres único.
Pronto tú y Michael Douglas
coincidiréis en una de esas
clínicas para adictos al sexo
y leeremos sobre ti en la
revista *People*.

—La vimos llegar
cuando nos íbamos —

explicó Ángel—. Estaba muy alterada. No tuve más remedio que dejarla entrar. —Se sentó junto a Louis—. Ahora seguro que nos vas a contar que tú y el jefe os sentasteis a aclarar este asunto, y que él te dijo: «Claro, acuéstate con mi mujer, porque en realidad te quiere a ti y no a mí». Porque si no fue así, muy pronto vas a ser peor recibido incluso que hasta ahora. Y la verdad, ya eres tan mal recibido como los

pies de un muerto en verano.

—No me acosté con ella
—anuncié.

—¿Se te insinuó?

—¿Has oído hablar
alguna vez de la
sensibilidad?

—Es algo muy
sobrevalorado, pero lo
interpretaré como un «sí» y
supondré que tú no
respondiste. ¡Dios mío, Bird,
tienes el autocontrol de un
santo!

—Dejémoslo, Ángel, por
favor.

Me senté en el borde de la segunda cama y apoyé la cabeza en las manos. Respiré hondo y cerré los ojos con fuerza. Cuando volví a levantar la vista, Ángel estaba casi a mi lado. Alcé la mano para indicarle que me encontraba bien. Fui al baño y me mojé la cara con agua fría antes de volver con ellos.

—En cuanto al jefe, aún no me ha echado del pueblo —dije reanudando la conversación en el punto

donde la habíamos dejado —. Soy testigo y sospechoso del asesinato sin resolver de un hombre no identificado en los bosques de Maine. Jennings me ha pedido que me quede por aquí y que me lo tome con calma. También me ha contado otra cosa: el forense aún no ha hecho público oficialmente su informe, pero casi con toda seguridad confirmará que Chute recibió una paliza antes de morir. Por las marcas en las muñecas, daba

la impresión de que alguien lo había colgado de un árbol para apalearlo.

Sumado a la muerte de Stritch, ese hecho significaba que, a la mañana siguiente, Dark Hollow probablemente se convertiría en un hervidero de periodistas y que aparecerían aún más policías.

—Louis ha hecho unas cuantas llamadas, se ha puesto en contacto con algunos de sus colaboradores —dijo Ángel

—. Ha averiguado que Al Z y un contingente de voluntarios de Palermo llegó anoche en avión a Bangor. Según parece, a Tony Celli se le ha acabado el tiempo.

Así pues, estaban estrechando el cerco. Se acercaba la hora de la verdad. Lo presentía. Fui a la puerta y contemplé la quietud del India Hill Mall, con su tienda de armas y su oficina de información turística, el aparcamiento vacío. Louis se aproximó a

mí.

—Anoche pronunciaste el nombre de ese niño poco antes de ver a Stritch —dijo.

Asentí.

—Vi algo, pero ni siquiera sé qué era.

Abrí la puerta y salí. Él no insistió.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. Vas vestido como si te hubieses preparado para una aventura en el Ártico.

—Aún tengo previsto visitar a aquel viejo para

averiguar cómo llegaron a él las botas de Ricky que le vendió a Stuckey.

—¿Te acompañamos?

—No, no quiero asustarlo más de lo necesario, y será mejor que no os dejéis ver por Dark Hollow durante un tiempo. Después de hablar con él, quizá podamos decidir por dónde continuar. Puedo ocuparme de esto yo solo.

Me equivocaba.

Tercera Parte

*A mitad del camino de la
vida,
yo me encontraba en una
selva oscura,
con la senda derecha ya
perdida.*

Dante, *Infierno*

Mientras me dirigía hacia la casa del viejo conocido como John Barley, volvió a mi mente la imagen de Stritch empalado en el árbol. No podía saber lo de Caleb Kyle, no podía sospechar que lo perseguían por los dos lados. Confiaba en poder matarnos a Louis y a mí, vengando así a su compañero y, a la vez, poniendo fin al precio que

pesaba sobre su cabeza, pero no se imaginaba lo de Caleb.

Tenía la certeza de que Caleb había matado a Stritch, aunque ignoraba cómo había descubierto su existencia; supuse que se había tropezado con él cuando los dos estrechaban el cerco en torno a Billy Purdue. En última instancia, quizá se redujera al hecho de que Caleb Kyle era un depredador, y los depredadores no sólo se adaptan a la naturaleza de su

presa sino también a la naturaleza de quienes podrían convertirlos a ellos mismos en presa. Caleb no habría sobrevivido más de tres décadas sin una facultad muy desarrollada para percibir el peligro inminente. En este caso, Stritch había representado una amenaza potencialmente letal para Billy Purdue, y Caleb se lo había olido. Billy era la clave para dar con Caleb Kyle, el único que lo había visto y había

sobrevivido, la única persona que quedaba con vida capaz de describirlo. Pero mientras me acercaba a la carretera que llevaba a la cabaña de John Barley, sabía que tal vez la descripción de Billy no fuese necesaria. Salí del coche pistola en mano.

Ya había oscurecido en el momento en que llegué a la casa del viejo. Se veía luz en una de las ventanas cuando ascendí por la suave cuesta hasta el patio. Me aproximé desde el oeste

avanzando contra el viento, intentando que entre el perro en su improvisada perrera y yo mediara siempre la casa. Estaba casi en la puerta cuando el perro percibió por fin mi olor, lanzó un agudo aullido desde el coche y vino a interceptarme, una forma borrosa corriendo por la nieve. De inmediato, la puerta de la casa se abrió de par en par y apareció el cañón de una escopeta. Agarré el arma y tiré del viejo a través del vano. A mi

lado, el perro se puso muy nervioso, tan pronto saltaba ante mí como mordisqueaba los bajos de mi pantalón. El anciano yacía en tierra, sin aire a causa de la caída y con el arma todavía en la mano. Me sacudí el perro de encima y acerqué la pistola a la oreja del anciano.

—Suelte la escopeta o le juro por Dios que lo mataré aquí mismo —dije.

Sacó el dedo de la guarda del gatillo y apartó lentamente la mano de la

culata. Emitió un suave silbido y dijo:

—Tranquilo, *Jess*, tranquilo. Buen chico.

El perro gimoteó un poco y a continuación se alejó a cierta distancia, contentándose con trazar círculos alrededor de nosotros y gruñir mientras yo, de un tirón, ponía al viejo en pie. Señalé hacia una silla del porche y él se sentó pesadamente frotándose el codo derecho, que se había rasguñado

contra el suelo.

—¿Qué quiere? — preguntó John Barley. En lugar de mirarme mantuvo la vista fija en el perro. Éste se aproximó con cautela a su dueño y me dirigió un grave gruñido antes de sentarse a su lado, donde Barley podía rascarle con delicadeza detrás de la oreja.

Yo llevaba al hombro mi mochila Timberland y se la arrojé al viejo. Él la agarró y, con cara de no entender nada, me miró por primera

vez.

—Ábrala —ordené.

Al cabo de un momento, abrió la cremallera de la mochila y echó un vistazo al interior.

—¿Las reconoce?

Negó con la cabeza.

—No, creo que no.

Amartillé la pistola. Los gruñidos del perro se elevaron en una octava.

—Viejo, esto es una cuestión personal. No me saque de quicio. Sé que le vendió estas botas a Stuckey

en Bangor. Le pagó treinta dólares por ellas. Y ahora, ¿quiere decirme de dónde las sacó?

Hizo un gesto de indiferencia.

—Las encontré, supongo.

Me acerqué a él, y el perro se levantó erizando el pelo del cuello. Me enseñó los dientes. Mantuve al viejo encañonado por un momento y luego, lentamente, moví el arma para apuntar al perro.

—No —dijo Barley,

bajando la mano para contener al animal y cubrir su pecho—. A mi perro no, por favor.

Al amenazar al perro, me sentí mal, y eso me indujo a preguntarme si aquel viejo podía ser Caleb Kyle. Pensaba que reconocería a Caleb en cuanto lo viese, que percibiría su verdadera naturaleza. En John Barley sólo advertía miedo: miedo de mí y, sospechaba, de algo más.

—Dígame la verdad —

susurré—. Dígame de dónde han salido estas botas. Intentó deshacerse de ellas después de hablar conmigo. Quiero saber por qué.

Parpadeó y tragó saliva. Tras mordisquearse el labio inferior por un momento, pareció tomar una decisión y habló.

—Se las quité al cadáver del chico. Lo desenterré, me hice con las botas y volví a cubrirlo. —Se encogió de hombros otra vez—. Al fin y al cabo, él ya no las

necesitaba.

Estuve a punto de golpearlo con la pistola, pero me contuve a duras penas.

—¿Y la chica?

El viejo negó dos veces con la cabeza, como si intentase sacudirse un insecto del pelo.

—Yo no los maté — declaró, y por un momento pensé que iba a llorar—. No le haría daño a nadie. Sólo quería las botas.

Se me revolvió el estómago. Me acordé de Lee

y de Walter, de los ratos que habíamos pasado con ellos, con Ellen. No quería tener que anunciarles que su hija había muerto. De nuevo dudé de que aquel viejo andrajoso, aquel pordiosero, fuese Caleb Kyle.

—¿Dónde está la chica?

—pregunté.

Ahora frotaba el cuerpo del perro metódicamente, con enérgicos movimientos desde la cabeza hasta casi la cola.

—Yo sólo sé dónde está

el chico. La chica no sé dónde puede estar.

Bajo la luz procedente de la ventana, la cara del viejo despedía un apagado resplandor amarillo que le daba un aspecto enfermizo. Tenía los ojos húmedos y las pupilas eran apenas dos puntos. Empezó a temblar ligeramente a medida que el miedo se adueñaba de él. Bajé la pistola y dije:

—No voy a hacerle daño.

El viejo negó con la

cabeza, y lo siguiente que dijo me puso la carne de gallina.

—No es de usted de quien tengo miedo — musitó.

Me contó que los vio cerca de Little Briar Creek. La chica y el chico iban delante, y una figura, casi una sombra, en el asiento de atrás. Él volvía de cazar conejos con su perro cuando oyó detenerse el coche más

abajo después de que el motor emitiese un ruido áspero, como un rechinar de piedras. Aún no había anochecido, pero ya estaba oscuro a su alrededor. Vio fugazmente a los dos jóvenes cuando pasaron ante los faros. La chica llevaba unos vaqueros y una parka roja; él iba de negro, con una cazadora de cuero abierta a pesar del frío.

El chico levantó el capó y echó un vistazo dentro, utilizando una linterna de

bolsillo para iluminar el motor. John Barley lo vio mover la cabeza en un gesto de negación, oyó que le decía a ella algo y que luego juró a pleno pulmón en el silencio del bosque.

La puerta trasera se abrió y salió el tercer pasajero. Era alto, y algo le indicó a John Barley que era viejo, aún más viejo que él. Y por razones que ni siquiera ahora comprendía, sintió un escalofrío y, junto a él, oyó lanzar un gáñido al perro. Al

lado del coche, la figura se detuvo y pareció escrutar el bosque, como para identificar el origen del inesperado ruido. Barley le dio unas suaves palmadas al perro y lo hizo callar. Pero vio que el perro dilataba y contraía aceleradamente los orificios de la nariz y notó que se estremecía. El animal había olfateado algo y, fuera lo que fuese, se había amedrentado y había contagiado al dueño su inquietud.

El hombre se inclinó hacia el interior del coche en el lado del conductor y la luz de los faros se desvaneció. «Eh», protestó el chico. «¿Qué hace? Ha apagado las luces». El haz de la linterna se desplazó y alumbró primero el rostro del hombre que se acercaba y luego el brillo de algo que tenía en la mano.

«Eh», repitió el chico, ahora en voz más baja. Se colocó ante la chica y la obligó a retroceder,

protegiéndola de la navaja.
«No haga eso».

A la primera cuchillada la linterna cayó. Al intentar apartarse, el chico tropezó, y Barley le oyó decir: «Corre, Ellen, corre». Entonces el viejo se cernió sobre él como un nubarrón largo y oscuro, y Barley vio la navaja alzarse y caer, alzarse y caer, y oyó el ruido de la hoja por encima del susurro de los árboles que se mecían suavemente.

Y luego la figura salió

tras la chica. Barley la oyó avanzar torpemente por el bosque, a trompicones. No llegó lejos. Le llegó un grito seguido de un sonido, como un golpe sordo, y a continuación todo quedó en silencio. Al lado de Barley, el perro se revolvió y dejó escapar un gemido casi inaudible.

El hombre alto tardó un rato en regresar. La chica no estaba con él. Levantó al muchacho sujetándolo por debajo de los brazos y lo

llevó a rastras hasta la parte trasera del coche, donde lo metió en el maletero. Abrió la puerta del conductor y, lentamente pero sin vacilaciones, fue empujando el coche cuesta abajo por el camino de tierra que llevaba al lago Ragged.

Barley ató el perro a un árbol y, con delicadeza, le envolvió el hocico con su pañuelo. Tras darle una palmada y asegurarle que regresaría, siguió al coche guiándose por los crujidos

de las ruedas en la tierra.

A casi un kilómetro camino abajo, poco antes del lago, llegó a un claro junto a un cenagal de castores, árboles caídos y retorcidos en el agua oscura. En el claro había un hoyo y pilas de tierra recién excavada como túmulos funerarios. Uno de los lados del hoyo descendía en pendiente, y el viejo bajó el coche por allí. Al detenerlo, quedó casi horizontal, con la parte trasera un poco levantada.

Luego el hombre se encaramó al techo y, desde allí, saltó al borde del hoyo. Barley oyó entonces cómo sacaba una pala del suelo, y después el suave movimiento de la tierra al desplazarse cuando volvió a hincarla profundamente, seguido del chirriante golpeteo al caer la primera palada sobre el techo del coche.

En total, el viejo tardó casi una hora en enterrar el coche. Pronto la nieve

cubriría la tierra y, al acumularse durante las ventiscas, nivelaría cualquier desigualdad en el terreno. El hombre recogía la tierra y la lanzaba metódicamente, sin cambiar de ritmo, sin detenerse a recobrar el aliento, y John Barley, pese a todo lo que había visto, envidió su fortaleza.

Pero justo cuando el viejo acababa de circundar la fosa cubierta para asegurarse de que había hecho bien el trabajo, Barley

oyó un ladrido no muy lejos, seguido de un largo aullido, y supo que *Jess* se había quitado el pañuelo del hocico. Abajo, el hombre se quedó inmóvil y ladeó la cabeza. Después lanzó la pala con fuerza al cenagal y se puso en movimiento, repechando sin esfuerzo la cuesta con sus largas piernas en dirección a los gruñidos del perro.

Sin embargo, *Barley* ya se había puesto en marcha con rapidez y sigilo.

Pasando sobre troncos caídos, siguió las sendas de ciervos y alces para no romper ramas nuevas y evitar así poner sobre aviso al otro hombre. Al llegar a donde estaba el perro, lo encontró tirando de la cuerda, meneando la cola y emitiendo ahogados gañidos de alegría y alivio. Se resistió un poco cuando Barley volvió a colocarle el pañuelo. Luego lo desató, lo tomó en brazos y corrió a casa. Paró una vez para

mirar atrás, casi seguro de haber oído a su perseguidor a corta distancia, pero no vio nada. Cuando llegó a la cabaña, atrancó la puerta, recargó la escopeta con letales cartuchos del número uno y se sentó en una silla. No descansó un solo instante hasta que amaneció, y entonces concilió un sueño inquieto e intermitente, interrumpido por pesadillas en que sentía que le caía tierra en la boca abierta.

—¿Por qué no le ha

contado a nadie lo que vio?
—pregunté. Aun entonces,
no sabía si dar crédito o no a
sus palabras. ¿Cómo podía
creer que era quien afirmaba
ser, y que semejante historia
era verdad? Pero cuando lo
miré a los ojos, no vi el
menor asomo de malicia,
sólo el miedo de un anciano
a la muerte cercana. Ahora
el perro yacía a su lado, sin
dormir, con los ojos
abiertos, lanzándome una
mirada de vez en cuando
para cerciorarse de que no

me había movido mientras el
viejo me contaba la historia.

—No quería
complicaciones —contestó
—. Pero volví para ver si
encontraba algún rastro de la
chica, y a por las botas. Eran
unas buenas botas, y quizá
quería asegurarme de que lo
que había visto no eran
imaginaciones mías. Soy
viejo, y a veces la cabeza me
engaña. Pero no eran
imaginaciones mías, a pesar
de que la chica había
desaparecido y ni siquiera

había restos de sangre en la tierra que indicasen dónde podía haber estado. Supe que no eran imaginaciones mías en cuanto vi el hoyo y mi pala golpeó contra el metal. Iba a quedarme las botas y la mochila, quizás en parte con la idea de llevárselas a la policía para que no pensasen que estaba loco cuando les contase esta historia. Pero... —Se interrumpió. Esperé—. La noche siguiente, después de lo ocurrido, estaba sentado

aquí en el porche con *Jess* y noté que empezaba a temblar. No ladró ni hizo nada, sólo empezó a sacudirse y gimotear. Miraba hacia el bosque, allí. —Levantó un dedo y señaló un lugar donde las ramas de dos arces rayados casi se tocaban, como amantes tendiéndose las manos en la oscuridad—. Y había allí alguien de pie, observándonos. No se movía, no hablaba, sólo nos observaba. Y supe que era

él. Lo sentí en lo más profundo de mí, y lo percibí en el perro. De pronto dio la impresión de que se desvanecía en el bosque, y no volví a verlo.

»Pero adiviné qué quería. Era una advertencia. No creo que él supiese con certeza qué había visto yo, y no iba a matarme a menos que estuviera seguro, pero en ese momento lamenté haber vuelto a por las botas. Y si yo contaba algo, se enteraría y vendría a por mí.

Lo supe. Entonces vino usted a hacer preguntas y supe que tenía que desprenderme de ellas. Vacíé la mochila y se la vendí a Stuckey junto con las botas, y me alegré por lo que me dio. Al volver quemé la ropa del chico. No había nada más de provecho.

—¿Había visto antes a ese hombre? —pregunté.

Barley negó con la cabeza.

—Nunca. No es de por aquí, o lo habría reconocido.

—Se inclinó—. Usted no debería haber venido. —En su voz advertí un tono casi de resignación—. Él se enterará y vendrá a por mí. Vendrá a por los dos.

Contemplé la noche que se avecinaba, las sombras de los árboles. No había estrellas en el cielo y una nube ocultaba la luna. Según los partes meteorológicos, volvería a nevar; anunciaban treinta centímetros para la semana siguiente, quizá más. Y de pronto, atemorizado,

me arrepentí de haber dejado el coche en la carretera, y lamenté tener que atravesar la oscuridad del bosque para llegar hasta él.

—¿Ha oído en alguna ocasión el nombre de Caleb Kyle? —pregunté.

Parpadeó una vez, como si lo hubiese abofeteado, pero en realidad no parecía sorprendido.

—Claro que lo he oído. Es una leyenda. Nunca ha existido nadie con ese nombre, al menos por estos

lugares —contestó, pero el mero hecho de preguntárselo había sembrado dudas en él, y casi oí los engranajes de su cabeza y vi en sus ojos desorbitados que me había comprendido.

Así que Caleb había seguido la pista a Ellen y Ricky, se había ganado su confianza. Él les había aconsejado la visita a Dark Hollow, tal como me había explicado la mujer del motel, y no dudaba que había sido Caleb quien

saboteó el motor del coche y luego les indicó dónde parar, cerca del lago Ragged, donde había una fosa esperando. Lo que no entendía era por qué lo había hecho. No tenía sentido, a menos que...

A menos que hubiese estado vigilándome desde el principio, desde que empecé a ayudar a Rita Ferris. Cualquiera que se pusiese del lado de Rita pasaría a ser considerado, automáticamente, una

amenaza para los intereses de Billy. ¿Secuestró a Ellen Cole, la mató como mató a su novio, para castigarme por inmiscuirme en los asuntos del hombre que creía que era su hijo? Si Ellen aún vivía, toda esperanza de encontrarla residía en comprender la mentalidad de Caleb Kyle, y quizás en encontrar a Billy Purdue. Pensé en Caleb observándome mientras dormía, después de matar a Rita y a Donald, después de

dejar el juguete del niño en la mesa de mi cocina. ¿Qué pasaba por su cabeza en ese momento? ¿Y por qué no me mató cuando tuvo ocasión? En alguna parte, fuera de mi alcance, se hallaba la respuesta a esas preguntas. Apreté los puños en un gesto de frustración por mi incapacidad para entenderlo, y de pronto caí en la cuenta.

Ese hombre sabía quién era yo o, más importante, sabía de quién era nieto. Le atraía, pensé, torturar al

nieto como había torturado al abuelo. Treinta años después iniciaba otra vez el juego.

Le hice una señal a John Barley y le dije:

—Venga, nos vamos.

Se levantó lentamente y miró hacia los árboles, como si esperase ver de nuevo aquella figura.

—¿Adónde?

—Va a enseñarme dónde está enterrado el coche, y luego va a contarle a Rand Jennings lo que me ha

contado a mí.

En lugar de moverse, continuó mirando con miedo hacia los árboles.

—No quiero volver allí —dijo.

Sin prestarle atención, agarré su escopeta, la descargué y la arrojé al interior de la casa. Empuñando aún la pistola, le indiqué que se pusiera en marcha. Tras un titubeo, se movió.

—Puede llevarse al perro —dije cuando pasó por mi

lado—. Si hay algo ahí fuera, él lo percibirá antes que nosotros.

La nieve empezó a caer casi en el momento en que perdimos de vista la casa del viejo, pesadas concentraciones de gotas de agua cristalizada cubrieron el camino y sumaron su peso al de las precipitaciones anteriores. Cuando llegamos al Mustang, teníamos los hombros y el cabello blancos, y el perro retozaba a nuestro lado intentando

atrapar los copos con la boca. Hice ocupar al anciano el asiento del acompañante, saqué unas esposas del maletero y le até la mano izquierda, cruzada sobre el cuerpo, al apoyabrazos de la puerta. Temía que intentase golpearme dentro del coche o huir al bosque a la menor oportunidad. El perro se colocó en el asiento trasero, dejando huellas de barro en la tapicería.

En la carretera la visibilidad era mala y el

limpiaparabrisas apartaba la nieve con dificultad. Al principio avanzamos a cuarenta y cinco kilómetros por hora, luego a treinta y cinco y más adelante a treinta. Pronto sólo veía ante mí un velo blanco y las altas siluetas de los árboles a ambos lados, pinos y abetos erguidos como campanarios bajo la nieve. El anciano permaneció en silencio, visiblemente incómodo junto a mí, con la mano derecha apoyada en el

salpicadero para mayor seguridad.

—Más vale que no me haya mentido, John Barley —dije.

Tenía la mirada inexpresiva, ensimismada, como la de un hombre que acaba de oír su sentencia de muerte y sabe que es definitiva e inapelable.

—No importa —contestó, y detrás de él el perro empezó a gimotear—. Cuando nos encuentre, dará igual lo que usted crea.

De pronto, a unos veinticinco metros por delante, con la perspectiva alterada por la ventisca, vi lo que parecían unos faros. Cuando nos acercamos, aparecieron ante nosotros las siluetas de dos coches detenidos aparentemente en plena carretera, obstruyendo el paso. Detrás brillaron otros faros, pero lejos, y cuando seguí avanzando me pareció que retrocedían hasta desaparecer y que el resplandor que despedían se

reflejaba de pronto en los árboles a mi derecha, entonces comprendí que el coche de detrás se había colocado de través y había parado dejándonos encajonados. A menos de diez metros de los coches de delante aminoré la marcha.

—¿Qué pasa? — preguntó el viejo—. Quizás ha habido un accidente.

—Puede ser —contesté.

Tres figuras, oscuras en contraste con la nieve y los haces de luz, avanzaron

hacia nosotros. Advertí algo familiar en la que se hallaba en el centro y en su modo de moverse. Era de baja estatura. El abrigo le colgaba suelto sobre los hombros y debajo asomaba el brazo derecho en cabestrillo. Cuando quedó iluminado por los faros del Mustang, vi los puntos oscuros en las heridas de su frente y la desagradable contracción de su labio leporino.

Mifflin esbozó una sonrisa torcida. Alcancé de

inmediato las llaves de las esposas con una mano a la vez que desenfundaba la Smith & Wesson con la otra. A mi lado, el anciano intuyó que estábamos en apuros y comenzó a tirar de las esposas.

—¡Suélteme! —gritó—.

¡Suélteme!

Detrás, el perro empezó a ladrar. Le lancé las llaves al viejo y él se dispuso a liberarse mientras yo, con la pistola contra el volante, echaba marcha atrás y

pisaba a fondo el acelerador, con la esperanza de sacar al coche de detrás de la carretera.

Lo embestimos en medio de un ruido de metal aplastado y cristales rotos, y los cinturones de seguridad se tensaron cuando el impacto nos lanzó contra el parabrisas. El perro rodó hacia delante entre los dos asientos y aulló al golpearse contra el salpicadero.

Delante, ahora eran cinco las siluetas que se

dirigían hacia nosotros por la nieve, y oí abrirse una puerta detrás. Cambié de nuevo la marcha y me dispuse a apretar el acelerador, pero el Mustang se caló, y todo quedó en silencio. Me incliné para girar la llave de contacto, sin embargo, el anciano ya estaba abriendo la puerta y el perro, en su regazo, olfateaba a través del resquicio. Intenté detenerlo, y de pronto el parabrisas estalló y una lluvia negra y

roja, salpicada de esquirlas de cristal como estrellas, llenó el coche, golpeándome la cara y el cuerpo y cegándome. Parpadeé y recuperé la visión justo a tiempo de ver el rostro destrozado del viejo deslizándose hacia mí y los restos del perro sobre sus muslos. Sin pérdida de tiempo, abrí la puerta del conductor de un empujón, salté del coche y rodé por la calzada a la vez que nuevos disparos perforaban el capó

y atravesaban el interior haciendo añicos la luna trasera. Percibí movimiento detrás y a la izquierda, me volví y disparé. Un hombre envuelto en una cazadora oscura de aviador, con expresión de asombro y sangre en la mejilla, se contorsionó sobre la nieve y se desplomó a tres metros de mí. Eché un vistazo al punto de colisión donde el Mustang había embestido su Neon y vi el cuerpo de un segundo hombre que

permanecía erguido entre la puerta del conductor y la carrocería del coche, al parecer aplastado por el impacto cuando intentaba salir.

Me di la vuelta, corrí hacia la cuneta y me adentré en el bosque patinando por la pendiente mientras las balas golpeaban la carretera por encima de mí y la nieve y la tierra a mi alrededor. Oí gritos a mis espaldas mientras avanzaba entre los árboles, con tallos que se

partían bajo mis pies, ramas que me arañaban la cara, retorcidas raíces que me tiraban de las piernas. Los haces de unos faros horadaron la noche y oí el tableteo de un arma automática; la ráfaga traspasó hojas y ramas por encima de mí y a mi derecha. Mientras corría, aún notaba la sangre caliente del viejo sobre mí. La sentía resbalar por mi cara, percibía su sabor en la boca.

Seguí corriendo pistola

en mano, oyendo mi respiración áspera y entrecortada al pasar el aire por la garganta. Intenté cambiar de dirección para volver a la carretera, pero unas luces brillaron casi a la misma altura a derecha e izquierda mientras avanzaban para cortarme el paso. Continuaba nevando y los copos se prendían en mis pestañas y se fundían en mis labios, me helaban las manos y casi me cegaban al entrarme en los ojos.

De pronto el terreno cambió y tropecé con una roca. Me torcí el tobillo dolorosamente y, mientras intentaba correr deslizándome por el terreno, descendí por el último tramo de la pendiente hasta hundir los pies en agua gélida y hallarme ante la superficie oscura de una laguna, la luz invernal se ahogaba en sus negras aguas. Me di la vuelta y busqué un camino de regreso, pero las luces y los gritos se acercaban. Vi

una luz a mi izquierda y otra que se aproximaba por entre los árboles a la derecha, y comprendí que estaba rodeado. Respiré hondo y, con una mueca de dolor, me palpé el tobillo. Dirigí el cañón de la pistola hacia el haz de luz de la derecha, apunté a baja altura y disparé. Se oyó un grito de dolor y el ruido de un cuerpo al desplomarse. Disparé dos veces más al frente hacia los hombres que se acercaban en la oscuridad y oí que

alguien ordenaba: «Apagad las luces, apagad las luces».

Una ráfaga de automática barrió la orilla cuando me adentré en el agua manteniendo la pistola en alto justo por encima del hombro. La laguna no era profunda, deduje: pese a la oscuridad, veía una serie de rocas que afloraban del agua a unos ochocientos metros, que era la mitad de lo que medía de ancho en la parte más estrecha. Pero esas rocas eran engañosas; me

encontraba a menos de quince metros de la orilla, cruzando en diagonal hacia el lado opuesto, cuando el lecho empezó a descender y perdí pie con un chapoteo. Jadeando, salí a la superficie, y una luz pasó sobre mí y luego volvió, atrapándome en su haz. Tomé aire y me sumergí mientras las balas golpeaban la superficie del agua como gotas de lluvia. Las noté pasar junto a mí mientras me hundía cada vez más en las

aguas negras. Tenía los pulmones a punto de estallar y el frío era tan intenso que parecía quemar.

Y en ese momento sentí un tirón en el costado y un hormigueo empezó a extenderse, transformándose lentamente en dolor, un dolor vivo e intenso, como dedos lancinantes a través de mi cuerpo. Me revolví igual que un pez atrapado en un sedal mientras la sangre tibia manaba de mi costado en el agua. Abrí la boca a causa

del dolor y dejé escapar a la superficie preciosas burbujas de oxígeno; la pistola se me escapó entonces de la mano. Presa del pánico, subí desesperadamente y sólo conseguí serenarme lo suficiente para asomar la cabeza por encima del agua sin hacer ruido. Respiré hondo, manteniendo la cara casi a ras de la superficie, mientras el dolor se propagaba por mi cuerpo. Sentía una creciente insensibilidad en las piernas,

los brazos y las puntas de los dedos. Y la herida de bala me ardía, pero no tanto como si hubiese estado fuera del agua.

En la orilla se movían siluetas, pero ahora sólo se veía una luz. Esperaban a que yo apareciese, temiendo aún el arma que ya no tenía. Tomé aire, volví a sumergirme y, manteniéndome apenas por debajo de la superficie, me alejé de ellos nadando con una sola mano. No salí hasta

que rocé con los dedos el fondo de la laguna cerca de la orilla. Con el costado herido en alto, me arrastré por los bajíos buscando un punto por donde salir a tierra sin peligro. La automática volvió a sonar, pero esta vez las balas dieron detrás de mí a bastante distancia. Se oyeron otros disparos, pero eran a bulto, sin apuntar, probando suerte. Seguí adelante con la vista fija en la mayor oscuridad del bosque.

A mi derecha, vi un espacio abierto en la orilla y agua que caía sobre unas rocas: el río. Sabía que ese río atravesaba Dark Hollow. Podría haberme dirigido hacia la orilla opuesta y los bosques que se extendían más allá, pero si me caía entre los árboles o perdía el sentido de la orientación, lo mejor que podía esperar era la muerte por congelación, porque nadie sabía que estaba allí excepto los hombres de Tony Celli. Y si

me encontraban, no tendría que preocuparme más por el frío.

Hice pie en el nacimiento del río, al borde de la laguna, pero en lugar de levantarme seguí a rastras hasta que unos árboles me ocultaron lo suficiente de aquellos hombres y pude ponerme en pie y entrar en el propio río. Sentí un intenso dolor en el costado, y a cada movimiento me traspasaba una nueva punzada. El agua fluía por la

margen rocosa y sólo al segundo intento conseguí mantener el equilibrio. Me erguí y volví a echarme otra vez al agua cuando el haz de una linterna iluminó hacia donde yo me encontraba. Luego continué más allá del nacimiento del río, conté hasta diez y salí a trompicones a la orilla.

El viento había amainado y la nevada era menos impetuosa pero aún intensa, alrededor la tierra estaba completamente

blanca. El dolor en el costado izquierdo se hizo más intenso cuando empecé a avanzar penosamente por la profunda capa de nieve, y me detuve contra el tronco de un árbol para examinarme la herida. Tenía un agujero irregular en la parte posterior de la cazadora, así como en el jersey y la camisa, y un pequeño orificio de entrada cerca de la décima costilla, con un orificio de salida mayor en la parte delantera

más o menos a la misma altura. Dolía mucho pero la herida era superficial: la distancia entre los orificios de entrada y salida no era superior a tres centímetros. La sangre goteó entre mis dedos y se encharcó en la nieve. Debería haber interpretado eso como una advertencia, pero, asustado y dolorido, fui menos cauteloso de lo que debiera. Me agaché ahogando un grito de dolor y tomé dos puñados de nieve. Embutí la

nieve en las heridas y seguí adelante, resbalando una y otra vez pero manteniéndome cerca del cauce para no extraviarme. Los dientes me castañeteaban descontroladamente y la ropa mojada se me adhería al cuerpo. Me ardían los dedos a causa del agua helada y sentía náuseas por la conmoción.

Sólo después de recorrer cierta distancia, deteniéndome de vez en

cuando a descansar contra un árbol, recordé dónde me hallaba con respecto al pueblo. Frente a mí y a la derecha, quizás a unos doscientos metros, vi las luces de una casa. Oí el ruido de una cascada, vi el armazón de acero de un puente y supe dónde estaba y adónde iba.

Había una luz encendida en la ventana de la cocina de la casa de los Jennings cuando me precipité contra la puerta trasera. Dentro oí

un ruido y la voz de Lorna, asustada, que decía:

—¿Quién hay ahí?

Las cortinas de la puerta se separaron un poco y ella abrió los ojos desmesuradamente al ver mi cara.

—¿Bird?

Una llave giró en la cerradura, al abrirse la puerta caí de bruces. Cuando, con su ayuda, me senté en una silla, le pedí que telefonara a la habitación número 6 del

motel India Hill y a nadie más, y a continuación cerré los ojos y dejé que el dolor se extendiera por mi cuerpo en oleadas.

La sangre manaba a borbotones por el orificio de salida mientras Lorna limpiaba la herida; antes me había enjuagado con un trapo y había retirado trozos de tela del interior con unas pinzas esterilizadas. Aplicó una torunda en la herida y

me doblé en la silla al sentir de nuevo una intensa quemazón.

—Estate quieto —dijo, y obedecí. Cuando terminó, me obligó a volverme para ocuparse del orificio de entrada. Aunque parecía tener el estómago revuelto, continuó con la tarea. Al acabar, me preguntó—: ¿Estás seguro de que quieres que haga esto?

Asentí con la cabeza.

Tomó una aguja y vertió en ella agua hirviendo.

—Va a dolerte un poco
—advirtió.

Era muy optimista. Me dolió mucho. Se me saltaron las lágrimas por la intensidad del dolor mientras daba dos puntos en cada herida. No era una atención médica muy ortodoxa, pero yo sólo necesitaba algo para mantenerme en pie durante unas horas. Cuando terminó, me aplicó un apósito adhesivo y luego tomó un rollo más largo y me envolvió con él el abdomen.

—Aguantará hasta que podamos llevarte a un hospital —dijo. Me dirigió una sonrisa breve y nerviosa —. Recibí clases de primeros auxilios en la Cruz Roja. Deberías darme las gracias por haber prestado atención.

Asentí para darle a entender que me hacía cargo. Era una herida limpia. Prácticamente era la única virtud de las balas de alta velocidad: en el impacto no se deformaban ni

desgarraban la carne, sino que continuaban su alegre camino con casi toda su energía y su funda intactas.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? —preguntó Lorna.

Me levanté lentamente y sólo entonces advertí la sangre en las baldosas.

—Maldita sea — exclamé. Sentí unas repentinas náuseas, pero me sujeté a la mesa y cerré los ojos hasta que remitieron.

Lorna me rodeó el torso

con el brazo.

—Tienes que sentarte, Bird. Estás débil y has perdido mucha sangre.

—Sí —dije a la vez que me apartaba de la mesa y, con paso vacilante, me encaminaba hacia la puerta trasera—. Eso es lo que me preocupa.

Retiré la cortina y miré hacia fuera. Aún nevaba, pero a la luz de la cocina vi el revelador rastro rojo desde el río hasta la puerta, la sangre tan densa y oscura

que simplemente absorbía la nieve al caer.

Me volví hacia Lorna.

—Lo siento, no debería haber venido aquí.

Tenía una expresión solemne y los labios apretados, pero de pronto esbozó otra sonrisa y dijo:

—¿Y adónde ibas a ir? He llamado a tus amigos. Están de camino.

—¿Dónde está Rand?

—En el pueblo. Han encontrado a ese hombre, Billy Purdue, el que estaban

buscando. Rand va a retenerlo hasta la mañana. Entonces llegarán el FBI y otras muchas personas para hablar con él.

Por eso se encontraban allí los hombres de Tony Celli. La noticia de la captura de Billy Purdue debía de haber corrido como la pólvora por las agencias y los departamentos de policía implicados, y Tony Celli estaba atento. Me pregunté cuánto habrían tardado en localizarme al llegar. En

cuanto vieron el Mustang, debieron de saber que estaba allí y decidieron matarme para no arriesgarse a que me entrometiera.

—Los hombres que me han disparado quieren a Billy Purdue —expliqué en voz baja—. Y matarán a Rand y a sus hombres si no se lo entregan.

Algo titiló en la ventana, como el reflejo de una estrella fugaz. Tardé un segundo en deducir qué era: el haz de una linterna.

Agarré a Lorna de la mano y la llevé a la parte delantera de la casa.

—Tenemos que salir de aquí —dije.

El pasillo estaba a oscuras, y a la derecha había un comedor. Agachándome a pesar del dolor en el costado, escruté el jardín delantero por el hueco que quedaba bajo las persianas.

Vi dos figuras al fondo del jardín. Una empuñaba una escopeta. La otra tenía el brazo en cabestrillo.

Regresé al pasillo. Lorna me miró a la cara y dijo:

—Hay alguien también delante, ¿no?

Asentí.

—¿Por qué quieren matarte?

—Piensan que me entrometeré, y pretenden hacerme pagar por algo que ocurrió en Portland. Debéis de tener algún arma en la casa. ¿Dónde está?

—Arriba. Rand guarda una en el tocador.

Me guió escalera arriba

hasta su dormitorio. Había una cama de pino rústica y grande, con almohadas y la colcha amarillas. Frente a un enorme armario había un tocador de pino rústico a juego. En un rincón se alzaba una pequeña estantería repleta de libros. Una radio sonaba suavemente en otro rincón, The Band cantando *Evangeline*, con la voz de Emmylou Harris entrando y saliendo de la estrofa y el estribillo. Lorna sacó

calcetines, calzoncillos y camisetas de hombre de un cajón y los tiró al suelo hasta que encontró el revólver. Era un Charter Arms Undercover de calibre 38, con un cañón de siete centímetros y medio, la auténtica arma de un agente de la ley. Las cinco recámaras estaban cargadas, y al lado había un cargador de velocidad, también lleno. Cerca, en una funda de Propex, vi una segunda arma, un Ruger Mark 2 de

cañón estrecho.

—Rand lo utiliza a veces para tirar al blanco — explicó Lorna, señalando una caja casi vacía de cartuchos Long Rifle del 22 en un rincón del cajón.

—Dios bendiga a los paranoicos — comenté.

En el armario junto a la cama había una botella de agua grande de plástico, casi vacía. Me apoyé en el tocador para mantener el equilibrio. En el espejo, mi piel presentaba una palidez

cadavérica. Tenía ojeras a causa del dolor y el agotamiento y la cara salpicada de cortes de cristal y manchada de savia y de la sangre del viejo. Lo olía en mí. Olía también a su perro.

—¿Tienes cinta adhesiva?

—Quizás abajo, pero hay un rollo de esparadrapo en el armario del baño. ¿Te sirve?

Asentí con la cabeza, tomé la botella y la seguí hasta el baño de azulejos

amarillos y blancos, cargando el Ruger mientras caminaba. Abrió el armario y me dio el rollo de esparadrapo de dos centímetros y medio de ancho. Vacíé el agua mineral en el lavabo, introduje el fino cañón del Ruger en la botella y la fijé con varias vueltas de esparadrapo.

—¿Qué estás haciendo?

—preguntó Lorna.

—Fabricando un silenciador —contesté.

Pensé que si los hombres

de Celli registraban la casa podía eliminar a uno de ellos con el rifle calibre 22 silenciado si era necesario y ganar así un poco de tiempo, cinco o quizá diez segundos. En un enfrentamiento armado a corta distancia, diez segundos son una eternidad. Abajo se oyó una patada en la puerta trasera, seguida de un ruido de cristales rotos y el chirrido de la puerta al abrirse. Me coloqué el revólver del 38 al cinto y retiré el seguro del

Ruger.

—Métete en la bañera y agacha la cabeza —susurré.

Lorna se quitó las sandalias y se deslizó sigilosamente en la bañera. Yo me descalcé, dejé los zapatos en el suelo embaldosado, salí en silencio al rellano y volví al dormitorio. La radio seguía sonando, pero The Band había dado paso a Neil Young, y su voz aguda y lastimera resonaba en la habitación.

«Don't let it bring you down...»

Me aposté en la oscuridad junto a la ventana. El Ruger me resultaba incómodo en comparación con la Smith & Wesson, pero al menos era un arma. Lo amartillé y esperé.

«It's only castles burning...»

Oí cómo subía por la escalera, observé la sombra a medida que avanzaba delante de él, la vi detenerse y luego acercarse a la

habitación, siguiendo la música. Tensé el dedo en el gatillo y respiré hondo.

«Just find someone who's turning...»

Abrió la puerta de par en par con el pie, aguardó un momento y entró como una flecha con la escopeta en alto. Tragué saliva y expulsé el aire de los pulmones.

«...And you will come around.»

Apreté el gatillo del Ruger y el extremo de la botella estalló con un ruido

sordo como el de una bolsa de papel al reventar. Fue un tiro limpio, justo al corazón. Avancé y disparé otra vez mientras, tambaleándose, caía contra la pared y se deslizaba lentamente hacia abajo, dejando un rastro rojo y oscuro en la pintura de color crema. Agarré la escopeta, una Mossberg con culata de pistola, en el momento en que se le escapó de la mano. Dejé el Ruger, pasé por encima del cuerpo sin que mis pies

descalzos produjeran sonido alguno en el suelo y volví al pasillo.

—¿Terry? —llamó una voz desde abajo, y vi la mano de un hombre en torno a la empuñadura de una Magnum 44, luego el brazo, el cuerpo, la cara.

Alzó la vista y le acerté en la cabeza, la detonación de la escopeta sonó como un cañonazo. Sus facciones desaparecieron en una bruma roja y cayó de espaldas. Cargué, y estaba a

punto de llegar a la escalera cuando una bala se incrustó en la pared cerca de mi oreja izquierda, y vi un fogonazo en la oscuridad del comedor. Disparé, cargué, disparé, cargué: dos tiros a la oscuridad. Se rompieron cristales y se desintegraron trozos de yeso, y no hubo más disparos. La puerta delantera estaba entornada. Lo que quedaba del cristal estalló y volaron astillas de madera por el impacto de nuevos disparos procedentes

de la cocina. Me quedé en la escalera, encajé la escopeta entre los balaustres, la giré y disparé la última bala.

En la cocina, una sombra se separó de la pared y avanzó hasta el extremo del largo pasillo descerrajando una ráfaga de disparos, que hizo saltar la madera de la barandilla y levantó una nube de polvo amarillo de la pared que tenía al lado, a medida que las balas se iban acercando. Me llevé la mano al revólver del 38, lo saqué

del cinto y disparé tres veces. Oí un grito de dolor a la vez que, con el rabillo del ojo, advertí un movimiento en la puerta delantera. Me distrajo y, mientras me volvía, el pistolero herido de la cocina abandonó su posición a cubierto y salió al pasillo con el arma en alto en una mano y sujetándose el hombro con la otra. Enseñó los dientes y de pronto sonó un ruido, más estridente que cualquier otro disparo que yo hubiese oído

jamás, y en su torso apareció un agujero lo bastante grande para pasar por él el puño de un hombre. Me pareció ver la cocina a través del orificio, los cristales del suelo, el fregadero, el borde de una silla. El pistolero permaneció en pie durante una décima de segundo y después se desplomó como un títere con los hilos cortados.

En la puerta estaba Louis, empuñando una enorme escopeta Ithaca

Mag-10 Roadblocker con la culata de goma aún firmemente apoyada en el hombro.

—Este tipo acaba de recibir el apretón de manos de un calibre diez —dijo.

En la parte trasera de la casa se oyeron más disparos y el sonido de un coche al acelerar. Louis saltó por encima del cadáver y, seguido de cerca por mí, cruzó la puerta destrozada de la cocina y salió al jardín. Ángel estaba de pie junto a

la verja, con una Glock de nueve milímetros en la mano. Nos miró y se encogió de hombros.

—Se ha escapado, el cabrón repugnante ese. Ni siquiera lo he visto hasta que estaba en el coche.

—Mifflin —dije con hastío.

Louis gruñó.

—¿Sigue vivo ese bicho raro?

Movió la cabeza en un gesto de asombro.

—Quizá tendríamos que

hacerlo volar al espacio y esperar a que se consuma al volver a entrar en la atmósfera —musitó Ángel.

Sin más abrigo que las vendas en la mitad superior del cuerpo me estremecí de frío. Estaban empapadas de sangre. Los oídos me zumbaban a causa del ruido de los disparos en el espacio cerrado de la casa. Louis se quitó el abrigo y me lo puso sobre los hombros. A pesar del frío, sentía llamaradas dentro de mí.

—Oye —dijo Ángel—. Deberías cuidarte más. A este paso, vas a pillar un resfriado de muerte.

Los tres nos sobresaltamos al oír un ruido a nuestras espaldas, pero en la puerta sólo estaba Lorna. Me acerqué a ella y le apoyé una mano en el hombro.

Cruzó los brazos como en un abrazo y mantuvo la mirada fija en mí para no ver los cadáveres que yacían en el suelo detrás de ella.

—¿Qué vas a hacer

ahora?

—Volvemos a Dark Hollow. Necesito a Billy Purdue vivo.

—¿Y Rand?

—Haré lo que pueda. Será mejor que lo llames y le digas lo que ha pasado.

—Lo he intentado. No hay línea. Deben de haber cortado los cables antes de entrar.

—Ve a telefonar desde la casa de un vecino. Con un poco de suerte llegaremos a Dark Hollow pasados unos

minutos.

Eso suponiendo que no hubiesen cortado las líneas desde fuera del pueblo, en cuyo caso todo Dark Hollow estaría incomunicado.

Era hora de irse, pero Lorna levantó la mano.

—Espera —dijo, y volvió a subir. Regresó con una gruesa camisa de algodón, un jersey y una cazadora acolchada de LL Bean, junto con una caja de munición para el 38. Me ayudó a vestirme y me

acarició la mano—. Cuídate, Bird.

—Lo mismo digo.

Detrás de mí, Ángel arrancó el Mercury. Louis estaba en el asiento delantero. Yo me subí a la parte trasera y nos alejamos. Volví la vista atrás y vi a Lorna de pie en el jardín, observándonos hasta que nos perdimos de vista.

Las carreteras estaban vacías y sólo rompían el silencio el ronroneo del motor del Mercury y el suave golpeteo de los copos de nieve contra el parabrisas. El costado me ardía intensamente y, una o dos veces, cerré los ojos y tuve la sensación de perder el conocimiento durante un par de segundos. Tenía sangre en los dedos y una mancha ocre en el pantalón

desde la entrepierna hasta la parte baja del muslo. Sorprendí a Louis lanzándome atentas miradas por el retrovisor y levanté la mano para indicarle que seguía con ellos. El gesto habría sido más convincente si no hubiese tenido la mano cubierta de sangre.

Cuando nos detuvimos en el aparcamiento de la Comisaría de Policía, había aparcados delante de nosotros dos coches patrulla, junto con un Trans-Am del

74 de color naranja que, por su aspecto, necesitaría un milagro para arrancar, así como otro par de vehículos que llevaban estacionados el tiempo suficiente para que la nieve hubiese desdibujado sus contornos, incluido un Toyota de alquiler de Bangor. No había señales de Tony Celli ni de ninguno de sus hombres.

Entramos por la puerta delantera. Ressler estaba de pie detrás del escritorio examinando la conexión del

teléfono. Detrás de él había un agente de menor edad a quien no reconocí, probablemente otro contratado a tiempo parcial, y más allá, frente a las dos celdas, se hallaba Jennings. Sentado en una silla junto al escritorio estaba Walter Cole. Pareció sobresaltarse al verme llegar. Tampoco a mí me resultó agradable encontrármelo allí.

—¿Qué coño quieres? — dijo Jennings, y su voz indujo a Ressler a erguirse y

a lanzar una mirada cauta primero a Louis y a Ángel y luego a mí. Al parecer, no le complació ver nuestras armas y deslizó la mano hasta la que llevaba al cinto. Abrió más los ojos al ver las marcas que tenía en la cara y la sangre de mi ropa.

—¿Qué pasa con los teléfonos? —pregunté.

—No hay línea —contestó Ressler al cabo de un momento—. Las comunicaciones están cortadas. Quizá sea por el

mal tiempo.

Pasé por delante de él para dirigirme a las celdas. Una estaba vacía. En la otra se hallaba Billy Purdue, sentado con la cabeza entre las manos. Tenía la ropa sucia y las botas manchadas de barro. Presentaba el aspecto de angustia y desesperación de un animal atrapado en un cepo. Tarareaba en voz baja, como un niño intentando aislarse del mundo. No pedí permiso a Rand Jennings para hablar

con él. Quería respuestas, y él era el único que podía proporcionármelas.

—Billy —dije con brusquedad.

Alzó la vista y me miró.

—La he cagado, ¿verdad? —contestó, y siguió tarareando la misma canción.

—No lo sé, Billy. Necesito que me hables de aquel hombre que viste, el viejo. Descríbemelo.

Oí la voz de Jennings a mis espaldas.

—Parker, aléjate del detenido.

No le hice caso.

—¿Me escuchas, Billy?

Aún tarareando, con los brazos alrededor del cuerpo, se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

—Sí, te oigo. —Contrajo el rostro como si se concentrara—. Es difícil. Apenas lo vi. Era... viejo.

—Haz un esfuerzo, Billy. ¿Bajo? ¿Alto?

Reanudó el tarareo y de pronto se interrumpió.

—Alto —dijo durante la pausa—. Puede que tan alto como yo.

—¿Flaco? ¿Robusto?

—Delgado. Era un hombre delgado pero fibroso, ¿entiendes?

Se puso en pie mostrando interés, esforzándose por traer a la memoria la figura que había visto.

—¿Y el pelo?

—Mierda, el pelo, no sé... —Retomó la canción, pero esta vez añadió las

palabras, aunque sólo a medias, como si no conociera bien la letra—.

«Come all you fair and tender ladies, take warning how you court your man...».

Y entonces reconocí por fin la canción: *Fair and Tender Ladies*. La había cantado Gene Clark junto con Carla Olson, aunque la canción era mucho más antigua. Al reconocerla, recordé dónde la había oído antes: Meade Payne la tarareó mientras volvía a su

casa.

—Billy —dije—. ¿Has estado en casa de Meade Payne?

Negó con la cabeza.

—No conozco a ningún Meade Payne.

Me agarré a los barrotes de la celda.

—Billy, esto es importante. Sé que ibas a ver a Meade. No le crearás ningún problema si lo admites.

Me miró y dejó escapar un suspiro.

—No llegué hasta allí.
Me detuvieron antes de
entrar en el pueblo.

Hablé en voz baja y
clara, procurando que la
tensión no se reflejara en mi
VOZ.

—Entonces, ¿dónde has
oído esa canción, Billy?

—¿Qué canción?

—La que estabas
tarareando, *Fair and Tender*.
¿Dónde la has oído?

—No me acuerdo.

Desvió la mirada y supe
que sí se acordaba.

—Inténtalo.

Se pasó las manos por el pelo y se agarró los enmarañados bucles de la nuca como si temiese lo que podían hacer sus manos en caso de no encontrar algo en que ocuparlas, entonces empezó a balancearse otra vez.

—El viejo, el que vi delante de la casa de Rita..., quizá la cantaba él, en un susurro, para sí. No puedo quitármela de la cabeza. — Se echó a llorar.

Sentí que se me secaba la garganta.

—Billy, descríbeme a Meade Payne.

—¿Cómo? —preguntó. Parecía sinceramente desconcertado.

A mis espaldas, oí decir a Jennings:

—Te lo advierto por última vez, Parker. Aléjate del detenido.

Sus pisadas resonaron cuando se acercó a mí.

—Ése es Meade, el del retrato de la pared —

contestó Billy levantándose mientras hablaba. Señaló una fotografía enmarcada de tres hombres que colgaba de la pared cerca del escritorio de la entrada, una versión parecida a la que había en el restaurante. Me aproximé a ella apartando a Rand Jennings de un codazo. En el centro del grupo había un joven con el uniforme de la infantería de Estados Unidos; tenía el brazo derecho alrededor de Rand Jennings y el izquierdo

alrededor de un anciano que sonreía con orgullo a la cámara. En una placa bajo la fotografía rezaba: agente Daniel Payne, 1967-1991.

Rand Jennings. Daniel Payne. Meade Payne. Pero el anciano de la fotografía era un hombre cargado de espaldas, de baja estatura —aproximadamente un metro sesenta y cinco—, mirada amable y una calva con manchas en la piel y una orla de cabello blanco. Un centenar de arrugas surcaban

su rostro.

No era el hombre que yo había conocido en casa de Payne.

Y lentamente las piezas empezaron a encajar en mi mente.

Todo el mundo tenía perro. Meade Payne lo había mencionado en su carta a Billy, pero yo allí no había visto ningún perro. Pensé en la figura que Erica Schneider había visto trepar por la cañería. Un hombre viejo no podía trepar por una

cañería, pero un hombre joven sí. Y recordé el comentario de Rachel sobre Judith Mundy: había sido utilizada como ganado de cría.

Ganado de cría. Para criar un niño.

Y me acordé del viejo Saul Mann, de cómo se deslizaban sus manos por encima de los naipes, cómo hacía desaparecer ágilmente la reina, o cómo retiraba el guisante de debajo de un tapón para embolsarse los

cinco pavos de un incauto. Nunca insistía, nunca los llamaba, ni intentaba obligarlos a acercarse, porque sabía lo que hacía.

Caleb sabía que Billy regresaría junto a Meade Payne. Quizá le sonsacó el nombre de Meade a Cheryl Lansing antes de matarla, o éste había salido a la luz en las investigaciones de Willeford. Comoquiera que lo averiguase, Caleb sabía que si eliminaba todos los obstáculos y todas las

opciones, Billy tendría que volver con Meade Payne.

Porque Caleb comprendía lo que todos los timadores y cazadores comprenden: que a veces es mejor poner el cebo, esperar y dejar que la presa acuda.

Al darme la vuelta, Jenning me apuntaba con su Coonan. Supuse que le había hecho caso omiso durante demasiado tiempo.

—Ya me he cansado de tus gilipolleces, Parker. Tirad las armas y echaos al

suelo, tú y tus amigos —dijo—. Ahora mismo.

También Ressler desenfundó su pistola y, en el despacho del fondo, el agente más joven ya se había llevado al hombro una escopeta de repetición Remington.

—Parece que hemos venido sin invitación a un congreso de policías nerviosos —comentó Ángel.

—Jennings, no tengo tiempo para esto —dije—. Debes escucharme...

—Cállate —ordenó

Jennings—. Te lo digo por última vez, Parker, deja...

—De pronto se interrumpió y miró el arma que yo llevaba al cinto—. ¿De dónde has sacado esa pistola? —preguntó, y un tono amenazador apareció lentamente en su voz como un pistolero en un funeral. Levantó el percutor y avanzó tres pasos hacia mí, hasta que el arma quedó a unos centímetros de mi cara. Había reconocido ya la

cazadora y el jersey.

A mis espaldas, oí un sonoro suspiro de Ángel.

—Maldita sea, dime de dónde has sacado esa pistola o te mato.

No había manera de suavizar lo ocurrido, así que ni siquiera lo intenté.

—He caído en una emboscada en la carretera. El viejo que vivía junto al lago, John Barley, está muerto. Ha muerto en mi coche. A mí me han perseguido, he llegado a tu

casa y Lorna me ha dado el arma. Puede que encuentres unos cuantos cadáveres en la sala de estar cuando vuelvas, pero Lorna ha salido ilesa. Escúchame, Rand, la chica...

Rand Jennings bajó el percutor con delicadeza, puso el seguro y me golpeó violentamente en la sien izquierda con el cañón. Retrocedí tambaleándome mientras él se disponía a asestarme otro golpe, pero Ressler intervino y le sujetó

el brazo.

—Te mataré, cabrón. Te mataré.

Estaba rojo de ira, pero también reflejaba un gran dolor, y la toma de conciencia de que las cosas nunca volverían a ser como antes después de aquello, de que el cascarón se había roto por fin y la vida que había vivido hasta entonces se le escapaba en ese instante, mientras hablaba, disipándose en el aire como gas.

Noté que la sangre me resbalaba por la mejilla y un penetrante dolor en la cabeza. De hecho, me dolía todo el cuerpo, pero, con el día que había tenido, no era de extrañar.

—Puede que no te llegue la ocasión de matarme. Los hombres que me han tendido la emboscada trabajan para Tony Celli. Quiere a Billy Purdue.

Jennings volvió a respirar de manera más pausada y le hizo un gesto a

Ressler, que le soltó el brazo con cautela.

—Nadie va a llevarse al detenido —dijo Jennings.

En ese preciso momento se apagaron las luces y empezó el caos.

Por unos segundos, el edificio quedó sumido en una oscuridad absoluta. Finalmente se activó el sistema de iluminación de emergencia y cuatro fluorescentes proyectaron un

tenue resplandor desde las paredes. Oí gritar a Billy Purdue en su celda:

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí? Díganme qué ocurre. ¿Por qué se ha ido la luz?

En la parte trasera del edificio sonaron tres golpes, como mazazos, seguidos del sonido de una puerta al chocar contra la pared. Pero Louis ya se había puesto en movimiento, empuñando aún la enorme Roadblocker. Lo vi pasar frente a la celda de Billy Purdue y aguardar

en el rincón, donde empezaba el pasillo que conducía a la puerta posterior. Advertí que contaba mentalmente hasta tres antes de volverse, colocarse a un lado y disparar dos veces hacia el pasillo. Lo perdimos de vista por un momento, disparó otra vez y retrocedió hasta reaparecer en nuestro campo de visión. Jennings, Ressler y yo corrimos hacia él, mientras el policía joven y Ángel se dirigían

rápidamente a la puerta delantera acompañados de Walter.

En el pasillo yacían muertos dos hombres, sus rostros ocultos bajo pasamontañas negros, ambos con vaqueros negros y cazadoras cortas negras.

—Han elegido mal su equipo de camuflaje —dijo Louis—. Deberían haber consultado el pronóstico del tiempo. —Retiró el pasamontañas de uno de los cadáveres y se volvió hacia

mí—. ¿Lo conoces?

Negué con la cabeza y Louis soltó el pasamontañas.

—Probablemente ni siquiera merecía la pena — dije.

Avanzamos con cautela en dirección a la puerta abierta. Ráfagas de nieve penetraban en el corredor impulsadas por el viento.

Louis agarró una escoba y la utilizó para empujar la puerta y cerrarla; tenía la cerradura astillada por los golpes recibidos. A

continuación, ayudó a Ressler a acarrear un escritorio de la oficina por el pasillo y, con él, atrancaron la puerta. Dejamos a Louis vigilando y regresamos a la sala de la entrada, donde Ángel y el policía joven, apostados a los lados de una ventana, intentaban atisbar a los hombres que se movían en el exterior. No podían quedar muchos, calculé, pero Tony Celli se encontraba entre ellos.

Walter permanecía más

atrás. Me fijé en que tenía en la mano su vieja calibre 38. Yo ya sabía con certeza dónde estaba Ellen, suponiendo que siguiese con vida, pero, si se lo decía a Walter, se lanzaría hecho una furia contra los hombres de Tony Celli en un esfuerzo por llegar a ella, y así no conseguiría nada, aparte de que lo mataran.

Se oyó una voz.

—Eh, los de ahí dentro.

No queremos que nadie salga herido. Entréguennos a

Purdue y nos iremos. —
Parecía Mifflin.

Ángel me miró y sonrió.

—Prométeme que, pase lo que pase, ahora te cargarás a ese cojo de mierda de una vez por todas.

Me coloqué junto a él y escruté la oscuridad por la ventana.

—Es un tanto molesto —coincidí. Me volví y me encontré a Louis a mi lado.

—La puerta debería aguantar. Si intentan entrar otra vez, los oiremos antes

de que puedan causarnos el menor daño. —Eché una ojeada por la ventana—. Tío, no pensaba que llegase a oírme decir esto, pero me siento como John Wayne.

—*Río Bravo* —dije.

—La que sea. ¿Es una en la que sale James Caan?

—No, Ricky Nelson.

—Mierda.

Detrás de nosotros, Jennings y Ressler intentaban organizar un plan. Era como ver a dos niños esforzándose por

sostener unos palillos chinos con los dedos de los pies.

—¿Hay radio aquí? — pregunté.

Fue Ressler quien se dio por aludido.

—Sólo recibimos interferencias, nada más.

—Los han incomunicado.

Jennings se decidió a hablar.

—Si nos mantenemos firmes, desistirán. Esto no es la frontera. Sencillamente no pueden atacar una comisaría

de policía y llevarse a un detenido.

—Sí es la frontera —dije—. Y pueden hacer lo que quieran. No van a marcharse sin él. Celli quiere el dinero que Purdue le quitó, o su propia gente lo matará. —Hice una pausa—. Aunque también podrías entregarles el dinero tú.

—No llevaba dinero encima cuando lo encontramos —respondió Ressler—. Ni siquiera llevaba una bolsa.

—Podría preguntársele
dónde está —sugerí.

Vi que Billy Purdue me observaba con curiosidad. Ressler miró a Jennings, se encogió de hombros y se encaminó hacia la celda. En ese momento Ángel se lanzó de lado y Louis me empujó para obligarme a echarme a tierra. Proferí un alarido al caer sobre la moqueta con el costado herido.

—¡Cuidado! —gritó
Ángel.

La ventana delantera

estalló hacia dentro y las balas acribillaron las paredes, las mesas, los archivadores, los apliques. Hicieron añicos las mamparas de cristal, reventaron el surtidor de agua y convirtieron los informes y carpetas en confeti. Ressler cayó al suelo con la parte posterior de la pierna roja y hecha jirones. A mi lado, Ángel se levantó y abrió fuego con la Glock. Al instante Louis se apostó junto a él y sonaron

las atronadoras detonaciones de la Roadblocker.

—Aquí dentro van a hacernos picadillo —gritó Ángel.

Fuera, el fuego cesó. A nuestras espaldas sólo se oían el ruido del papel al posarse, los chirridos de los cristales rotos al pisarlos y el goteo del agua que aún quedaba en el surtidor destrozado. Miré a Louis.

—Podríamos contraatacar desde fuera —sugerí.

—Es una posibilidad —
convino—. ¿Estás en
condiciones?

—Más o menos —mentí.
En el suelo, Jennings cortaba
la pernera del pantalón de
Ressler para llegar a la
herida. Le pregunté—: ¿Hay
alguna ventana que dé al
exterior en una zona oscura,
quizás oculta por un árbol o
algo así?

Jennings alzó la vista y
asintió.

—La ventana del lavabo
de hombres, en el pasillo.

Está al lado del muro y es muy estrecha para entrar desde fuera, pero desde dentro es posible acceder al antepecho.

—Parece una buena opción.

—¿Y yo qué? — preguntó Ángel.

—Tú estás haciendo un trabajo de primera con esa Glock —contestó Louis.

—¿Tú crees?

—Sí. Si le das a alguien, empezaré a creer en Dios, pero desde luego estás

metiendo el miedo en el cuerpo a los chicos de Tony.

—¿Necesitas ayuda? — preguntó Walter. Eran las primeras palabras que me dirigía desde el funeral en Queens.

—Quédate aquí —dije—. Creo que he averiguado algo.

—¿En cuanto a Ellen?

No pude contener una mueca de pesar al ver el dolor en sus ojos.

—No nos sirve de nada mientras los hombres de

Tony Celli estén ahí fuera. Cuando acabemos con esto hablaremos.

Nos volvimos para marcharnos, pero por lo visto tenía que surgir un obstáculo tras otro. Rand Jennings continuaba de rodillas junto a Ressler. La pistola continuaba en su mano. Continuaba apuntándome.

—Tú no vas a ningún sitio, Parker.

Lo miré, pero no me detuve. El cañón del arma

me siguió mientras pasaba
ante él.

—Parker...

—Rand —dije—.

Cállate.

Asombrosamente,
obedeció.

Tras esto, los dejamos
allí y fuimos al servicio de
hombres. La ventana era de
cristal esmerilado y quedaba
sobre un par de lavabos.
Escuchamos con atención
por si se oía algún
movimiento fuera. Luego
descorrimos el pestillo,

abrimos la ventana y retrocedimos. No hubo disparos, y en cuestión de segundos nos encaramamos al muro y nos descolgamos al terreno yermo situado detrás de la fachada norte del edificio; sólo se oyó el sordo tintineo de los cartuchos que Louis llevaba en los bolsillos del abrigo cuando saltó al suelo. Me dolía el costado, pero a esas alturas ya no me preocupaba. Cuando Louis se disponía a alejarse, le

tendí una mano.

—Louis, el viejo de la casa de Meade Payne es Caleb Kyle.

Casi pareció sorprendido.

—¿Qué me dices?

—Esperaba a Billy. Si me pasa algo, encárgate tú.

Asintió y dijo:

—Tío, te encargarás tú mismo. Si no te han matado ya, no te matarán nunca.

Sonreí y nos separamos, iniciando un movimiento de tenazas para llegar a la parte

delantera del edificio y los
hombres de Tony Celli.

30

Apenas recuerdo con claridad buena parte de lo que ocurrió después de adentrarme a trompicones en la oscuridad. Recuerdo que temblaba sin cesar, pero tenía la piel caliente y me brillaba la cara por el sudor. Llevaba la pistola de Jennings, pero aún me resultaba extraña y poco familiar al tacto. Lamentaba vagamente la pérdida de la

Smith & Wesson. Había matado con ella y, al hacerlo, había matado algo en mí, pero era mi arma, y su historia a lo largo de los doce meses anteriores era un reflejo de la mía. Quizá fuese mejor que ahora se hallase sumergida en aguas profundas.

Nevaba y el mundo había enmudecido, su boca amordazada por los copos. Los pies se me hundían en la nieve mientras avanzaba arrimado a la pared, con el

edificio a mi izquierda, el frío calándome las botas y los dedos entumeciéndoseme. Al otro lado del edificio, Louis se movía con paso firme, empuñando la enorme escopeta.

Me detuve en la esquina del edificio, donde la pared de la casa daba paso a la cerca de un metro de altura del aparcamiento. Le eché un vistazo, no advertí movimiento alguno y corrí a cubrirme tras un Ford último

modelo, pero mis reacciones eran torpes e hice más ruido del que debía. Las manos me temblaban sin cesar, hasta el punto de que tuve que sujetar el cañón de la pistola con la mano izquierda. El dolor del costado era constante. Al bajar la vista, vi nuevas manchas de sangre en el jersey.

Un viento que parecía haber despertado con renovado vigor al avanzar la noche levantaba la nieve. Grandes cintas blancas me

azotaban el rostro y los copos se me amontonaban en la lengua. Busqué la silueta oscura de Louis, pero no vi nada al otro lado del aparcamiento. Con la respiración entrecortada y el estómago revuelto, me arrodillé. Por un momento pensé que iba a desmayarme. Tomé un puñado de nieve y, agachando la cabeza con cuidado, me froté la cara con ella. No me encontré mucho mejor, pero el gesto me

salvó la vida.

Por encima de mí, a mi izquierda, una forma se movió detrás de uno de los coches patrulla. Vi cómo un zapato negro de charol se alzaba en la nieve, y después un pantalón oscuro con copos adheridos aún al dobladillo y el faldón de un abrigo azul agitado por el viento. Me erguí sin soltar el arma, hasta que tuve la cabeza y la pistola por encima del capó del Ford. Y cuando la figura, advirtiendo

el movimiento, se dio media vuelta, le disparé una sola vez en el pecho y observé desapasionadamente cómo caía de espaldas en la nieve acumulada contra la pared. El hombre quedó allí desmadejado, con el mentón apoyado en el pecho y la nieve alrededor ennegrecida por la sangre.

Y en ese instante ocurrió algo dentro de mí. Mi mundo se oscureció igual que la nieve ensangrentada y mi mente comenzó a perder

el control. Los contornos del universo se desdibujaron y toda mi perspectiva se redujo a un punto. Y mientras el mundo se desplazaba y ladeaba, me pareció sentir y oír al mismo tiempo el sonido de una hoja al penetrar en la carne y luego un ruido como el de un melón partido por la mitad de un solo golpe. Seguí la diminuta lente de claridad por encima de la cerca y más allá de la carretera, donde una

pequeña pendiente descendía hasta los árboles. En la nieve yacía un hombre con el cuerpo abierto desde el pecho hasta el ombligo y la cabeza destrozada cubierta de copos de nieve. En torno al cadáver había huellas, profundas y firmes. Las huellas se apartaban del cuerpo y se dirigían hacia el pueblo, seguidas de un segundo rastro cuyas pisadas aparecían distorsionadas por una cojera. Había sangre entre las huellas de los

zapatos de Mifflin. Mientras seguía los rastros, se oyeron nuevas detonaciones en la comisaría de policía, entre ellas el sonido del arma de Louis.

Me dirigí hacia el sur durante cinco o diez minutos, quizá más, y por fin llegué al extremo de una calle residencial. Una mujer y un hombre, los dos de avanzada edad, se arrebujaban en abrigos y mantas en el porche de su casa, él rodeaba con un

brazo los hombros de ella. Ya no se oían disparos, pero los ancianos seguían mirando y esperando. Cuando advirtieron mi presencia, los dos se retiraron instintivamente, y el hombre tiró de su esposa o de su hermana hacia la puerta abierta y, sin apartar de mí la mirada ni un solo instante, cerraron después de entrar. Se veían luces en otras casas, y aquí y allá se corrían cortinas. Vi rostros en halos de luz tenue, pero

nadie más apareció.

Llegué a la esquina de Spring Street con Maybury. Spring Street conducía al centro del pueblo, pero al final de Maybury reinaba la oscuridad, y los dos rastros de huellas avanzaban en esa dirección. A media calle se separaban, el rastro distorsionado se desviaba hacia las sombras y el otro hacia el noroeste por la línea divisoria entre dos fincas. Supuse que Mifflin había llegado allí primero y que

había buscado un lugar en la oscuridad desde donde observar la calle, y que su perseguidor se había apartado para rodearlo al adivinar la maniobra. Doblé hacia el sur y pasé por detrás hasta llegar al linde de una arboleda donde empezaba el bosque al oeste. Allí me detuve.

A unos diez metros de mí, en la periferia de una mancha de luz proyectada por la última farola de la calle, se formó como una

nube y desapareció. Algo se movió con un gesto sobresaltado y temeroso. Un rostro alerta miró a la izquierda y luego a la derecha, y una silueta asomó de detrás de un árbol. Era Mifflin, con el brazo aún en cabestrillo. Cuando me acerqué, amparado por las sombras y mis pisadas amortiguadas por la nieve, vi el espeso goteo de la sangre desde sus dedos y el charco cada vez mayor a sus pies. Casi le había alcanzado

cuando se volvió atraído por un ruido. Abrió los ojos de manera desorbitada y, cuando se irguió rápidamente, una navaja destelló en su mano ilesa. Le disparé en el hombro derecho y dio una vuelta de ciento ochenta grados; le fallaron los pies, cayó de espaldas y dejó escapar un grito de dolor al golpearse contra el suelo. Avancé sin pérdida de tiempo apuntándole con la pistola. Parpadeó e intentó

concentrar la mirada cuando la luz iluminó plenamente mis facciones.

—Tú —dijo por fin. Intentó levantarse pero no le quedaban fuerzas. Sólo alzó la cabeza, hasta que el esfuerzo le resultó excesivo y la dejó caer de nuevo en la nieve. Al mirarlo, vi una larga raja en la pechera de su abrigo, y un brillo húmedo en el interior.

—¿Quién te ha hecho eso? —pregunté.

Intentó reírse, pero la

risa se convirtió en tos y la sangre salió a borbotones de su boca salpicándole los dientes de rojo.

—Un viejo —contestó—. Un puto viejo. Ha salido de la nada, me ha rajado y luego ha liquidado a Contorno antes de que supiésemos siquiera qué estaba pasando. Joder, tío, yo me he echado a correr. A la mierda Contorno. — Intentó mover la cabeza para mirar en dirección al pueblo—. Ahora seguro que anda

por ahí, observándonos.

Maybury estaba en calma y nada se movía en la calle, pero Mifflin tenía razón: daba la sensación de que nos vigilaban desde la oscuridad, como si, en lo más hondo de ella, alguien contuviese la respiración y aguardase.

—Pronto llegará ayuda —dije, aunque mientras hablaba no tenía la menor certeza de que las cosas se hubiesen decantado de nuestro lado en la Comisaría

de Policía. Afortunadamente contábamos con Louis, pensé, porque de lo contrario ya estaríamos todos muertos—. Te llevaremos a un médico.

Negó con la cabeza una vez.

—No, al médico no — dijo. Me lanzó una mirada iracunda—. Esto termina aquí. ¡Hazlo, joder, hazlo!

—No —susurré—. Ya no más.

Pero Mifflin no estaba dispuesto a aceptar un no

por respuesta. Con la poca fuerza que le quedaba, metió la mano bajo la pechera del abrigo, apretando los dientes por el esfuerzo. Yo reaccioné sin pensármelo dos veces y lo maté allí mismo, pero cuando retiré su mano del interior del abrigo la tenía vacía. ¿Cómo podía ser de otro modo si llevaba sólo una navaja para defenderse?

Y cuando retrocedí, algo pareció titilar en la oscuridad al otro lado de la

calle, y enseguida desapareció.

Regresé a la Comisaría de Policía, casi había llegado cuando una silueta apareció a mi derecha. Me volví de inmediato hacia ella, pero una voz dijo:

—Bird, soy yo.

Louis salió de la oscuridad sosteniendo la escopeta contra el pecho como un niño dormido. Tenía la cara salpicada de

sangre y el abrigo roto por el hombro izquierdo.

—Se te ha roto el abrigo —dije—. Tu sastre va a derramar unas cuantas lágrimas.

—Da igual. Era de la temporada pasada —respondió Louis—. Con él puesto, me siento como un mendigo. —Se acercó a mí—. No tienes muy buen aspecto.

—¿Eres consciente de que me han pegado un tiro? —pregunté dolorido.

—Siempre hay alguien disparándote —comentó—. Si no tuvieras a alguien que te disparase, te apalease o te electrocutase, te aburrirías. ¿Crees que puedes tenerte en pie? —El tono de su voz había cambiado y supuse que estaba a punto de darme una mala noticia.

—Adelante.

—Billy Purdue ha desaparecido. Por lo visto, Ressler ha perdido el conocimiento a causa de las heridas y Billy ha tirado de

él por la pernera del pantalón hacia la celda mientras Ángel y los otros estaban distraídos. Le ha quitado las llaves del cinturón y ha tomado una escopeta del armero. Luego se ha escapado. Seguramente ha salido de la misma manera que nosotros.

—¿Qué hacía Ángel?

¿Está bien?

—Sí, Ángel y Walter, los dos. Estaban ayudando a Jennings a reforzar la puerta trasera. Por lo visto, el

último hombre de Tony ha hecho un segundo intento después de que nos fuéramos. Billy sólo ha tenido que marcharse.

—Después de despejarle nosotros el camino. —Juré con virulencia y luego le hablé de Mifflin y del muerto en la nieve.

—¿Caleb? —preguntó Louis.

—El mismo —contesté—. Ha venido a por su hijo y está matando a todo aquel que represente una amenaza

para él o para el chico. Mifflin lo ha visto, pero Mifflin está muerto.

—¿Lo has matado tú?

—Sí —respondí. Mifflin no me había dejado más alternativa que matarlo, pero había demostrado cierta dignidad en sus últimos momentos—. Debo ir a la casa de Meade Payne.

—Tenemos problemas más inmediatos —dijo Louis.

—Tony Celli.

—Ajá. Esto tiene que

acabarse aquí, Bird. Su coche está aparcado a menos de un kilómetro al este, a la entrada del pueblo.

—¿Cómo lo sabes? — dije cuando nos encaminamos en esa dirección.

—Lo he preguntado.

—Debes de ser muy persuasivo.

—Uso palabras amables.

—Eso, y una escopeta enorme.

Contrajo los labios.

—Una escopeta enorme

siempre ayuda.

Al acercarnos, vimos un Lincoln Towncar negro con las luces apagadas en una carretera adyacente. Detrás había otros dos coches, Fords grandes, también con las luces apagadas, y un par de furgonetas negras Chevrolet. Delante del Lincoln, un hombre permanecía de rodillas con la cabeza gacha y las manos atadas a la espalda. Antes de

aproximarnos más, alguien amartilló un arma a nuestras espaldas y una voz ordenó:

—Tiradlas, chicos. —

Obedecemos, pero no nos volvimos—. Ahora seguid adelante.

Se abrió la puerta de uno de los Fords y salió Al Z. Al encenderse la luz interior vi otra silueta, corpulenta y canosa, con gafas de sol y un cigarrillo en la mano. Desapareció de nuevo en la oscuridad cuando Al Z cerró la puerta. Éste se acercó a la

figura arrodillada a la vez que otros tres hombres bajaban del segundo Ford y se quedaban de pie a la espera. La figura arrodillada alzó la cabeza, y Tony Celli nos miró con ojos mortecinos.

Al Z, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo gris, nos observó mientras nos aproximábamos. Cuando estábamos a tres metros de Tony Celli, levantó la mano y nos detuvimos. Al Z casi

parecía sonreír.

Casi.

—Le pedí que no se metiera en nuestros asuntos —recordó.

—Como ya le dije, mi problema estaba en eso de «nuestros asuntos» — contesté. Sentí que perdía el equilibrio y me obligué a permanecer inmóvil.

—Sus problemas son de oído. Debería haber elegido otro lugar para iniciar su cruzada moral.

Sacó la mano derecha

del abrigo y dejó a la vista una Heckler & Koch de nueve milímetros, movió la cabeza un par de veces en un gesto de desesperación, dijo «jodida gente» en un susurro y con tono airado, y disparó a Tony Celli en la nuca. Tony se desplomó de bruces con el ojo izquierdo todavía abierto y un orificio donde antes tenía el derecho. A continuación se adelantaron dos hombres, uno provisto de un plástico, y envolvieron el cuerpo de Tony Celli

antes de trasladarlo al maletero de uno de los coches. Un tercer hombre enguantado revolvió la nieve hasta que encontró la bala, que se guardó en el bolsillo junto con el casquillo y siguió a sus compañeros.

—No tenía a la chica —informó Al Z—. Se lo he preguntado.

—Lo sé —respondí—. Hay otra persona. Ha liquidado a navajazos a dos de los hombres de Tony.

Al Z hizo un gesto de

indiferencia. Ahora su principal preocupación era el dinero, no el destino final de quienes habían decidido seguir a Tony Celli.

—Si los cálculos no me fallan, ustedes han liquidado a muchos más —comentó.

No contesté. Si Al Z decidía matarnos por lo que habíamos hecho contra el equipo de Tony el Limpio, no tenía mucho que decir para inducirlo a cambiar de idea.

—Queremos a Billy

Purdue —prosiguió—. Entréguenoslo y olvidaremos lo que ha pasado aquí. Olvidaremos que ha matado a hombres a quienes no debería haber matado.

—Usted no quiere a Billy —respondí—. Quiere su dinero, para devolver el que Tony perdió.

Al Z sacó la mano izquierda del abrigo y la movió en un gesto que parecía decir: «Como sea». Por lo que a él se refería,

discutir las circunstancias de la recuperación del dinero no era más que un ejercicio de semántica.

—Billy ha desaparecido. Ha aprovechado la confusión para marcharse, pero lo encontraré —aseguré—. Tendrá su dinero, pero no le entregaré a Billy.

Al Z pensó por un momento y miró a la silueta sentada dentro del coche. El cigarrillo trazó un gesto de desdén, y Al Z se volvió hacia nosotros.

—Le doy veinticuatro horas. Pasado ese tiempo, ni siquiera su amigo aquí presente podrá salvarle.

A continuación regresó al coche. Los hombres que se habían colocado alrededor se dispersaron en los distintos vehículos, y todos se alejaron en la noche, dejando sólo huellas de neumáticos y una mancha de sangre y materia gris en la nieve.

31

La Comisaría de Policía ofrecía el mismo aspecto que si la hubiera atacado un pequeño ejército. Las ventanas delanteras habían quedado hechas añicos en su mayor parte. La puerta estaba acribillada a balazos. Ángel la abrió cuando llegamos, y fragmentos de cristal cayeron al suelo con un tintineo. Walter se hallaba detrás de él. A

nuestras espaldas, algunos de los vecinos más osados se acercaban desde el extremo norte del pueblo.

—Ahora iremos a buscar a Caleb —dijo Louis.

Yo negué con la cabeza.

—Pronto vendrán los federales. No quiero que os encuentren a Ángel y a ti cuando lleguen.

—Gilipollecetes —dijo Louis.

—No, ni mucho menos, y tú lo sabes. Si os encuentran aquí, no habrá

explicación que valga para evitaros las complicaciones. Además, esta parte es un asunto personal..., para mí y para Walter. Por favor, marchaos.

Louis guardó silencio por un momento como si se dispusiera a añadir algo, pero por fin asintió.

—Tonto —llamó—. Nos vamos.

Ángel se reunió con él, y ambos se dirigieron hacia el Mercury. Walter permaneció a mi lado mientras los

observábamos alejarse. Calculé que me quedaba alrededor de una hora, quizás una hora y media, antes de desplomarme.

—Creo que sé dónde tienen a Ellen —dije—. ¿Estás listo para ir a por ella?

Asintió.

—Si aún está viva, tendremos que matar para rescatarla.

—Si es necesario... —dijo.

Lo miré. Creo que

hablaba en serio.

—Bien. Será mejor que conduzcas tú. Hoy no he tenido un buen día al volante.

Dejamos el coche a unos quinientos metros más allá de la casa de Payne y nos acercamos desde atrás, utilizando los árboles para cubrirnos. Dentro se veían dos luces, una en la parte delantera, la otra en un dormitorio de arriba. Seguían sin apreciarse indicios de vida cuando

llegamos al límite de la propiedad, donde había una pequeña choza techada con una lámina de hierro ondulado en estado de lento deterioro. Se advertían pisadas en la nieve que la ventisca no había tapado por completo. Alguien había rondado por allí no hacía mucho, y el motor del camión aparcado a escasa distancia aún estaba caliente.

Nos llegó un olor procedente de la choza, el desolado hedor de carne

descompuesta. Me acerqué a la esquina, alargué la mano y descorrí el pasador con cuidado. Produjo un ligero ruido, casi inaudible. Abrí la puerta y el olor se hizo más intenso. Miré a Walter y vi que la esperanza se desvanecía en sus ojos.

—Quédate aquí —dije, y entré.

Dentro el olor era tan intenso que se me saltaron las lágrimas, y noté que empezaba a impregnarme la ropa. En un rincón había un

congelador alargado, con orificios de herrumbre en los ángulos del armazón y el cable desenenchufado enroscado alrededor de una pata como un rabo. Me cubrí la boca y levanté la tapa.

Contenía un cuerpo aovillado, vestido con un mono azul y descalzo. Tenía una mano a la espalda con los dedos extendidos y descompuestos y la otra oculta bajo el cuerpo, la cara tumefacta y los ojos blancos. Eran los ojos de un viejo. El

frío lo había conservado hasta cierto punto y, pese a los estragos que el cuerpo había padecido, lo reconocí: era Meade Payne, el hombre de la foto del restaurante, el hombre que murió para que Caleb Kyle ocupase su lugar y esperase a Billy Purdue. Bajo el cuerpo, vi una cola y pelo negro: los restos de su perro.

Detrás de mí, oí chirriar la bisagras de la puerta y Walter entró lenta y temerosamente. Siguió la

dirección de mi mirada hacia el congelador. No pudo contener una expresión de alivio cuando vio el cadáver del viejo.

—¿Es el hombre de la foto? —preguntó—. Entonces Ellen aún está viva.

Asentí pero no dije nada. Existían destinos peores que morir asesinado, y creo que, en algún rincón oscuro e inalcanzable de su mente, Walter lo sabía.

—¿Por delante o por

detrás? —pregunté.

—Por delante —
contestó.

Lo seguí afuera y respiré
hondo.

—Vamos allá.

La casa despedía un olor
acre cuando abrí
sigilosamente la puerta
trasera y entré en la amplia
cocina. Había una mesa de
pino con cuatro sillas a
juego; la superficie de la
mesa estaba cubierta de pan,

parte de él pasado desde hacía días, y cartones abiertos de leche que se había agriado a pesar de la baja temperatura ambiente. También vi varios tipos de fiambre, con los bordes abarquillados y endurecidos, y una docena de Big Mouths de Mickey, junto con media botella de whisky barato. En un rincón se alzaba un cubo de basura negro del que provenían los peores olores. Calculé que contenía la comida podrida de más de

una semana.

Por la puerta abierta de la cocina vi que Walter entraba en la casa, arrugando la nariz por el olor. Se movió a la derecha, de espaldas a la pared, y recorrió con el arma el comedor, que estaba comunicado con la cocina por una puerta cerrada. Avancé e hice lo mismo en la salita del televisor en el lado izquierdo de la casa. Las dos habitaciones se hallaban salpicadas de

bolsas de patatas fritas vacías, botellas y latas de cerveza y alimentos a medio comer en platos sucios. En la salita había también una mochila verde, bien cerrada y lista para partir. Señalé la escalera y Walter subió primero, arrimado a la pared para evitar los crujidos, con el arma en alto sujeta con ambas manos.

En el primer rellano encontramos un cuarto de baño que apestaba a orina y a excrementos, con toallas

sucias y húmedas extendidas sobre el váter o apiladas en el suelo junto a la puerta. Dos pasos más allá se encontraba el primer dormitorio, con la cama sin hacer y más comida desperdigada por el suelo y el tocador, pero sin ningún otro indicio de que la hubiesen ocupado recientemente. No contenía ropa ni calzado ni bolsas. Ésta era la habitación con la luz encendida.

Ellen Cole yacía en la

cama del segundo dormitorio, atada con cuerdas al armazón. Tenía una venda negra sobre los ojos, bolas de algodón en los oídos, y la boca tapada con cinta adhesiva, con un pequeño orificio en el centro. Dos mantas cubrían su cuerpo. En una pequeña mesilla de noche había una botella de agua.

Aunque Ellen no se movió cuando entramos en la habitación, pareció percibir nuestra presencia

cuando nos acercamos. Walter tendió la mano para tocarla, pero ella se apartó con un gemido de miedo. Retiré las mantas con delicadeza. Estaba en ropa interior, pero en apariencia ilesa. Los dejé allí para ir a registrar el tercer dormitorio. También se hallaba vacío, pero era evidente que alguien había dormido en la cama. Cuando regresé al segundo dormitorio, Walter sostenía tiernamente la cabeza de Ellen mientras le

quitaba la venda. Ella parpadeó, entornando los ojos pese a la relativa oscuridad de la habitación. De pronto miró a su padre y se echó a llorar.

—La casa está vacía — dije. Me acerqué a la cama y corté con mi navaja las cuerdas que le sujetaban las manos al tiempo que Walter arrancaba la cinta adhesiva. La estrechó entre sus brazos, y ella lloró apretándose a él. Encontré su ropa amontonada junto a la

ventana.

—Ayúdala a vestirse —
dije a Walter.

Ellen aún no había hablado, pero mientras su padre le introducía los pies en los vaqueros, yo la tomé de la mano y atraje su atención.

—Ellen, son sólo dos hombres, ¿verdad?

No respondió de inmediato, pero por fin asintió.

—Dos —dijo con la voz forzada por la falta de uso y

la garganta seca.

Le di la botella de agua y tomó un breve sorbo con la cañita.

—¿Te han hecho daño?

Ellen negó con la cabeza y empezó a llorar otra vez. La abracé un momento y me aparté para permitir que Walter le deslizase el jersey por los brazos y lo bajase. Le rodeó los hombros con un brazo y la ayudó a levantarse de la cama, pero a ella le fallaron las piernas.

—No pasa nada, cariño

—dijo Walter—. Te llevaremos nosotros.

Cuando nos disponíamos a descender por la escalera, oímos cómo abajo se abría la puerta delantera.

Se me formó un nudo en el estómago. Aguzamos el oído por unos instantes, pero no llegó sonido alguno desde la escalera. Indiqué a Walter que debía dejar a Ellen. Si intentábamos moverla otra vez, alertaríamos a quienquiera que estuviese abajo. La

chica dejó escapar un débil gemido cuando él se apartó de ella e intentó retenerlo; pero Walter le besó con delicadeza en la mejilla para tranquilizarla y luego me siguió. La puerta delantera permanecía abierta y la nieve penetraba desde la oscuridad exterior. Cuando nos acercábamos a los últimos peldaños, una sombra se movió en la cocina a mi derecha. Me volví y me llevé un dedo a los labios.

Una figura cruzó la puerta sin mirar hacia nosotros. Era el joven a quien había conocido en mi primera visita a la casa: Caspar, el hombre que, según creía yo, era hijo de Caleb. Tragué saliva y avancé levantando la mano para indicar a Walter que debía quedarse cerca de la puerta. Conté hasta tres y entré en la cocina con la pistola en alto y apuntando a la izquierda.

La cocina estaba vacía,

pero ahora la puerta que comunicaba con el comedor se encontraba abierta. Retrocedí de un salto para prevenir a Walter, justo a tiempo de ver cómo una sombra se deslizaba detrás de él y una navaja brillaba en la penumbra. Walter advirtió mi expresión, y empezó a moverse cuando la navaja cayó y le hirió en el hombro izquierdo. Walter arqueó la espalda y contrajo los labios en una mueca de dolor. Cruzando el arma por

delante del cuerpo, disparó por debajo del brazo izquierdo, pero la navaja se elevó y lo hirió de nuevo, esta vez en un movimiento descendente a lo largo de la espalda. Caspar empujó a Walter con fuerza desde atrás, y la cabeza de éste chocó ruidosamente contra el extremo de la barandilla. Cayó de manos y rodillas, con el rostro bañado en sangre y una expresión de aturdimiento en los ojos. El joven se volvió hacia mí,

sujetando la navaja con la hoja hacia abajo en la mano derecha. Tenía una herida de bala en la cadera, que teñía sus mugrientos chinos de un rojo intenso, pero no parecía sentir el dolor. Se encogió por un instante y se abalanzó hacia mí con la boca abierta, enseñando los dientes y con la navaja lista.

Le disparé en el pecho mientras corría. Se detuvo en seco y se tambaleó. Se llevó una mano a la herida y se examinó la sangre, como

si sólo en ese momento creyese realmente que le habían disparado. Me miró otra vez, ladeó la cabeza e hizo ademán de venir hacia mí. Le descerrajé un segundo tiro. Esta vez la bala le traspasó el corazón. Cayó de espaldas en el suelo desnudo y su cabeza fue a parar cerca de donde estaba Walter intentando levantarse. Creo que ya había muerto cuando tocó el suelo. Arriba, oí gritar a Ellen «Papá» y la vi

aparecer en lo alto de la escalera arrastrándose hacia él.

El grito de Ellen me salvó la vida. Cuando me volví para mirarla, oí un silbido a mis espaldas y vi moverse una sombra en el suelo ante mí. Algo me golpeó de refilón dolorosamente el hombro, y no me dio en la cabeza por escasos centímetros. A continuación pasó junto a mí el extremo metálico de una pala. Agarré el mango de

madera con la mano izquierda a la vez que golpeaba con la derecha. Sentí el impacto contra una mandíbula y utilicé el impulso de la pala para tirar del hombre que tenía detrás y arrastrarlo hacia delante, al tiempo que le hacía la zancadilla con el pie derecho. Tropezó y cayó de rodillas. Permaneció a cuatro patas en el suelo por unos segundos. Luego se puso en pie y se volvió hacia mí, enmarcado por la puerta

abierta y el fondo oscuro de la noche.

Y supe por fin que aquél era Caleb Kyle. Ya no fingía ser un hombre artrítico y encorvado, sino que se mostraba erguido cuan alto era, sus miembros delgados y fibrosos enfundados en un pantalón vaquero y una camisa azul. Era viejo, pero intuí su fuerza, su rabia, su capacidad de causar dolor, casi como algo físico. Parecía irradiar de él igual que si fuera calor, y la

pistola se estremeció en mi mano por el impacto. Tenía una mirada feroz y un brillo rojo y profundo ardía en sus ojos. Instintivamente me acordé de Billy Purdue. Pensé también en las jóvenes colgadas del árbol y en el dolor que debían de haber padecido a manos de aquel hombre, y pensé en mi abuelo obsesionado para siempre por sus pesadillas con aquel hombre. Fuese cual fuese la magnitud del dolor que Caleb había

padecido, lo había devuelto multiplicado por cien al mundo que lo rodeaba.

Caleb miró a su hijo muerto tendido a sus pies y luego me miró a mí, y la intensidad de su odio me hizo tambalear. En sus ojos resplandeció una inteligencia malévola y profunda. Nos había manipulado a todos, escapándose para que no lo capturaran durante décadas, y casi lo había conseguido otra vez, pero le había

costado la vida de su hijo. Pasara lo que pasase a partir de ese momento, se había hecho cierto grado de justicia con las chicas que había dejado colgadas en el árbol, y con Judith Mundy, que había muerto maltratada y sola en algún lugar de los Grandes Bosques del Norte.

—No —dijo Caleb—.

No.

Sólo entonces empecé a comprender su desesperado deseo de engendrar un hijo. Creo que si Judith Mundy

hubiese dado a luz a una niña, el odio hubiese inducido a Caleb a matar a la criatura e intentarlo otra vez para tener un hijo varón. Quería lo que querían tantos hombres: ver su propia réplica en la tierra, ver sobrevivir después de ellos a lo mejor de sí mismos. Excepto que, en el caso de Caleb, aquello que deseaba que continuase era perverso y brutal, y habría consumido vidas tal como había hecho antes su padre. Caleb dio un

paso al frente y amartillé la pistola.

—Atrás —dije—.

Mantenga las manos donde pueda verlas.

Negó con la cabeza, pero retrocedió unos pasos y separó las manos del cuerpo. No me miró a mí, sino que fijó la vista en su hijo muerto. Me acerqué a Walter, que, con sangre en la cara, había conseguido sentarse, apoyando el hombro derecho herido contra la pared. Sostenía la

pistola débilmente en la mano derecha, pero era incapaz de concentrar la atención y su dolor era intenso y evidente. Yo mismo no me encontraba en mi mejor momento. Ellen estaba ya a media escalera, pero levanté la mano y le indiqué que se mantuviera alejada. No la quería cerca de aquel hombre. Ella se detuvo, pero seguí oyendo su llanto.

Frente a mí, Caleb volvió a hablar.

—Morirá por esto —
prorrumpió, y escupió.
Ahora dirigía a mí toda su
atención—. Lo destrozaré
con mis propias manos,
luego me follaré a esa puta
hasta matarla y dejaré el
cuerpo en el bosque para que
se lo coman los animales
durante el invierno.

No respondí a su
provocación.

—Siga retrocediendo,
viejo —ordené. No quería
estar con él en un espacio
cerrado; ni en la entrada de

la casa, ni en el porche. Era peligroso. Yo lo sabía, aun con el arma en la mano. Volvió a retroceder y descendió lentamente los peldaños hasta llegar al jardín. La nieve le caía sobre su cabeza descubierta y los brazos extendidos y lo envolvió el ligero resplandor dorado procedente de la habitación delantera. Tenía las manos a los lados, a cincuenta centímetros del cuerpo, y vi que la culata de una pistola asomaba por

encima de la cintura de sus pantalones.

—Dese la vuelta —
indiqué.

No se movió.

—Dese la vuelta o le
dispararé en las piernas.

No podía matarlo,
todavía no. Me lanzó una
mirada iracunda y se volvió
hacia la derecha.

—Con el pulgar y el
índice, coja la pistola por la
culata y tírela al suelo.

Obedeció, arrojando el
arma entre unos rosales

podados junto al porche.

—Ahora vuélvase otra vez.

Se volvió.

—Es usted, ¿verdad? — dije—. ¿Usted es Caleb Kyle?

Esbozó una sonrisa fría y gris, como una plaga para los organismos vivos que lo rodeaban.

—Eso es sólo un nombre, muchacho. Caleb Kyle es tan bueno como cualquier otro. —Escupió otra vez—. ¿Aún tienes

miedo?

—Es usted un viejo —
contesté—. Es usted quien
debería tener miedo. Este
mundo lo juzgará con
severidad, pero no con tanta
como el otro mundo.

Abrió la boca y la saliva
produjo un chasquido tras
sus dientes.

—Tu abuelo también me
tenía miedo —dijo—. Eres
idéntico a él. Salta a la vista
que tienes miedo.

No contesté. En lugar de
eso señalé con la cabeza en

dirección al muerto que yacía en el suelo a mis espaldas.

—En cuanto a su hijo muerto, ¿era Judith Mundy la madre?

Me enseñó los dientes e hizo ademán de acercarse. Disparé contra el suelo frente a él. La bala levantó un remolino de tierra y nieve, y él se detuvo.

—No se mueva —dije—. Contésteme: ¿secuestró a Judith Mundy?

—Te juro que he de

verte muerto —musitó entre dientes. Miró por encima de mí hacia donde yacía su hijo, con los músculos de la mandíbula tensos de tanto como apretaba los dientes para contener el dolor. Con los tendones del cuello sobresaliendo como cables y los dientes largos y amarillos, parecía un demonio ancestral y extraño —. Me la llevé para criar cuando pensé que había perdido a mi otro hijo, que lo había perdido por el

desagüe de un retrete.

—¿Está muerta?

—No creo que eso sea asunto tuyo, pero murió desangrada después de tener al niño. La dejé desangrarse. De todos modos, no servía para nada.

—Y ahora ha decidido volver.

—He vuelto a por mi hijo, el hijo que creía haber perdido, el hijo que aquella zorra me quitó, el hijo que todas aquellas zorras y aquellos hijos de puta me

quitaron.

—Y usted los ha matado a todos.

Asintió con orgullo.

—A todos los que he encontrado.

—¿Y a Gary Chute, el hombre de la compañía maderera?

—No tenía nada que hacer allí —contestó—. No perdono a quienes se cruzan en mi camino.

—¿Y a su propio nieto?

Parpadeó y en sus ojos se advirtió algo cercano al

pesar.

—Fue un error. Se entrometió. —A continuación añadió—: Era un niño enfermizo. En todo caso no habría sobrevivido, no en el lugar adonde íbamos.

—No tiene ningún sitio adonde ir, viejo. Están recuperando el bosque. No puede matar a todos los que entren allí.

—Conozco ciertos lugares. Siempre hay lugares adonde uno puede acudir.

—No, ya no. Para usted sólo hay un lugar adonde ir.

A mis espaldas oí un movimiento en la escalera. Ellen no me había hecho caso y estaba con Walter. Supongo que me lo esperaba.

Caleb la miró por encima de mi hombro.

—¿Es hija tuya?

—No.

—Mierda —dijo arrastrando las palabras—. Te vi, y vi a tu abuelo en ti, pero debió de engañarme la

vista cuando creí verte a ti en ella.

—¿Y también tenía intención de hacerla «criar»?

Negó con la cabeza.

—Era para mi hijo. Para mis dos hijos. Vete a la mierda. Vete a la mierda por lo que le has hecho a mi hijo.

—No —dije—. Váyase usted al infierno.

Levanté la pistola y le apunté a la cabeza.

Detrás de mí oí gemir a Walter, y a Ellen que gritaba

«¡Bird!» con su voz extraña y cascada. Algo frío me tocó la nuca. La voz de Billy Purdue dijo:

—Si aprietas el gatillo, será lo último que hagas.

Vacilé un instante y por fin distendí el dedo del gatillo y lo retiré de la guarda, a la vez que levantaba la pistola para que viese que lo había hecho.

—Ya sabes lo que tienes que hacer con eso —dijo. Puse el seguro y lancé la pistola al porche—. De

rodillas —me ordenó.

El dolor del costado era casi insoportable, pero me arrodillé y él se colocó frente a mí, con la pistola de Walter al cinto y una escopeta Remington en las manos. Retrocedió para tenernos a los dos a la vista.

Caleb Kyle lo miró con admiración. Después de todo lo ocurrido, después de todo lo que había hecho, su hijo había vuelto a él.

—Mátalo, hijo —dijo Caleb—. Ha matado a tu

hermanastro; pégale un tiro como a un perro. Él era de tu familia, la sangre llama a la sangre.

El rostro de Billy era una maraña de confusión y emociones encontradas. Dirigió la escopeta hacia mí.

—¿Es eso verdad? ¿Era de mi familia? —preguntó, adoptando inconscientemente las palabras del viejo.

No contesté. Las aletas de su nariz se dilataron y me asestó un culatazo de refilón

en la cabeza. Caí de bruces y oí reír a Caleb frente a mí.

—Así se hace, hijo; mata a ese hijo de puta. —Su risa se apagó, y, pese a mi aturdimiento, vi que avanzaba un paso—. He vuelto a por ti, hijo. Tu hermano y yo hemos vuelto para buscarte. Nos enteramos de que nos buscabas. Nos enteramos por aquel hombre que contrataste para encontrarme. Tu madre te escondió de mí, pero yo he

vuelto a buscarte, y ahora el cordero extraviado ha aparecido.

—¿Usted? —dijo Billy con un susurro de perplejidad que nunca había oído en él—. ¿Usted es mi padre?

—Soy tu padre —dijo Caleb y sonrió—. Ahora liquídalo por lo que le ha hecho a tu hermano, el hermano a quien nunca conocerás. Mátalo por lo que le ha hecho a Caspar.

Me levanté parcialmente,

apoyándome en las rodillas y en los nudillos, y hablé:

—Pregúntale qué ha hecho él, Billy. Pregúntale que le pasó a Rita y a Donald.

Los ojos de Caleb Kyle se encendieron y la saliva salió disparada de su boca.

—Cállate. Tus mentiras no van a apartarme de mi hijo.

—Pregúntaselo, Billy. Pregúntale dónde está Meade Payne. Pregúntale cómo murió Cheryl Lansing,

y cómo murieron su nuera y sus nietas. Pregúntaselo, Billy.

Caleb saltó a los peldaños y me asestó un puntapié en la boca. Sentí que se me rompían los dientes y la boca se me llenaba de sangre y dolor. Vi venir el pie otra vez.

—Alto —dijo Billy—. Alto. Déjelo.

Levanté la vista y el dolor en la boca no fue nada en comparación con el sufrimiento que se reflejó en

el rostro de Billy Purdue. Una vida entera de dolor ardía en sus ojos, una vida entera de abandono, de pérdida, de lucha contra un mundo que al final siempre iba a vencerlo, de intentar vivir una vida sin pasado y sin futuro, con sólo un presente doloroso y agotador. Acababa de descorrerse un velo, ofreciéndole un vislumbre de lo que podría haber sido, de lo que aún podía ser. Su padre había vuelto a por él,

todo lo que había hecho, todo el sufrimiento que ese hombre había infligido, lo había hecho por amor a su hijo.

—Mátalo, Billy, y terminemos de una vez — dijo Caleb.

Pero Billy no se movió, no nos miró a ninguno de los dos, sino que mantuvo la vista fija en un punto muy dentro de él, donde todo lo que había temido siempre y todo lo que había deseado siempre ser, se entrelazaba y

enroscaba.

—Mátalo —repitió entre dientes el viejo, y Billy levantó la escopeta—. Haz lo que te digo, muchacho. Escúchame. Soy tu padre.

Y en los ojos de Billy Purdue algo se murió.

—No —dijo—. Usted no es nada para mí.

La escopeta rugió y el cañón se estremeció entre sus manos. Caleb Kyle se arqueó y retrocedió a trompicones como si acabase de recibir un golpe

brutal en la boca del estómago, sólo que ahora había allí una mancha oscura, cada vez más extensa, en la que las vísceras brillaban y los intestinos asomaban como cabezas de hidra. Cayó de espaldas, con las manos levantadas para intentar cubrir el agujero en el centro de su cuerpo, y a continuación, lenta y agónicamente, se puso de rodillas y miró con fijeza a Billy Purdue. Tenía la boca

abierta y la sangre le manaba a borbotones entre los labios. La cara se le llenó de dolor e incomprensión. Después de todo lo que había hecho, después de todo lo que había soportado, su propio hijo se había vuelto contra él.

Oí a Billy recargar el arma, vi los ojos desorbitados de Caleb Kyle, y acto seguido su rostro desapareció y una mano roja y caliente oscureció mi visión, con la luz del

invierno vacilando en ella como los pensamientos en la mente de Dios.

Se oyeron sirenas procedentes de Dark Hollow, su ulular transmitido a través del aire frío como los aullidos de animales heridos. Eran las 00:05 horas del 12 de diciembre.

Mi mujer y mi hija llevaban muertas exactamente un año.

Epílogo

Es 20 de diciembre y pronto
llegará Navidad.

Scarborough es un lugar de
campos que parecen bolas
de helado y árboles
cubiertos de azúcar glas, con
luces de colores en las
ventanas de las casas y
coronas de acebo en las
puertas. He cortado un abeto
en el jardín, uno de los que
plantó mi abuelo el año que
murió, y lo he colocado en la

sala de la entrada de la casa. Lo adornaré con pequeñas luces blancas en Nochebuena, en recuerdo de mi hija, para que si está mirando desde la oscuridad entre los árboles vea las luces y sepa que pienso en ella.

En la repisa de la chimenea hay una postal de Walter y Lee y una cajita de Ellen envuelta con papel para regalo. Al lado hay una postal de la República Dominicana, sin firmar pero

con un mensaje escrito por dos manos distintas: «Esta comunicación del yo de un hombre a sus amigos tiene dos efectos contrarios, ya que redobla el júbilo y reduce el dolor a la mitad». La cita no lleva el nombre del autor. Los telefonearé cuando vuelvan, cuando empiece a remitir el interés por los acontecimientos que tuvieron lugar en Dark Hollow.

Finalmente hay una tarjeta. Reconocí la

caligrafía del sobre cuando llegó y sentí una punzada en el corazón al abrirlo. El mensaje sólo decía: «Llámame cuando puedas». Debajo había escrito su número de teléfono particular y el número de casa de sus padres. Lo había firmado. «Con cariño, Rachel».

Sentado junto a la ventana, vuelvo a pensar en los muertos de este invierno,

y en Willeford. Lo habían encontrado dos días antes, y la noticia de su pérdida me produjo un dolor intenso y brutal. Durante un tiempo, después de su desaparición, medio sospeché del viejo detective. Había sido injusto con él, y creo que, en cierto modo, su muerte fue culpa mía. Habían enterrado el cuerpo en una tumba poco profunda al fondo de su jardín. Según Ellis Howard, había sido torturado antes de morir, pero no tenían el

menor indicio de quién podía ser el autor. Podría haber sido Stritch, pensé, o podría haber sido alguno de los hombres de Tony Celli, pero en el fondo creo que murió por decisión del viejo, de Caleb Kyle, y que quizá fue su hijo, Caspar, quien lo mató.

El nombre de Willeford se había vinculado a la búsqueda de los padres de Billy Purdue. Fue al número de Willeford al que la anciana, la señora Schneider,

telefoneó. Si ella podía encontrarlo, también podía Caleb, y Caleb habría deseado saber todo lo que sabía Willeford. Confiaba en que el alcohol hubiese aliviado el dolor y le hubiese permitido vencer el miedo cuando se acercaba el final. Esperaba que hubiese contado cuanto sabía lo más deprisa posible, pero sabía que seguramente ésa era una falsa esperanza. En Willeford había algo del honor de antes, del valor de

antes. No habría entregado a Billy tan fácilmente. Me lo imaginé sentado en el Sail Loft, con su whisky y su cerveza delante, un viejo a la deriva en el presente. Él pensaba que era el progreso lo que precipitaría su final, no un demonio del pasado que él mismo había despertado al hacer un favor a un joven perdido y apesadumbrado.

Y me acuerdo de Ricky, y del chirrido del maletero al abrirse, y de su cuerpo

hecho un ovillo junto a la rueda de recambio, y de cómo intentó salvar a Ellen en los momentos previos a su muerte. Le deseo paz.

Lorna Jennings había abandonado Dark Hollow y a Rand. Me telefoneó para decirme que se iba a Illinois a pasar las Navidades con sus padres antes de buscar un nuevo lugar donde vivir. El contestador grabó el mensaje pese a que yo estaba en casa cuando llamó y oí su voz sobre el suave

susurro de la cinta. No contesté. Mejor así, pensé.

Y el hombre conocido como Caleb Kyle fue enterrado en una fosa común al norte de un cementerio de las afueras de Augusta, junto con el muchacho llamado Caspar, y se pronunciaron oraciones por sus almas. Unos días después se vio a un hombre ante la tumba, un hombre corpulento con dolor en la mirada. De pie en la nieve, contempló el contorno de la tierra recién

removida. A su izquierda, el sol se apagaba en el cielo y dejaba haces de luz rojiza en las nubes. El hombre llevaba una pequeña mochila a la espalda, y una hoja de papel con la fecha de su comparecencia ante el tribunal escrita por su fiador. No comparecería, y el fiador era consciente de ello. Parte del dinero de Al Z había comprado su complicidad y su silencio. Al Z podía asumir la pérdida, pensé.

Era el segundo

cementerio que Billy Purdue visitaba ese día, y nunca más lo verían en él. Nunca más se vería a Billy Purdue en ninguna parte. Desaparecería y nadie encontraría su rastro.

Pero creo que yo sabía adónde iba Billy.

Iba al norte.

Dos días después del aniversario asistí a misa en San Maximilian Kolbe y escuché mientras leían los nombres de Susan y Jennifer

Parker desde el altar. Al día siguiente, el 15, visité la tumba. Había flores recién puestas; de los padres de Susan, supuse. No habíamos hablado desde su muerte, y creo que aún me culpaban de lo ocurrido. Yo también me culpaba, pero intentaba reparar el daño. Era lo único que podía hacer. Era lo único que todos nosotros podíamos hacer.

La noche del día 15 vinieron a verme. Me despertó el ruido que hacían

en el bosque, sonidos que no eran sonidos, sino la lenta unión de mundos dentro de otros mundos, y salí al porche y me quedé allí, pero no descendí hacia ellas.

Entre las sombras, detrás de los árboles, se movía una multitud de figuras. Al principio podría haberlo tomado por cambios de luz causados por el viento que agitaba las ramas, manos y rostros fruto de la imaginación, ya que permanecieron en silencio

cuando se acercaron a mí para que prestara testimonio. Eran muchachas, y sus vestidos, antes rotos y manchados de sangre y polvo, estaban ahora intactos y resplandecían desde el interior, adhiriéndose a vientres que podrían, en otro tiempo muy lejano, haber inducido a los hombres a volverse en los asientos de sus coches de vivo color rojo, a silbarles desde los compartimentos de vinilo de los bares, a inclinarse hacia

ellas y susurrarles, a cortarles en broma la huida mientras se deleitaban con la luz de sus ojos. La luna iluminaba la suave piel de sus brazos, el delicado movimiento de su pelo, el tenue resplandor de sus labios; las muchachas con sus vestidos de verano, congregadas en la nieve recién caída.

Y más allá, detrás de ellas, se reunían otras: ancianas y ancianos, sus camisonos ondeando como

mariposas nocturnas, sus pantalones de peto sucios pintarrajeados de motas y pinceladas de esmalte, sus manos nudosas surcadas por gruesas venas como las raíces de los árboles que se aferraban a la tierra bajo sus pies. Los hombres jóvenes estaban algo apartados de ellos, agarrando de la mano a sus mujeres; había maridos y esposas, y jóvenes amantes, en otro tiempo violentamente separados, ahora juntos de nuevo. Los

niños se movían entre sus piernas, solemnes y alertas, avanzando con cuidado hacia la linde del bosque; niños con los huesos de los dedos rotos ahora milagrosamente curados, niños que habían sido desgarrados en sótanos oscuros y llenos de dolor ahora hermosos de nuevo, con la mirada viva e inteligente en la oscuridad del invierno.

Toda una multitud de muertos congregados ante

mí, extendiéndose hacia lo lejos en las sombras, hacia el pasado. Me observaban sin hablar, y me invadió una especie de paz, como si la mano de una mujer joven me hubiese tocado suavemente en la noche, susurrándome que debía dormir.

Por ahora.

Y junto a la barandilla, allí donde el viejo se sentaba con su perro, donde mi madre se había apoyado, todavía bella a pesar de la edad, permanecí inmóvil y

sentí sus miradas en mí. Una mano pequeña agarró la mía, y cuando bajé la vista, casi la vi, radiante y nueva, una niña preciosa mostrándose en la tenue luminosidad de la nieve.

Y una mano me acarició la mejilla y unos labios suaves se unieron a los míos, y entonces oí que decía:

Duerme.

Y dormí.



JOHN CONNOLLY
(Dublín, 1968). Estudió
filología inglesa en el *Trinity
College* de Dublín y
periodismo en la *Dublin City
University*. Fue funcionario
en la Administración local y

trabajó como chico para todo en los almacenes *Harrod's* de Londres, y como camarero, antes de colaborar con *The Irish Times*. Pronto se cansó de la profesión, y decidió pasar a escribir ficción, pese a lo cual todavía sigue publicando artículos periódicamente, entre los que destacan sus entrevistas a otros escritores consagrados.

Vive en Dublín, pero pasa parte del año en Estados

Unidos, donde se desarrolla su serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Charlie Parker, alias «*Bird*».